

**Revista Leoplan N° 292 -  
24 Julio 1946**

**Incompleta =(**

**Faltan las páginas 1 a la 4**





se pinta por primera vez en sus coloradas mejillas. Los accidentes de la luz juegan, a través de los pámpanos del empujado; éste da sobre la campiña y deja ver un caballero detenido frente a la locanda, y que bebe sin apenarse.

Siempre he admirado ese cuadro encantador, pero, sobre todo, me ha parecido maravilloso porque representa fielmente una escena de mi vida con el acabado retrato de las personas que en ellas figuraron. Sabido es que la música ha sido siempre una delicia para mí. En mi infancia no tenía yo otros sentimientos, y pasaba días y noches buscando acordes en el viejo y cascado piano de mi tío. La música era poco estimada en el pequeño pueblo en que vivía, y no había allí persona alguna que me instruyera en ese arte, fuera del viejo organista testarudo, que no veía nada más que las notas muertas, y me torturaba con sus figuras y con sus tocatas desacordes y monótonas. Pasé valerosamente por esas



Zorrinho



pruebas, sin que mi ardor llegara a enfriarse. El organista me reprimía a menudo con acritud; pero bastaba que tocase un trozo con su vieja y vigorosa manera para que me reconciliara con él y con la música.

Muchas veces experimenté singulares sensaciones, y ciertos trozos del gran Sebastián Bach producían en mí el efecto de un cuento terrible de aparecidos, y me causaban esos escalofríos de terror a que uno se abandona con tanto encanto en los tiernos años de la infancia. Pero el paraíso se entreabría ante mis ojos cuando, en las veladas de invierno, el clarinete del pueblo con sus discípulos, acompañados por una pareja de *dilettanti* caducos, acudían a dar un concierto en que yo golpeaba los tímbriles, empleo que se me había dado a causa de la precisión de mi oído. Más tarde vi cuán locos y ridículos eran los tales conciertos.

Por lo común mi maestro tocaba dos conciertos de Wolff o de Emmanuel Bach; un aficionado al clarinete andaba a la greña con las composiciones de Stamitz, y el receptor de inpuestos gastaba tanto aliento en la flauta que casi siempre apagaba las dos velas que iluminaban su atril, y había que estar encendiéndolas continuamente, de mi tío. Este hablaba todavía con entusiasmo del tiempo en que los cuatro cantantes de las cuatro iglesias se reunían en la sala de conciertos para ejecutar la ópera de *Carlota en la Corte*. Alelaba, sobre todo, la tolerancia que reinaba en aquellas reuniones, porque además de los dos cantantes de las iglesias católicas y protestantes que competían en concertarse, había otros dos que formaban parte, el uno de la comunión francesa y el otro de la comunión alemana.

En medio de aquellas lamentaciones, mi tío recordó que existía en el pueblo una señorita de cincuenta y cinco años que vivía de una pequeña pensión, obtenida como ex cantante de la corte, y pensó que podía embellecer aún más nuestros conciertos.

La señorita recibió orgullosamente la invitación y se hizo rogar largo tiempo. Cedió por fin y consintió en exhumar sus antiguas melodías favoritas.

Era una mujer singular; su pequeña y flaca figura está aún viva en mi memoria. Acostumbraba entrar muy gravemente, con su partitura en la mano, e inclinarse muellmente el busto para saludar a la asamblea. Llevaba un extraño tocado, delante del cual iba prendido un ramillete de violetas de Italia que temblaba y vacilaba mientras ella cantaba. Cuando terminaba su trozo entre el ruido de los aplausos, entregaba su partitura a mi maestro, a quien le era entonces permitido meter los dedos en la tábiquera de porcelana de lá ex cantante de la corte, favor que recibía con toda la humildad concebible en apariencia; pero apenas se alejaba, y mi tío, que se había declarado su admirador, se retiraba a sus habitaciones, el viejo organista poníase a parodiar el canto defectuoso de la dama, cosa que hacía del molo una mordaz y burlesca.

Al maestro el organista despreciaba soberanamente el canto, y yo compartía ese desprecio, que no hacía sino aumentar mi pasión musical. Me instruyó con el mayor celo en el contrapunto, y muy pronto pude componer las figuras más difíciles.

Cierto día hallábame ejecutando una de mis composiciones (era el día del santo de mi tío, cuando un criado de la posada vecina fué a anunciarnos que acababan de llegar dos señoras extranjeras,



y, antes que mi tía hubiera podido quitarse la bata floreada, entraron las señoras.

Sabido es cuánto efecto produce la llegada de personas extrañas en los habitantes de una pequeña población, y la vista de aquellas dos mujeres era a propósito para causar cierta emoción, así es que su presencia me agitó de una manera singular.

Figúrese el lector dos italianas esbeltas y garbosas, vestidas de mil colores, siguiendo la última moda, que se presentaban como *virtuosas* con todo atrevimiento, pero que, sin embargo, estaban llenas de gracia; adelantándose hacia mi tío y le dirigieron algunas palabras armoniosas y sonoras. Mi tío no les comprendió una sola palabra; retrocedió confuso y señaló un sofá con la mano.

Sentáronse y se dijeron la una a la otra algunas frases que sonaban como música, y al fin hicieron comprender a mi tío que eran cantantes, que viajaban dando conciertos, y se dirigían a él para que las ayudase en su empresa musical.

Mientras hablaba pude oírles sus nombres, y ya con eso me pareció que las comprendía mejor. Lauretta parecía la de más edad; miraba en torno suyo con ojos relucientes, y hablaba a mi tío, el cual se encontraba azorado, con una volubilidad arrebatadora y multiplicando sus ademanes vivos y graciosos. No era muy alta, y si voluptuosamente redondeada, y mi vista se perdió más de una vez en la contemplación de encantos que hasta entonces no había conocido. Teresina, más alta, más esbelta y de rostro largo y serio, hablaba poco y se hacía comprender mejor. De cuando en cuando sonreía con aire singular; parecía entretenerse viendo a mi buen tío que se esforzaba por sepultarse en el fondo de su bata de seda floreada.

Levantáronse por fin: mi tío les prometió organizar el concierto para el día subsiguiente, y fue invitado, lo mismo que yo, presentado a ellas como un joven *virtuoso*, a ir aquella noche a tomar la *cio-colata* junto con las dos hermanas.

Bajamos lentamente la escalera y llegamos a la casa de las italianas, algo conmovidos, como personas expuestas a correr una aventura.

Cuando mi tío, que se había preparado detenidamente, hubo dicho sobre el arte muchas cosas lindas que nadie entendió, cuando el chocolate hirviendo me hubo quemado la lengua dos veces, dolor que soporté sin decir palabra, con la constancia de un Mucio Scevola, Lauretta anunció que deseaba cantarnos algo. Teresina tomó la guitarra, la templó y tocó algunos acordes.

Yo no había escuchado nunca ese instrumento, y el sonido sordo y misterioso de sus cuerdas vibró profundamente en mis oídos. Lauretta comenzó en un tono muy bajo que sostuvo hasta el *fortissimo*, y que terminó bruscamente con una octava y media, y una modulación atrevida y complicada. Todavía recuerdo las palabras del principio: *Sento l'onica speme*. Yo sentía andaréme la garganta. ¡Jamás había sospechado efectos semejantes!

Pero cuando Lauretta siguió elevándose cada vez con mayor libertad y audacia en las alas del canto, cuando los tonos fueron haciéndose más brillantes, el sentimiento de la música, tanto tiempo muerto y vacío en mi alma, se despertó y me abrasó el corazón. ¡Ah! Acababa de oír por primera vez un acento musical.

En seguida las hermanas comenzaron a cantar juntas los dúos puros y suaves del abate St. Steffani. La voz de contralto, llana y sonora, de Teresina, me penetraba hasta el fondo del alma. No podía reprimir mis movimientos interiores, y las lágrimas corrían abundantemente de mis ojos. En vano me lanzaba mi tío miradas descontentas; no les prestaba atención alguna, hallábame fuera de mí.

Las dos cantantes se complacían con mi emoción; se informaron de mis estudios musicales: me avergoncé de mis lecciones, y exclamé, con la audacia que da el entusiasmo, que aquella era la primera vez que oía música.

— ¡Il buon fanciullo! — murmuró Lauretta, con dulce y conmovido acento.

De vuelta en casa, me asaltó una especie de rabia; recogí todas las sonatas y todas las fugas que había peregrinado, junté también a ellas cuarenta y cinco variaciones sobre un canon compuesto por el organista, y las arrojé al fuego, entregándome a una risa infernal cuando vi aquellos millares de notas corriendo en forma de brillantes chispas por las cenizas negras y carbonizadas de piano y clavicordio. En seguida me senté al piano y traté, primero, de imitar el sonido de la guitarra, y después, de repetir el canto de las dos hermanas.

— ¡Vas a dejar o no de rompernos los oídos? — exclamó mi tío, apareciendo repentinamente en mi habitación a las doce de la noche.

Al mismo tiempo apagó las dos luces, y se volvió a su cuarto, del que acababa de salir. Tuve que obedecer. El sueño me trajo consigo el secreto del canto. Así lo creí por lo menos, pues soñando, cantaba maravillosamente: *Sento l'onica speme*...

A la mañana siguiente ya mi tío había reclutado cuántas personas sabían manejar un arco o soplar una flauta. Cifrabas su orgullo en demostrar cuán bien organizada estaba nuestra música; pero no tuvo suerte. Lauretta puso en los atriles una gran partitura; desde el recitado ya se habían confundido y perdido todos los ejecutantes; ninguno de ellos tenía la menor idea del acompañamiento. Lauretta gritaba, echaba pestes, lloraba de cólera y de impaciencia. El organista

(CONTINUA EN LA PÁGINA 108)



**SALUD!**

Achis

**TOME**

**GENIOL**

QUE ES MEJOR Y... ES ARGENTINO

**TOS y CATARROS**

**UNTISAL**

**al pecho**

**untisal**

# Ushuaia, frente a la blanca soledad

EN LOS UMBRALES DEL IMPERIO DE LOS HIELOS ETERNOS, REFLEJAN-  
DOSE EN LAS AGUAS DEL CANAL DE BEAGLE, LA CIUDAD SUREÑA  
PROGRESA A PASO TAN LENTO COMO SEGURO

Por Valentín de Pedro

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

**E**s el cuerpo geográfico de nuestra patria, la Tierra del Fuego es como un pie, con el empeño atravesado —ajorca de agua— por el Barroco de Magallanes, y engarzada en su planta la ciudad de Ushuaia, capital de aquel lejano territorio.

Desde esta población, la más austral del continente sudamericano, no hay más que un grado de latitud hasta el Cabo de Hornos. Y más allá, las soledades del océano Anárchico, las blancas y heladas soledades de las regiones polares.

De cara a ellas está Ushuaia, como refugio, en una profunda bahía, al amparo de montañas y bosques, que la preservan de los vientos glaciales del sudoeste. Esto hace que su clima contradiga en cierto modo su po-

sición geográfica, siendo, si no apacible, por lo menos soportable, y desde luego mucho menos riguroso que el de otras zonas que están en la misma latitud.

Eligió bien el reverendo Tomás Bridges, cuando en 1868, ganado por la imponente belleza de aquellos parajes, se estableció allí con su misión protestante, para dedicarse a la conversión de sus pobladores, los indios onas y yagones, pues las casas de madera que él levantó a orillas del canal Beagle fueron el origen de Ushuaia.

Cuando nuestro país creó las gobernaciones territoriales, en 1881, escogió la pequeña población formada en torno a la misión Bridges como capital del territorio argentino de la Tierra del Fuego. El coronel Laherre tenía posesión de Ushuaia en nombre del gobierno nacional y empieza a ondear la bandera argentina a orillas del Beagle, reflejada en sus aguas de zafiro, por la que asoman aquí y allá, como cuentas de azabache, las lustrosas cabezas de los lobos de mar.

Es el instante en que se incorpora a la vida activa del país aquella extremidad austral de nuestra patria, perdida entre frías y miseriosas



CALLE DE LA CAPITAL FUEGUINA, QUE PARTE DEL CANAL Y ASCIENDE A LA MONTAÑA.





LA CIUDAD DE USHUAIA, A ORILLAS DEL CANAL BEAGLE Y EN LA FALDA DEL MONTE OLIVIA.

soledades, y que hasta entonces sólo había tenido interés para exploradores y geógrafos.

Precisamente el nombre del canal a cuya orilla se levanta Ushuaia, nos recuerda a la poleta *Beagle*, que al mando del gran navegante inglés Roberto Fitzroy anduvo de exploración por estos lugares en el primer tercio del siglo XIX, llevando a bordo al joven geólogo y naturalista Carlos Darwin, cuyo nombre ostenta una cordillera del archipiélago fueguino. Y fue al pasar por aquí cuando el autor del *Origen de las especies* escribió en su *Diario*: "Una sola mirada a esta región bastaría, a quien no esté acostumbrado al mar, para soñar durante ocho días seguidos con naufragios, peligros y muertes".

¿Quién podía pensar en afincarse en aquellos parajes de tan funesta celebridad? Pedro Sarmiento de Gamboa fue el primero en intentar poblarlos, allá por el año de 1584, y de su fabulosa empresa sólo quedó el espantable recuerdo de la *Babla del Hambre*, que invadió que nadie, durante siglos, volviera a poner la planta en tales latitudes.

Al infortunio de aquellos primeros pobla-



ARREO DE OVEJAS POR UNA DE SUS CALLES. TESTIMONIO DE UNA DE LAS RIQUEZAS DE LA REGIÓN.



LOS NIROS DE USHUAIA, QUE SON LA ALEGRIA DE LA CIUDAD SURERA.

dores, aniquilados por el hambre, la soledad y el frío, había que agregar el relato de frecuentes naufragios en las proximidades del Cabo de Hornos. Por cierto que, a esta trágica realidad, no dejó de mezclarse la leyenda, pues se incluyó en esos naufragios el de la nave *Santa Margarita*, donde se suponía que iban el archiduque de Austria Juan Salvador, que ocultaba su verdadera personalidad bajo el nombre de Juan Orth, y su bella enamorada Milly Stubel. Parece que sí, que la *Santa Margarita* se estrelló contra los acantilados de la Isla de la Desolación, mientras intentaba pasar el Cabo Pilar, pero que no llevaba a bordo a la misteriosa y romántica pareja, ni por lo tanto pudo salvarse de la catástrofe, como se decía...

Quien trajo a Buenos Aires esta noticia, a fines del siglo pasado, fué el ingeniero Julio Popper, un audaz aventurero rumano que se cuenta, con el reverendo Tomás Bridges, entre los primeros pobladores de la Tierra del Fuego. Sólo que aquél no fué a estas desoladas regiones en misión evangelizadora, sino para buscar la fortuna en las arenas auríferas que arrastra el mar en la entrada oriental del Estrecho de Magallanes, sin que quedara de su paso otra cosa que el recuerdo de los bárbaros y fantásticos medios de que se valió para enriquecerse.

No pudiendo ser contado Julio Popper entre los primeros pobladores de la Tierra del Fuego, queda ese título íntegramente para el reverendo Tomás Bridges, ahuyentador del maléfico que parecía pesar sobre aquellos lugares, al levantar en ellos un caserío donde la vida no tenía nada de ingrata, y que contaba, cuando el gobierno argentino tomó posesión de él, con ciento cincuenta habitantes.

Desde entonces, una nueva vida comienza para Ushuaia. Y no deja de tener repercusión en la lejana ciudad la introducción de la industria pastoril en el inmenso Sur, cuando las llanuras patagónicas y fueguinas, que se creían tierras estériles, tierras malditas, se convierten en tierras de bendición, poblándose de miles y miles de ovejas.

CASITAS BAJAS, MADERA Y CINC. EN UNA TIPICA CALLE DE USHUAIA.









## "Piche-ciego"

**R**AMÓN había nacido con mala suerte: era petto, chueco y albino.

A esas calidades y, precisamente, por ser albino, sentaba la muy molesta de ser "cecatón" a más no poder. Por eso le decían "piche-ciego", comparándolo con esa especie rara y diminuta de animalillo, tímido y enemigo de la claridad, que vive casi siempre en sus cuevas o escondido en los pajamales. Una espesa pelambre plateada que le cubre totalmente la parte anterior de la cabeza, ocultando los ojos, le ha valido el calificativo de ciego.

Para decir verdad, cuando Ramón descendía el arreglo de su persona (lo que ocurría con harta frecuencia) y andaba con harba erizada, su parecido con el piche-ciego era notable. De ahí que aceptase el apodo sin protestas y hasta ofreciera del mismo cierto motivo de satisfacción. Pues, si bien era cegatón a la luz del día, en cambio veía muy bien en la oscuridad, y su condición de nicatlope le otorgaba considerable superioridad sobre los demás peones. Sobre todo cuando había que salir de "recogida", mucho antes que aclarase, o era necesario rondar un arreo, en plena noche y en campo abierto. Entonces Piche-Ciego era "como gato" y capaz de seguir un rastro cuando los demás no veían ni las orejas de sus montados.

Fuera de estas calidades y su mérito, reconocido por todos, de voluntario y trabajador, Ramón pasaba por ser un "infeliz".

Que había que echar las lecheras al tambor, muy de madrugada; allá iba Piche-Ciego... Que se habían olvidado de cerrar con candado (según era orden del patrón) la tranquera del portero chico y la noche estaba muy oscura: "—che, Piche-Ciego, fíjate si está con candado...". Total, de noche tenía los ojos como caudiles... Y, así, por el estilo.

El pobre Ramón se prestaba, sin chistar, a todos esos abusos y su buena voluntad le aseguraba, al menos, cierta tolerancia de la peonada para con su torpeza, que evidenciaba a la luz del día. Pero, ¿a qué precio!

Por ejemplo:

—¡Había que verlo al Piche-Ciego esta mañana —comentaba alguna vez Rodríguez, un peonito "amolador" como el solo — con los ojos chiquitos como tajo en cuero crudo, queriendo enlazar un novillito rosillo que habían enjugado los perros! ¡Tanto revolver el lazo y todo para enlazar un piquillín grandote que estaba como a una cuadra del novillo!...

Grandes risotadas festejaban la salida del bromista, mientras el mate circulaba entre la peonada reunida en la cocina. Ramón, entonces, se echaba el chamber-

go sobre los ojos y se hacía el desentendido, aunque la sangre le hervía de indignación. ¿Qué culpa tenía él de haber nacido "desteñido" y con esos ojos "cechirras" que la luz del sol hería con su fulgor, obligándolo a cerrar los párpados hasta dejar una "rendijita" para poder ver? ¡Amalaya!...

El patrón, sin embargo, lo protegía:

—Déjenlo en paz a Ramón —solía decir cuando llegaba a sus oídos alguna nueva bronca a costillas del Piche-Ciego—; es un muchacho bueno y trabajador...

Y las broncas cesaban o disminuían, para reanudarse al poco tiempo.

El viejo don Narciso, que le tenía lástima, decía a los otros:

—Déjenlo, pues. Si es más tranquilo que agua 'e puzo!

Así transcurría la vida de Ramón en la estancia: "El Perdidó".

Si la vida encerraba para él muchos sinsabores, también tenía sus encantos. En su corralón guardaba, celosamente, un gran seere-

tor: su amor por Rosita, la hija del puestero don Raimundo.

Ese puro y acendrado sentimiento era como una luz en las tinieblas, el faro en la oscura noche del infortunio que la rodeaba. Nadie sospechaba de ese amor, ni la misma Rosita, y Ramón disimulaba cuidadosamente sus sentimientos, aunque una loca esperanza mantenía vivo el fuego de su pasión. ¡Ella era tan linda y él... tan feo y desgraciado! Pero Piche-Ciego era joven y sus veinticinco años le bullían en las venas, imperiosos. ¡Algún día, quién sabe!...

Llegó el tiempo de la esquila. En "El Perdidó" había muchas ovejas y el trabajo era duro. De noche, todavía, la peonada salía para la "recogida" y después de toda un día de ruda labor "caía", a la oración, con una gran majada, pronta para ser enlameada.

Los silbidos y gritos de los hombres se alternaban con los ladridos de los perros, roncacos y exhanstos, que corrían a lo largo del arreo para evitar que la evasión de algún bo-





Cuento, por

**Marcelo G. Hopff**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"  
ILUSTRACIÓN DE VALDIVIA

regio revoltoso o de un capón tozudo provocara el desbande de la inmensa majada. Una densa polvareda, levantada por millares de menudas pezuñas, se cernía, como una pesada nube, en el ambiente y acentuaba la opacidad del crepúsculo. En el polifónico coro de baidos que surgía, interminable, del gran rebaño, se destacaban, con notas a la vez débiles y agudas, los lamentos de los corderitos separados de sus madres y que contestaban, plañideramente, los angustiosos llanados de las ovejas.

La comparsa de los esquiladores había llegado a la estancia. Eran cincuenta hombres, capitaneados por un tal Nemesio Cardales, por mal nombre "Pata santa", a causa de un defecto en una pierna, que lo hacía cojear marcadamente. La "ranguera" de Nemesio no le impedía, por cierto, moverse con agilidad asombrosa y era cosa de verlo montar, en pelo, el caballo más arisco. Entre el abigarrado grupo de aquellos hombres se destacaba, por lo fanfarrón y mujeriego, un mocito Gar-

rido, llamado el "oriental". Pendenciero por anadidura, Garrido no gozaba de la simpatía de sus compañeros, pero "Pata santa" lo estimaba por su destreza en el manejo de la tijera. Efectivamente, el oriental era el que más latas cosechaba durante la jornada. Cier- to era, también, que se deshacía prontamente

de ellas en las "tubeadas", pues, como solía decir, le "tiraba demasiado el güeso", pasión que corría parejas con su afición al monte y demás juegos de naipes.

De acuerdo con la importancia del establecimiento, en "El Perdido" la esquita exi-

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 111)

# Dulces tiempos de

TOM SAWYER,  
EL HÉROE DE  
LA FAMOSA NO-  
VELA, ADAPTA-  
DA AL CINE  
MATOGRÁFO.



UN PASAJE DE LA INTERESANTE PELÍCULA QUE

**T**om Sawyer es el ejemplo de lo que fué la infancia nuestra. Por eso, quienes venos en el pequeño hijo del gran Mark Twain al niño que fuimos, más o menos travessos, más o menos despabilados, experimentamos un tierno afecto por el diminuto héroe creado por obra y gracia de aquel socarrón abuelo —abuelo de la magnífica novela yanqui de hoy—, de cuyas virtudes y pintorescas andanzas ya habláramos no ha mucho en estas mismas páginas.

¿No os gusta a vosotros, caros lectores, alejados de los días de las travessuras, de las rubonas, de las escapadas al río, de las indigestiones, de las luchas callejeras, revivir aquellas jornadas maravillosas que, ¡ay!, “se fueron para no tornar”, a través de la lectura de libros como éste de las aventuras de Tom Sawyer o de tantos otros de igual corte?

Nos encontramos en la edad de la reflexión, de la serenidad... La niñez —la nuestra, la de nuestros hermanos y la de nuestros compañeros de dichas y desdichas— yace cautiva, guardada cual divino tesoro que es, entre las gas-

●  
LA TIA POLLY LE PROPINA UNA BUENA ZURRA A SU BRÁVISO SORRINO TOM.





# la infancia...

TODA EPOCA PASADA FUE MEJOR,  
PERO LA DE LA NIÑEZ ENCIERRA LOS  
PASAJES MAS GRATOS DE NUESTRA  
EXISTENCIA

Por  
**Alfonso S. Betancourt**  
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"



ACABA DE REPONER LA GUARANTEED PICTURES.

tadas tapas del querido álbum familiar. Hoy, en esta tarde fría, gris, como aquellas tardes monótonas que desfilaban tras las ventanas del colegio, nos sumergimos dulcemente en las nieblas del pasado, y como por encantamiento resurgen una a una las escenas, las hazañas y aventuras de aquel ayer pleno de ensueños fantásticos.

Es en la infancia precisamente cuando la vida se nos aparece henchida de bellezas y de emociones. Cada acto, cada acontecimiento tiene mucho de milagroso. A Tom Sawyer, su tía Pilly, siempre tan gruñona, le decía amargamente: "Tom, tú tienes el diablo metido en el cuerpo..." Pero el pícaro personajillo no tenía el diablo metido en el cuerpo. Lo que sucedía era que la vida allí, en las riberas del Mississipi, en aquel pueblo sosegado de San Petersburgo, con su escuela, su iglesia y su municipalidad, se mostraba llena de mágicas sorpresas, y el inquieto Tom se adelantaba a ellas, cual un pequeño caballero andante.

Hace algún tiempo "vimos" la novela de Twain adaptada para el cinematógrafo. Fue una película inolvidable, tan sinceramente ingenua, tan plena de pasajes de nuestra misma niñez. ¡Cuán-

tas cosas de nuestra infancia nos hace evocar el buen Mark Twain con su irónica pluma, narrando la infancia de Tom Sawyer y la adolescencia de Huck Finn! Al abrir libros como éstos dijérase que abríramos esos viejos álbumes que encierran nuestro dorado ayer... Un gran acierto ha sido el de la Guaranteed Pictures al reponer en las salas

portañas esa joya de la cinematografía que es la cinta "Las aventuras de Tom Sawyer". Cinta para grandes y chicos. Cinta que nos hace cantar con el poeta aquellas líneas plébricas de nostalgia:

Los años, ¡ay!, de la ilusión pasaron,  
Las dulces esperanzas que trajeron  
Con sus blancos ensueños se llevaron...

## Muebles ALMAGRO

NUESTRA FABRICA SIEMPRE A LA VISTA

Y UNA EXPOSICION EN LA MISMA PARA QUE ELIJA UD.

Sanctuario DORMITORIO est. Franchés 2 mts. de cama, en placa y plana Rois Nogol, bandos moquetaria y croques, ed. mada c/secretar, \$ 1.690.—. Oferta especial, dormitorio est. Franchés, \$ 925.— y también ahoro.

Confortable COMEDOR est. Franchés en placa y plana Rois Nogol, bandos moquetaria y croques, \$ 1.340.—. Gran oferta. Comedor est. Franchés, \$ 1.025.— y también ahoro.

LIQUIDAMOS VARIADO STOCK DE TAPICERIA

# 4054 VICTORIA 4060

FABRICA Y EXPOSICION

# EL ARPA ENFUNDADA

Cuento, por **Adolfo L. Pérez Zeluschi**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"  
ILUSTRACION DE LISA J

**H**oy, al leer el diario, me acordé vívidamente de él.

Era alto, vestía siempre de oscuro y vivía en un chalet que ahora han demolido, en esta misma calle de Floresta, donde yo vivo.

Lo conocí, o mejor dicho, lo desconocí de tantos años de verle. Ya dije que era alto y vestía de oscuro y, aunque parecía un antiguo caballero que podría llevar uno de esos apellidos finiseculares: Calzadilla, Noriega, Aréiza, no tendría, quizás, más de cincuenta años.

Hace cinco que se retiró a su quinta de San Vicente y desde entonces no le volví a ver. Una o dos veces me invitó a que le visitara, pero nunca fui. El chalet era grande y tenía delante unos patios escardillados donde, desde violentas y azules hasta agresivos rosales trepadores, estallaban en noviembre como un surtidor, plantas con flores.

Al parecer amaba las flores y también la música.

A veces —esta calle es travesera y silenciosa— salía del chalet la música de un piano. Otras, al pasar yo frente a las ventanas abiertas, veía la funda blanca y triangular de lo que debía ser un arpa. Sí, fué por esta arpa por lo que no lo visité en su retiro de San Vicente. Después recordé que, antes de aquella tarde, ya habíamos hablado del arpa.

Volví una tarde de la estación del ferrocarril Oeste y al llegar a la esquina del chalet busqué unos fósforos sin hallarlos. El estaba en el portal y le pedí fuego para encender mi cigarrillo. Sacó su encendedor, pero, antes de cebarlo, se volvió atentamente hacia la casa. Después me preguntó:

—No oyó usted el arpa?

—¿El arpa?

—Sí.

—No.

Me tendió por fin la llama, pero se quedó absorto, escuchando, por si sonaba de nuevo el instrumento. Le agradecí, apenas me contestó y me fui.

Unos días después nos encontramos en el tren. La luz del sol trepidaba en el aire mientras el tren eléctrico atravesaba hileras de casas blancas.

—Hermoso tiempo, ¿verdad?

—Sí. Estamos a fines de octubre. Se aproxima el verano.

—Quizá deba disculparme ante usted por lo del otro día...

No lo recordaba ya. El siguió:

—Cuando me pidió fuego...

Había advertido su propia distracción, pero creyó que, en ese momento, alguien tocaba el arpa. El eléctrico se detuvo en la estación y, calle Chilivuelvo arriba, fuimos juntos hasta la puerta del chalet.

Me invitó a pasar. En el salón estaba el arpa enfundada.

—¿Le gusta a usted la música? A veces le escuché tocar el piano.

El caballero se inclinó brevemente:

—Permítame, señor.

Casas, Alberto Casas.

Señor Casas. Quizá haya oído mi nombre alguna vez. Era bastante conocido. Me llamo Heriberto Rémon.

Sí, recordaba: hacía algunos años... arpa y piano... pero uno de los dos había muerto.

—Carlos y Heriberto Rémon —murmuré, y él asintió.

—Mi hermano y yo componíamos, hace unos años, el dúo Rémon. Yo tocaba el piano. Un extraño dúo, pero habíamos logrado hacer uno de los dos instrumentos.

El arpa enfundada era la de Carlos.

Nos sentamos en el jardín de invierno. Tanbién allí había plantas con flores amarillos y azules y grandes begonias plateadas. Carlos había muerto hacía más de diez años y desde entonces Heriberto, dueño de una renta regular, no tocaba más. Me mostró (tal vez un poco melancólicamente, pero era un caballero) recuerdos de viaje: cartas, *baeleers*, fotografías de Carlos y suyas, algunas miniaturas y trofeos. Carlos era menor que Heriberto. Murió en el Atlántico, a los veinticinco años, cuando volvía de Europa, y arrojaron su cuerpo al mar cerca de las islas Azores. Carlos soñaba con la gloria. Era un gran arpista, pero no amaba a su instrumento. Quería crear música, escribirla, "dejar algo a los demás", como él decía.

—Yo no —concluyó Heriberto Rémon—. A mí me bastó la gloria, más modesta, del intérprete. Unos días antes de morir Carlos me dijo que "ya salía". Ya sabes, ¿quién? "Mi obra, Heriberto. La tengo. Será la *Sinfonía de la Isla de Ora*. El canto de los marineros, el mar, la arribada de la nave a la isla donde todos los hombres son felices. Cuando arriben a Rio la escribiré". Pero Carlos esa vez no llegó a Río de Janeiro.

De una manera insensible había atardecido. Por la puerta vidriera que separaba el salón del jardín de invierno, el arpa enfundada parecía una vela de esas que se ven de noche venir por lo oscuro del río, triangulares y envueltas en un tejido azul. Heriberto Rémon quedó largo rato callado.

—Una tarde, casi como ésta, estaba yo aquí. Había bebido un poco. Al fin el ans es lo único que me queda, pues mis manos no tienen ya la seguridad de antes. Usted lo sabe: uno bebe y es como si todo se desvaneciera, menos el recuerdo de los triunfos y de los viejos amores. Estaba aquí cuando sonó el arpa. Sonaron unas cuerdas, las bajas, del arpa: el primer movimiento de Carlos antes de comenzar nuestros conciertos. ¿Glosión del año? Pero corrí hasta el arpa y abrí la funda —se abre así, no es como —de un tirón. Todavía parecía haber en el aire como un hilo de música. No podía engañarme. Apoyé los labios en las cuerdas. Las largas vibraban todavía. Elena también lo oyó: había sido un sonido de los bajos, un acorde de las cuerdas metálicas, el acorde de Carlos. Pero Elena sabe que suelo quedarme aquí, bebiendo... No me creyó. Por eso a veces, como cuando usted me pidió fuego, me parece que el arpa suena de nuevo, pero no es sino algún piano vecino, el viento o cualquier otra cosa.

Rémon me condujo —a través del salón y desenfundó el arpa. El arpa —de Carlos era un hermoso instrumento de cuerdas cruzadas y pesadísimo pie. Sus ochenta cuerdas parecían

las de una arboladura. Estuvimos respetuosamente un rato delante del callado instrumento y, sin que Heriberto Rémon lo enfundara de nuevo, volvimos al jardín de invierno.

He dicho que también amaba las flores. Heriberto Rémon bebió otro ans y me mostró, una por una, las frágiles plantas del jardín de invierno.

Mirábamos una violeta de los Alpes cuando a través de la puerta vidriera nos alcanzaron los primeros sonidos del arpa. Escuchamos: era un preludio, una suerte de alba, con las cuerdas altas, clarísimo, liviano, algo así como la mañana si pudiera convertirse en música. Heriberto Rémon, de espaldas a la puerta vidriera, murmuró:

—Ha de ser Elena... pero al volvernos vimos que en el gran salón no había nadie y que el arpa sonaba sola.

Heriberto Rémon gritó:

—¡Carlos! —Y los dos nos detuvimos en el umbral de la puerta vidriera.







Si: el arpa sonaba sola, vibraba sola, cantaba sola. Alguien, Carlos, un invisible Carlos, pulsaba las cuerdas y las cuerdas obedecían a su mano y se estralaban y saltaban. A los acordes iniciales y claros sucedieron otros y después surgió de las notas como un sonido de mar, un cenceleante rumor de mar a mediodía y detrás, lenta primero, más alto y vibrante a medida que continuaba la música, una saloma de marineros. Heriberto Rénon marinaró:

«El tema de Carlos! ¡La sinfonía de la Isla de Oro!» —v, al comprender, algo pasó por mí como un viento frío.

El canto de los marineros decreció. La costa llena de árboles se adivinaba a lo lejos. Se oían otros cantos terrestres. Era la Isla de Oro. Los pedales y las cuerdas seguían soltándose y el arpa loca hacía vibrar todo el aire del salón. Las flores mismas parecían agacharse y temblar bajo los acordes. Y las notas se elevaban en un canto, de alegría primero de apasionado amor luego, en un himno, en un peán

de triunfo al que volaban los cantos de los marineros mezclados con los de los habitantes de la Isla de Oro. Las notas del cuarto movimiento rodaron como un alud de plata, de metales, magnífico, rotundo, final...

Las últimas cuerdas que vibraron lo hicieron largamente, pero, casi de pronto, dejamos de oír la *Sinfonía de la Isla de Oro*. Heriberto Rénon, con los labios blancos, retrocedió unos pasos y se dejó caer en el sillón del jardín de invierno. Quiso beber, pero el borde de la copa tintineó contra sus dientes y el anís se le derramó por la camisa y la corbata. Oí el tic-tac del reloj durante un largo minuto.

«Los temas de la Sinfonía...» —repetía de vez en cuando Heriberto Rénon—. *«La Sinfonía de la Isla de Oro!»* Si: Carlos la había pensado antes de morir...

Se puso de pie y dijo con voz clara y firme. —Ahora tengo que cumplir con mi deber. Debo transcribir los temas, orquestarlos. Los recuerdo íntegramente y, quizás, si olvido algo, el arpa me ayudará. Carlos será un músico

famoso, tal como lo soñó.

Se sentó al piano y sus dedos recorrieron el teclado, recordando, buscando... Después de unos ensayos resurgieron las primeras notas de la sinfonía. Ya la tenía.

Heriberto Rénon parecía haberse olvidado de mí. Al retirarme en silencio me volví hacia el salón. La luz del farol de la calle entraba por la ventana, desenvolvía una lonja clara sobre el piso, subía por la pared del fondo. Y a un lado de la franja iluminada el arpa quedaba en la penumbra, como un ser con un rígido brazo que saludara.

Después Heriberto Rénon se retiró a su quinta de San Vicente, para componer, en aquellas calladas soledades, el sueño de Carlos. Lo que lei en el diario de hoy fue la noticia del incomparable estreno de la *Sinfonía de la Isla de Oro*, obra póstuma de Carlos Rénon.

Heriberto Rénon, ese caballero alto y que vestía de oscuro, ha cumplido el mandato de su hermano.

# GUIA CAPRICHOSA DE



Por

*Fernández Moreno*

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

FOTOS ANGEL CASTELLANO

en el pequeño atardecer del barrio retirado y en cuesta.

Estos árboles quisieran ser tan altos como las torres, pero no lo consiguen: su altura está tasada. Las torres no pueden disminuirse, porque el cielo las atrae. Y así estoy, de una vereda a otra, mirando, midiendo, perdido en un remanso de la ciudad. Y uno puede olvidarse de todo, menos del trinar de los pájaros, más estridente, entretejido y apurado que

## *Torres y Árboles*

**E**stoy entre dos torres y dos árboles, mitad de cuadra, calle Humberto 1º, mi vieja calle de Comercio. Las primeras pertenecen a la iglesia de San Telmo, que, vidrieras y azulejos arriba, se elevan y rematan en cruces de hierro. En medio de ellas está el santo, con su barquito en la mano, con su meteoro de fuego en un mástil. Luego, lo que corresponde a un hermoso templo: las campanas que, seguramente, van a sonar de un momento a otro. Las puertas labra-

das, que van a abrirse de par en par. El atrio, que podría llenarse de fieles al instante. Y escalinatas, tranvías, autos, colegiales y hojas secas. Y sobre la fachada, nueva, no sé qué sensación de tiempo, de eternidad, de heroísmo, que corre por debajo del cemento como una sangre remota. Los segundos corresponden a la escuela Guillermo Rawson. Son dos magnolias coposas, con hojas de cuero oscuro, con frutos entreabiertos, secos, con semillas vivas, de coral





# BUENOS AIRES

nunca. Viene la noche desgarrada y buscan un refugio. Ahí está el paseo Colón, que les da albergue pródigo. O la plazoleta Dorrego, más recóndita. O un poco más lejos, el gran hotel arbóreo del parque Lezama, con todas las variedades de ramas posibles en que plegar las alas y hundir la cabeza en el pecho. Ramas exóticas, nacionales, de antaño, actuales. Pero los más sensatos, regalados y discretos, buscan aposento en esos dos árboles que están frente a las dos torres. Pueden de un vuelo ir, al alza, hasta la iglesia y rezar unas oraciones. Después, de otro vuelo, meterse en la escuela y asistir a clase. O darla, por lo menos, de pios, de pulcritud, de elevación. Ahora, me voy. Las dos torres guardan, pájaros a su manera, los últimos ecos de la luz.

## Rieles

Me gusta seguir con los ojos los rieles de los tranvías, grises o llenos de la pacífica sangre de los avisos vecinos. Tienen, en algunas bocacalles, en algunas encrucijadas, el aire de un juego de surtidores que hicieran su flor en el medio. Acaban por caer a uno y a otro lado, con gracia pausada y segura. Parecen un lento descender de hojas de palmera



o finas y decididas curvas femeninas.

Los que me dan compasión son esos trozos de vía abandonados en la calle: dos o tres metros de hierro encajados y presos entre los adoquines, haciendo lo posible por saltar, por escapar, por ser útiles. O porque un brazo vigoroso los arroje, silbando, como quien tira la barra, echando estrellas, hasta el horizonte.



**Aqua** SON increíbles las torturas y vejámenes a que se somete el agua de los ríos y de las fontanas en las peluqueras. La llegan a un rincón, aprisionada en un recipiente de lata abollado. El jardín de los espejos, los chorros de luz blanca, son para los tarros de bandolina, para las lociones diversas, para los potes y redomas llenos de todos los mejunjes del mundo. Cuando uno pide agua, el peluquero lo mira asombrado y todavía añade:

—¿Natural?

—¿Acaso podríamos agregar otra cosa a nuestra persona que agua por ahora y tierra cuando Dios quiera?

**SERA USTED EXPERTO EN**

## RADIO

TELEVISION - CINE SONORO  
y demás Aplicaciones Electrónicas

Esta oportunidad está al alcance de su mano, mediante el afamado sistema "ROSENKRANZ" de estudio por correspondencia, que se imparte en forma amena, fácil y práctica por excelencia.

Establecido en Los Angeles, California desde 1905  
Succursales por todo el continente



**GRATIS!** GRANDES EQUIPOS EXPERIMENTALES, HERRAMIENTAS Y TODO LO NECESARIO PARA LAS PRÁCTICAS

**Pida este Libro GRATIS**

**NATIONAL SCHOOLS**  
(de Los Angeles California)

SUCURSAL en la REP. ARGENTINA Dept. Núm. 787-380  
VICTORIA Núm. 1556 - BUENOS AIRES  
Mándeme su Libro **GRATIS** sobre RADIO - TELEVISION.

NOMBRE \_\_\_\_\_ EDAD \_\_\_\_\_  
DIRECCION \_\_\_\_\_  
LOCALIDAD \_\_\_\_\_ PROV. \_\_\_\_\_



También impartimos Enseñanza Personal en Clases Prácticas sobre Armado y Reparación en nuestra Sucursal, Cursos Diurnos y Nocturnos. Visítenos.



# La tentación

Un cuento de  
**GABRIELA ZAPOLSKA**

ILUSTRACIÓN DE RAUL VALENCIA

**Z**OSKA LUTWINKA era una muchacha muy pobre. Todo su haber consistía en lo que llevaba con ella, un poco de ropa de cama y algunos vestidos que tenía en una valija. Había ganado todo eso sirviendo en las granjas cuando era aún muy pequeña. Una sirvienta, que no puede hacer gran cosa en esos países, no gana casi nada: treinta florines por año y la comida. Y por esa paga se levantaba ella a las cuatro de la mañana, limpiaba diez pares de zapatos, arreglaba más de ocho cuartos y preparaba, entre tanto, la comida de los criados. Después se iba al campo a llevar la comida de los trabajadores; si había que hacer alguna comisión en la ciudad, a diez kilómetros de distancia, se enfundaba en

su casaca y partía a pie por el camino, de cara al viento.

Había que verla, en verano, remover la tierra como un verdadero topo; y en invierno, cuando los leñadores marchaban con el amo, ella se indignaba de sus exigencias, empuñaba un hacha y les ahaltaba las ramas, les hacía montones de leños. Era una fiebre de trabajo; después, de pronto, nada. Caía de cabeza sobre un colchón y no se veían más que dos pies; dos pies negros, porque Zoska no usaba el jabón más que en el lavadero. ¿Y les he dicho cómo charlaba? Pues sí: era habladora. ¡Mala lengua! ¡Una verdadera boca sucia!

Por eso la habían despedido de más de una

casa y no había juntado sino muy penosamente su pequeño bien. Asimismo, ¡qué riquezas en esa valija! Cuatro enaguas, un delantal con flores, un pañuelo de bolsillo, robado, otro encontrado, una vieja caja de papel recogido bajo las ventanas, tapones de estaño y, sobre todo, cuatro pañuelos de seda que Zoska ahorraba y con los cuales se tocaba para hacer morir de envidia a sus compañeras en la procesion. Porque a pesar de su fealdad, de sus ojos bizcos y de sus cabellos raros, Zoska era coqueta y molestaba de buena gana a los muchachos.

Hasta le había costado caro en otros tiempos. Pero todo se arreglaba: en el invierno un niño muere pronto, y —tumbas que cu-



bre la nieve— nada queda en la primavera. Después de todo... ¿era eso una barbaridad? Un desgraciado mienso sobre la tierra y una inquietud quitada a una pobre muchacha... ¿De otro modo hubiera podido comprarse Zoska una voluta, un colchón y un almohadón? Dios sabe, no obstante, la consideración que los años tienen por los criados que poseen ropa de cama y valija. Por eso Zoska era orgullosa y arrogante, a despecho de su santidad y de su fealdad.

Un buen día, Zoska cae en una colocación excelente. No duerme en el establo y no lleva las vacas al campo; permanece en la casa para ocuparse del fuego y para servir a la nueva cocinera que los años han traído de Leopold. Esta cocinera es una vieja señorita que siempre molesta y que, durante la misa, lleva un sombrero de plumas que hace desfallecer de risa a los campesinos. Ni la señora ni el señor se asoman jamás por la cocina; Zoska no enciende, no limpia; come de la mañana a la noche.

Le compararon una cama de seis florines y también un jergón. Ella amonesta allí, rápidamente, su ropa de cama, y su mayor felicidad consiste en saltar sobre la cama, tenderse allí y luego, con los dedos en los codos, entablar una buena querrela con la cocinera.

Hay también un perro en esa casa: un gran bull-dog con la cola cortada. Los años le llaman "Diehl", pero Zoska lo trata de "Dickon" y lo tiene a mal traer. ¿Engañar que Zoska no podía comer carne?

Zoska no es decente con su ama. No es posible hacerle entender que cuanto más gran señora es un ama, menos aparece por la cocina; y como ésta no sabe ni preparar las papas, debe ser una muy gran señora. Suecia siempre, Zoska lo era ahora en forma ultrajante. Una vez que le había merido en la cama no era posible sacarla de allí ni con una vinta de bueyes. Y así, a favor de esa buena colocación, sus vicios abundaban como los yuyos y estaba en camino de convertirse en un monstruo de perversidad.

\*\*\*

La cocinera tenía por amiga a la sirvienta del cura. Estos dos lazos unían a esas dos viejas señoras. Las dos sufrían de los dientes y, como tenían el mismo gusto por las lecturas interesantes, se prestaban mutuamente sus libros.

Un domingo por la noche la cocinera volvió con un pequeño volumen de tapas blancas: era la vida de santa Zita, patrona de los criados. Apenas hubo recorrido algunas páginas cuando no pudo ya contener su alborozo. En un rincón de la cocina dos pies salían de la soubira y un ruidito característico revelaba la presencia de un ser humano. Perdida en sus almodadas, con el almohadón enroscado sobre su vientre, Zoska miraba con su ojo bizco a Dickon, que dormía sobre el cofre de madera.

¿Zoska? —llamó la cocinera que ardía de deseos por comunicar a alguien sus impresiones.

Le respondió un gruñido.

—¿Duerme?

—Por qué quiere que duerma?

—Entonces, escucha.

—¿Qué?

—Sabes quién era santa Zita?

—No.

—¿Era una sirvienta como tú y como vol!

—Oh! ¡Bah...! —exclamó Zoska, incrédula.

—Como si las santas anduvieran en camisa como yo y excoy mscel, segorra María, y no caminarán por la luna en medio de los ángeles, con coronas en la cabeza y flores en las manos.

María levantó el libro:

—Está escrito aquí, Santa Zita era una sir-

vienta; sirvió durante treinta años en la misma casa y por su buena conducta mereció ser santa.

Zoska, impaciente, golpea el borde de la cama con el pie.

—¿Es no es verdad? ¡Una santa no lleva las vacas al campo ni pela las papas!

—¿Está escrito?

Pero Zoska profesa un soberano desprecio por todo lo que está escrito.

—¿Quién es la loca que ha escrito todas esas tonterías y esas mentiras?

—¡Tonterías, mentiras! —replica la cocinera— ¡fue el señor cura quien me ha dado el libro.

Zoska está vencida.

—Si fué el señor cura..., entonces...

La confusión desmenuzaba su alma simple ¡Una santa, sirvienta! ¡Sirvienta a treinta florines por año! Y pensando toda su vida para comprarse un poco de ropa de cama... Considera su propia situación, con los ojos dilatados por el esfuerzo que hace para comprender, después se apodera de ella un deseo loco de convencerse. Sabe leer, pero como lee muy despacio, prefiere escuchar. Si la señora María quisiera leerle... Y dice esa "señorita" con un tono tan deferente, que la cocinera, que no espera más que eso, comienza en seguida, y en el silencio de la cocina, interrumpido por el tictac del reloj y el ruidito del perro, su voz se eleva, entusiasta, diciendo cuán pura era santa Zita, cuán humilde, laboriosa, paciente y devota de sus amos.

Al llegar aquí, la cocinera levanta un dedo.

—No reñá!

—No reñía porque no la incomodaban.

—Pero sí, seguramente la incomodaban.

—¿La cocinera?

—La cocinera y todo el mundo; pero ella, la santa mujer, ofrecía todos sus sacrificios a Dios..., y hasta hacía el trabajo de los demás.

—¿El de la cocinera también?

También. Y eso agradaba mucho a Dios. Y hasta su muerte, premeñó suelta, porque Dios prefiere las vírgenes y las coloca cerca de su trono.

—¿Las muchachas del campo?

—Sí, pero las muchachas del campo que nunca han pecado...

Y la cocinera, triunfante, mira irónicamente a la pobre Zoska, hundida entre las ropas de la cama.

Continúa la lectura: es una de esas historias enternecedoras, claras, indiscutibles, hechas para moralizar, encantar y dominar a las almas simples. Entre tanto Zoska, con los ojos muy abiertos, cambia de lugar para estar más cerca y mirarla:

—Oh, mis amigos..., mis amigos...

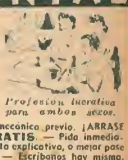
El libro hizo un milagro.

Zoska lo escuchó hasta el fin y pensó luego toda la noche en esa sirvienta que era santa y que fué coronada de gracias. Para ella las piedras se convertían en rosas; el agua en vino. Los ángeles la ayudaban en su trabajo, y un día de lluvia que rezaba delante de una capilla, sus vestidos no se mojaron. Zoska se sintió en la cama y comenzó a pensar, con el rostro entre las manos. ¿Acaso no era ella, como santa Zita, de una familia de carpinteros? ¿No era, como ella, una pobre sirvienta? Mas, por el contrario, ¡qué ruin pecadora era! ¿Qué había hecho por la eternidad al cabo de más de treinta años? Está dicho: Zoska cambiará. Se peinará dos veces por semana; los sábados se lavará con jabón; hablará cortésmente a la cocinera y rezará con fervor, como una santa. Y para comenzar, Zoska se arrojó sobre esa cama que tanto ha servido a su pereza. A través de los vidrios empañados, miró los campos blancos de nieve que brillaban bajo la luna. El sueño de los noches de invierno la invale con su mundo arrebatado.

(CONTINUACIÓN EN LA PÁGINA 114)

## APRENDA MECANICA DENTAL

LE ENSEÑAREMOS EN POCOS MESIS, CLASES DIURNAS Y NOCTURNAS. Toda persona tarde o temprano necesitará colocar dientes artificiales, que los médicos para dentistas ejecutan para los profesionales. HAY GRAN DEMANDA. No hace falta experiencia mecánica previa. ¡ARRASTRE CAMINO EN LA VIDA! GRATIS — Pida inmediatamente el interesante folleto explicativo, o mejor caso, o conversonse personalmente. — Escribanos hoy mismo.



Escuela de Mecánica Dental de Buenos Aires  
2021-RIVADAVIA-2021  
NO SE DICTAN CLASES POR CORRESPONDENCIA.  
Nombre \_\_\_\_\_  
Calle \_\_\_\_\_  
Localidad \_\_\_\_\_ C. 292

### GUITARRAS

FABRICANTES DESDE 1870  
DESDE \$18 HASTA \$1500

MÉTODOS METÓDICA CUERDAS

CREDITOS COMPROMENOS GUITARRAS

AGENCIA CASA NUÑEZ  
SUE DUEÑO Y GRACIA SARMIENTO 1573-Bs. As.

PREFERENCIAS POR CONCERTISTAS Y MAESTROS SOLICITE CATALOGOS

LOS REQUIMOS GRATIS

## SOMBREROS



ORION CHAMBERGO, Calidad RANGON, forro de rayón, o... \$ 1970

MODERNO ORION, calidad fina, "AUDIS", forro de rosa, o... \$ 2470

Don calidades. Dos precios que definen un solo ideal: ELEGANCIA. SOLICITE CATALOGO ILUSTRADO CON VEINTE MODELOS

Se atienden despachos para el interior a medidas del cliente, contra reembolso. (Agregar \$ 0.60 por empaque.)

FABRICA DE SOMBREROS AUDISIO y Cia.

RIO CUARTO N.º 1799 - 21-1472 - BUENOS AIRES

# Dicen que tienes trece primaveras...

ASI SALUDO ESPRONCEDA A LA POETISA ESPAÑOLA CAROLINA CORONADO, QUE FUE, DURANTE LARGOS Y TRIUNFALES AÑOS, LA MUSA ROMANTICA DE SU TIEMPO

Por

Vicente Barbieri

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

**S**on pocos los que leen hoy los versos de Carolina Coronado, figura importantísima del grupo de los románticos españoles. Y es que, a la manera de muchas de las figuras de ese movimiento lírico hispano, su producción literaria es menos interesante y valerosa que su propia vida.

Hace poco, Ramón Gómez de la Serna —sobrino románticamente carnal y leal de la poetisa— publicó un libro que se titula, precisamente, *Mi tía Carolina Coronado*. No es del caso destacar aquí los valores literarios de la obra, puesto que todas las producidas por tal pluma los tienen, sino la importancia biográfica, anecdótica del libro.

Es dudosa la fecha del nacimiento de Carolina Coronado, pues el escritor antes citado anota:

"Nació la poetisa en la casa Nº 6 de la plaza de Abastos del pueblo extremeño de Almendralejo, en 1821 según unos autores, y en 1823 según otros, dudándose también si fué el 12 o el 13 de diciembre el día de su natalicio, aunque yo me inclino a que fué el 23, pues tengo observado en las biografías de algunos poetas que buscan las proximidades del supremo día de Navidad para nacer o para morir".

Eso, en cuanto al nacimiento. La verdad que murió en Lisboa, bien entrado este siglo: en el mes de febrero de 1911.

Sus comienzos líricos no podían ser más simbólicos: allá en su pueblo de bello nombre —Almendralejo— compone, a los diez años de edad, una elegía titulada: *A la muerte de una paloma*, y dicha composición se ha perdido porque con ella envolvió, como sudario, "el cuerpecillo del ave muerta", a la que dio romántica sepultura...

Poco después, contando apenas doce años, da a conocer su famosa composición *La pal-*



CAROLINA CORONADO, EN SU JUVENTUD GLORIOSA

ma, que mereció el saludo de Espronceda, ese saludo que comienza así:

*Dicen que tienes trece primaveras  
y eres portento de hermosura ya,  
y que en tus grandes ojos reverberas  
la lumbre de los estros immortal.*

No se sonría el lector, que éstos no fueron precisamente los peores versos del autor del *Canto a Teresa*, pues tuvo otros mucho peores.

Increíblemente, me parecen los versos de la joven discípula mucho mejores que los del autor del *Diablo mundo*; obsérvese si no este trozo de *La palma*:

*No las tránquilas aguas dulcemente  
arrastran su corriente  
bajo el dorado pabellón que ostentas,  
que, siempre en el estío,  
sin fresco ni rocío,  
sólo de arena y fuego te alimentas.*

Espronceda, a quien Gómez de la Serna llama curiosamente "el Saludador" de Carolina, se inquieta ante la aparición de esa poetisa precoz; y es que todos los románticos lo eran; es más: creo que no se puede ser romántico sin ser, de un modo claro, precoz. Espronceda también lo era, no cabe duda: raptó a una mujer cuando él tiene 23 años, ella muere, él le canta, y después se muere él mismo teniendo apenas 32 años. Los románticos eran así. Rompiendo esa tradición de morir joven, Carolina Coronado pasó largamente los ochenta años. Entró en este siglo materialista como testigo viviente del romanticismo. Vivió hasta el final en su papel de romántica.

Venia de una época en que sonó, como una agorería terrible, el pistolazo de Larra. La gente repelía aquello de "¡Que haya un



D. HORACIO PERRY SPRAGNE



J. DE ESPRONCEDA, EL POETA ROMANTICO



cadáver más, ¿qué importa al mundo!" Se hablaba, murmurándolo en voz baja, que Cadalso había ido al camposanto para desenterrar el cuerpo de "la inolvidable". Ella, que había suspirado esos aires, no podía, trágicamente, adaptarse a las cosas mecánicas de la época nueva.

#### El silencioso

Guiándonos siempre por la biografía que de Carolina Coronado ha escrito su sobrino-nieto, Rómulo Gómez de la Serna, sabemos que la poetisa estuvo enamorada de un misterioso marino que ¡inevitablemente! murió en el mar. Sus familiares le cantaban unos versos que decían:

*Dejad a Carolina descansar,  
que tiene sus amores en el mar.*

Ella misma lo insinúa en *La flor del agua*, cuando dice:

*... el movimiento suave  
de la linfa va siguiendo  
la cabeza sumergiendo  
del agua al menor deslíz.*



LA CAPILLA DEL PALACIO DE LA MITRA

La palabra *deslíz*, como *hado* y como *proceloso*, contaba con muchas simpatías entre los poetas románticos, que las repetían a cada paso.

No menos accidentada es su boda: cuando se enamora del muy honorable Horacio Perry Spragne, secretario de la embajada de los EE. UU. en Madrid, la asalta el escrúpulo de que, siendo niña, había hecho votos sagrados de no casarse nunca, por aquello del marino naufrago. Finalmente, las autoridades eclesiásticas de París, a quienes se consultó acerca del caso, opinan que el voto no tiene ningún valor inhibitorio, ya que la que lo había pronunciado lo había hecho siendo demasiado joven. Y el casamiento se realiza. Desde esa fecha en adelante todo es triunfal, y, a veces, todo trágico en la vida de Carolina. Compone un canto a la abolición de la esclavitud en Cuba, escribe versos para álbumes, se hace el centro obligado de los poetas y poetisas languidescentes del siglo. Es, por antonomasia, la Poetisa del Grupo Romántico.

La muerte de una de sus dos hijitas la enfrenta a un gran dolor que ella magnifica en su estro romántico. Más tarde, el fallecimiento de su esposo ahonda más su vida romántica: hace embalsamar el cadáver de mister Perry y le destina una extraña tumba descubierta, en su propia casa, para poder verlo siempre. Así desde 1891 hasta 1911. Se despidió de él todas las noches al ir a acostarse. Un día, su última hija quiere casarse. Ella se opone, y la niña se subleva. Carolina, indignada, le grita: "¡Vas a repetirme delante de él lo que me acabas de

(CONTINUA EN LA PÁGINA 111)



*Ahora...*

ES EL MOMENTO  
PARA DEPURAR  
SU ORGANISMO.

**GIROLAMO  
PAGLIANO**  
PURGANTE-DEPURATIVO



Para  
peinados  
elegantes

# CINE

por AMELIA MONTI

## HERMOSO TITULO

Artistas Argentinos Asociados está activando los preparativos para el rodaje de la próxima película o filmarse por cuenta del sello. Mucho se había hablado sobre el título, y se habían barajado por lo menos dos. Ahora se ha despejado eso incógnita. Ya tiene título definitivo el nuevo film: "Nunca te olvidaré". Tendrá como intérpretes centrales a Angel Magaña y, posiblemente, Zuliy Moreno. La dirección será ejercida por Lucas Demare, quien está actualmente trabajando con dedicación en el encadenamiento de la película. El tema pertenece a los clásicos argumentistas Petri de Murat y Homero Manzi, quienes —seguro— han escrito un guión que se proyecta en un plano distinto a sus anteriores libretos.

## "DIAS SIN HUELLA", UN DRAMA APASIONANTE

Acaba de dar a conocer Paramount una película que dejan rastros inolvidables en el recuerdo. Una película que puede figurar entre las más grandes que haya brindado la pantalla en estos últimos tiempos. Nos referimos a "Días sin huella", cuyo personaje central, el del dipsomano Don Birman, entra en el elenco de tipos de la historia del cine con rasgos firmes.

"Días sin huella" es un drama apasionante, que nos presenta al desnudo el dolor de un hombre preso en las redes del vicio durante cinco días de embriaguez, sin que den resultados los esfuerzos sobrehumanos que, para salvarlo, realizan su hermano y su novia. Ternura y angustia, fracaso y esperanzas, egotismo y sacrificio forman una gama de emociones directas en este film humano, cuyo argumento está tomado de una vigorosa novela de Charles Jackson, que hizo verdadera sensación. Y al el asunto, llevado por la segura mano del director Billy Wilder, palpita en un clima dramático apropiado, la interpretación constituye otro de los reales valores de esta notable producción.

Ray Milland, que logró merecida popularidad encarnando tipos simpáticos de comedias brillantes, ágiles o sofisticadas, ha demostrado con "Días sin huella" sus dotes de actor dramático, expresivo y recio. El resultado de su labor en el papel de Don Birman le ha valido su consagración definitiva y la de haber sido laureado como el mejor intérprete cinematográfico del último año. Ray Milland, en este film, está realmente magnífico, y a su lado colaboran en forma sobresaliente: Jane Wyman, Doris Döring, Phillip Terry, Howard Da Silva y otros más.

## ENTRE ASTERISCOS



William Holden y su esposa Brenda Marshall son padres de un nuevo niño que nació hace un par de semanas y al que han puesto el nombre de Scott Porter. Brenda Marshall dejó el cine cuando se casó, para dedicarse a su hogar. El recién nacido es el tercer hijo de los esposos Holden.

Se habló mucho, en un principio, de la renuncia al tanto estelar de Lew Ayer cuando le tocó decidir sobre sus actividades en la guerra última. El recuerdo de su en su trabajo en "Sin misericordia en el frente" lo había dejado un campeón invencible. Pero no pasó el tiempo y ahora ya se apresó el citado actor a regresar al cine, colmados sus navíos. Será el protagonista de "El espejo sombrío", teniendo como pareja a la dulcisima Olivia de Havilland.



Glenn Ford, que regresó al cine después de más de tres años de servicios prestados en el cuerpo de marina, recibió el diploma en que se le nombra como "El hombre del año", por la institución femenina "Bobby Soxers of America", que cuenta con más de ocho mil socias de quince a dieciocho años.

Jackie Jenkins, el pequeño actor de "La comedia humana" y "Fuego de juventud", ha sido considerado como el mejor intérprete infantil del año 1945, en una encuesta que se llevó a cabo entre los críticos cinematográficos. El pascoso y simpático muchachito ha podido como premio un caballo.





## PRECIOSA PESCADORA

No hay duda que haciendo de pescadora, Martha Vickers está muy bien. ¿Quién que la vea no se anima a picar? Cuando nuestra simpatísima estrella se dirige al puerto — un puerto que quizá sea de utilería — a practicar el amable deporte de la caña, los pases de colores "made in Hollywood" saben que van a caer irremisiblemente en la trampa... Y es que en realidad, amigos lectores, es demasiado anzuelo.

## ANGULOS Y ENFOQUES



Meche Ortiz acaba de firmar un contrato que supera cuantos haya rubricado hasta ahora en su exitosa carrera cinematográfica. Este contrato es de 200.000 pesos, con gratuidad para estudios San Miguel por dos películas.



Ha surgido la idea de llevar a la pantalla local la exitosa pieza de teatro "Mi Cuatril Caballero", con una adaptación de colaboradores más directos del éxito escénico, y con el mismo elenco que interpretó la pieza en cuestión. Luz y Ricardo Pesano, hijos.



Alicia Barré ha regresado de México con buen pie, pues de inmediato ha sido contratada para uno de los papeles centrales en "Mirad los lirios del campo", que dirigirá Faticone.




Paquita Garzón ha grabado para "Milegro de amor" un aire popular español. No interviene en la película que interpreta María Duval. Después de lo simpático y bien que estuvo en "La dama", no se explica que Paquita Garzón sea utilizada, únicamente, para "grabar".

## "MARIA ROSA"

—Pocas veces he estado tan satisfecha de una labor cinematográfica como en esta oportunidad.

Tales son palabras de Amelia Bence en un breve descanso entre escena y escena del rodaje de "María Rosa", versión de la celebrada pieza de teatro de Angel Guimera, de humano y vigoroso contenido dramático. Y tiene razón la actriz para expresarse así. Su papel es, además de difícil — desde luego —, de una gran responsabilidad y una gran exigencia interpretativa. Todos dicen que Amelia Bence "está en tipo" y que realizará una carrera en su trabajo. Como se sabe, la acción transcurre en tierras españolas, y lapsos y momentos han sido reflejados con extraordinaria precisión, cumpliendo el requisito central Enrique Dicho, Domingo Sapele, Alberto Closas y Elena Cortés, bajo la dirección de Luis Moglia Bart.





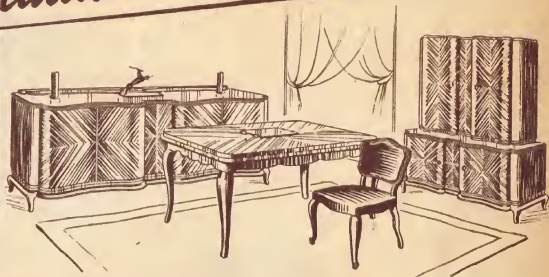
# 9 DE JULIO

Una vez más, como en años anteriores, desfilaron los soldados de la Patria y, una vez más también, el pueblo argentino se volcó en las calles de la ciudad en fiesta para contemplar su ejército. Esa marcha severa, disciplinada y grandiosa; ese poderío humano y material desplegado ante los ojos de los argentinos en medio de los marciales acentos de las marchas militares, suscitó, a través de los años y de la historia, el recuerdo de aquellos que, en días de prueba e incertidumbre, permitieron, mediante el esfuerzo de su brazo y la suprema simiente de la sangre derramada, fundar la grandeza actual, esa grandeza que halló su origen en el Acta de la Independencia.

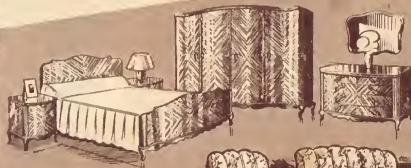




*Un solo precio en una sola  
calidad... TORETTI!*



Elegante COMEDOR, estilizado, Francés, rev.  
en Nogal, Aparador, Bargueño, Mesa y 6  
sillas tapizadas en cuero a elegir,  
\$ 950.-



Gran DORMITORIO  
Est. Francés, const.  
maciza, rev. en Nogal,  
ropero 2 metros,  
desarme, cama 2 pla-  
zas, cómoda y toilet-  
te y 2 me-  
sas de luz, \$ 985.-

Confortable LIVING ROOM,  
gran presentación, baranda  
clásica, tapizado en varios  
gustos. REBAJA.  
\$ 290.-



1118 **TORRETTI** 1118  
CORRIENTES

# PATIN

EL patinaje sobre hielo es sin duda alguna un deporte emocionante. Emoción de deslizarse vertiginosamente por la blanca pista. Y arte también: el de girar al compás de un dulce vals vienés, dejando en la superficie helada el dibujo caprichoso de la danza...

¡Oh, maravilloso ensueño de invierno!... Danzarinas de las nieves, seguid dando vueltas y más vueltas en frío cristal biselado.



ADIOS, BUEN VIAJE EN TOROGAN





LAS PATINADORAS SE ACUCALAN



UNA BONITA DANZARINA DE LAS NIEVES



## ACTUALIDADES GRAFICAS



Doctor Eduardo B. Busso.



Doctor Adolfo Buv.



HOMENAJE — En la Sociedad Científica Argentina tuvo lugar un acto en homenaje al doctor Eduardo B. Busso, en reconocimiento a su destacado labor jurídica, acreditado especialmente por su "Código Civil Anotado". Ofreció dicha demostración el doctor Adolfo Buv, pronunciando seguidamente el agasajado una conferencia en tema a "Los bases morales del Código civil en el orden positivista".



CONFERENCIA — El señor J. M. Villanova, presidente de la Asociación de Dirigentes de Ventas, presentando al doctor Alejandro Shaw, quien pronunció recientemente una disertación en el local de dicha entidad, sobre el tema "El Mercado Argentino".



ORADORA. — En la Asociación Patriótica Española fué muy aplaudida la conocida escritora doctora Clara Compagnon, quien dió una conferencia acerca de "La Literatura Española en el siglo XIX", que corresponde al ciclo de lecciones auspiciadas por la citada institución.

AGASAJO. — Un núcleo de amigos y colaboradores del señor Maurice Nègre, director general de la Agencia France-Press, le ofreció un cocktail en las salones del Alveor Palace Hotel. En la foto se ve, acompañando al agasajado, al señor B. Teslenko, director de la mencionada agencia en Buenos Aires.



MUESTRA. — Patrocinado por la Asociación de Mecánicos, Dentales de Buenos Aires, realízase en su sede social la primera exposición de Prótesis Dental, que fue inaugurada con gran éxito.



ESPECTACULO. — Aspecto parcial del público asistente a uno de los extraordinarios funciones que el renombrado circo Sheng-Li tiene actualmente en corteil, con la mejor acogida por parte de los espectadores.

PUBLICITARIAS. — Para celebrar el primer aniversario de la fundación de la agencia de Publicidad Delto, el director de la misma, señor W. G. Alkman, y sus colaboradores llevaron a cabo una reunión íntima, que transcurrió en un grato ambiente de camaradería.



NUEVO AUTOMO. VIL. — Un veloz aporte al mercado mundial automovilístico lo constituye la fabricación del nuevo coche "Bobby-Kar", que será importado de los Estados Unidos para ser puesto en venta en nuestro país.



# RISA Y SONRISA

DEL 1500

por Gubellini



—Adelantado, un llamado urgente del almirante.



## El norio de Betty o la torta de alarma

(Comedia para solteros)

Prólogo

(En este prólogo expone el autor, no sólo el alcance, sentido y propósito de la comedia, sino también sus ideas con respecto a la entanasia, engenesia, geodesia, Polinecia, laborismo, georgismo, anarquismo, cristianismo, budismo, radiotelefonía, teatro, cine, calositis, equianálisis, apendicitis, kanguros australianos, materialismo histórico, espiritismo, Chesterton, pócker, alcoholismo, canibalismo, vegetarianismo y algunas otras ideas generales, seguidas de unas reflexiones sobre la actuación del Lord del Sello Privado en un partido de golf; pero me he tomado la libertad de suprimirlo por su mucha extensión, pues consta de 358 páginas.)

Acto primero y último

Biblioteca del doctor Byrd (al extremo de la City, por cuyas ventanas, si estuvieran abiertas, se vería la Torre de Londres y la gente que pasa por la calle. Las estanterías, lo mismo que los libros que contienen, son de un estilo infinito. Severo y pesado. El doctor Byrd es un caballero inglés, de cincuenta y ocho años, de cabellos blancos y traje gris, que sería tan vulgar como otro millón de caballeros ingleses si yo no lo hubiera puesto en esta comedia. Al levantarse el telón está papando moscas.)

LA SEÑORA BYRD. (Esta señora tiene con la misma edad que su esposo y es con del sexo opuesto.) = Querido: como hoy es tu cumpleaños, he hecho con mis propias manos esta torta, que espero llene tus aspiraciones. (Al ir a colocar la torta sobre el escritorio, se le cae al suelo produciendo el ruido característico de los adoquines y de las tortas que las buenas esposas preparan con sus propias manos.)

BYRD. — Muchas gracias, querida. (Recoge la torta con visible esfuerzo.)

SEÑORA BYRD. — Y ahora me voy, pues debo asistir al "meeting" pro alimentación racional de los perros piquemeses. (Sale.)

BYRD. (Papa moscas hasta que llenan a la puerta.) — ¿Quién es?

WILLY. (Abriendo la puerta y entrando.) — Un desconocido. (Este Willy viste traje de golf y parece tener veinticinco años y el propósito de hablar con el dueño de casa.)

BYRD. — ¿Un desconocido? No sea usted jactancioso, joven, hay en Londres más de medio millón de jóvenes como usted. Usted dirá...

WILLY. — Es que el asunto que me trae es un tanto difícil... incómodo.

BYRD. — Entonces, ¿por qué no se ha quedado usted en su casa?

WILLY. (Solemnemente.) — Caballero, ¿sabe a Betty?

BYRD. — ¿Y a mí qué me cuenta?

WILLY. — He venido a pedirle su mano.

Escribe  
POR EL ESTILO DE...

CANICATURA DE  
RAÚL DE VALENCIA

BYRD. (Distraído le alargla la mano.) — Sírvase. (Reaccionando.) Usted dispense... Entonces quiere usted casarse con Betty?

WILLY. — Eso haría mi felicidad.

BYRD. — ¿La conoce usted bien?

WILLY. — He jugado con ella muchos partidos de tenis, hemos formado parte de las mismas cabalgatas y todas las tardes tomamos el té juntos.

BYRD. — ¿Y cree usted que podría, en caso necesario, dominarla como a un caballo, lanzarla por los aires como a una pelota, o enlazarla como a una vara de té cuando se ponga agria? Seguramente, no; más lógico sería que se casara usted con un caballo, una raqueta o una tetera... Pero la juventud es demasiado insensata para obrar tan cuerdiamente. Por otra parte, los viejos no son menos estúpidos, y lo que aparentemente los hace más razonables es que sus fuerzas no les permiten hacer tantas tonterías... ¿Su padre de usted, qué es?

WILLY. — Verdugo.

BYRD. — He ahí una bella profesión. Lástima que su ejercicio esté tan restringido por las leyes y que no se pueda llamar al verdugo para que le anpire a uno un paciente molesto, como se llama al médico para pinchar un flemon.

WILLY. — Yo debo confesarle que en mi juventud he sido un tanto disipado y cala vera, pero ahora me he corregido.

BYRD. — Malo, malo... Un canalía que se reforma no será nunca más que un hombre de bien de segunda mano. Por eso yo sigo siendo tan cretino como en mi juventud, como me hicieron mis padres, mis maestros, la sociedad en que vivimos, y, si soy vegetariano, no es por moral, sino por el estómago, aunque bien mirado la moral y el estomago son cosas muy parecidas en Inglaterra. Yo le decía la otra tarde al arzobispo de Canterbury: Mira, querido, la religión sería una cosa muy buena, pero le falta una cosa y le sobra otra: le falta Dios y le sobran los sacerdotes. Y esable usted que me conteste? Pues me dijo: "Déjate de andar y dame otra caja! Estábamos jugando al pócker, porque el juego es la única forma correcta con que los hombres nos podemos sacar el dinero. Tiene sobre el comercio la ventaja de que ambas partes pueden perjudicarse en la misma medida. ¿No lo cree usted?"

WILLY. — Yo creo que debo casarme con Betty.

BYRD. — Yo creo que usted es idiota, pero eso no le impedirá llegar al Parlamento o ser un gran crítico teatral o un escritor de éxito como Chesterton. Pero le he tomado simpatía y no me gustaría verlo desdichado antes de tiempo. Si usted se casa con Betty, o con otra cualquiera, entrará sin duda en el matrimonio, que es como entrar en los teatros, musicales y sin ir al pozo de los ladrones, porque el matrimonio es eso... y debe, más tenderá que comer tortas hechas por su esposa. (Mira con terror la torta que está sobre el escritorio.) Sí, joven, la mujer inglesa tiene el grave inconveniente de ser una mujer de su casa, que generalmente



está en un "meeting". Betty, además, es una birria, lo que se llama una hiriá.

WILLY. — Caballero, no puedo permitir que en mi presencia se hable así de la mujer que amo.

BYRON. — No diga tonterías; dentro de seis meses, si se casa, dirá usted cosas reñidas. La otra tarde, hablando con el Lord Canciller, le decía: «Sabes, Poli, en qué se parece el amor a una horrachera? Naturalmente, que como el pobre Poli es tan idiota no me supo contestar. La respuesta es ésta: La horrachera se parece al amor en que aquélla nos hace dichosos y luego se nos pasa y no pasó nada; mientras que el amor nos hace dichosos y cuando se nos pasa nos queda el matrimonio. Todos se rieron mucho, menos Poli, porque es muy idiota, y además estaba su mujer presente.

WILLY. — Pero, en resumidas cuentas: ¿me concede usted sí o no la mano de su hija?

BYRON. — De ningún modo, joven; me es imposible.

WILLY. — Piense usted que soy un joven ambicioso y que tengo un porvenir.

BYRON. — Lo mismo decía el ciclista y se rompió las narices contra un farol.

WILLY. — Mire que a Betty no se le va a presentar otra ocasión como ésta, pues, para serle franco, le diré que es un tanto coja.

BYRON. — Y bízca, y canta de un modo tal que parece un disco rayado, y su moralidad y la de su familia deja mucho que desear.

WILLY. — Entonces no entiendo su actitud.

BYRON. — Yo se la explicaré. Una noche le dije al duque de Kent: Oye, chico, ¿me regalas la columna de Nelson? Y él me respondió: No puedo, porque pertenece al pueblo inglés.

WILLY. — ¿Quiere usted insinuar que Betty pertenece al pueblo inglés? Me parece que usted exagera; será un poco ligera de cascos, pero tanto como eso...

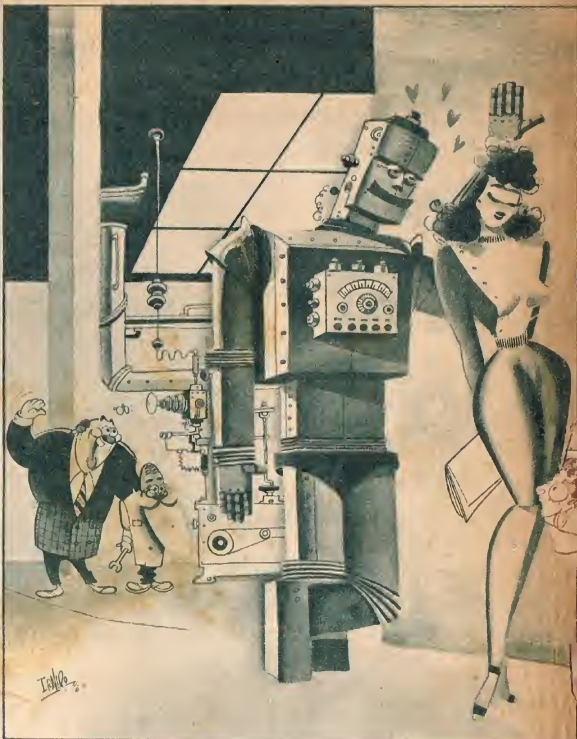
BYRON. — No me ha entendido usted, cosa que no me extraña, pues ya he notado que es usted tan idiota como otro inglés cualquiera. Lo que le digo es que no puedo concederle la mano de Betty porque no es hija mía.

WILLY. — Ya comprendo..., algún desdichado de su esposa...

BYRON. — Nada de eso; Betty, a lo que entiendo, es hija de un tonto escocés que vive en la puerta de al lado. Se ha equivocado usted de puerta; eso es todo.

WILLY. — Y por qué no me lo dijo antes?

BYRON. — Porque soy enemigo del matrimonio, de los escuecos y del aburrimiento, y esta tarde me aburría. Pero yo lo indemnizaré por el tiempo perdido. Tome usted (le da la torta.) ¡Cómansela usted y si después le quedan ganas de casarse, vuelva y batee en la puerta de al lado. (Lo empuja fuercemente hacia la puerta.)



—¡Es perfecto, profesor! ¡Perfecto!

¡VISITAS...

por Rafael



—¡Pero, querido, para qué se me ha molestado... Usted sabe que nosotros cualquier cosa nos arreglamos.

# Tráedme las



De Ben Chafar Mushafi, poeta y  
gran visir de Bagdad. Traspaso  
del árabe al castellano  
por **MÁS MATE**  
con ilustraciones de  
**RAUL VALENCIA**

Copero, sirve otro chato...

Era más de medianoche,  
lejos las renas croaban,  
cabezajo y boquiabierto  
triste y solo meditaba.

Persas eran las muy tunas,  
persas eran las malvadas  
con los ojos de azabache...  
¡Ganas me dan de colgallas!

Copero, sirve otro chato...

La luna se puso verde,  
de mi harén las mil persianas,  
en mil alfombras de Persia  
se escapaban por las ventanas.

Tan verde estaba la luna  
que asustadas mis esclavas,  
a los fieros bereberes  
como locas se entregaban.

Copero, sirve otro... ¡Hip!

Jugaban al mus y al tute  
luceros de porcelana,  
estrellas de negro azucar  
la noche café endulzaban.

Cien de mis bravos guerreros  
del alcazar ya marchaban,  
y en el desierto se pierden  
en busca de mis esclavas.

Copero, sirve... ¡Hip!

¡Prendellos, por Alá, prendellos!  
traedme las mis esclavas,  
y a los fieros bereberes  
arrancadle las sus barbas.

Ofrecelles un collar  
de zafiros y de perlas,  
un par de medias de seda  
pero decillas que vuelvan.



# mis esclavas



Copero... ¡Hip!

¡Y si el collar desdénasen,  
y si las muy descastadas  
ya no quisieran volver,  
por sinvergüenzas, matallas!

Al fin se topan con ellos  
y en fiera lucha se treznan,  
ya las gurias relucen,  
ya se rompen las cabezas.

¡Hip!...

¡Cómo se matan a golpes,  
cómo chirrian las persianas!  
De latas y tueras ruidos  
en la noche se escuchaban.

Helos por do vienen mustios  
con las armas abolladas,  
muy sucios los albornoces  
y como sierras las lanzas.

¡Hip!...

¿Qué es aquesto, malandrines?  
¡Manos y pies les cortara!  
¡Ay, de mis blancas gacelas!  
¿Dónde están las mis esclavas?

Palmeras de hojadelata  
sus melenas se mesaban,  
bocas rojas como el vino  
que mis noches alegraban...

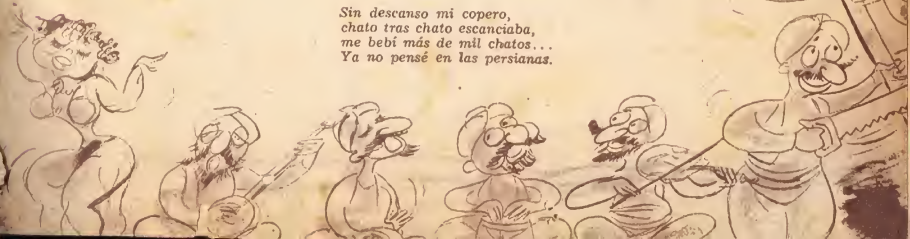
¡Hip!...

Más de mil quinientos hijos  
por sus madres me clamaban,  
unas novecientas suegras  
en el serrallo chillaban.

Gritos, clamores y llantos  
elevávanse en el alcázar,  
mis eunucos, los muy cucos,  
sonríen, cantan, descansan.

¡Hip!...

Sin descanso mi copero,  
chato tras chato escanciaba,  
me bebí más de mil chatos...  
Ya no pensé en las persianas.





## EN LA OFICINA...

COMPETENTE, PERO...



—Muy bien en taquigrafía... excelente en dactilografía... Creo que no tendré más remedio que tomarlo.

## DISCRECIÓN ANTE TODO



—Señorita, sírvase aharar a morder... Esa bofetada la ha sido toda la oficina.

## DIVISA

NUESTRO LEMA  
"SAÚDE A CLIENTE COM  
UMA SONRISA"



—Un momento... que todavía no se ha hecho la venta

## TODO ES SABER ARREGLARSE



—¡Demonió!... ¿Se puede saber cómo te has arreglado para conseguir este magnífico automóvil?

—Producto de una rifa.

—¿Siente el primer premio?

—¡Qué esperanza! Lo que hice fue organizar la rifa.

## DE TODOS LOS DIAS

Un transigente, al mendigo que termina de contarle una historia dramática:

—¡Pero, hombre! Lo que acaba de decirme no coincide en nada con lo que me contó ayer.

—Es muy posible; pero como me pareció que de la anterior no me creyó nada...



## EL AMOR Y EL INTERES

Sentía envidia y pesar

Una niña que vela

Que su abuela se ponía

En la garganta un collar.

—¡Necia! — la abuela exclamó —

¿Por qué me envidias así?

Este collar irá a ti

Después que me muera yo.

Mas la niña, que aun vela

Con la ficción la codicia;

Le pregunta sin malicia:

—¿Y morirás pronto, abuela?

RAMÓN DE CAMPOAMOR.



## ACLARANDO

Un señor entra en un comercio del que acaba de salir, y dirigiéndose al cajero, le dice:

—Dígame, ¿ai pagarle no le habré dado un billete de diez pesos por uno de cinco?

—No, señor, era de cinco; estoy seguro.

—Bueno, en realidad no importa; pero es que tenía uno falso de diez, y ahora no lo encuentro.

—Este... un momentito... voy a revisar la caja...



## AGALLITA

Pescando mojarritas

por J. CHRISTIE M

## RAYOS X

Por HALESLIAN Y DEL CASTILLO





## DABA LO MISMO

En una oportunidad, Rossini, que no simpatizaba mucho con las teorías musicales de Wagner, ejecutaba al piano unos trozos musicales del músico alemán. En ese momento, un alumno del autor de "El Barbero de Sevilla", al oír el ruido que producía el piano —ya que otra cosa no era aquello—, se acerca al maestro, y le dice: —¡Maestro! ¡Pero ha puesto us-



ted la partitura al revés!  
A lo que respondió Rossini: —¡Ya probé del otro lado, y el resultado ha sido el mismo!...

## UNA DEFINICIÓN

El dentista es un profesional que se dedica a extraer las muelas de los demás, para poder dar, con el producto de esta operación, trabajo a las suyas.



## PUNTO DE VISTA

por Domingo Villafañe



—Es un barrio un poco húmedo, pero es cuestión de acostumbrarse.



rafael

—... Y sin embargo, el libro lo decía claro: el budín se servirá adornado con fruta...

# TOXICO Y BIBERON



por Janiro

¡OJO OJOS, ALGUIEN ME SIGUE!...  
¡ACASO LA POLICIA?... OH, TERRIBLE  
DUDA!



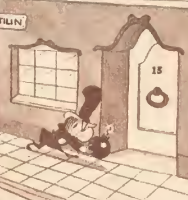
¡PADRE! PADRE!... MIRA, ME HAN  
REGALADO ESTA RIFA DEL CIRCULO  
CUADRADO!... EL PRIMER  
PREMIO, ES...



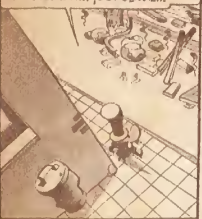
¡TRAIGA DADA ACA!... ¡TE VOY A  
DAR RIFITAS! ¡EN CASA TE ESPERAN  
VISITAS, DIGO, CÍEN LATIGAZOS!



¡AHORA A PONER LA BOMBIA EN  
LA HERMOSA MANSION RECIENTE  
CONSTRUIDA, DE LA CALLE TILIN!



¡E, JE!... ESCOMBROS!... ESO ES LO QUE  
HA QUEDADO!... ¡SOY GENIAL!



¡LOS DIARIOS! CON EL RESULTADO  
DE LA RIFA DEL CIRCULO CUADRADO!  
¡GALERUDO!... ¿QUERES UNO?



## ¿LO SABIA Ud.?

En cierta ocasión pidieron a Tristán Bernard la  
definición de una mujer hermosa, y el escritor  
francés respondió:  
—El paraíso de los ojos, el infierno del alma, y el  
purgatorio del bolsillo.

## HABIA MOTIVO

—Mamá — dice la señora a lo mucamón —, ¿quién ha to-  
mado coñac de este botellón?  
—Me sigo yo, señora.  
—¿Usted? Pero, ¿cómo se ha atrevido?...  
—Es que lo necesitaba, tenía que repelerme de una emoción  
muy fuerte; ¡esta mañana rompí mi jorron japonés!...

## RESPUESTA ACERTADA

Preguntaron una vez a Diógenes  
cuál era la bota más indicada para  
comer. Y el filósofo griego contestó  
que para el rico en yado tuviese ga-  
nas, y para el pobre cuando tuvie-  
se que.



## GITANERIAS

Un príncipe vió en sueños  
tres ratones: uno gordo, otro  
flaco y un tercero ciego.  
Intrigado por el significado  
del sueño mandó llamar a una



gitana para que se lo explicara.  
—El ratón gordo — contestó  
la gitana — es tu primer mi-  
nistro, el flaco es tu pueblo, y  
en cuanto al ciego, ése eres tú.

## EN UN NEGOCIO DE ZAPATERIA

Cliente primera, dirigiéndose al  
vendedor:  
—Estos zapatos me aprietan un  
poco.  
El vendedor, con mucha amabi-  
lidad:  
—No importa, señora; llévelos  
igual, porque con el uso el cuero  
estirará un poco.  
Cliente segunda, al mismo vende-  
dor:  
—Estos zapatos me van a resultar  
grandes.  
El vendedor, siempre muy ama-  
bible:  
—Puede comprarlos con confian-  
za, señora; en cuanto se mojen verá  
usted cómo el cuero encoge algo.  
Tercera cliente:  
—Creo que estos son los zapatos  
que necesitaba; me quedan muy bien.  
El vendedor, sonriendo:  
—Y son de primera calidad, se-  
ñora. Puedo asegurarle que, aunque  
se cause de usarlos, el cuero no cam-  
biará en absoluto.

## DON TEMBLEQUE, UN HOMBRE TIMIDO

Servicio completo

por JAN KIEL

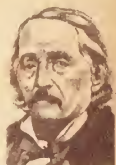
OJO POR OJO...

por González Fossal





LA VIDA DE LA HUMANIDAD EN UNA  
OBRA ESCRITA PARA TODO EL MUNDO



# Historia Universal

de CESAR CANTU



Estupenda creación de la historiografía moderna que resume, en su indiscutible jerarquía intelectual, todas las ventajas que puede exigir el lector de hoy: es una espléndida crónica del mundo a través de los siglos y hasta nuestra época, que posee el atractivo imponderable de la veracidad crítica, está ilustrada con generosa riqueza documental y escrita con destacable brillantez y colorido. Creada con admirable unidad de concepción y de método, esta obra, mundialmente célebre, ofrece un vastísimo y perdurable testimonio humano que instruye, reconforta y maravilla.

La HISTORIA UNIVERSAL de César Cantú es un precioso y completísimo documento de la vida de la Humanidad, en el que no se sabe qué admirar más: si su gigantesca labor de investigación, tan elogiada, o la gracia y plasticidad de su atractivo estilo. Desde las primeras páginas, el lector se siente ganado por la variadísima riqueza de información, y advierte, además de las notables cualidades del literato y del historiador, una maravillosa pondere-

ración entre los elementos reales y artísticos.

También recogió Cantú, con la amplitud que exige su importancia y con la perspicacia de un cronista prolijo, las grandes efemérides, el progreso científico, artístico, filosófico, literario; las múltiples manifestaciones de cada pueblo y de cada época; es decir, ofrece al lector agudas síntesis del esfuerzo y del fruto de la inteligencia humana en los diversos ciclos de su desarrollo.

...Y, en suma, cuanto debe figurar en una historia del mundo que aspire a llenar la función informativa y crítica que exige el lector moderno, documentado y escrito todo con aménísimo estilo.

Principales características de esta edición de la Historia Universal, de César Cantú. Puesta al día, hasta los últimos acontecimientos, por el Prof. José D. Calderaro.

11 GRANDES TOMOS DE 640 PAGINAS c/u. (TAMANO 18x27 cm.), IMPRESOS A DOBLE COLUMNA, EN PAPEL ESPECIAL, CON LETRA SUMAMENTE LEGIBLE Y LUGOSAMENTE ENCUADERNADOS EN TELA INGLESA, CON TÍTULOS Y ESTAMPACIONES EN ORO. ILUSTRADA, CON 112 HERMOSAS LAMINAS EN NEGRO, REPRODUCCIONES DE CUADROS HISTORICOS, RETRATOS DE PERSONAJES CELEBRES, COMPLEMENTADA CON UN PRACTICO INDICE GENERAL QUE FACILITA CUALQUIER CONSULTA.

Solicite informes a la  
**EDITORIAL SOPENA ARGENTINA S. R. L.**

Capital \$ 3.000.000 m/n.  
ESMERALDA 116  
U. T. 33-0063 - Bs. Aires



La HISTORIA UNIVERSAL puede adquirirse con un elegante mueble de pie, construido en finísimo roble americano, ilustrado a mano, y también con un práctico y lujoso mueble de sobremesa, de líneas sobrias y elegantes como el anterior.

Sirvanos enviarnos informes y folleto de la HISTORIA UNIVERSAL, de César Cantú.

Nombre.....

Dirección.....

Localidad.....

F. C..... L. 292





# AVENTURAS DE JOHN DAVYS

célebre novela de

**ALEJANDRO DUMAS**

TAPA ILUSTRACIÓN DE ARTECHE



1

ESTAS líneas las empiezo a escribir cuarenta años después del día en que mi padre, el capitán Eduardo Davys, comandante de la *Junon*, fragata de guerra, cayó en el puente con una pierna de nuevos, troncada por uno de los proyectiles lanzados por *Le Vengeur*, que, antes que rendirse, prefirió hundirse en las sargas del mar.

Al llegar mi padre a Portsmouth, donde ya se sabía la nueva de la victoria alcanzada por el almirante Howe, recibió el nombramiento de contraalmirante, que le fué concedido junto con el retiro.

Tenia mi padre, en ese entonces, cuarenta y cinco años y era uno de esos marinos de alma, que no comprenden la necesidad de la tierra si no para proveerse de comestibles o utilizarla como secadero de pescado. Nacido a bordo de una fragata, era guardiamarina a los quince años, teniente a los veinticinco y capitán a los treinta; pasó lo mejor de su existencia en el mar; sin poner el pie en tierra firme más que muy contadas veces.

Así que ya es de imaginar cuál sería su tormenta al verse ahora acostado para siempre en tierra. Ni la pérdida de la pierna ni el dolor que tal suceso le provocaba tenían para

él tanta importancia como el verse en situación de retiro y sin pisar barco alguno.

Muy larga y dolorosa fué su convalecencia; pero su robusta constitución aguantó los males físicos y venció las preocupaciones morales. Ciertamente, y justo reconocerlo, que para salir a flote de tan dura lucha, sir Eduardo tuvo a su lado a uno de sus fieles marinos, que lo acompañó en casi toda su azarosa vida marítima.

El digno hombre de mar a quien me refiero, cuya edad excedía en algunos años la de mi padre, se llamaba Tom Smith, y abandonó la fragata tan pronto como a su comandante le dieron el retiro.

Los dos viejos amigos, amigos, sí, porque en la vida privada desaparece la distinción de grados, vieron bruscamente condenados a un género de vida para el cual no estaban preparados, y cuya monotonía los aterraba de antemano, pero de grado o por fuerza habían de resignarse. Acordóse sir Eduardo de que allá, a unos cuantos centenares de millas de Londres, poseía un castillo que llevaba el nombre de su padre: *William-house*, y allí se encaminaron los dos lobos de mar.

Ocupaba el castillo una posición encanta-

dora. Un riachuelo, nacido al pie de las montañas que se elevan entre Manchester y Sheffield, cruzaba las deliciosas praderas y, después de formar un lago de una legua de perímetro, continuaba su curso para verter su caudal en el Trent, no sin antes bañar las casas de Derby. Todo el paisaje ofrecía un tono verde lleno de vida y de alegría. Aires de tranquilidad profunda y perfumes de dicha completa saturaban el horizonte, que limitaba esa cadena de colinas, de curvas graciosas, que nace en el país de Gales, arrastra por entero Inglaterra y termina en las estribaciones de los montes Cheviots.

Retiro mejor no hubiese podido desearlo el hombre que, haviendo de las cosas del mundo, lo hubiera escogido voluntariamente; pero como sir Eduardo no se encontraba en este caso, halló que aquella naturaleza tranquila y bonita era monótona, comparada con la eterna agitación del Océano, con sus horizontes inmensos, con sus islas grandes como continentes y continentes que son mundos. Recorrió suspirando los vastos salones del castillo, sobre cuyos entarimados de bruñida encina resonaba, débilmente, su pierna de palo, haciendo alto en las ventanas de las cuatro fachadas a fin de trabar conocimiento con los cuatro





puntos cardinales de su propiedad, y, seguido por Tom, que ocultaba el asombro que tanta magnificencia le producía.

—¿Qué me dices, Tom? ¿Qué te parece todo esto?

—¡Palabra de honor, mi comandante! —contestó Tom, tomando de sorpresa—. El entusiasmo está bien, falta saber si han descubierto la causa.

—Baja tú, Tom; baja y examínalo por tus propios ojos. Aquí te espero.

—¡Díablos! —exclamó Tom—. ¡El caso es que no sé dónde están las escotillas!

—¿Desa el señor que le acompaña? —preguntó uno de los que salió de la estancia contigua.

—¿Quién eres tú? —interrogó sir Eduardo volviéndose.

—Jorge, el ayuda de cámara del señor —respondió la voz.

—¿Que pase el ayuda de cámara! —exclamó el marino.

Un segundo después, aparecía en el umbral un muchacho de gran talla.

—¿Quién te tomó para mi servicio? —repuso sir Eduardo.

—El señor Sanders, su administrador.

—¡Ah, vamos! ¿Y qué sales hacer?

—Sé afeitar, peinar, limpiar y bruñir las armas... en una palabra: todo lo concerniente al servicio de un militar ilustre como Vuestra Señoría.

—¿Quién está al frente de la cueva?

—El señor Sanders consideró que el puesto era demasiado importante para disponer de él en ausencia de Vuestra Señoría.

—¿Ese hombre no se paga con dinero? ¿Has oído, Tom? La dirección de la cueva está vacante.

—Sopongo —respondió Tom con visible inquietud— que la falta de jefe no será debida a que la cueva está vacía.

—¿Está surtida: puede examinárla el señor —contestó el ayuda de cámara.

—Es lo que voy a hacer ahora mismo con permiso del comandante —dijo Tom.

Sir Eduardo concedió el permiso solicitado para llevar a cabo tan importante misión, y el viejo marino siguió al ayuda de cámara.

## II

Mal hizo Tom en abrigar temores; pues la bodega estaba bien repleta. Según lo exigieran las cualidades o lo ajeño del líquido que contenían, las botellas estaban en posición vertical u horizontal, pero todas llenas, todas agrupadas en torno de sus respectivos mástiles, hincados en tierra y coronados por un cartelón, en el cual se leía el año del vino y la cosecha, mástiles que eran a manera de banderas de distintos cuerpos de ejército, colocados en forma que hacía honor a los conocimientos estratégicos del digno señor Sanders. Los latidos de Tom dejaron escapar un murmullo de aprobación que evidenciaba que sabía apreciar aquellas sabias disposiciones, y como observara que, cerca de cada agrupación, destacada a guisa de centinela, había una botella, resolvió prender tres de aquellas centinelas avanzadas y presentarse con ellas a su comandante.

Encontró a éste sentado delante de una ventana del salón que había elegido para sí, ventana que daba al lago. La vista de aquella pobre extensión de agua, que brillaba como un espejo encerrado en un marco verde, había hecho evocar al capitán todos sus antiguos recuerdos y todos sus pesares presentes, pero al oír el ruido que hizo la puerta al entrar Tom, volvió la cabeza, y como si experimentara cierta humillación al verse sorprendido pensativo y con los ojos anegados de lágrimas, irguióse, y dejó oír la trececla que le era habitual cuando se sublevaron a sus pensamientos y ordenaba

a éstos que tomasen derroteros nuevos. Tom leyó como en libro abierto en el alma de su comandante, adviniendo las sensaciones que le preocupaban, pero nada dijo: el comandante, por su parte, avergonzado de que su viejo camarada le hubiese sorprendido en momentos de tanta debilidad, fingió una alegría que estaba muy lejos de sentir.

—¿Qué me dices, Tom? —exclamó, esforzándose por dar a su voz una expresión jubilosa—. No habrá sido muy mala la campaña cuando traes prisioneros, ¿eh?

—La verdad es, mi comandante —respondió Tom—, que las regiones que acabo de explorar están muy pobladas, y que en ellas encontraré como que brindarán contra muchos honores por el honor futuro de la vieja Inglaterra quien tanto ha contribuido a su honor pasado.

—¡Crea, Tom! —dijo—, que aquí estaremos todo lo bien que se puede estar en tierra.

—De mí, puedo decir —contestó Tom, fingiendo un desprecio que no sentía— que si no me engaño mucho, antes de una semana habré olvidado por completo a *La Juncos*.

—¡Ah! —¿Qué sorpresa era *La Juncos*, amigo mío? —exclamó sir Eduardo—. ¡Encantadora fragata, graciosa como una gaviota, obediente a la maniobra, brava en el combate! ¿Pero no habíamos de eso, Tom, o mejor dicho, no habíamos nunca de otra cosa? La vi construir, amigo mío; le vi poner desde la quilla hasta los juanetes... Era mi hija... sí, Tom, mi hija... ¡Hoy vive con otro...! se ha casado! ¿Quiera Dios que su marido la gobierne bien, porque si le ocurriera alguna desgracia, yo no podría consolarle nunca!... Vamos a dar una vueltacita, Tom.

El comandante, sin tratar de ocultar su viva emoción, tomóse del brazo de Tom y bajó al jardín por la escalinara.

Era uno de esos encantadores parques ingleses, con sus canastillas de flores, sus macizos de follaje, sus avenidas numerosas. De trecho en trecho se encontraban distintos pabellones, todos de gusto exquisito. Frente a la puerta de uno de ellos, vió sir Eduardo al señor Sanders. Se dirigió hacia él, y el mayordomo, al observar que su señor se acercaba, apresuróse a salirle al encuentro, evitándole la mitad del camino.

—¿Caránula, señor Sanders! —exclamó el marino—. ¡Celebro haberle encontrado, para darle las gracias. Es usted un hombre que no tiene precio, palabra de honor. (El señor Sanders se inclinó.) Crea usted que, de haber sabido donde encontrarle, no hubiera esperado a que la casualidad me lo pusiera delante.

—Yo doy las gracias a la feliz casualidad que guió hacia aquí los pasos de Vuestra Señoría —respondió el señor Sanders, gozosiísimo al oír el cumplimiento que su señor acababa de dirigírle—. Este es el pabellón que habito hasta tanto que Su Señoría tenga a bien darme a conocer su voluntad.

—¿No se encuentra usted a gusto en su pabellón?

—Al contrario: cuarenta años hace que lo ocupo; en él muró mi padre y en él nací yo; pero pudiera ocurrir que Vuestra Señoría le hubiese asignado otro destino.

—¡Librele Dios! —exclamó sir Eduardo—. Conozco muy bien el poder de los recuerdos, mi digno amigo, para que me atreva a burlarme los suyos... ¿A qué hora suele comer usted, señor Sanders?

—A las doce, señor.

—A esa hora como también yo. Todos los días tendrá usted un cubierto en la mesa del castillo: no lo olvide. Supongo que alguna vez se permitirá usted jugar una partidita de *boumbre*, ¿verdad?

—Sí, señor, cuando dispone de algún tiempo el señor Robinson, y a su casa o viene él a la mía, y nos permitimos gozar de una distracción que consideramos lícita e inocente.

—Pues bien, señor Sanders; los días que el

señor Robinson no pueda acompañarme, encontrará usted en mí un adversario que no se dejará vencer fácilmente; y los días que venga, acompañe al castillo, si no le es molesto, y juguemos al *whist* él vez de jugar a *boumbre*.

Sir Eduardo volvió a tomar el brazo de Tom y continuó su paseo.

A poca distancia del pabellón de su administrador encontró el capitán la casa de su guardabosque, encargado también de la conservación de la pesca.

Volvió al castillo un poquito cansado de la excursión, la más larga que había hecho con posteridad a la amputación de su pierna, pero al propio tiempo, llevando en su alma toda el caudal de alegría compatible con el pesar eterno que guardaba en el fondo del corazón. Su misión había sufrido un cambio: dueño y árbitro de la dicha de sus señejantes, patriarca en vez de comandante, resolvió, con la prontitud y regularidad que le eran familiares, ajustar desde aquel día el empleo de su tiempo a las reglas adoptadas a bordo de su fragata, manera de no tener que alterar sus costumbres de siempre. Dio cuenta de su decisión a Tom, que la aceptó tanto más fácilmente, cuanto que no había olvidado aún la disciplina del mar.

Y esta parodia de vida marítima en tierra empezó a ir intercediendo el espíritu de sir Eduardo.

El capitán echaba de menos el balanceo del mar, la ausencia de las emociones producidas por la tempestad, deplora un vacío doloroso en su corazón, y la añoranza de los días terribles en que un individuo defende la causa sacrosanta de una nación, la memoria de los días en que la gloria es el premio del vencedor, la vergüenza del castigo del vencido, hacían que, a sus ojos, cualquier otra ocupación fuera mezquina y frívola. El pasado devoraba al presente.

Empeño con el espíritu propia de los que durante toda la vida se vieron obligados a dar ejemplo, mantenía ocultas en lo más recóndito de su alma sus sensaciones, sin dejar que las sospecharan los que le rodeaban. Solamente Tom, en cuyo corazón despertaban, idénticos pesares los mismos sentimientos, seguía con inquietud los progresos de aquella terrible melancolía interior, cuya manifestación única era una mirada dirigida a la puerta mudada, seguida de un suspiro doloroso, al cual sucedía de ordinario una evolución rápida alrededor de la casa, hecha al compás de una tonadilla que el capitán solía silbar durante los combates o las tempestades. Una noche, el capitán dijo a Tom que se sentía algo mal, y a la mañana siguiente, cuando quiso levantarse de la cama, sufrió un vahído.

## III

La alarma en el castillo fué inmensa. El administrador y el pastor evangélico, que la noche anterior habían jugado con sir Eduardo una partidita de *whist*, no concedieron la menor importancia a una indisposición cuyo carácter no podían comprender, pero Tom los llamó a consejo y rectificó su opinión sobre el particular, precisando que la importancia de la enfermedad de su señor no dependía del médico, pero, a fin de evitar que el capitán se diera cuenta del alcance de las inquietudes que hacía concebir su estado, convinieron en que el médico se presentaría en el castillo al día siguiente, fingiendo que lo traía la casualidad, y que aprovechara la ocasión para pedir un cubierto a la hora de comer.

Pasó el día como de costumbre. El capitán, gracias a su voluntad enérgica, logró sobreponerse a su debilidad.

Al día siguiente llegó el médico, conforme se había convenido. Su visita, por lo mismo que él esperaba, sacó no menudamente al capitán de su marasmo, pero pronto recayó éste



en una somnolencia más profunda todavía que la que le dominaba antes. El médico advirtió los síntomas característicos del *spleen*, enfermedad contra la que se estrella siempre la ciencia médica. Esto no obstante, sometió al enfermo a un régimen consistente en bebidas tónicas y en carnes asadas, aconsejándole al propio tiempo que procurase distraerse todo lo posible.

Sencillos era cumplir las dos partes primeras de la prescripción facultativa, pues en todas partes se encuentran jugos de hierbas, vino de Burdeos y bistros, pero las distracciones resultaban desconocidas, o poco menos, en la *William-house*. Para buscarlas había agotado Tom todos los recursos de su imaginación, sin encontrar otra cosa que lectura, paseo y *whist*. El bravo marinero no acertaba a salir de estas tres palabras: varió las horas, los lugares, e invirtió el orden, pero jamás logró inventar nada que disipase la languidez que progresivamente se apoderaba de su capitán.

Mas nada adelantó: el *spleen* avanzaba, y de seguir así, sir Eduardo sucumbiría irremisiblemente, y pronto. Pero Dios hizo un milagro. Un día que el marino, abido en un rincón del parque, que, era su retiro habitual, sentía como nunca los terribles zarzapos de sus nocturnos ensueños, oyó, en el paseo que conducía a la gruta donde él estaba, rumor de hojas secas holladas por pasos desconocidos. Alzó la cabeza, y vió que se dirigía hacia él una mujer que representaba unos veinticinco años, hermosa todavía, no con esa hermosura deslumbrante de la primera juventud, tan vistosa, pero a la par tan efímera, sobre todo en Inglaterra, sino con esa segunda belleza, si se me permite hablar así, en cuya composición entran por igual una frescura moribunda y una luzana naciente. Su rostro, al que daban dulzura dos ojos azules, ofrecía esas líneas tranquilas y puras, peculiares en las mujeres que viven en la región septentrional de la Gran Bretaña. Su blanco vestido era sencillo y severo a la vez.

Iba a interesar a sir Eduardo en favor de una pobre familia, cuyo padre había fallecido la víspera, después de una enfermedad larga y dolorosa, dejando en la mayor miseria a la viuda y a cuatro hijos.

Con sencillez tan adorable, y con tal dulzura de gestos y de expresión hizo la joven el relato de aquellos tristes seres, que sir Eduardo sintió que a sus ojos se agolpaban las lágrimas. Llevó la mano al bolsillo y sacó una bolsa repleta de oro, que puso en manos de la hermosa embajadora. Esta, por su parte, en un momento de emoción que no pudo dominar, al ver tan rápida y felizmente cumplida su misión, se apoderó de la mano de sir Eduardo, la besó y alejóse sin dar las gracias, deseario llevar la tranquilidad al alma de aquella familia.

Al quedar solo, el marino creyó que había soñado. Miró afanosos en derredor: la nivea visión había desaparecido, y de no haber sido por la mano, en la cual todavía sentía la dulce presión que acababa de experimentar, y por la ausencia de la bolsa, se hubiese creído juguete de una alucinación febril. Quiso la casualidad que cruzara en aquel momento el señor Sanders frente a la gruta, y el capitán lo llamó. El administrador acudió en el acto; entonces, sir Eduardo le preguntó, con vivacidad de expresión que había perdido hacia tiempo, quién era la persona que acababa de alejarse.

—Es Ana María — respondió el administrador, como si por necesidad hubiera de saber el mundo entero quién era tal mujer.

—¿Pero, quién es Ana María?

—¿Cómo? ¿Será posible que no la conozca Vuestra Señoría?

—No la conozco, extraña, no! — replicó el capitán, con impaciencia que no era del mejor agio.

—Pues Ana María es la Providencia divina en la tierra, el ángel de los pobres y de los afligidos. Seguramente habrá venido a interesar a Vuestra Señoría en alguna buena obra, ¿verdad?

—Sí... — creó que habló de unos desgraciados a quienes era necesario salvar de la miseria.

—No podía ser otra cosa. Cuantas veces se presenta en la morada de un rico, lo hace en nombre de la caridad; cuantas veces pasa la choza de un pobre, encarna el papel de la misericordia.

—¿Y quién es esta señora?

—Nadie lo sabe con exactitud, aunque todo el mundo lo sospecha. Hace unos treinta años... sí, allá por los de 1764 ó 1766, sus padres se radicaron en el Derbyshire. Venían de Francia, donde se decía que sus bienes habían sido confiscados, y que ellos no podían vivir a menos de sesenta millas de Londres. Cuatro meses después de haberse establecido en el país, nació Ana María. Apenas cumplió la niña quince años, perdió a sus padres y quedó sola en el mundo, con una renta de unas cuarenta libras esterlinas, demandando exigua para que pudiera aspirar a enrase con un gran señor, y demasiado importante para unir su suerte a la de un labrador. Por otra parte, el apellido que probablemente lleva y la educación que ha recibido, le inculcarían contraer una alianza desigual. Ha permanecido, pues, soltera y consagrado su vida entera a las obras de caridad. Ni por un momento cesa en la misión misericordiosa que se ha impuesto. Algunos conocimientos médicos que posee le abrieron las puertas de los enfermos pobres y todo el mundo dice que donde fracasa la ciencia triunfa la oración dirigida al cielo por Ana María, santa ante Dios, según la voz corriente. Por eso Ana María tiene sus privilegios, y uno de ellos es el de penetrar en todas partes, sin que ningún criado ose ponerle obstáculo.

—Hacen muy bien — dijo sir Eduardo levantándose —. Apruebo su

# Limpieza mágica!!



## TODO LO RENUEVA

Simplificando la tarea de limpiar y dar brillo a metales, muebles, cristales y calzado.

Con menos esfuerzo, más limpieza; en menos tiempo, más brillo, y con menos gastos, más duración.

Eso significan los paños "PARLI", creados científicamente para limpiar y dar brillo instantáneo, sin necesidad de pastas, líquidos ni pomadas.

## UNICOS EN SU GENERO

(Un tipo para cada uso)

Estos paños constituyen toda una revelación, porque:

1º No deben lavarse ni fenderse nunca. Su virtud consiste en limpiar o traves de lo que obscuran.

2º Vienten sobre los objetos una película protectora, que hace más perdurable su brillo.

3º En la plotería moderna y metales sumamente sensibles, basta con pasar suavemente el paño "PARLI", reposando en el acto con una tela bien seca.

"PARLI", brillo condensado, en paño que limpia todo el año.

PIDALOS en Harrods, donde siguen las demostraciones en Cash & Co., Ciudad de México, La Piedad, Los Filipinos, Dos Mundos, Bignoli, Barber, Matsui y Cia., Robson, Weiss & Zappa, Casa Americana, Tontut, Ray, Grandpan y Cia., y en general en todos los bazaros, ferreterías y almacenes de barrio.

VALPES  
S. R. L.

JUNTA 1379 - U. T. 60-5908

BUENOS AIRES

# INQUIETUD

PERSISTENCIA SUTIL

fragancia  
caulivante



LABORATORIOS IRE - HOLMBERG 1959

## TRASTORNOS CIRCULATORIOS VARICES

Dr. A. STIGOL - Montevideo 459

U. T. 35-6190 - Cons. de 16 a 20 horas

El jueves 18 de  
julio pida a su  
canillita esta revista



AZUCENA  
MAIZANI,  
EL  
ALMA  
DEL  
TANGO



conducta, puesto que se trata de una criatura abnegada y caritativa... Déme el brazo, señor Sinders... Creo que es hora de comer.

Era la primera vez, desde hacía un mes, que el capitán observó que su apacato se adelantaba al toque de la campana. Entró en sus habitaciones más alegre que de costumbre; pero las horas de la tarde, con su lento caminar, trajeron otra vez tristeza a su ánimo.

### IV

El día siguiente amaneció triston y brumoso. Los Tom nostra ningún cambio en el estado del enfermo. Intentó oponerse al pase del capitán, temiendo los efectos perniciosos de las tinieblas de otoño; pero se Eduardo se enojó y, desoyendo las reprensiones del leal marinero, se dirigió a la gruta. Haría un cuarto de hora que estaba en ella, cuando volvió aparecer en la alameda a Ana María acompañada de otra mujer y tres niños. Era la viuda y los lucifranos, a quienes el capitán librara de la miseria, que venían a dar las gracias a su bienhechor.

Sir Eduardo, no bien distinguió a Ana María, quiso ir a su encuentro; mas la debilidad, acaso la emoción, rindieron sus fuerzas, obligándole a apoyarse en un árbol. Ana María observó que vacilaba, y corrió a sostenerle, a tiempo que la buena mujer y los niños se echaban a sus pies y se disputaban a porfía sus manos, que cubrieron de besos y regaron con lágrimas. La expresión de un reconocimiento tan franco y sincero conmovió al capitán hasta un punto tal, que sintió que las lágrimas subían tumultuosas a sus ojos. Intentó conternarse, considerando indigno de un marino enterneerse; pero creyó que las lágrimas aliviarían la opresión que desde largo tiempo le castigaba sobre su pecho, y sin fuerzas para luchar contra una necesidad del corazón, abandonóse sin reservas a la emoción, alzó del suelo a los niños, que se abrazaban a sus rodillas, los besó, y prometió a la madre que no los abandonaría nunca.

Mientras tanto, los azules ojos de Ana María brillaban animados por una alegría celestial, y su dulce rostro trasuntaba más candor. Llegó Tom en aquel momento, buscando a su señora decidido a regañarle si se obstinaba en no volver inmediatamente al castillo. Así que, mirad regañando, mitad suplicando, dirigió a su señor un discurso encaminado a demostrar al enfermo la necesidad de seguirle. Sir Eduardo escuchó con distracción manifiesta las bien intencionadas palabras de Tom. Pero Ana María, que entonces comprendió la gravedad de la indisposición de sir Eduardo, se aproximó al capitán, y le dijo con la dulzura de voz que le era habitual:

—¿Ha oído Vuestra Señoría?

—¿El qué? — preguntó sir Eduardo.

—Que es peligroso para usted respirar esta atmósfera fría y lluviosa, y que sería de desear que volviera al castillo.

—¿Me daría usted el brazo para...?

—¿Con mil amores! — respondió Ana María, sonriendo.

Acompañando la acción a la palabra, ofreció al capitán el brazo; éste apoyó el suyo en el y, con asombro indescriptible de Tom, que no esperaba tanta docilidad, echó a andar hacia el castillo.

Aquella noche, el doctor y el cura vinieron a jugar su partidita de whist. El capitán ponía alguna atención en el juego, cosa que maravillaba a sus amigos.

De pronto, el doctor dijo:

—A propósito, comandante, ¿ha visto usted hoy a Ana María?

—¿La conoce usted? — preguntó sir Eduardo.

—No he de conocerla, si es mi colega?

—¿Su colega?

—Claro que sí... y colega muy temible. Más enfermos salva ella con sus palabras dul-

ces y sus remedios caseros que yo con toda mi ciencia...

—Y más almas atrae al camino del bien con su ejemplo, que yo con todos mis sermones — terció el cura. Seguro estoy, comandante, que por empedernido pecador que usted sea, si a ella se le pusiera en la cabeza, le conduciría al paraíso.

Continuó la partida, y no volvió a hablarse aquella noche de Ana María.

Durante la velada, el capitán, no sólo escuchó con atención, sino que también habló como no había hablado en mucho tiempo. Fácil era advertir una mejoría notable en su salud.

No pasó más noche el capitán. A la mañana siguiente despertó más bien preocupado que sombrío. El menor ruido bastaba para que volviera vivamente la cabeza, como si esperase a alguien. Mientras tomaba el té, anunció a la señorita Ana María, que venía a informarse de la salud del capitán y a darle cuenta de la distribución de los fondos.

El reconocimiento que sir Eduardo dispensó a su bella visitante hizo comprender a Tom que la visita era esperada, a la par que le explicó la docilidad que tanto le maravillaba la tarde anterior. Después de algunas preguntas sobre su salud, que sir Eduardo aseguró que había mejorado sensiblemente desde dos días antes, Ana María entró en el asunto de la pobre viuda.

Ya fuese por gratitud, ya porque su sentido le dijera que su presencia era agradable, Ana María permaneció cerca de dos horas en compañía del capitán. Al cabo de ese tiempo, Ana María se levantó y se despidió de sir Eduardo, sin que éste se atreviera a retenerla, aunque hubiese dado toda su fortuna a trueque de que su hermosa visitante no le privase tan pronto de su agradable compañía.

Al salir, Ana María encontró a Tom, que la estaba esperando. Ella le rogó que le diera una receta para combatir la enfermedad de su señor. Habíase informado en el pueblo y sabido los grandes conocimientos médicos que atesoraba Ana María. Y esto hizo nacer en el corazón de oro del buen Tom no ya la esperanza, sino la seguridad de que, si la señorita Ana María se dignaba encargarse del tratamiento de su señor, conseguiría una curación que tres días antes consideraba imposible.

Ana María no atenuó la gravedad del estado de sir Eduardo. Las enfermedades crónicas de la clase de la que había atacado al capitán perduran muy contadas veces, y como no se consiga desviar su curso a fuerza de remedios violentos y sostenidos, caen con obstinación hacia un resultado fatal. El doctor y el cura explicaron francamente a Ana María la influencia que en el ánimo del capitán había ejercido su visita y no le ocultaron la atención excepcional que prestó el enfermo a la conversación, mientras ésta versó sobre ella. Ana María no se admiró poco ni mucho, y se mostró dispuesta a conceder al pobre capitán el consuelo de su presencia, sin otras miras que el deseo de agradar a Dios y de contribuir a la curación del enfermo. De aquí que prometió volver al día siguiente.

Aquel día fue el capitán, quien habló el primero, y a todo el mundo, de la visita que había recibido. Pasó la mañana en el mejor estado de ánimo. Cuando llegó la hora del almuerzo se encaminó al comedor, donde encontró al doctor.

Era evidente que se había producido el efecto que el médico esperaba. Sir Eduardo principiaba a desmenujar su severa fisonomía, en vista de lo cual, seguro el doctor, el capitán entraba por el buen camino, le aconsejó que mandara enganchar el coche para dar, en su compañía, un paseo después de comer. Dijo que tenía necesidad de visitar a algunos enfermos en el pueblo en que vivía Ana María, que, si el capitán accedía a dirigir su paseo hacia la parte indicada, le haría un favor in-



menso, pues el caballo de él estaba enfermo. Tan pronto el capitán oyó que el término del pascu propuesto habría de ser el pueblo donde residía Ana María, dió al cochero orden de enganchar inmediatamente, y a partir de aquel momento, fué el quien dió prisa al doctor.

La distancia que separaba al castillo del pueblo sería de cuatro millas, que los caballos recorrieron en menos de veinte minutos, lo que no fué obstáculo para que el capitán se quejara sin cesar, durante la marcha, de la lentitud de aquellos. Llegaron al fin: el coche hizo alto frente a la puerta de la casa donde el doctor tenía que hacer una visita. Por casualidad, la casa en cuestión estaba situada frente a la de Ana, circunstancia que el doctor, al descender del coche, hizo observar al capitán.

Era una casita preciosa, de estilo inglés, cuyas maderas verdes y tejas encarnadas le daban un aspecto bello y alegre a la vez. Mientras el doctor hizo su visita, los ojos de sir Eduardo no se separaron de la puerta, por donde esperaba a cada momento ver salir a Ana María. Sus esperanzas quedaron defraudadas: cuando el doctor volvió, todavía perduraba la contemplación del capitán.

Puso el doctor el pie en el estribo del coche, pero fingiendo que se le ocurría una idea de pronto, propuso a sir Eduardo, como la cosa más sencilla del mundo, devolver a Ana María la visita que ésta le había hecho en el castillo. Aceptó el capitán con un apremiamento que evidenciaba el retorno siempre creciente de sus sensaciones, y ambos se dirigieron a la casa.

Llamó el doctor a la puerta, que fué abierta por una señora vieja que los padres de Ana María habían traído de Francia, y que, muchos años antes, fué su institutriz. Ana no estaba en casa: habíanla llamado para que viera a un niño enfermo de viruelas, que vivía en una casita aislada a una milla de distancia del pueblo. Esto no obstante, como el doctor era amigo de la señorita, propuso al capitán entrar a visitar la casita, de la que la anciana se ofreció gustosa a hacer los honores. Imposible soñar nada más alegre, más encantador que aquel nido. Propiedad de Ana María era aquella casita, comprada por sus padres y legada a su muerte, juntamente con una renta de cuarenta libras esterlinas que, conforme hemos dicho, constituía toda la fortuna de aquella. El capitán, dando pruebas de una curiosidad que llenó de alegría al doctor, la visitó y recorrió desde el vestíbulo hasta el desván, excepción hecha, empero, del dormitorio: *santa sanctiorum* de las casas inglesas.

La señorita Villeveille, que así se llamaba la anciana, aunque no comprendió los móviles de aquella investigación, supuso que los señores que la habían hecho, y sobre todo el capitán, tendrían necesidad de descansar; en consecuencia, condujo al salón a los visitantes, los rogó que tomaran asiento, y salió para preparar el té.

Al poco rato, y cuando el capitán estaba sumido en lo más hondo de sus reflexiones, se abrió la puerta y entró Ana María, llevando en una mano una tetera y en la otra una bandeja llena de *sandwiches*. Hacía un momento que había regresado a su casa, y al saber que tenía visita, que ciertamente no esperaba, quiso ser ella misma la que hiciera los honores.

Al verla, el capitán se puso en pie y saludó con muestras de vivo placer y de profundo respeto. Ana María dejó sobre una mesita los objetos de que era portadora y contestó al saludo del capitán. Estaba encantadora como nunca en aquel momento: el ejercicio había dado a sus mejillas los vivos colores de la salud. Si a esto se añade cierta timidez natural, propia de quien encuentra inesperadamente en su casa dos personas extrañas, y un deseo decidido de hacer a éstas agradable su breve

visita, se comprenderá que el capitán estuvo con ella tan locuz y expresivo como no recordaba el doctor haberlo visto en mucho tiempo. Pero, a pesar de su animación, el marino no dejó de observar que la tetera y todo el servicio de plata ostentaban escudos heráldicos rodeados en una corona de barón, circunstancia que, sin que él mismo se diera cuenta de la causa, agradó a su fúncio orgullo aristocrático.

Fué el doctor quien se vió obligado a recordar al capitán que su visita duraba ya más de dos horas. Sir Eduardo protestó contra la verdad de semejante afirmación; mas despidióse al punto de Ana María, haciéndole prometer antes que al día siguiente iría, acompañada por la señorita Villeveille, a tomar el té en el castillo.

— ¡Palabra de honor, doctor! — exclamó sir Eduardo al entrar en el castillo—. Con frecuencia tiene usted ideas excelentes... Lo que no comprendo es por qué no hemos de hacer todos los días paseos como el de hoy.

## V

A la mañana siguiente, el capitán se levantó una hora más temprano que de ordinario, recorrió todas las dependencias del castillo y dió las instrucciones que estimó necesarias para la gran solemnidad que se acercaba. El orden perfecto y el gusto exquisito que observó en la casita de Ana María, hasta tal punto habían seducido a sir Eduardo, que salió de aquella resuelto a poner en la misma forma la *Willians-house*.

Ana María y la señorita Villeveille llegaron a la hora oportuna, sin sospechar que su visita hubiese ocasionado tantos preparativos. El capitán hizo los honores del castillo. Al verle tan despierto, tan atareado, tan atento a los detalles más insignificantes, nadie hubiera creído que pudiera ser el mismo hombre que, una semana antes, se arrastraba penosamente por aquellos salones, lento y mudo como una sombra. Mientras tomaban el té, la atmósfera, brumosa y tétrica de ordinario en el mes de octubre en las regiones septentrionales de Inglaterra, se iluminó de pronto. El doctor, que había asistido al té, aprovechó la ocasión para proponer un paseo por el parque, cosa que aceptaron las visitantes. Ofreció su brazo a la señorita Villeveille y el capitán el suyo a Ana María, con la que en seguida comenzó a hablar de su vida de marino.

El paseo se prolongó dos horas, sin que el capitán experimentara la menor fatiga ni el menor aburrimiento. La señorita Villeveille, menos interesada, por lo visto, en la conversación del doctor, fué la que vino a recordar a su señora que era hora de volver al pueblo.

No se notaron a raíz de su despedida los efectos de la ausencia de Ana María, pero al día siguiente, cuando pensó que no había motivo alguno para que ella volviera al castillo, ni él tenía pretexto para ir al pueblo, comenzó a creer que la mañana que empezaba no tendría fin, de lo que resultó que Toni lo encontró tan triste y abudido como animado y alegre lo viera la víspera.

Había llegado el capitán a los cuarenta y cinco años con un corazón virgen de amor. Apenas salido de la niñez, entró a servir en la marina de guerra, y nunca conoció más mujer que su madre. Por eso Ana María, con su dulzura y bondad infinitas, adentróse en el corazón de sir Eduardo.

El capitán pasó el día como el niño que ha perdido su juguete favorito y se niega obstinadamente a distraerse con los otros. Riñó a Toni, volvió la espalda a Sauders, y no recordó una pequeña parte de buen humor hasta que vió al doctor, a la noche, que vino a jugar la partidita de costumbre. No era el *whist* lo que llenaba la imaginación de sir Eduardo; dejó

## ARMERIA Y CUCHILLERIA CASA MOIOLA

FUNDADA EN 1895  
RIOJA 501 Y VENEZUELA 3002



CARABINAS REMINGTON Y WINCHESTER.  
CALIBRE 22.

Stock permanente y en toda clase de armas  
extranjeras y nacionales.



Cuchillos de toda clase: de carnicero, campo,  
cocina y de mesa. De acero común e inoxidable.

La casa se especializa por su taller técnico  
de reconstrucción de armas en general.  
Emperador, niquelado, etc.

PRECIOS MODICOS

SERIEDAD ABSOLUTA

ENTREGA RAPIDA

Distribuidor de la pólvora militar para  
caza "Z.50" laminada. Descuentos  
especiales mencionando este aviso a

Casa Moiola, Rioja 501. Capital.  
U. T. 45 - 9707



ENSEÑAMOS POR CORREO:  
RADIO - SASTRE - AUTOS - MODISTA - DIBUJO  
CONTABILIDAD - CONSTRUCTOR - ELECTRICIDAD  
ORTOGRAFIA

¡Aproveche su tiempo libre! Estudie por  
correo en estas Escuelas, fundadas en 1915.  
Envíenos este cupón y recibirá informes  
muy interesantes.

ESCUELAS SUDAMERICANAS

636 Avda. MONTES DE OCA 636 - Buenos Aires

Nombre \_\_\_\_\_

Calle y Nº \_\_\_\_\_

Localidad \_\_\_\_\_

que Toni, Sanders y el cura se buscaran donde Dios les diera a entender un *cuarto* para la partida y se llevó a sus habitaciones al doctor, habiendo un pretexto tan inocente y mal buscado como si en vez de cuarenta y cinco años hubiese tenido dieciocho. Una vez encerrado con el doctor, le habló de todo menos de lo que debía callar: habló de las noticias del enfermo que había visitado la vispera y le ofreció llevarle al día siguiente en su coche; desgraciadamente, el enfermo se había curado. Sir Eduardo obsequió con una *regajina* trenchumada al digno discípulo de Esculapio que curaba a todo el mundo menos a él, que aquel día se había alurrado hasta lo infinito. Añadió que se encontraba más enfermo que nunca, y declaró que moriría indefectiblemente si le condenaban a pasar tres días como el que en aquel momento fue. El doctor contestó al capitán que debía seguir con el régimen, y el capitán envió a paseo al doctor y se acostó más desesperado que nunca, sin que en el curso de la conversación se hubiese atrevido a pronunciar una sola vez el nombre de Ana María.

Poor, mil veces poor, fue el día siguiente. Sir Eduardo no estaba abordable. En su alma no vivía más que un pensamiento, en su corazón una sola ansia: ver a Ana María. ¿Pero cómo? Como el día estaba lluvioso, y no era de esperar que Ana María fuese al castillo, mandó enganchar el coche y resolvió salir él. Pidió Toni permiso para acompañarle, pero el capitán respondió con brusquedad que no le hacía falta para nada, y cuando el cochero, después de ver instalado al señor en el fondo del coche, se atrevió a responderle, preguntándole dónde deseaba que le llevase, el capitán, para quien eran indiferentes todas las direcciones menos una, precisamente la que no se atrevió a indicar, contestó:

—Adonde quieras.

El cochero reflexionó un instante, mas luego, volviendo al pescante, puso los caballos a galope. Al cabo de un cuarto de hora se detuvo el coche. El capitán, que hasta aquel instante había permanecido abstraído y engolfado en sus reflexiones, arrellanado en el fondo del carruaje, acercó la cara a la ventanilla: estaba frente a la casa del ex enfermo del doctor, y como consecuencia, frente a la casita de Ana María. El cochero habíase acordado de que la última vez que llevó a su señor a aquel sitio, éste permaneció dos horas largas de visita, y esperaba que, si el capitán repetía la visita, debería la llevar en el interior y podría hacer el viaje de regreso sin aguantar sobre sus espaldas un verdadero diluvio.

El capitán tiró del cordón sujeto al brazo del cochero, y éste saltó a tierra y abrió la portezuela.

—¿Qué diablo has hecho? — preguntó el capitán.

—Parar, señor. ¿No es aquí donde deseaba venir?

El pobre cochero había interpretado fielmente los deseos de su señor, pues, en efecto, allí era donde deseaba ir.

—Tienes razón — dijo el capitán — Ayúdame a bajar.

Llamó el capitán a la puerta de la casa del ex enfermo, a quien ni de temerle siquiera conocía. Fué el mismo convalciente quien salió a abrirle. Prestó el capitán el vivo interés que le inspiró la gravedad del caso en que se encontraba cuatro días antes, cuando tuvo el gusto de conducir en su coche al doctor, y añadió que había querido volver en persona para informarse de su salud. El ex enfermo, cervereiro guiso a quien una indigestión terrible, adquirida de la comida de una hija suya, había obligado a recurrir a la clemencia del doctor, agradeció infinito la visita del capitán, le guió a la mejor habitación de la casa, le hizo sentar, y le presentó todo el menester de cerverezas de su establecimiento.

Sentóse el capitán de manera que pudiera ver la calle, mientras hablaba, y se sirvió un vaso de cervereza, a fin de poder prolongar la visita hasta tanto que apasara el líquido servido. Aprovechó el cervereiro la ocasión para ofrecer al capitán los productos de su casa, y el capitán compró inmediatamente dos barricas de cervereza. Más tarde, cuando ya las relaciones comerciales dieron margen a cierta familiaridad entre el cervereiro y el capitán, preguntó el primero al segundo qué miraba en la calle.

—Estoy mirando — contestó el capitán — esa casita de maderas verdes que está enfrente de la suya.

—¿Ah! — exclamó el cervereiro —. La casa de la tania.

Ya dijimos que generalmente había ese nombre a Ana María.

—Es preciso — observó el capitán.

—Oh, sí! Es una mujer encantadora — respondió el cervereiro, creyendo que el capitán se refería a su vecina —, y sobre todo una criatura de gran corazón. Hoy mismo, y sin importarle el detestable tiempo que sufrimos, fué, a cinco millas de aquí, a cuidar a una pobre madre que tenía seis hijos, y que, por si no eran bastantes aquellos, acaba de dar a luz dos gemelos. Ha a marchar a pie, pues no hay obstáculos capaces de detenerla, cuando se trata de llevar a cabo una buena acción. Yo la llamé y le dije: "Leve usted mi cochieco, señorita Ana; leve mi cochieco". No quiso. He insistido y conseguí al fin que lo aceptase.

—Ahora se me ocurre que no tengo bastante con las dos barricas de cervereza que encargué antes; me enviará usted cuatro — dijo sir Eduardo.

—Píenselo Su Señoría bien, ahora que está a tiempo — contestó el cervereiro —, no sea que necesite más de cuatro.

—No dije riendo el capitán —. Pero no me referí antes a la señorita Ana, sino a la casita. Dije que es preciosa.

—Sí... sí, no es mala; pero es lo único que posee la tania, juntamente con una renta insignificante, cuya mitad, por lo menos, va a parar a los mendigos... ¿Cómo ha de beber cervereza, la pobre! ¿Se ve precisada a beber agua a todo pasto?

—Es lo que suelen beber las francesas, amigo mío, y va sabe usted que la señorita Ana fué educada por la señorita Villeveille, que es francesa.

—Es muy bien que las francesas tienen la mala costumbre de beber agua, pero la señorita Ana es inglesa, nacida en la vieja Inglaterra, hija del barón Laumpton, caballero esforzado que mi padre conoció en la época del Pretendiente, que se batió como un león en Preston. ¿Pasa, que perdió toda su fortuna y que vivió largo tiempo desterrado en Francia. ¿No...? no! No es por gusto; es la necesidad la que le obligó a beber agua... y, sin embargo, si quisiese podría beber cervereza, y de la más famosa, toda su vida.

—¿Cómo es eso?

—Porque mi hijo mayor cometió la locura de enamorarse como un idiota de ella y estaba enjuiciado en casarse.

—¿Y usted se opuso?

—Con todas mis fuerzas!... ¿Pues no faltaba más! ¿Le parece a usted correcto, ni racional, que un muchacho que aportará al matrimonio diez mil libras esterlinas, y que puede aspirar a mujer que lleve en su canastilla de boda el doble o el triple, se case con una muchacha que no tiene un centavo? Pero no hubo manera de hacer entrar en razón, y sintiéndolo mucho, presté mi consentimiento.

—Entonces... — murmuró el capitán con voz temblorosa.

—Fué ella la que dijo que no.

El capitán respiró.

—Y rehúsó por orgullo, porque pertenece a

la nobleza... ¿Oh! El diablo debería cargar con todos los nobles, y entonce...!

—Perdone usted — dijo el capitán levantándose —, noble soy yo.

—¿Oh! Mis palabras no pueden rezar con Vuestra Señoría. Hablo de los nobles que no beben más que agua, o lo sumo vino... Yo no puedo referirme a quien, como Vuestra Señoría, me haya dado un pedido de cuatro barricas de cervereza.

—Seis — respondió el capitán.

—Es verdad, seis; era yo el que me equivocaba. ¿No desea más Vuestra Señoría?

—Nada más... Adiós, buen hombre.

—Adiós, señor.

El capitán montó de nuevo en el coche.

—¿Al castillo? — preguntó el cochero.

—No, a casa del doctor.

Llevó a cántaros. El cochero salió al pescante, refunfuñando para sus adentros, y puso los caballos al galope. A los diez minutos llegaban a la casa del doctor, pero éste había salido.

Entonces regresaron al castillo. El capitán encerróse en su habitación sin hablar con nadie. —¿Está loco! — dijo el cochero a Toni, a quien encontró en el vestíbulo.

En realidad, a la apatía mortal del capitán, había sucedido una agitación tan grande y tan inesperada, que asistía a sus leales servidores. Se lo dijeron al doctor aquella misma noche, cuando se presentó en el castillo a la hora de costumbre.

El doctor les escuchó con viva atención, sin despegar los labios más que para decir: "¡Mejor!" con entonación más o menos acentuada, y luego, cuando los servidores terminaron el relato, salió frotándose las manos y riendo sucramente a la habitación de sir Eduardo.

—¿Ah! — exclamó el capitán, tan pronto como divisó al doctor — ¿Vengo usted, amigo mío, venga! ¿Estoy enfermo... muy enfermo!

—¿Le duele? — respondió el doctor —. Algo lleva usted adelantado, puesto que se da cuenta de su mal.

—¿Sí, amigo mío! Me parece que desde hace ocho días tengo spleen.

—Y yo creo que desde hace ocho días no lo tiene — replicó el doctor.

—¿No me diga usted eso, doctor, que vamos a reñir!

—Encárgare a Ana María que nos ponga en paz.

Sir Eduardo se puso rojo como un coque, tomado en grave falta.

—Hablémos con franqueza, capitán — repuso el doctor.

—Es lo que deseo.

—¿Se sintió usted mal el día que tomamos el té en casa de Ana María?

—Ni un segundo.

—¿Imagino?... ¿Le gustaría verla todos los días?

—Ya lo creo. Estaría más alegre que una castañuela.

—Pues bien, está más fácil que ver a Ana María todos los días.

—¿Qué hay que hacer, doctor? ¡Digámelo... digámelo!

—Casarse con ella.

—¿Casarme con...!

—Sí, carañita... casarse con ella! Sabe usted muy bien que no entrará en su casa en calidad de señorita de compañía.

—Pero, doctor... ¿suv viejo?

—Tiene usted cuarenta y cinco años, y ella treinta.

—Me falta una pierna.

—Como Ana María le vio siempre con la de palo, ha debido acostumbrarse ya a ella.

—Además... tengo un carácter insupportable.

—¿Es usted el mejor hombre del mundo!

—¿Lo cree usted así? — preguntó el capitán, con duda y candor perfectos.

—Estoy seguro de ello.



-Entonces, no hay más que una dificultad.  
-Veámosla.  
-No me atreveré nunca a decirle que la amo.  
-¿Pues se lo diré yo!  
-Doctor... ¿me salva usted la vida!  
-Es la principal de las obligaciones de mi profesión.  
-¿Cuándo irá usted?  
-Mañana, si usted quiere.  
-¿Por qué no hoy?  
-Hoy... ahora no está en casa.  
-Podría usted esperar a que volviera.  
-Bueno; mandaré ensillar mi jaco.  
-Mejor hará el viaje en mi coche.  
-Mande enganchar.

El capitán hizo sonar un timbre. El ayuda de cámara acudió asustado.  
-Que enganchen inmediatamente - ordenó el capitán.

Salió el ayuda de cámara más convencido que nunca de que su señor había perdido la razón. No había hecho más que salir el ayuda de cámara, cuando entró Tom. El capitán le saltó al cuello y lo abrazó. Tom exhaló un suspiro y salió de la habitación con los ojos arrasados en lágrimas... No había duda: el pobre capitán estaba loco. Un cuarto de hora después partía el doctor vestido de plenos poderes.

Ni sir Eduardo ni yo podemos quejarnos del resultado de la embajada: sir Eduardo, porque más y medio después se casaba con Ana María; y yo, porque a los diez meses de la boda llegué a este valle de lágrimas.

## VI

De los tres primeros años de mi vida, lo único que recuerdo es que siempre oía decir a mi madre que yo era un niño encantador.

Después, ya avanzado el tiempo, recuerdo con toda exactitud los años de mi niñez y evoco la dulce mirada de mi bondadosa madre y el orgullo y cariño de mi padre al verme correr ante él.

En el momento en que escribo estas líneas, ya no existen ni padre, ni madre ni Tom, y me encuentro solo, a la misma edad que tenía mi padre cuando vino a refugiarse en este viejo castillo, de cuyos alrededores ha desaparecido ya la Ana María que los animó en otro tiempo.

Recuerdo con tanta emoción ciertos detalles de mi niñez, que le pido perdón al lector por consignarles aquí:

Cierta día de verano, Tom me sentó sobre sus hombros, mi madre me abrazó con mayor ternura que de ordinario y mi padre tomó su bastón y vino a reírse. Atravesamos el parque, seguimos las márgenes del riachuelo y llegamos al lago. El calor era intenso. Tom se quitó la chaqueta y la puso a la orilla del lago, y los brazos sobre su cabeza, dió un salto semejante al que yo había visto dar muchas veces a las ranas y desapareció bajo las aguas del lago. Yo lancé un grito y quise correr a la orilla... no sé con qué intención, pero probablemente con la de arrojarle tras él, pero mi padre me detuvo. Cuando mayores eran mis gritos, cuando la desesperación me nublaba, reapareció Tom. Con tales ansias le llamé, que acudió en seguida, no quedando yo tranquilo hasta que le vi fuera del agua.

Entonces mi padre llamó mi atención hacia los cisnes que se deslizaban sobre el espejo de las aguas, hacia los peces que nadaban algunos pies por bajo de la superficie, y me enseñó que el hombre también había conseguido, gracias a la combinación de ciertos movimientos, permanecer muchas horas en el elemento de los cisnes y de los peces. Uniendo entonces a la teoría el ejemplo, Tom entró de nuevo en el lago, pero con suavidad y sin desaparecer, y nadó ante mi vista tendiéndome de tanto en tanto los brazos y preguntándose si quería acompañarle. Luchando estaba yo entre el miedo y el deseo, cuando mi padre, que leía lo que pasaba en mi interior, le dijo:

-Déjalo: no lo importunes más. Tiene miedo.

Esta palabra era el talismán que me decidía a hacer todo lo que de mí deseara según la promuehiera. Había oído hablar siempre a Tom y a mi padre del miedo como del sentimiento más despreciable, y, no obstante, mis pocos años, enrojece como la grana ante la idea de que pudieran suponer que yo lo sentía.

-No - contesté - no tengo miedo. Voy a acompañar a Tom.

Salió Tom del lago. Mi padre me desnudó, me colocó sobre la espalda de Tom, cuyo cuello rodé con mis brazos, y penetré por tercera vez en el lago, recomendándome sin cesar que no me soltase. ¡Buen cuidado tenía yo de aferrarme bien!

La primera sensación de frío me dejó sin aliento en el primer momento, mas no tardé en acostumbrarme. Al día siguiente, Tom me colocó sobre una especie de hacha de juncos y nadó a mi lado, explicándome los movimientos que debía hacer: oheo días después me sostenía solo, y a principios de otoño sabía nadar bien.

Se había reservado mi madre para día el resto de mi educación, pero sabía mezclarse tanto a mi vida como las lecciones que me daba, y apoyarse en sus órdenes con razones tan dulces, que yo confiaba mis horas de recreo con mis horas de estudio, y sin el menor esfuerzo estaba en los unos para dedicarme a los otros. Vino el otoño, refrescó el tiempo, y los paseos al lago me fueron rigurosamente prohibidos con gran pesar mío, pesar tanto mayor cuanto que no pasó mucha tiempo sin que sospechara que, por parte del lago, algo extraordinario se preparaba.

**Imponga SU PEINADO!**



**oleo shora**  
el peinado que enamora

FRASCO DESDE \$0.90

DISTRIBUIDORES:  
LABORATORIOS ERYX  
Suc. Reg. Ltda. - Cap. \$ 110.000

FABRICA Y ESCRITORIOS -  
J. J. BIEDMA 1068-U. T. 59-2790 y 6790

**FABRICA**

**Homedes y Matilla**

PRESENTA

**SUS NUEVOS MODELOS**

Art. 221. Pantalúa Pannina, suela de goma, en cinco colores; la misma en suela.

Art. 124. Pantalúa de cuero, suela de goma, cinco colores; la misma en suela.

Un producto de **HOMEDES y MATILLA**

Representante en Tucumán: Calzados "Boston" Malpá 137

Art. 116. Chinela de cuero, taco pinel, en cinco colores.

Ventas al por mayor en la capital y pedidos al interior, dirigirse directamente a sus fabricaciones.

**OLAVAKRIA 1921 - U. T. 21-2347 - Bs. As.**

En efecto: habíamos llegado a Williams-house cerca desconocidas: mi padre celebró largas conferencias con aquellos extraños, concluyendo por llegar con ellos a un acuerdo. Tom había salido con los desconocidos por la puerta que daba a la pradera, mi padre se le unió, y, a su regreso, el que dijo a mi madre: «Estará listo para la primavera próxima». Mi madre sonrió con la dilatación de costumbre, lo que me demostró que no se trataba de ninguna cosa desagradable, pero, fuese lo que fuese, lo cierto es que el misterio excitaba intensamente mi curiosidad. Todas las noches, los desconocidos volvían al castillo, donde cenaban y dormían, y durante el día, invariablemente, iba mi padre a hacerme unas visitas.

Vino el invierno, y con él la nieve. En las veladas acabó mi madre de enseñarme a leer y a escribir y mi padre comenzó a darme las primeras lecciones de geografía y de náutica. Me embelleaban las historias de viajes. Sabía de memoria las *Aventuras de Gulliver* y seguía sobre un globo terrestre los viajes de Cook y de Laperouse. Sobre la repisa de mi padre había una vitrina, tenía mi padre, bajo una campana de cristal, un modelo de fragata, que me regaló, y en muy poco tiempo aprendí los nombres de todas las piezas que forman un navío. Cuando llegó la primavera, ya era yo un teórico de primera fuerza al que no faltaba más que la práctica, y Tom no se cansaba de repetir que yo llegaría, como sir Eduardo, a contralmirante.

Le llegó el día del cumpleaños de mi madre. Era un mayo, la estación más bella del año y de las flores. Aquel día encontré, en vez de mi traje de costumbre, un uniforme completo de guardiamarina. Radiante de júbilo bajé al salón, donde hallé a mi padre vestido de uniforme. Todas nuestras relaciones habían venido, como de costumbre, para pasar el día en el castillo. Mis miradas buscaron a Tom: era el único que faltaba. Desde el almuerzo se habló de dar un paseo hasta el lago, proposición que fue aprobada por unanimidad. El recuerdo de aquel día se conserva en mi memoria tan fresco como si hubiese sido ayer. Semejante a todos los niños, me era imposible acomodarme al paso grave y mesurado del resto de la comitiva, y corría delante de todos, recogiendo margaritas y lirios, cuando, de pronto, me quedé petrificado, clavados los ojos en el lago, sin fuerzas para decir otra cosa que ésta:

—Papá... un brick!...  
—¿Supo distinguirlo de una fragata y de una goleta?... — gritó mi padre, transportado de alegría... ¡Ven aquí, John, quítele abrazarte!

En efecto: sobre las aguas del lago se balanceaba graciosamente un brick, que enarbola el pabellón de Inglaterra. En su proa campearon los leones del nombre de *Ana María*. Los desconocidos que desde cinco meses antes vivían en el castillo eran carpinteros venidos de Portsmouth para construirlo. Lo habían terminado el mes anterior, botado al agua y aparejado sin que yo supiera una palabra. El brick, al divisarnos, hizo fuego con toda su artillería, que consistía en cuatro piezas. Mi alegría era delirante.

Acercada a la parte del lago más próxima al sitio del hospital, por el que nosotros debíamos salir, esperaba la canoa, mandada por Tom y seis marineros. Embarqué en ella toda la comitiva. Tom empuñó la caña del timón, los remeros encofraron sus cuerpos y bogaron, y la canoa deslizóse con rapidez sobre las aguas del lago. Otros seis marineros, mandados por Jorge, esperaban a bordo al capitán, para rendirle los honores correspondientes a su rango. Sir Eduardo se hizo cargo del mando no bien llegó al puente. Viramos sobre el ancla, cargaron los masteles y seguidamente todas las velas, y el brick comenzó a moverse.

Me sería imposible reflejar la alegría que experimenté al ver de cerca aquel barco. Cuando

sentí que se movía bajo mis pies, aplaudí frenéticamente y mis ojos dejaron escapar lágrimas de gozo. También las vertía mi madre, pero las suyas las arrancó el pensamiento de que llegaría un día en que yo embarcase en un navío, y en que yo me alegrara de su lado. Fuera de esto, todo el mundo recibía complacido la alegría que mi padre tuvo intención de proporcionarnos. El tiempo era delicioso y el *Ana María* se mostraba obediente a la maniobra.

Desde aquel día no tuve más que un pensamiento, no supe más que por una dicha, no ambicioné más que un recreo: el brick. Sería imposible describir el entusiasmo que en mí despertó mi padre, producida mi vocación decidida por la mar. Me entusiasma mi madre, sonreía melancólicamente viendo mi aprendizaje marítimo, aunque se consolaba pensando que habrían de pasar siete u ocho años antes de que yo me embarcara realmente. La pobre olvidaba el colegio, esa separación primera que tan penosa es, pero que entraña la ventaja de preparar gradualmente la segunda separación, más dolorosa, que la sigue casi siempre.

Ya dije antes que yo conocía el nombre de todas las piezas que integran un buque: pues bien, poco a poco, aprendí el uso de cada una. A fin de año, ya ejecutaba las maniobras sencillas. Mis instructores eran mi padre y Tom. Se resentía, como no podía menos, el resto de mi instrucción; pero mi padre la había dejado para el invierno.

Desde que embarqué en el brick y me vi vestido de uniforme, imaginé que yo no era un niño, y no soñaba más que con maniobras, con tempestades y con combates. En un ángulo del jardín me instalaron un campo de tiro. Mi padre encargó a Londres una carabina y dos pistolas de tiro, pero antes de permitir que yo las tocase, quiso que conociera a perfección su mecanismo. Dos veces por semana venía al castillo un arma de Derby para enseñarme a desmontar y a montar todas las piezas de mis armas, y hasta que conocí los nombres de todas, no me permitía mi padre que hiciera uso de mi arsenal. En la enseñanza teórica pasó todo el otoño, entrando en la práctica en invierno.

No interrumpí el mal tiempo nuestras maniobras náuticas, antes por el contrario, vino en ayuda de mi padre para completar mi educación.

Tres años pasaron en estos trabajos, que para mí, gracias a mi afición, fueron distracciones. Al cabo de ese tiempo, no sólo era un marinerito excelente, hábil y atrevido en las maniobras, sino que también conocía éstas bastante a fondo para poder mandarlas. Algunas veces, mi padre me entregaba una pequeña bocina, y, desde marnero, ascendía yo de pronto a capitán. Me lentos fueron los progresos de este ramo de mi instrucción, pero en geografía estaba a tanta altura como pudiera estar cualquier niño de diez años, sabía algo de matemáticas y ni una palabra de latín. Como tirador, en cambio, hacía prodigios, con gran satisfacción de todo el mundo, menos de mi buena madre.

Le llegó el día de mi salida de Williams-house. Mi padre había elegido el colegio de Harrow-sur-Collière, donde recibían instrucción los hijos de toda la nobleza de Londres, para que en el hiciera mis estudios... ¡Dolorosa, muy dolorosa fue aquella separación, la primera entre mis padres y yo; sin embargo, todos hicimos por disminuir nuestro pesar respectivo a los demás. Tom, que era quien debía acompañarme, recibió de manos de mi padre una carta dirigida al doctor Butler, en la que le comunicaba que mi instrucción que descalaba antes desde con solicitud especial. Subrayaba la gimnasia, la esgrima y el boxeo, y en cuanto al latín y al griego, aunque sir Eduardo no les concedía la menor utilidad, hacía constar que no prohibía que me fuesen enseñados.

Emprendí el viaje con Tom, en el coche de

camino de mi padre, no sin antes despedirme, con tanta ternura casi, de mi brick y de su dotación, como de mis buenos padres...

Llegamos al colegio de Harrow. Tom me presentó inmediatamente al doctor Butler, director. El doctor me recibió arrellanado en su gran sillón, leyó la carta de mi padre, hizo un movimiento de cabeza, como para significar que accedía a admitirme entre sus discípulos, e indicando con el dedo una silla a Tom, me hizo sufrir un interrogatorio encaminado a que yo le dijera qué sabía. Contesté que sabía dirigir las maniobras de un buque, tomar la altura, montar a caballo, nadar y tirar con carabina y pistola. El doctor Butler me tomó por loco, repitió la pregunta frunciendo energicamente el entrecejo, pero Tom audió en mi auxilio asegurando al profesor que, en efecto, sabía yo todo lo que acababa de decir.

—¿Y no sabe nada más? — preguntó éste con expresión de desdén.

Tom quedó como quien ve visiones. Era natural: creía que mi educación estaba adelantadísima, y siempre me consideró perfectamente inútil que me enviara al colegio, donde, según él, nada podían enseñarme ya.

—Perdone usted — respondí yo —. Sé muy bien el francés, poseo bastantes conocimientos de geografía, no soy profano en matemáticas, y estudié con algún aprovechamiento la historia.

Olvidé incluir en la lista el *patois* irlandés que, gracias a la viuda Denison, hablaba como un hijo auténtico de la verde Erin.

«Algo es eso — murmuró el profesor —. ¿No posee usted nociones, por lo menos, de latín y de griego?»

No tuve más remedio que confesar que ignoraba por completo ambas lenguas. El profesor Butler, oída mi contestación, tomó un registro minucioso, y escribió:

*John Davys, ingresado en el colegio de Harrow-sur-la-Collière el día 7 de octubre de 1866, para la última clase.*

Como yo leyó después la inscripción, oí perfectamente la humillante frase con que terminaba.

Iba a retirarme, rojo como una amapola, cuando abríse la puerta para dar paso a un colegial. Era un joven de unos diecisiete o dieciocho años, de rostro pálido, líneas finas y aristocráticas y mirada altanera. En el peinado de sus largos y rizados cabellos negros se advertía un cuidado, que no suelen tener los jóvenes de su edad. También reparé en sus manos, blancas y cuidadas como las de una dama, en una de las cuales ostentaba una sortija valiosa.

—¿Me llamaba usted, señor Butler? — preguntó desde la puerta, con alteración.

—Sí, mi lord — respondió el profesor.

—Será indiscreto preguntarle a qué debo ese honor.

Desearía saber, mi lord, por qué, al final del curso, que expiró ayer, se negó, no obstante mi invitación, a venir a comer a mi casa con los demás colegiales.

También el profesor pronunció con énfasis las palabras «no obstante mi invitación».

—¿Quiésera que me dispensase de responderle, caballero.

—Por desgracia, mi lord, me es imposible. Cometió ayer una infracción de los estatutos del colegio, e insiste en conocer la causa... si es que existe.

—Existe, caballero.

—¿Veámosla.

—Va usted a saberla — contestó el joven, con impertinencia —. Si usted pasase por las inmediaciones de mi castillo de Newstead, donde suelo pasar mis vacaciones, bien cierto es que no le invitara a comer: no debo, pues, aceptar de usted una atención que en mi manera algo estoy dispuesto a retribuir.

«Debo advertirle, mi lord — contestó el doctor, conteniendo su cólera — que si sigue por



rándose como hasta aquí, no podrá continuar en el colegio.

—Y yo, caballero, a mi vez debo advertirle que lo abandono mañana para ingresar en el de la Trinidad, de Cambridge, según puede usted ver en esta carta de mi madre, que pone en su conocimiento esta determinación.

Mientras hablaba el colegial, alargó la carta, pero sin acercarse al profesor.

—¡Ah...!, muy bien! — exclamó el profesor — ¡Todos saben que mi lord cojea!

Esta vez correspondió al joven recibir el latigazo; pero en vez de enrojecer, como había hecho el profesor, se puso intensamente pálido.

—Por mucho que cojee, caballero — replicó el escolar, arrugando entre sus dedos la carta que tenía en la mano —, crea usted que le duele, que pueda seguirme adonde yo iré... — Santiago — añadió, volviéndose hacia un criado de librea, el portador, sin duda, de la carta —, haz ensillar los caballos: nos vamos.

Y cerró la puerta sin despedirse del profesor Butler.

—Vaya usted a su clase, señor Davys — me dijo el profesor, después de algunos minutos de silencio —, y procure no parecerse nunca a ese impertinente joven que acaba de salir.

Al atravesar el patio me enteré de que aquel joven se llamaba Jorge Gordon Byron.

Ingresé, pues, en el colegio de Harrov-sur-la-Colline el mismo día que lord Byron lo abandonaba.

## VII

Al otro día Tom emprendía el viaje de retorno a Williams-house, no sin antes recomendarle que prestase atención preferente a las partes más esenciales de mi educación, es decir, la gimnasia, la esgrima y el boxeo. Por primera vez en mi vida me encontré solo, perdido en medio de mis jóvenes compañeros, tan perdido como pudiera estarlo en el corazón de un bosque. La consecuencia inmediata fue que, en la clase, no levantaba los ojos del papel, y en las horas de recreo me quedaba escondido en cualquier rincón de la escalera. En estas horas de meditación obligada se me representó en todo su encanto la dulce vida de Williams-house, donde me mimaban y prodigaban cariño mis buenos padres y Tom; mi lago, mi brick, mi tiro, mis lecturas de viajes, mis excursiones acompañando a mi madre a las casas de los enfermos o de los menesterosos, todo pasaba ante mi imaginación y ante mis ojos, dejándome una sensación de descorazonamiento profundo. Estos pensamientos llegaron a abrumarme de tal modo, que al tercer día me senté en la meseta de la escalera y rompí a llorar. De pronto sentí que alguien me ponía una mano sobre los hombros, y me dijo:

—¿Es posible que el hijo de un marino tan bravo como sir Eduardo Davys lllore como un niño?

Me estremecí, y comprendiendo que llorar es una debilidad, erguí la cabeza y enjugué las lágrimas.

—Ya no lloro — contesté.

El que se encontraba ante mí era un muchacho de quince a diez y seis años que, sin figurar todavía entre los "veteranos", había salido ya de las filas de los "novatos". La expresión de su semblante era más tranquila y sería de lo que podía esperarse de sus pocos años, y me bastó mirarle una vez para cobrarle simpatía.

—¡Vá se hace! — me dijo —. ¡Tú serás un hombre! Y ahora, si cualquiera te atareña pendeñica, y necesites de mí, ya sabes que está a tu disposición Roberto Peel.

—Mil gracias — contesté.

Roberto Peel me ofreció la mano, que yo estreché, y subió a su cuarto. Yo bajé al patio. Los colegiales estaban jugando. Uno de ellos, alto, de dieciséis o diecisiete años, acercóse a mí.

—¿Nadie te ha tomado por "novato"? — me preguntó.

—Ignoro el significado de esa palabra.

—¡Pues te tomo yo! — agregó —. A partir de este instante, me perteneces. Me llamo Pablo Wingfield... No olvides el nombre de tu señor... Ven conmigo.

Le seguí sin resistencia, pues, aunque no comprendí lo que me quiso decir, yo tenía empeño en fingir que comprendía para no quedar en ridículo. Además, se me figuraba que las frases de Pablo Wingfield eran una de las tantas bromas de colegio. Resultó que mi señor fué a continuar el partido de pelota que había interrumpido para venir a hablarme, y yo, creyendo que era su compañero de juego, me coloqué a su lado.

—¡Atrás! — me gritó él —. ¡Atrás!

Supuse que me reservaba el papel de zaguero, y retrocedí. En aquel instante, la pelota, despedida vigorosamente por su adversario, rebasó el sitio donde estaba Pablo. Me disponía yo a devolverla, cuando él gritó:

—¡Cuidado con tocar la pelota, tantonueño! — ¡Te lo prohibo!

Molestado por esas palabras, me retiré.

—¡Oye! ¿Adónde vas? — me preguntó Pablo.

—Me voy.

—Si..., ¿pero adónde?

—Adonde me place.

—¿Cómo adonde te place? Vete a buscar la pelota — dijo Pablo.

—Ve tú — replicó —. No soy criado de nadie.

—¡Espera! ¡Verás cómo te hago obedecer! Me volví y esperé. Indudablemente creyó que yo iba a escapar, pues mi actitud le desconcertó visiblemente. Vació, sus camaradas saltaron la carcajada, y entonces, rojo de vergüenza, vino hacia mí.

—Vete a buscar la pelota — me dijo por segunda vez.

—Si no quiero ir, ¿qué pasaría?

—Que te daré de palos hasta que vayas.

—Siempre oí decir a mi padre, que quien pega a un ser más débil que él, es un canalla cobarde. Por lo visto, Pablo, tú eres un perfecto canalla y un perfecto cobarde.

Estas palabras acabaron de exasperar a Pablo, quien me propinó un puñetazo formidable en pleno rostro. Llevé la mano al bolsillo donde tenía la navaja, pero me pareció oír la voz de mi madre diciéndome: "¡Asésino!", y la retiré inmediatamente. Pero le repetí:

—¡Es usted un canalla y un cobarde, señor Wingfield!

Probablemente me hubieran valido mis palabras unos cuantos puñetazos tan fuertes como el primero, si no se hubiesen interpuesto dos amigos de Pablo, llamados Hunzer y Dorset. Yo me retiré.

Era yo un niño especial, consecuencia de haber vivido siempre entre hombres. Mi carácter, por decirlo así, correspondía a un muchacho de doble edad que la mía. De ello resultó que Pablo había dado un puñetazo a un joven, aun cuando él creyera que lo daba a un niño. Apenas recibí el golpe, acudieron a mi memoria las mil historias que había oído referir a mi padre y a Tom, en las cuales, en circunstancias parecidas, el ofendido había exigido al ofensor una reparación por las armas. Exigencias ineludibles del honor obligaban a ello, según había oído repetir mil veces a mi padre, y el que recibía un botetón, y no lo vengaba, quedaba deshonrado.

Subí, pues, a mi cuarto, y saqué de la maleta mis pistolas de tiro. Puse pólvora y balas en mis bolsillos, y me encaminé al cuarto de Roberto Peel. Le encontré leyendo; pero al ruido que hizo la puerta al abrirse, levantó la cabeza.

—¡Dios mío! — exclamó —. ¡John, amigo

¡Cuide su vista! Se lo pide el PATRONATO NACIONAL DE CIEGOS.

## NERVI-GENOL

EL TONICO PARA EL CEREBRO



Si se siente decaído, nervioso o duerme mal... si experimenta pérdida de memoria o se nota agolado, acuda a NERVI-GENOL

SE VENDE EN TODAS LAS FARMACIAS

mía!... ¿Qué te pasa? ¡Si estás lleno de sangre!

—Me pasa —respondí— que Pablo Wingfield me da un puñetazo en pleno rostro; y como hace poco me dije que, si alguien me buscaba pendeñencia, acudiría a ti, aquí me tienes.

—Está muy bien —dijo Peel levantándose—. Pierde cuidado, John, que ahora mismo me las entenderé con Pablo Wingfield.

—¿Cómo entenderélas?

—¡Claro!... No vienes a rogarne que te venga?

—Vengo a rogarte que me ayudes a tomar venganza por mi nano —replicó, dejando mis palabras sobre la mesa.

Peel me miró estupefacto y preguntóme:

—¿Cuántos años tienes?

—Cumpliré muy pronto trece.

—¿De quién son esas armas?

—Mías.

—¿Desde qué edad las manejas?

—Desde hace dos años.

—Te atreverías a poner una bala en aquella veleta? —continuó Roberto, abriendo la ventana de su cuarto e indicándome una cabeza de dragón que giraba rechinando a veinticinco pasos de distancia.

—Creo que sí.

—¡Haz la prueba.

Cargué una de mis pistolas, apunté con cuidado, y puse una bala en la cabeza del dragón, junto al ojo.

—¡Bravo! —exclamó Peel—. Ahora ven conmigo.

Le seguí sin hacer la menor observación. Mi amigo bajó al patio. Todos los colegiales estaban reunidos. Roberto se dirigió en línea recta a Pablo.

—Oye, Pablo —dijo—, ¿sabes dónde fué hecho el disparo que oísteis?

—No —contestó Pablo—.

—En mi cuarto. ¿Sabes quién lo hizo?

—No.

—John Davys. Por último, ¿sabes dónde dió la bala?

—No.

—En la veleta: mira.

Todos se volvieron hacia la veleta, y observaron que era verdad.

—¿Bueno! —exclamó Pablo—. ¿Pero a qué vienen esas preguntas?

—Vas a saberlo —contestó Roberto—. Tú le diste un puñetazo a John: éste vino a buscarme, porque quería batirse contigo, y para demostrarle que, aunque muy niño, puede meter una bala en medio del pecho, la envié ante a la cabeza del dragón.

Pablo se puso instantáneamente pálido.

—Pablo —repuso Roberto—, tienes más fuerza que John, pero John es más diestro que tú. Abofeteaste a un niño que tiene corazón de hombre. Tu error fué grande, y justo es que sufras las consecuencias. O te bates con John, o le das toda clase de satisfacciones y excusas.

—¿Satisfacciones a un niño! —exclamó Pablo—.

Oye —dijo Roberto, acercándose a Pablo y hablándole a media voz—. Tienes de plazo hasta la tarde para escoger una de las dos resoluciones propuestas.

Sonó la campana y entramos en clase.

—A las cinco —me dijo Roberto Peel al separarse de mí.

Trabaje con toda tranquilidad. Llegó el recreo y la tarde y salí de nuevo al patio. Roberto se acercó a mí.

—Toma —me dijo, poniendo en mis manos una carta—. Pablo escribe que siente en el alma haberse pegado: no puedes exigirle más. Llévate la carta, cuyo contenido era el que me había indicado Roberto.

Ahora —prosiguió mi amigo—, es preciso, John, que sepas una cosa. Hice lo que me dices, porque Pablo es un mal compañero, y no me agradaba que le diera una lección uno

que tiene menos años que él; pero es preciso que sepas, John, que somos todavía niños, no hombres. Ni tienen importancia nuestros actos ni valor nuestras palabras. No debemos adelantarnos a nuestra edad, John. Lo que para un ciudadano o para un militar es una deshonra, para un escolar no tiene la menor importancia. En sociedad se baten los hombres, en el colegio se pegan los niños. ¿Sabes boxear?

—No.

—Yo te enseñaré; y si alguien te atacó antes de que llegues a estar en condiciones de poder defenderte, te defenderé yo.

—Gracias, Roberto. ¿Cuándo me darás la primera lección?

—Mañana, durante el recreo de las once.

Cumplió la palabra. Al día siguiente, en vez de bajar al patio, subí al cuarto de Roberto, y allí comencé mi educación. Un mes más tarde podía luchar sin desventaja con los estudiantes más altos del colegio.

He referido con todo lujo de detalles la aventura que precede, porque da una idea exacta de la diferencia que entre mí y los demás niños existía, fruto de una educación diferente.

Las instrucciones transmitidas en la carta paternal del doctor Butler fueron seguidas al pie de la letra: me dieron profesor de esgrima y de gimnasia. Desde entonces vi disminuir el tiempo con mayor rapidez de la que esperaba. No se me tache de inmodesto si digo que era laborioso e inteligente y que, aparte de mi carácter seco y rígido, nada se me podía reprochar.

Aunque, como acabo de decir, me encontré en el colegio, desdeña ardentemente que llegase la época de las vacaciones. Todos los días esperaba ver aparecer a Tom. Una mañana, durante el recreo, vi frente a la puerta del colegio el coche de mi casa: corrí desahogado hacia el carruaje, del que bajaron dos personas antes que Tom: mis padres habían querido acompañarle.

Fué para mí un momento de dicha inefable. Tres o cuatro instantes de felicidad completa, como la que yo experimenté en aquel, suele tener la existencia humana, instantes breves, sí, pero que bastan para que su recuerdo no se borre en la vida. Mis padres me llevaron consigo en el viaje que hicieron al doctor Butler, quien les había bien de mi comportamiento. La dicha más pura e inefable combargaba los corazones de mis amantes padres.

Al salir del despacho del doctor Butler, encontré mi amigo Roberto que hablaba con Tom. Este escuchaba con ojos radiantes de alegría lo que Roberto le estaba refiriendo. Venía a despedirse de mí antes de ir a pasar el mes de vacaciones al lado de sus padres. Tom, en cuanto tuvo ocasión, habló a solas con mi padre, quien, al acercarse de nuevo a mí, me abrazó con transporte, murmurando entre dientes: "Sí... sí, será un hombre".

Me ofrecieron mis padres llevarme a Londres para pasar ocho días en la capital; pero tan vivas eran mis ansias de ir a Williams-house, que preferí emprender aquel mismo día el viaje para el Derbyshire. A la mañana siguiente nos poníamos temprano en camino.

Me sería imposible reflejar el efecto que me produjo, después de mi primera ausencia, la vista de los objetos entre los que se deslizaron los días de mi niñez.

Mi visita primera fué para el lago. No tuve paciencia para seguir el paso de mi padre y de Tom: tomé carrera, con cuanto velocidad me permitieron mis piernas, para tener la dicha de ver un momento antes mi brick. En el sitio de siempre lo recibí graciosamente las tranquilas aguas del lago. El viento zarandeaba sus banderolas y gallardetes. Me tendí sobre la hierba y comencé a llorar de dicha y alegría. Llegaron mi padre y Tom, embarcados en la canoa y fuimos a bordo. El

punte estaba encerrado y recién pulido. Tom cargó un cañón e hizo fuego; fué un cañonazo de señal: diez minutos después encontrábase a bordo los seis hombres que formaban la dotación.

No había olvidado yo ni uno solo de mis conocimientos teóricos, y, por añadidura, la gimnasia mejoraba notablemente mis aptitudes para la práctica. Todas las maniobras las ejecutaba con rapidez y seguridad. Mi padre temblaba de alegría al ver mi destreza y mi agilidad. Tom palmoteaba como un loco, y mi madre, que había llegado a bordo poco después que nosotros, volvía a cada momento la cabeza. La campana nos llamó, al fin, a la mesa. Aquel día se festejaba mi feliz llegada y teníamos invitados. En la escalinata nos esperaban el doctor y el señor Robinson. Después de la comida, fué con Tom a mi campo de tiro, y desde que atardeció pasé a ser, como lo fuera antes, propiedad exclusiva de mi santa madre.

Desde el primer momento volví a conaturalizarme con mis antiguos hábitos, tanto, que al cabo de tres días, el año de colegio me parecía casi soñado. Lo mismo me ocurrió con los cinco que allí pasé. ¡Oh, qué hermosos y frescos son los años juveniles! ¡Pasan pronto, son fugaces en extremo, pero cómo saturan de recuerdos todo el resto de la vida! Pero sigamos mi historia.

Llegamos a la finalización del año 1810: yo había cumplido mis dieciséis primaveras. En los últimos días de agosto fuéron a buscarme como de costumbre, pero aquella vez me anunciaron que sería la última. Me pareció advertir en mi padre una expresión de gravedad, y en mi madre una de tristeza, que no había visto hasta entonces. En cuanto a mí, la nueva que me volvería más al colegio me oprimió el corazón.

Me despedí del director Butler y de todos mis camaradas, entre los cuales no dejaba grandes amistades. El único amigo de veras que tuve en el colegio fué Roberto Peel, que un año antes había dejado el colegio Harrow para proseguir sus estudios en la universidad de Oxford.

Llegados a la Williams-house, volví a mis ejercicios habituales, pero observé que mi padre y mi madre parecían que se alejaban de mí, y que hasta el mismo Tom, que estaba constantemente a mi lado, había perdido nula parte de su buen humor. Nada comprendía yo, aunque, sin saber por qué, llegué a sentir sobre mi alma la influencia de aquella tristeza general. Una mañana, en ocasión en que tomábamos el té, Jorge trajo una carta en cuyo sobre se destacaba un gran sello, encarnado de las armas de la corona. Mi madre echózo vivamente la taza que llevaba a solas con mi padre, después de volverlo y revolverlo entre sus manos, me lo alargó diciéndome:

—Toma: es para ti.

Rasgué el sobre y hallé que contenía mi nombramiento de guardiamarina a bordo del *Tridente*, mandado por el capitán Stanbow, fundado en Plymouth.

Había llegado el momento tan anhelado por mí, pero cuando vi que mi madre volvía la cabeza para ocultar sus lágrimas, cuando vi que mi padre silaba la *Rule Britannia*, cuando en mis oídos sonó la voz de Tom, temblorosa, pese a sus violentos esfuerzos, diciéndome: "¡Mi oficial! ¡Esta vez es definitiva!", sentí una conmoción tan inmensa, que dejé caer el pliego, me arrojé de rodillas a los pies de mi madre y así sus manos, que besé mil veces llorando.

Mi padre se puso en pie, movió la cabeza, tosió repetidas veces, dió unas vueltas por el salón, y deteniéndose frente a mí, me dijo:

—¡Vaya, John! ¡Sé hombre!

Al mismo tiempo que sonaban en mis oídos



estas palabras, sentí que los brazos de mi madre enlazábase con fuerza mayor a mi cuello, como para oponerse tícidamente a la separación. Yo permanecí inmóvil, con la cabeza doblada sobre el pecho.

Siguió un momento de silencio. Al fin fué cediendo la dulce cadena que me aprisionaba y me levanté.

—¿Cuándo debe emprender el viaje? — preguntó con débil voz mi madre.

—Debe estar a bordo el día 30 de septiembre, y hoy es 18: puede pasar aquí seis días más. —

—¿Me permitirás que le acompañe contigo? — preguntó con timidez mi madre.

—¡Oh, sí, sí! — exclamé yo—. ¡Claro que sí! ¡Quiero estar a vuestro lado todo el tiempo posible!

—¡Gracias, hijo mío, gracias! — suspiró mi madre, con acento de reconocimiento imposible de explicar—. ¡Gracias, John querido! Una sola palabra tuya compensa todo el dolor de la separación.

El día señalado nos pusimos en camino mis padres, Tom y yo.

### VIII

Como teníamos nada más que seis días para nuestro viaje, atravesamos en línea recta los condados de Warwick, Gloucester y Somerset. En la mañana del quinto día de viaje entramos en el Devonshire, y aquella misma tarde, a eso de las cinco, llegamos al pie del monte Edgemoor, que se alza al oeste de la bahía de Plymouth. Tocábamos ya el fin de nuestro viaje. Mi padre nos invitó a echar pie a tierra, indicó al cochero la fonda donde pensaba hospedarse, y el coche continuó por la carretera mientras nosotros trepábamos por un sendero que debía conducirnos a la plataforma de la montaña. Yo daba el brazo a mi madre y mi madre nos seguía apoyado en el de Tom. Subía yo con lentitud, abrumado bajo el peso de pensamientos tristes. Mis ojos estaban fijos en el coronamiento de una torre rúinosa que crecía progresivamente a medida que avanzábamos, cuando de pronto, al bajar mis miradas desde el coronamiento a la base, lancé un grito de sorpresa y de admiración: a mis pies agitábase el mar.

Los cuatro nos detuvimos y trasntamos en los sembrantes las impresiones diferentes que se agitaban en nuestros corazones: mi padre y Tom de alegría al volver a ver a su adorada clemente; yo de asombro, por el conocimiento nuevo que acababa de hacer: mi madre de espanto, como si se viera frente a un enemigo. Al cabo de algunos minutos concedidos a la contemplación, mi padre buscó en el centro del puerto, que dominábamos perfectamente desde lo alto de la montaña, el buque que debía alejarme de él, y en seguida distinguió el *Tridente*, hermoso navío de setenta y cuatro cañones, que se balanceaba sobre su ancla, ostentando con orgullo el pabellón real y su triple hilera de piezas de artillería. Maudaba el barco mencionado, como dije antes, el capitán Stanbow, viejo y excelente marino, compañero de armas de mi padre, así que, cuando al día siguiente, que era el señalado para mi presentación a bordo, llegamos al *Tridente*, sir Eduardo fué recibiendo, no ya como amigo, sino como superior, pues como se recordará, mi padre, al ser retirado del servicio activo, recibió el empleo de contralmirante. El capitán Stanbow quiso que mis padres y yo comiéramos en su compañía, mientras que Tom lo hizo, a su pedido, con la marinera, a la que obsesó con doble ración de vino y unas copas de ron. Mi embarque en el *Tridente* dió motivo a una especie de fiesta, cuyo recuerdo perduró en muchos corazones.

El capitán, viendo las lágrimas que corrían por las mejillas de mi madre, pese a los es-

fuerzos que hacía para contenerlas, me permitió pasar la noche con mi familia, pero exigiéndome que, al día siguiente, a las diez de la mañana, habría de encontrarme a bordo. Mi madre dió al capitán las gracias con tanta efusión como si cada segundo que le concedía fuera un año más de vida que le daba.

Al día siguiente, a las nueve, llegamos al puerto. El bote del *Tridente* me esperaba. Estábamos ya frente al momento terrible, que mi pobre madre soportó con mayor entereza de la que todos esperábamos. Mi padre y Tom intentaron alardear de héroes, al principio; mas en el instante de separarnos, faltos de fuerzas para seguir representando el papel que se habían impuesto, vacilaron y sucumbieron, y aquellos hombres que tal vez no habían llorado jamás, vertieron verdaderas lágrimas de mujer. Comprendí que era yo quien debía poner fin a aquella escena, y estrechando una vez más a mi bondadosa madre contra mi corazón, salté al bote, y éste partió con rumbo

al navío. Cuando llegué a bordo me presenté al capitán. Lo encontré acompañado por el segundo comandante, estudiando un croquis de los alrededores de Plymouth, en el que estaban señalados, con exactitud maravillosa, las aldeas, los caminos, los bosquecillos y hasta los matorrales más insignificantes. Al ruido que hizo la puerta al entrar yo, el capitán alzó la cabeza y me reconoció.

—¡Ah! ¿Es usted? — me dijo con sonrisa benigna —. Lo esperaba.

—¿Me habrá cabido la dicha, mi capitán, de poder serle útil en algo el día mismo de mi llegada? Sería una fortuna para mí.

—Podría ser — respondió el capitán —. Acérquese y mire.

Así lo hice y puse mis miradas en el croquis.

—¿Ve usted este pueblo? — pregunté.

—¿Walsmouth? — inquirí.

—Sí. ¿A qué distancia cree usted que se encuentra, hacia el interior?

—A ocho millas, aproximadamente, si no

## GRANDES ESTABLECIMIENTOS CONDAL

PRESENTAN LAS

## SERIES 1946

SOLICITE  
CATALOGOS



COMBINADO CONDAL 1946, de lujosa presentación. 9 válvulas, sintonía localizada, altaparlante de concierto de 10 pulgadas, ajo eléctrico, membrana eléctrica a cristal, cámara acústica y mueble estrepadoso de diseño elegante y esmerada terminación.



Grandes Establecimientos CONDAL.

Talcahuano 64, Buenos Aires

Ruego me envíen catálogo con más de 100 modelos y su OFERTA PROPAGANDA.

Nombre .....

Dirección .....

Localidad ..... F. C. ....

SE NECESITAN AGENTES Y REPRESENTANTES

me engaña la escala.

—¿Sí es... ¿Conocía usted ese pueblo?

—Sin embargo, tomando como guía los datos topográficos, que usted está examinando, se atrevería a ir desde la ciudad al pueblo sin perderse?

—Pues bien. Está usted preparado para las seas; cuando haya de emprender la marcha, le daré instrucciones el señor Burke.

Quedé a los dos jefes y volví al puente. A las personas que dejaba en tierra y que más curiosidad en el mundo fueron congradas mis primeras miradas. Los muelles estaban animados a todas horas, pero los seres queridos que buscaba no se hallaban ya allí.

Estaba yo absorto en lo más profundo de mis pensamientos, clavados en tierra mis ojos y apoyado contra el palo de mesana, cuando sentí que me tocaban un hombro. Era uno de mis cuatrados futuros, joven de dieciséis o diecisiete años, y que llevaba ya tres al servicio de Su Majestad Británica. Me dijo:

—El capitán me encargó, señor John, que le enseñe el barco, desde el juanete del palo mayor hasta el paño de la pólvora. Como quiera que, según todas las probabilidades, habrá usted de pasar algunos años a bordo del *Tridente*, no creo que le moleste trabar íntimo conocimiento con él.

Aunque presumo, caballero, contesté —, que el *Tridente* será como todos los navios de sexta y cuatro, y que nada de particular he de encontrar en su estiba, tendré placer especial en hacer la visita en su compañía, de la cual desearé no privarme mientras esté embarcado en este buque. Usted conoce mi nombre, ¿verdad? La bondad de decirme el suyo?

—Me llamo Jaime Bulver, salí de la escuela de Londres hace tres años, y desde entonces he hecho dos viajes: uno al cabo Norte y otro a Calcuta. Supongo que también usted habrá salido de alguna academia preparatoria.

—No, señor. Salgo del colegio de Harrow-sur-la-Colline, y hasta anteayer no había visto el mar.

Jaime no pudo contener una sonrisa.

—Siendo así —dijo— me tranquilizo; ya no temo aburrirme. Los objetos que va usted a ver serán, no lo dudo, tan curiosos como nuevos.

Me incliné como asintiendo y emprendí la marcha al lado de mi *alcornoque*, quieto, haciendo bajar por la escalera al cabo Norte y me condujo ante todo al segundo puente... Cuando ya hubimos recorrido todo el interior del barco y Jaime se disponía a obligarme a hacer por la arboladura un viaje tan detenido como el que acabábamos de llevar a cabo por las sentinas, sonó la campana llamando a la mesa. La operación era demasiado importante para que perdáramos en retardarla un minuto siquiera: acudimos, pues, inmediatamente al comedor de guardamarinas, donde nos esperaban ya cuatro jóvenes de nuestra edad. Inmediatamente comenzó la comida, a la que yo hice los honores como mis demás camaradas.

Después de la comida, Jaime, amante quizás de las digestiones tranquilas, en vez de volver a hablarme de nuestro paseo aéreo en proyecto, propuso una partida de naipes. Yo me excusé diciendo que mi podía corresponder al honor que se me brindaba, y subí al puente. El tiempo estaba hermosísimo: soplaban viento oeste-noreste, y en el navio se hacían todos los preparativos que preceden de cerca al viaje. El capitán papeaba a estribor del castillo de popa, deteniéndose de vez en cuando para dirigir una mirada a las maniobras, y luego continuaba su paseo, mientras el segundo, a babor, tomaba parte más activa en

los preparativos, aunque toda su actividad no pasaba de algunos gestos imperiosos y muy corteses polígrafos lúes y secos.

Bastaba ver a aquellos dos hombres para apreciar la diferencia de sus caracteres. El señor Stanbow era un anciano de sesenta a sesenta y cinco años. En su rostro reflejábanse, a la vez que energía, cierto aire de innata bondad y dulzura.

El señor Burke, por el contrario, mostraba en su semblante la severidad y maldad que encerraba su alma. Tenía de treinta y seis a cuarenta años de edad y era bajo y de débil constitución.

Aquellos dos hombres, que ocupaban en el castillo de popa el sitio correspondiente a su jerarquía, parecían más separados aún por una antipatía natural que por la etiqueta de su respectivo grado. Así cuando el capitán trataba a su segundo con toda corrección y respeto, érale imposible dar a su voz, cuando le hablaba aquel acento de dulzura que le conquistaba el cariño de todos sus subordinados. De la misma manera recibía el señor Burke las órdenes de su jefe, y su sumisión, aunque perfecta, tenía algo de sombrío, algo de violento, que contrastaba con la gozosa y rápida del resto de la dotación.

Un suceso de cierta importancia había reducido a aquellos dos hombres, según se ha visto, en el momento que yo llegué al navio. La vispera había sido notada la falta de siete marineros a la lista de retreta.

El primer pensamiento del capitán fué que aquellos siete tunantes, entre los cuales había algunos a los que le gustaba la ginebra, se habían retardado sacrificando al dios Baco en la mesa de alguna taberna. Mas a la manifestación de su sospecha, hecha por el capitán, y que le fué sugirida a manera de excusa o atenuante de la falta por su bondad natural, el señor Burke contestó moviendo la cabeza en señal de duda; y como transcurrió la noche sin que llegaran los ausentes, al día siguiente, el capitán, por muy inclinado que se sintiera hacia la indulgencia, hubo de reconocer que el suceso, tal como había previsto Burke, encerraba alguna gravedad.

Como quiera que esas casas son conocidas por todas las dotaciones de los barcos, sobre ellas recaen inmediatamente las sospechas, cuando se advierten en un navio faltas de personal en su marina. Entonces se preparan contra ellas expediciones de presa; pero en justa correspondencia, cuanto más expuestos están los honrados propietarios de esas casas a las visitas de este genero, mayores precauciones toman para anular el resultado. Se trata de no contrabando, y hay que engañar a los aduaneros. Tan convencido estaba el señor Burke de que en alguna taberna estaban los marineros, que no quiso ceder a nadie la dirección de la empresa.

En consecuencia, aquella mañana se reunió a los quince marineros más antiguos del *Tridente*, y, en presencia del capitán y del segundo, celebraron una especie de consejo, en el cual las opiniones de los inferiores habrían de ser las que tuvieran más peso. El resultado de la deliberación fué que los culpables, según todas las probabilidades, estaban refugiados en la taberna llamada *La Verde Erin*, "honrado" establecimiento explotado por un irlandés, de nombre Jenny, residen-

te en el pueblo de Walsmouth, situado a unas ocho millas de distancia, poco más o menos, hacia el este. Se había decidido que la expedición se dirigiera hacia allí.

Adoptada la decisión, se aprobó otra que debía asegurar el éxito, y fué la de enviar de avanzada un explorador que, bajo un pretexto cualquiera, penetrase en la taberna de Jenny y averiguase en qué parte del establecimiento estaban los desertores, pues era de esperar que estos últimos hubiesen adoptado precauciones para no ser vistos, sabiendo que el *Tridente* debía hacerse a la mar.

Para la ejecución de esta parte del plan, se había presentado una dificultad, y era que el marinero encargado del papel de explorador correría grave peligro, si la expedición daba resultado, de pagar muy cara su intervención, al paso que, si el explorador era un oficial, por maravillosamente bien que se disfrazara, sería reconocido o por el buen señor Jenny o por los desertores. La peregrinidad del consejo era grande: nadie sabía cómo vencer aquella dificultad hasta que al señor Burke se le ocurrió la luminosa idea de echar sobre mis hombros tan espínosa comisión. Acababa de llegar a bordo, y por lo tanto, nadie me conocía. Esto explica las preguntas que a mí llegada me dirigió el capitán, y la orden, que las siguió, de recibir instrucciones detalladas del señor Burke.

Serían las cinco cuando me comunicaron que el segundo comandante me esperaba en su cámara. Me presenté a él inmediatamente. El señor Burke, después de ponerme al corriente de lo que de mí se esperaba, sacó de un aca una camisa, unos pantalones y una chaqueta de marinero, y me invitó a vestir aquellas prendas en vez de mi uniforme de guardamarina. Sin perder tiempo, me despojé de mi uniforme y, merced a mi ancho pantalón de marinero, a mi camisa de franela encarnada, a mi gorra azul y a mis disposiciones naturales, pronto adquirí esa expresión picaresca que forma el carácter distintivo del personaje que debía encarnar.

Terminado mi disfraz, embarcamos en la chalupa del señor Burke, los quince marineros que habían formado la expedición, diez minutos después saltáramos a tierra en Plymouth. Como no podíamos atravesar en masa las calles de la ciudad sin llamar la atención, nos separamos en el muelle, citándonos, para diez minutos después de nuestra separación, junto a un árbol solitario que se veía desde la rada, y que se alza sobre una pequeña colina, más allá de la ciudad. A los cinco minutos, todo el mundo estaba en su puesto.

El señor Burke me explicó entonces todos los detalles del plan. Yo debía dirigirme, todo lo velozmente que me permitieran mis piernas, al pabellón de Walsmouth, mientras los restantes expedicionarios me seguían a paso ordinario. En virtud de esta disposición, yo debía llegar una hora antes que mis compañeros, así como convinimos que éstos me esperarían hasta medianoche en una casucha que había a tiro de fusil del pueblo. Si a medianoche yo no había regresado, sería señal de que me habían matado o hecho prisionero, en cuyo caso, se lanzarían todos sobre *La Verde Erin* para rescatarme o vengar mi muerte.

Sonaban en aquel momento las nueve en Plymouth. Yo necesitaba una hora y media, y mis compañeros dos, por lo menos, para llegar a Walsmouth. Me despedí, pues, de aquellos. El señor Burke dió a su voz cierta dulzura al decirme que me deseaba buen éxito, y partí.

Entré en los muelles más brumoso del otoño. El cielo estaba sombrío y encapotado, sobre mi cabeza, casi rozándolo, pasaban nubes serenas, blancas, azules, violetas, y a la vez en cuando ráfagas de viento, que soplaban



de improviso y cesaban con brusquedad maravillosa, doblaban las copas de los árboles que flanqueaban el camino, arrancando con su poderoso soplo las potentes hojas adheridas a las ramas, que venían a azotar mi rostro. No recuerdo haber disfrutado en mi vida de noche tan triste como aquella.

Después de hora y media de correr sin descansar, y sin experimentar la menor fatiga, divisé las primeras luces de Walsmouth. Me detuve un momento para orientarme, pues necesitaba ir en derechura a la taberna de Jenny sin preguntar a nadie el camino, toda vez que preguntarlo hubiese excitado sospechas. Como desde el sitio donde había hecho alto, solamente se distinguía un amontonamiento de casas, decidí entrar en el pueblo, confiado en que no faltaría algún indio exterior que guiara mis pasos. No me engañé: no bien entré en la primera calle, divisé la linterna que mis camaradas me habían indicado como faro encargado de dirigirme, y me acerqué, resuelto, puesto que ya estaba allí, a representar mi papel con todo el verisimilitud.

La taberna de Jenny no tenía pretensiones, ni mucho menos, de engañar a nadie con falsas apariencias: era una guarida, un cubil en toda regla. La puerta, muy semejante a la de un calabozo, tenía, a la altura de la cabeza de un hombre, ese ventanillo enrejado que, en el *argot* tabernario, suelen llamar *agujero del espiá*, porque su objeto es permitir al dueño del establecimiento asegurarse, antes de franquear la puerta, de la clase de personas que recibe. Acurré mi cara al ventanillo y miré: daba a una especie de caverna tenebrosa, donde no pude distinguir más que algunos hilos de luz que se filtraban por las grietas de una puerta, y que me indicaron que la estancia inmediata, si no habitada, por lo menos estaba iluminada.

—¡Ah, de la casa! —grité.

Por más que pronuncié las palabras anteriores con voz recia, y las acompañé con un golpe asustado contra la puerta, más recio aun, quedaron sin respuesta. Esperé un momento, llamé por segunda vez, pero con el mismo resultado. Por tercera vez quise pegar mi cara al ventanillo, pero lo encontré ya ocupado: otra cabeza, pegada a la rejilla, me miraba desde dentro.

—¡Más vale tarde que nunca! —exclamé yo.

—¿Quién eres? ¿Qué dasas? —preguntó una voz dulce, que yo estaba muy lejos de esperar en aquella ocasión, y en la que reconocí la de una joven.

—¿Que quién soy, hermosa niña? Un pobre diablo de marinero que irá a dormir a la cárcel si tú no le abres la puerta.

—¿De qué barco?

—Del *Borras*, que zarpó esta mañana.

—Entra —contestó la niña, abriendo la puerta lo estrictamente necesario para dar paso a mi cuerpo.

No bien pasó, la volvió a cerrar, echando seguidamente dos gruesos cerrojos y una barra.

Al ruido que hicieron a mis espaldas aquellas garantías de seguridad interior, sentí... lo confieso sin reparo, que el agua y el sudor que inundaban mi frente se helaban; pero ya no podía retroceder. Además, sin darse tiempo a nada, la niña abrió la puerta interior y me encontré en la estancia iluminada. Mis miradas la recorrieron en un instante, deteniéndose en el digno Jenny, cuyo aspecto formidable no era el más indicado para tranquilizar a nadie. Tendría seis pies de estatura, su musculatura era de toro, y de toro parecían sus cabellos y sus cejas, rojos y cerdosos. De su boca, que sostenía una pipa, salían nubes de humo que envolvían su cabeza y que, al disiparse, dejaban ver el brillo de un par de ojos habituados a mirar muy adentro.

—Padre —dijo la joven—; este pobre muchacho viene a pedirnos hospitalidad para esta noche.

—¿Quién eres? —preguntó Jenny, dejando pasar algunos segundos de intervalo entre las palabras de su hija y las suyas, y hablando con acento irlandés muy pronunciado.

—¿Que quién soy? —respondí apelando al *paróis* de Munster, que yo hablaba como mi propia lengua—. ¿Caramba, señor Jenny! Me parece que a usted, menos que a nadie, debería tener necesidad de decirselo.

—¡Por mi vida que tienes razón! —exclamó el dueño de *La Verde Erin*, levantándose de la silla donde estaba sentado—. ¡Un irlandés!

—De pura sangre —contesté.

—¿Se bien venido —repuso, tendiéndome la mano.

Avanté dos pasos con objeto de corresponder al honor que me dispensaba el señor Jenny, pero éste, como si su mente hubiera elaborado algún pensamiento súbito que le hiciera arrepentirse de su exceso de confianza, retiró la mano que me tendía, la llevó a la espalda juntamente con la otra, y mirándome de nuevo con sus ojos de demonio, dijo:

—Si realmente eres irlandés, entonces has de ser católico.

—¡Tan católico como San Patricio —respondí.

—¿Es lo que vamos a ver ahora mismo.

Pronunciadas estas palabras, que no dejaron de producirme cierta inquietud, el tabernero se acercó a un armario, sacó de él un libro, lo abrió, y leyó lo siguiente:

—In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.

Yo clavé en él los ojos, estupefacto.

—Contesta —dijo—; si eres católico, como acabas de asegurar, sábrás ayudar a misa.

Comprendí al punto; y como de niño ojeé infinidad de veces un

# La Esmeralda

**MAS encantadoras que nunca!  
con una permanente onda  
al frio, (pluma, croquiñole)**

Como luce INGRID BERGMAN en la película de Paramount  
"POR QUIEN DOBLAN LAS CAMPANAS".

La Ondulación Permanente al frío y semifrio, aclamada en todo el mundo, es maravillosa.



FOTO PARAMOUNT

**PERMANENTES las más BELLAS**

al vapor, "Auto temo"  
Robert y Eléctric  
ca, 8... \$ 650

SIN PROPINAS

**TINTURAS colores GENIZA**

las más hermosas, tonos  
impecables... \$ 8-

SIN PROPINAS

**PEINADOS ULTRA MODERNOS**

al agua, elevados por  
expertos profesionales,  
nulos, 4... \$ 2-

SIN PROPINAS

**MANICURAS. Servicio Impecable**

ampliando crema calcio  
y buen esmalte, \$ 2-

SIN PROPINAS

**MAQUILLAJE Y BAÑO FACIAL**

atendidos en camerón  
individuales, \$ 250

SIN PROPINAS

**PERMANENTE ONDA AL FRIO**

para cualquier clase de cabello, largo, corto, ondas y rulos; es limpia, sencilla, segura, cómoda y natural; es la más bella de las Permenentes.

Señores Profesionales, consulten sobre la permanente onda al frío

**LA ESMERALDA**

(LA MEJOR Y MÁS GRANDE PELUQUERIA DE SEÑORAS EN SUDAMERICA)

Casa Central: C. PELLEGRINI 425 - U. T. 35-6645 - 1231

Casa Matriz: Piedras 79, cas esquina

de Mayo - U. T. 34 - 1019

Suc. Once: Rivadavia 2579-U. T. 40-2267

Suc. Belgrano: Chibido 2342-U. T. 76-4017

Suc. Bordo: Bordo 783-U. T. 45-4160

Suc. Mar del Plata: Santa Fe 1746

Suc. Flores: Rivadavia 7150-U. T. 66-0030

U. T. 6732

**PRODUCTOS NOBLES GUILLERMINA SCHWARTZ**

LAS CANAS

DAN ASPECTO DE VEJEZ; TINTURAS "POLICROM" dan aspecto juvenil. Es una tintura impecable, en tonos casi naturales. Facilita la ondulación permanente. De resultados positivos. "POLICROM" es la tintura de La Esmeralda y de los buenos profesionales. En tamaños de \$ 2.-, \$ 3.50 y \$ 6.-. Al interior, contra reembolso.

En venta en Laboratorios "La Esmeralda", C. Pellegrini 425, y FRANCO INGLÉS, CONSULTAS sobre estético y belleza, dirige a GUILLERMINA SCHWARTZ, directora del Instituto de Belleza "La Esmeralda".



**COLONIA  
BRANCATO**  
El perfume  
de moda

## AZUCENA MAIZANI, EL ALMA DEL TANGO

en una serie sensacional,  
que comenzará a publi-  
carse en la revista

**¡AQUÍ ESTÁ!**

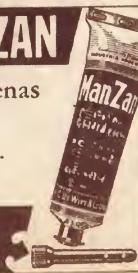
el jueves 18 de julio.



## POMADA MAN ZAN

Descongestiona las Venas  
Hemorroidales.  
Calma la comezón.  
Antiséptica.

EN POMOS PROVISTOS DE UNA  
CÁNULA ESPECIAL QUE PERMITE  
UNA LIMPIA Y FÁCIL APLICACIÓN



libro de misa de la viuda Denison, que siempre me llamó la atención por la infinidad de grabados de santos que lo adornaban, contesté:

—Amen.

—Invito ad altare Dei — continuó mi interrogador.

—Ad Deum qui iustificat juventutem meam — contesté con el mismo aplomo.

—Dominus vobiscum — dijo el tabernero.

Me reservas de latín se habían agotado. El buen Jemmy, al ver que no respondía, permaneció en espera de mi contestación que debía vencerle.

—Et cum spiritu tuo — susurró junto a mi oído la niña.

—Et cum spiritu tuo — grité a voz en cuello.

—¡Bravo! — exclamó Jemmy volviéndose —. Eres un hermano. ¿Qué descas? ¿Qué quieres? Pídele, y tu boca será medida..., siempre que tengas dinero, por supuesto.

—Oh, dinero no me falta! — contesté, haciendo sonar algunos escudos que llevaba en el bolsillo.

—Siendo así, hijo mío, ¡vivan Dios y San Patricio! — exclamó el honrado propietario de La Verde Erin —. Llegas a tiempo para asistir a la boda.

—¿A la boda? — pregunté admirado.

—¿A la boda, sí. ¿Conoces a Bob?

—¿A Bob? ¿No he de conocerle?

—Pues bien: se casa.

—¿Ah! ¿Se casa?

—En este mismo instante.

—¿No le acompañan otros del Tridente?

—Siete, amigo mío. Siete son los del Tridente, tantos como los pecados capitales.

—¿Podría yo reunirme con ellos... sin indiscreción, por supuesto?

—En la iglesia, hijo mío: ahora mismo voy a acompañarte.

—¡Oh! — repliqué vivamente —. No se moleste usted, señor Jemmy; iré solo.

—¡Ah, sí! Vas a salir a la calle para que los espías de Su Majestad Británica te echen la mano encima, ¿verdad? ¡No, hijo mío, no! Irás a la iglesia, pero sin salir de casa... Ven.

—¿Tiene comunicación con la iglesia esta casa?

—Sí, sí. Ven por aquí.

Y el buen Jemmy se apoderó de mi brazo y me arrastró en la furia más amistosa del mundo, pero al propio tiempo con tal fuerza, que si me hubieran venido ganas de resistirme, me hubiese encontrado en la impotencia más absoluta de hacerlo.

Cruzamos dos o tres habitaciones, en una de las cuales se veían, sobre una mesa, los preparativos de una cena más abundante que escogida, y hajamos a una especie de cueva tenebrosa, donde, sin saltarme, Jemmy comenzó a caminar sobre las puntas de los pies. Al fin, después de un momento de vacilación, abrió una puerta. La frescura del aire me dió en el rostro. Tropecé en los pedáneos de una escalera, y apenas subí algunos, sentí que una lluvia fina azotaba mi rostro. Alcé los ojos, y vi la bóveda celeste sobre mi cabeza. Miré en derredor: nos encontramos en un cementerio, y cuyo extremo alzábase una iglesia, de la que se destacaban dos ventanales iluminados que parecían mirarnos con ojos de fuego. Se acercaba el momento del peligro. Desenvainé la mitad de mi puñal y me apresté a seguir adelante, pero entonces fué Jemmy quien se detuvo y me dijo:

—Ahora ya puedes continuar tú solo sin temor de perderte. Vuelvo a disponerlo todo para la cena: tú volverás con los recién casados y encontrarás tu cubierto en la mesa.

Senti que se soltaba la tenaza que sujetaba mi brazo. Jemmy, sin esperar ni contestación, retrocedió por el mismo camino que acabábamos de recorrer los dos. No bien quedé solo, en vez de continuar mi marcha hacia la iglesia, me detuve, dando gracias a Dios por haber inspirado a Jemmy la idea de no acompañarme hasta el fin, y luego, cuando mis ojos se habituaron a la obscuridad reinante, pude observar que las tapias del cementerio no eran muy altas, y que, por lo tanto, no me sería imposible salir del recinto en que estaba encerrado. Corrí hacia el muro y lo escalé. Me bastó entonces dejarme caer para encontrarme en una callejuela desierta.

No me era posible saber con precisión el sitio en que me hallaba. Me orienté tonando como base la dirección del viento, que, durante mi viaje de ida, me había azotado de frente. Eché a andar hacia que me encontrara fuera del pueblo. Pronto distinguí a mi izquierda, semejantes a negros fantasmas, los árboles que flanquean el camino que une a Plymouth con Walsmouth. Me dirigí hacia aquél. La casucha que señaláramos como punto de reunión distaba veinticinco pasos del camino; me dirigí a ella, y allí encontré a mis hombres. Les referí lo que estaba pasando. Distribuímos nuestras fuerzas en dos pelotones y entramos en Walsmouth a paso de carga, pero silenciosamente. Llegados al final de la calle que conducía a la taberna de Jemmy, yo extendí un brazo en dirección a la linterna que indicaba la entrada de La Verde Erin y el otro hacia el campamento de la iglesia, que dibujaba en el cielo su flecha negra y puntiaguda, y pregunté al señor Burke cuál de los dos pelotones debía que dirigiese. Me encargó del destacamento que debía apoderarse de la taberna y que se componía de seis hombres, mientras él, al frente de los nueve restantes, dirigiese hacia la iglesia. Como quiera que desde el sitio en que estábamos, la taberna y la iglesia dispa-



ban poco más o menos lo mismo, era evidente que, si avanzábamos al mismo paso, los ataques de los dos puestos habrían de resultar simultáneos.

Cuando llegué allí mi ejército frente a la puerta de la taberna, mandé a mis hombres que se pegasen al muro mientras yo llamaba. Así lo hice, pero sin resultado alguno. Entonces dispuse que dos de mis hombres, que traían hachas, derribasen la puerta, orden que quedó cumplida en menos de cuatro segundos. Todos nos precipitamos dentro.

La segunda puerta estaba cerrada, y también hubo necesidad de echarla abajo. Nos encontramos en la estancia en que Jenmy me había obligado a ayudar a misa, pero ya no estaba iluminada como antes. Uno de mis hombres encendió una pajaica, pero en vano buscamos un farol o una linterna. Decididamente la guarnición estaba aperebida. Corrí a la puerta de entrada para descolgar el farol que lucía cuando nosotros entramos: el farol estaba apagado. Cuando volví, encontré la habitación iluminada. Uno de nuestros marineros, artillero de la segunda batería de babor, llevaba en el bolsillo una mecha y acababa de encenderla. Pero no podíamos perder tiempo, pues la niecha no duraría más que contados segundos. Tomé la mecha en mis manos y grité a mis hombres:

—¡Seguidme!

Atrevíamnos la segunda habitación, la que estaba dispuesta para la cena, sobre la que nuestros hombres lanzaron, al paso, miradas de expresión difícil de traducir, y al fin, en el momento de extinguirse la mecha, llegué a la puerta de la cueva. Estaba cerrada; pero sin duda no tuvieron tiempo para afanzarla como las otras, pues encontré la llave en la cerradura. Como recordaba perfectamente el camino que había hecho media hora antes, empujé la marcha; pero no había avanzado cuatro pasos cuando una voz murmuró en mi oído la palabra ¡traidor! al mismo tiempo que algo cayó sobre mi cabeza. Vi millones de chispas, lancé un grito, y caí desplomado, sin conocimiento.

Cuando recobré el sentido, me encontré en mi hamaca y comprendí, por el movimiento del barco, que debíamos estar aparejando. Mi accidente, efecto de un puietazo propinado por el tabernero de *La Verde Erin*, en nada empañó el resultado de la expedición. Burke entró en la sacristía en el momento que se celebraba la boda, sorprendiendo a los desposados y a todos nuestros muchachos. Todos fueron presos, a excepción de Bob, que consiguió escapar por una ventana. Verdad es que la ausencia del fugitivo tuvo su compensación, pues Burke, resuelto a volver a bordo con un número de hombres igual al de los desertores, echó la zarpa a uno de los asistentes al acto, y, sin hacer el menor caso de sus gritos y de su resistencia, le llevó con los otros a bordo del *Tridente*. Aquel pobre diablo, que de modo tan inesperado encontrése alista en la marina de guerra británica, era un barbero llamado David.

## IX

Aunque el accidente que sufrí me inpidió tomar parte activa en el desenlace definitivo de la empresa, no puede negarse que su resultado feliz fue debido, en gran parte, al acierto con que yo lo preparé todo. Por lo tanto, mi digno capitán quiso venir en persona a informarse de mi estado. Le dije que me hallaba bien y que antes de un cuarto de hora subiría al puente.

En efecto: no bien me dejó el capitán, salté de la hamaca y procedí a vestirme y a arreglarme. Subí al puente y pude ver que el *Tridente* iniciaba su marcha. Al verme todos mis camaradas me felicitaron por el éxito de la expedición y me rogaron que les explicara detalladamente lo sucedido. Comenzaba yo a referirles mi accidente, cuando uno de los guardiamarinas, que tenía un anteojo, lo asestó a una barca que se acercaba, y exclamó:

—¿Que me aspen si no es Bob el que llega!

—¡Valiente bribón! —dijo un marinero—. Escapa cuando van a buscarte, y corre tras nosotros cuando lo volvemos la espalda.

—Puede que haya reñido ya con su esposa —añadió un tercero.

—De cualquier manera, no quería yo encontrarle en su pellejo —observó otro.

—¡Silencio! —gritó una voz, que tenía la costumbre de hacernos temblar a todos—. ¡A su puesto todo el mundo! ¡Timón a estribor!... ¡Enfilad la mesana!... ¿No véis que el navío retrocede?

Ejecutada la orden, al poco rato gritó una voz:

—¡Barca a babor!

—¡Ved qué desea! —mandó el segundo.

—¡Ah, de la barca! —gritó la voz que decía el aviso—. ¿Que queréis? Recibida la respuesta, el marinero dirigióse al segundo, diciendo:

—Mi teniente, es el marinero Bob, que se demoró en tierra y desea subir a bordo.

—Echad un cabo a ese bribón y encerradle con sus compañeros de desertión en el calabozo —contestó el segundo.

La orden fue ejecutada en el acto.

Un instante después apareció sobre la borda de babor la cabeza de Bob, justificando el apodo de "Soplador" que le daban sus camaradas, pues resollaba con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Vaya, mi viejo cachalote! —le dije yo—. Vale más tarde que nunca. Ocho días a pan y agua en el fondo de la cala, y todo pasado.

—Es muy justo... es muy justo... lo merezco, y a fe que si con un poco se conforman, no podré quejarme. Pero antes, con su permiso, señor guardiamarina, quisiera hablar al teniente.



...con Licor  
LA RABIDA  
Saludable,  
Delicioso.

El Licor de todos  
los hogares



LICOR  
**LA RABIDA**

HISPARGENT, S. R. L. (Cap. 80.000.000) - D'ONOFRIO 130 - CIUDADELA, F. C. O.

—Conducid a este marinero a presencia del teniente — dijo.

—¿Qué quiere? — preguntó éste cuando vio frente a sí al marinero.

—Con su permiso, mi teniente — dijo Bob, dando vueltas entre sus manos a su gorra —, diré que he faltado, y que, por lo que a mí se refiere, nada tengo que reclamar.

—¡Menos mal! — murmuró el señor Burke, con sonrisa que lo expresaba todo menos sinceridad y alegría.

—Así, que, mi teniente, es muy probable que nunca más me hubiese vuelto a ver usted si no llega a mis oídos la noticia de que había a bordo quien pagaba el escote de Bob. Entonces me dije a mí mismo: "Amigo Bob, eso no puede quedar así: fuerza será que vuelvas a bordo del *Tridente*, si no quieres ser un perfecto canalla"; y aquí me tiene.

—¿A qué? —  
—Pues que aquí estoy yo para recibir los golpes, prestar mi servicio y sufrir el castigo, y, por tanto, no tiene usted necesidad de venir en mi lugar a otro... No dudo, mi teniente, que enviará usted a David a tierra, donde le esperan su mujer y sus hijos, llorando desconsoladamente... ¿los ve usted allí, mi teniente?

—Entendió el brazo en dirección a un grupo de personas que se veían en la punta más avanzada del muelle.

—¿Quién le dio permiso a ese bribón para que me hablase? — preguntó el teniente.

—Yo, señor Burke — respondió.

—Sufrirá usted veinticuatro horas de arresto, y así aprenderá a no meterse en lo que no le importa.

Saludó y fué a su paso atrás.

—Mi teniente — repuso Bob con voz firme —, lo que usted hace no es justo: si alguna desgracia ocurre a David, usted será el responsable ante Dios.

—¡Llévase a ese miserable al fondo de la cala y cargadle de grilletes! — gritó exasperado el teniente.

—Llevaron a Bob. Mientras tanto, ya había desfilado por otra escalera, pero nos tropezamos con el falso puente.

—Mía es la culpa del castigo que a usted le impusieron, y por ello le pido perdón. Espero, sin embargo, reparar el mal.

—No vale la pena hablar de ello, Bob — contestó —. Le recomiendo, sin embargo, que tenga paciencia, mucha paciencia.

—No me falta cuando de mí se trata; pero la pierdo cuando pienso en el pobre David.

—¿Y si, seguidamente, el marinero que me servía, después de haber cerrado por precaución la puerta, dio de aire de misterio:

—¿Me da permiso para transmitirle dos palabras de parte de Bob?

—Dímelas.

—Pues bien, señor oficial: dice Bob que es muy justo que él y los desertores sean castigados; pero que es un atropello irritante que castiguen a David, que de nada es culpable. Así que le ruega a usted que diga dos palabras al capitán, hombre justo que no tolerará tal injusticia.

—Hoy mismo cumpliré el encargo.

—Muchas gracias, mi oficial.

Eran las siete de la mañana. A las once, hora en que terminaba mi arresto, fui a encontrar al capitán. Sin decirle que hablaba en nombre de Bob, como cosa mala, lo puse al tanto de lo que yo decía al pobre barbero y de la injusticia que se comía reteniéndole en el calabozo con los desertores. Tan justa era mi representación, que el capitán dió las órdenes oportunas para que cesase el atropello. Quise retirarme entonces, pero el capitán me retuvo para que tomase el té en su compañía.

—Después del té, subí al puente. Una porción de marineros formaban círculo en derredor de un individuo a quien yo no conocía: era David, que mirando hacia tierra lloraba desconsolada-

mente, y de pronto se desmayó.

—¿Qué es eso? — preguntó el segundo que acortó a pasar en aquel instante.

Los marineros separáronse silenciosos para que aquel pudiera ver a David tendido sin conocimiento.

—¿Está muerto? — preguntó aquel hombre, con indiferencia.

—No, mi teniente — contestó uno de los presentes —. Está desmayado.

—Echadle un cubo de agua fresca a la cara y ese bribón volverá en sí.

Afortunadamente en aquel momento llegó el médico y revocó la orden del teniente. El médico hizo que transportasen a David a su bodega, y como continuaba el desvanecimiento, le hizo una sangría que le devolvió a la vida.

Mientras tanto, navegaba el buque viento en popa, y, dejando a su izquierda las islas de Auzigny y de Guernesey, había doblado la de Ouessant y entrado en el Océano Atlántico a vallas desplegadas. Como es natural, cuando al cabo de dos días, David, completamente restablecido en cuanto a su dolencia física, volvió a subir al puente, ya no vivió más que agua y cielo.

Anunció el jueves, día en que se ejecutan los castigos disciplinarios. A las ocho de la mañana, todos los soldados de marina tomaron sus armas al mando de sus oficiales, y formaron a babor y a estribor. Aparecieron luego los reos acompañados por el capitán de armas y por sus dos ayudantes, y con acento indecible de los testigos de la ceremonia, entre los reos encontrábase David.

—Señor Burke — dijo el capitán cuando reconoció al pobre barbero —, ese hombre no puede ser tratado como desertor. Fué preshecha en tierra y no pertenecía a nuestra dotación.

—No le hago castigar como desertor, mi capitán — replicó el segundo —, sino por borracho. Ayer subió al puente, y no se tenía en pie.

—Señor capitán — terció David —, le juro por mi salvación eterna, que desde que me trajeron al buque no he bebido una sola gota de ginébrin, de vino ni de ron. Apelo al testimonio de mis camaradas, a quienes regalé siempre la ración de licor que me han dado.

—¿Es verdad! ¡Es verdad! — gritaron muchas voces.

—¡Silencio! — tronó el teniente.

Vuelto entonces hacia David, añadió:

—Si así es, ¿cómo ayer, al subir al puente, no subió usted tenerse?

—Porque los bandazos eran muy violentos y estaba mareado.

—¡Mareado! — exclamó el teniente, encojiéndose de hombros —, ¡Estaba usted borracho! Le someti a la prueba de rigor en casos análogos, y no supo dar ni tres pasos sobre el carril sin caerse.

—¿Acaso estoy acostumbrado a caminar por un barco? — objetó David.

—Dijo que estaba usted borracho, y basta! — gritó el teniente, y dirigiéndose al capitán, repuso:

—El señor capitán es dueño de perdonarle el castigo; pero pensará en las consecuencias que su indulgencia podría tener para la disciplina.

—Que se haga justicia — dijo el capitán, quien no podía indultar a David sin menoscabar el prestigio del segundo.

Nadie dijo palabra. Leída la sentencia en voz alta por el capitán de armas, comenzó la ejecución. Los marineros, habituados a los vergajazos, los sufrieron con más o menos valor; cuando llegó el turno a Bob, que era el penúltimo, abrió la boca como para decir algo, mas se calló.

Bien aplicado le estaba a Bob el renouveau de "Soplador". A medida que descendía sobre sus espaldas los vergajazos, su respiración se hacía tan ruidosa, que no parecía sino que alguna cachalote volaba por sobre el navio.

Justo es hacer constar que sus resoplos fueron la expresión única de dolor que sus labios dejaron escapar. Recibido el vergajazo vigésimo, Bob se levantó. Su ruda piel estaba toda acardenalada, pero de su cuerpo no salió ni una gota de sangre. Todo el mundo comprendió que Bob deseaba hablar, y se hizo silencio.

—He aquí lo que tenía que suplicar al capitán — dijo Bob, volviéndose hacia el señor Stanbow —, que antes de bajar de aquí, acceda a que me den los doce vergajazos que debe recibir David.

—¿Qué es lo que pides, Bob? — exclamó el barbero.

—Déjame hablar — replicó Bob —. No es incumbencia mía decidir si David merece el castigo o no, mi capitán, pero sí sí es una cosa que si recibe los vergajazos semejantes a los que me aplicaron a mí, morirá, que su mujer quedará viuda y sus hijos huérfanos. Yo, en cambio, recibí un día treinta y dos, precisamente el mismo número que ahora reclamo, y si bien es cierto que estuve un poquito enfermo, no me costó la vida.

—¡Baje usted, Bob! — contestó el capitán con lágrimas en los ojos.

Obedeció Bob sin despegar los labios y subió el barbero a ocupar su puesto. Los dos ayudantes del capitán de armas le despojaron de la chaqueta y de la camisa y, al ver aquel cuerpo blanco y delicado, concubieron los mismos temores que Bob. El capitán, con ahogado dolor, les dijo:

—Cumplid vuestro deber.

Y empezó el suplicio. El primer vergajazo dejó un ancho surco azulado en la espalda del paciente; descargó el segundo, que formó una cruz sinestra con el primero; el tercero comenzó a brotar sangre; al cuarto, la sangre saltó con violencia, salpicando a los marinos más inmediatos al tablado.

—¡Basta! — gritó el capitán.

Desataron las manos a David, quien no había lanzado un grito, aunque estaba tan pálido como si fuese a morir. No obstante su palidez, descendió por la escalera del tablado con paso firme, y, vuelto hacia el capitán, dijo:

—¡Gracias, señor Stanbow! La misericordia que conmigo se hace dejará en mí recuerdos tan impercederos como la venganza que he de tomar.

—No debe usted acordarse más que de sus deberes, amigo mío — replicó el capitán.

—Yo no soy marinero — repuso David —, pero sí marido y padre. Dios me perdonará si en este momento no cumplo los deberes de padre y de marido en atención a que la culpa no es mía.

—Conducid a los culpables al falso puente y que los cure el médico.

Bob ofreció su brazo a David.

—¡Gracias, mi bravo amigo, gracias! — le dijo David —. Bajaré solo.

—Esto terminará mal — dijo a media voz al capitán.

—Mucho me lo temo — me contestó —. Vea usted a ese pobre hombre, señor Davys, y trate de calmarlo.

X

Dos horas después yo me encontraba al lado de David, que estaba tendido en su hamaca, presa de ardiente fiebre. Me acerqué a su lado.

—¿Qué tal, amigo David, cómo se encuentra? — le pregunté.

—Bien — contestó con sequedad y sin mirarme.

—Veo que usted responde sin saber quién le habla... Soy el señor Davys.

David volvióse vivamente.

—¡Señor Davys!... — exclamó, incorporándose —, ¡Señor Davys!... ¡Si realmente es usted el señor Davys debo darle las gracias! Bob



me dijo que fué usted quien consiguió que el capitán me mandara sacar del calabozo... ¡Gracias, señor Davys, gracias!

—No se desanime usted, mi querido David —dijo—. El capitán es un señor excelente, y me prometió que, a su regreso a Inglaterra, lo dejará en libertad.

—¿Sí? ¡El capitán es un señor excelente! —exclamó David con expresión de amargura infinita—. Es muy bueno y muy justo; pero permito que me golpearan y azotaran como a un perro, para no desairar a ese infame teniente...

—Le era absolutamente imposible perdonarle la pena por entero, David. El fundamento primero y principal de la disciplina consiste en dar siempre la razón al superior. Usted vió, sin embargo, que al cuarto golpe mandó poner fin al castigo.

—¿Sí?... estamos de acuerdo! — murmuró David—. Es decir, que si el señor Burke me hubiese mandado ahorcar, en vez de conformarse con azotarme, el capitán, en lugar de mandarle cuiplear doce brazas de cuerda para colgarle, habría dispuesto que fueran cuatro. —David... aquí no se ahorra más que por robo o por asesinato, y usted ni ha de ser nunca ni ladrón ni asesino.

—¿Quién sabe! — murmuró el barbero.

—Advertí que mis palabras, lejos de calmarle, le excitaban más, por cuyo motivo volví al puente. La tranquilidad era tan absoluta como si nada hubiera pasado infortunios antes.

El capitán paseaba por la toldilla de popa con paso mesurado y automático que indicaba la premeditación de su espíritu. Yo me detuve a cierta distancia de él; dos o tres veces llegó junto a mí paseando, y otras tantas veces se alejó. Al fin alzó la cabeza y me vió.

—¿Qué tal? — preguntó. —Está delirando — contesté, con el fin de que las palabras amenazadoras que pronunciaba David fueran atribuidas a la fiebre y no al desecho de venganza.

El capitán sacudió la cabeza y tomó mi brazo.

—¿Cuán difícil es que sea justo el hombre que dispone de una autoridad cualquiera, señor Davys! — exclamó—. Si debo decir lo que siento, temo haber sido injusto con ese desgraciado.

—Fué usted más que justo, mi capitán — respondí—. Fué misericordioso. Si alguien puede hacerse reconocen, ciertamente no es usted.

—¿Cree usted que el señor Burke no abrigaba el convencimiento de la culpabilidad de David?

—No digo tanto, mi capitán; pero debo expresarle que tiene una manera de mandar, que la primera idea que sus órdenes me inspiran a mí es la de desahodecerlas.

—No lo haga nunca — me dijo el capitán, intentando dar a su rostro una expresión severa —, porque me vería en la dolorosa necesidad de castigarle. ¡Davys... hijo mío! ¡En nombre de su padre, mi amigo de toda la vida, le ruego que no haga nunca eso!... ¡Me produciría un profundo pesar!

Seguimos paseando juntos por espacio de algunos minutos sin mirarnos ni dirigirnos la palabra. Al fin me preguntó: —¿A qué altura cree usted que nos encontramos?

—Si no me equivoco, a la altura del Cabo Mondego, poco más o menos.

—No se equivoca usted, amigo mío — me contestó—. Mañana doblará el Cabo San Vicente, y si aquella nube negra que se ve allá, y que parece un león dispuesto a saltar sobre su presa, no nos da un disgusto, pasado mañana por la tarde entraremos en Gibraltar.

Volví mis ojos hacia el punto del horizonte que me señalaba el capitán. La nube por el

indicada parecía una mancha livida proyectada en el cielo, pero era yo entonces demasiado novicio para deducir de aquel presagio consecuencias de ningún género.

Continuando, pues, la conversación iniciada por el capitán, pregunté:

—¿Será indiscreción, señor Stanbow, preguntarle si piensa permanecer mucho tiempo en Gibraltar?

—No lo sé yo mismo, ni querido Davys. Debo esperar allí las órdenes del Almirantazgo.

El capitán volvió a mirar a la nube, y se quedó callado. Yo lo saludé y me retiré. Me había separado algunos pasos, cuando me llamó con un gesto:

—Me olvidaba, señor Davys: mande usted que el repostero suba algunas botellas de Burdeos, y regálalas, como en nombre suyo, al pobre David.

Tomé entre mis manos la diestra del capitán y quise llevarla a mis labios.

—¡Vaya usted..., vaya! — me dijo—. Le recomiendo ese desgraciado. De antemano apruebo todo lo que en su obsequio haga.

Cuando subí al puente, confieso que mis miradas primeras fueron para la nube.

Fuí a tomar asiento cerca del lugar donde se encontraba Bob, que se hallaba absorto en la contemplación del oleaje. Yo, entonces, empecé a silbar la música de una antigua canción irlandesa. Bob escuchó un momento sin decir nada, pero pronto volvió la cabeza, me vió, quitóse la gorra, y como si le costase mucho trabajo hacerme una observación, cuya inconveniencia no se le ocultaba, me dijo:

—Con todo el respeto posible quisiera hacerle presente, señor Davys, que siempre oí decir a personas de más años y de más experiencia que yo, que es muy peligroso llamar la atención, cuando en el horizonte hay un cargamento tan considerable como el que guarda el gran almirante de todas las nubes.



UNA era de extraordinaria prosperidad se abre en todos los ramos del comercio y de la industria. Cada día se intensifica más la demanda de Dibujantes y Técnicos especializados. Este es el momento de prepararse.

## 150 Profesiones Técnicas, Artísticas y Comerciales para el mundo del mañana

Ingeniería Civil-Arquitectura-Constructor-Hormigón-Armado-Arquitectura Naval - Sobrestante en Obras Sanitarias - Ingeniería en Puertos y Caminos - Ingeniería o Técnico Mecánico - Ingeniería o Técnico en Diesel - Ingeniería o Técnico Aeronáutica - Maestro Tornero - Ingeniero o Técnico en Radio Televisión (Cine Sonoro, Amplificación de Sonidos, etc.) - Ingeniería Electricista - Electrotécnica - Ingeniería o Técnico en Explotación de Minas y Petróleo - Agronomía - Química Industrial - Idóneo en Farmacia - Mecánica Dental - Técnico en Argumentos Cinematográficos - Teacder de Libros - Perito Contable.

Dibujo Comercial y de Publicidad - De Figuras - De Letras - Decoración de Vidrieras - Dibujo Lineal - Arquitectónico - Lineal Mecánico - Lineal de Ebanistería - De Hierro Artística - Retratista - Paisajista - Dibujo y Pintura - Dibujo Decorativo - Dibujo de Ornato - Deseño Artístico - Caricaturista - Profesor de Dibujo - Jefe de Propaganda, etc. - OTORGAMOS DIPLOMAS.

Garantizamos a usted una enseñanza por correo perfecta, rápida, y en todos los casos in-divi-dual, como si tuviera el profesor a su lado. Verá qué interesante es.

CLASES DE DIBUJO Y PINTURA EN NUESTRO MODERNO ANEXO, de 9 a 21 horas. Bajo la supervisión de los grandes dibujantes FANTASIO, SALINAS y MAZZONE.

Escuelas

ZIER

FUNDADAS  
EN 1914

Las Primeras en América

Escuelas Zier de Buenos Aires Llavella 900 (R 33) Sirvanos enviarnos gratis el Programa del curso que elija.

Nombre..... Ocupación.....

Localidad..... F.C..... Calle.....

Me interesa el Curso..... Edad.....

—Lo que quiere decir, mi sempiterno Sopador — contesté riendo —, que mi música no es de tu gusto, y que deseas que me calle, ¿no es así?

—Yo no puedo dar órdenes a mi superior. Sin embargo, en este momento, señor... y eso era lo que me permitía decirle, creo que sería preferible no despertar al viento.

—Pero veamos, mi querido Bob — replicó yo, con intención de hacer hablar a aquel hombre —, ¿qué es lo que te hace presumir que va a cambiar el tiempo? Miro a todas partes, y si se exceptúa aquella faja sombría, todo lo veo puro y brillante.

—Señor John — me dijo Bob, colocando su ancha mano sobre mi brazo —, ocho días bastan ordinariamente a un grumete para aprender a anudar lo que llamamos rizo; pero la vida entera de un marinero no se basta para aprender a las letras que en las nubes.

—Sí, sí — respondí yo, volviendo a fijar mis miradas en el horizonte —. Veo allí algo que se cieme conio un pajarraco; pero no me parece que sea peligroso.

—Señor Juhu, quien compre aquella nube por una ráfaga o por un ventarrón, podrá ganar el nil por uno. Es una tempestad, señor John, una verdadera tempestad que viene por el este.

Me volví hacia ese punto y, en efecto, vi una línea de nubes que, brotando de la mar senjeantes a un archipiélago de islas, clavaban sus cabezas desoladoras en el horizonte opuesto. Ya no podía dudarse que nos encontráramos, tal como Bob había previsto, colocados entre los huracanes.

Calmamente me hizo incierta e intermitente la brisa que movía al buque; se oscureció el día; el mar, de verdoso que estaba, tomó un mareado color de ceniza, y a lo lejos oíase el rodar sordo del trueno.

—¡A ver, el de la barra del sobrecante! — gritó el capitán al vigía —. ¿Hay noticias de la brisa?

—No murió del todo, mi capitán — repuso el marinero —, pero llega convertida en ráfagas, siendo de advertir que cada ráfaga viene es más débil que la anterior.

—¡Baja! — gritó el capitán.

El marinero obedeció. El capitán continuó su paseo y restableció el silencio.

—Me parece — dije a Bob — que tu camarada se equivocó. Mira cómo se hinchan las velas y los torques en la mureta del navío.

—Son los estereos de la brisa — murmuró Bob —. Tendremos dos o tres suspiros más, senjeantes a éste, y morirá definitivamente.

En efecto: tal como acababa de vaticinar Bob, el buque, impelido por el último soplo, navegó un cuarto de milla más; luego, al cesar la impulsión de la brisa, cabeceó pesadamente y ya no tuvo más movimiento que el que le comunicaban las olas.

—¡Todo el mundo al puente! — gritó el capitán.

—¡Oh!... ¡oh!... — exclamó Bob —. Nuestro capitán adopta sus precauciones antes de que estalle la tormenta. Me parece que pasará por lo menos media hora antes de que el viento nos haga saber de qué parte soplará.

—¡Vaya! ¡Hasta la despertado al señor Burke! — dije a Bob. Mira cómo se levanta.

—El señor Burke dormía como usted y como yo, señor John — murmuró Bob.

—¡Bah! ¿No ves cómo bosteza?

—No siempre es el sueño lo que hace bostezar... No bostezará el capitán... no, pierda usted cuidado... Vea cómo seca el sudor que anda su frente... cómo toma un bastón para andar... él, que tiene un paso tan seguro como el que uno.

—¿Qué quiere decirme con eso, Bob?

—Nada... Yo me entiendo.

Burke acercóse al capitán, con quien camión algunas palabras.

—¡Atención! — gritó el capitán —. ¡Al agua la cadena del pararrayos! ¡Llenad todos los tanques y alistad las bombas de incendios! ¡Quítad los fulminantes a los cañones! ¡Apagad las luces! ¡Cerrad las portas de las baterías, las postas y las escotillas! ¡Que no circule por el navío la más pequeña corriente de aire!

Retumbó en aquel momento el trueno más cerca, más amenazador, como si el rayo hubiese comprendido las precauciones que contra él se adoptaban y se hubiera irritado. Al cabo de diez minutos, todas las órdenes habían sido cumplidas, y los marineros ocupaban de nuevo sus puestos.

El mar, mientras tanto, estaba tan tranquilo, que parecía un inmenso lago de aceite. Ni una ráfaga se sentía en la superficie. Pronto, sobre la superficie de las aguas comenzaron a fin a dibujarse algunas líneas ligeras que los marineros suelen llamar arañazos de gato, y que avanzaban de oriente a occidente. Broró por el este una ráfaga luminosa, entre el mar y las nubes, como si nubes prodigiosas hubiesen separado una cortina para dar paso al viento; y en las profundidades del Océano sonó un estruendo violento y terrible, riéndose la superficie y se cubrió de espuma, y al fin, por oriente cerró el horizonte una especie de niebla transparente: llegaba la tempestad.

—¡Valor, hijos míos! — gritó el capitán —. El viento sopla de tierra, y ante nosotros tenemos mucho espacio que recorrer antes de llegar a sitio donde no podamos tropezar con escollos... ¡La caída del timón al viento! Volárense los restos de la tempestad, hasta que la tempestad se cante de perseguirnos. Desplegad las velas.

—El *Tridente* es un precioso veleto, difícil de alanzar — murmuró Bob —, y el capitán le conoce bien. Hermosa lección tiene usted ocasión de aprender hoy, señor John — repuso volviéndose hacia mí —; pero aprovechéla usted pronto, porque tendrá muy poca duración. Estarán en el viento los restos de la tempestad. ¿Cuántos pies por segundo calcula usted que recorre el viento, señor John?

—De veinticinco a treinta.

—¡Muy bien calculado! — exclamó Bob, palmeando con sus anchas manos —. Lo que tal vez no haya visto usted es que la velocidad del viento aumenta por momentos y que, probablemente, concluirá por vencerlos en la carrera.

—¡Bah! Carguemos mis trapos como si los pudiésemos cargar... Vea usted aquel palo que se dobla como una varilla de saúce...

—¡Ízad el pequeño foque y la mesana superior! — ordenó el capitán, con voz que dominó el estruendo de la tempestad.

No obstante los siniestros vaticinios de Bob, la embarcación continuó avanzando por espacio de una hora poco más o menos, sin que la arboladura sufriera la avería más insignificante. La tempestad, conforme se había previsto, redoblaba su violencia, llegando a tal extremo, que la velocidad de las olas excedió a la del navío. Una ola terrible, inmensa, grande como una montaña, pasó sobre la popa y fue a reventar en el puente. Abriéronse al propio tiempo las nubes, que parecían apinyadas sobre las puntas de los palos, y dejaron ver un cielo rojo, encendido como el cráter de un volcán. Sonó un estruendo semejante al que producían mil cañones disparados a la vez, una serpiente de fuego enroscóse en el contrajante, resbaló por el palo, siguió la cadena conductora y fue a perderse en el mar.

A la formidable explosión siguió un momento de silencio lúgubre, pavoroso, como si la misma tempestad, agotada por sus energías, se hubiera calmado. Aproveché el capitán aquel momento de respiro para gritar con voz potente:

—¡A la capa, hijos míos! ¡Cargad todas las velas, hasta el último gupato, desde la proa

hasta la popa! ¡Gente a las jarcas de los masteleros! ¡A los masteleros a todo trapo, señor Burke!... ¡Tonto el mundo a la maniobra!... ¡Lo que no podáis desatar, picadlo!

Imposible reflejar la impresión que en la manifiesta, ya harto desanimada, produjo aquella voz vibrante, que parecía salir de la garganta del rey de los mares. Todos nos arrojamos a la maniobra, trepando a las jarcas envueltas en una atmósfera saturada de los gases del rayo.

Jaime y yo nos encontramos reunidos sobre el mastelero mayor.

—¡Hola!... ¿Usted, señor John? — me dijo —. No esperaba yo que hubiéramos de continuar nuestra visita con tiempo tan hermoso. — Mire aquella vela brillosa que no quiero bajar con las otras y que parece que está pidiendo a gritos que la aferremos.

—La tempestad se enagarará de abatirla sin nuestra intervención: créame, señor John, vayámonos de aquí cuanto antes.

—¡Todo el mundo al puente, excepto un solo hombre que deberá jucar esa vela de lo alto del mastelero mayor! ¡Al puente todo el mundo!

No se necesitó repetir la orden de los marineros; todos se deslizaron a lo largo de los aparejos, de lo que resultó que me encontré solo sobre el mastelero mayor. Intenté ganar la barra del juanete; pero antes de llegar hasta ella la horrasca nos alcanzó. Vi sobre mi cabeza la vela, hinchada como un globo y amenazando arrancar de cuajo al mástil, y me lancé con cuanto rapidez me fue posible al centro de aquel horrible lienzo. Situación como con un nabo a la barra del juanete, suspendido sobre el mar y agitado mi cuerpo de una manera espantosa por el huracán, desvanecí con la otra mi puñal y comencé a picar la gruesa cuerda que sujetaba a la verga una de las puntas de la vela. Cuando lo conseguí, el lienzo, retenido solamente por las vergas del juanete, flotó un momento sobre mi cabeza senjeante a inmensa cascada; entonces sonó un crujido, y vi que el viento la arrastraba lo profundo del mar.

En el mismo instante el navío sufrió una sacudida horrosa y no pareció oír, dominando los rugidos de la tempestad, mi nombre pronunciado por el señor Stanbow. Una enorme ola acababa de azotar el navío por un costado; sentí que éste se recostaba como un animal herido y me aferré con las fuerzas de la desesperación a las jarcas... ¡Horror! El mástil inclináronse hacia el mar, que sentí berrir junto a mi cabeza... Me diminuí el vértigo; en mis oídos resonaba mi nombre pronunciado por el abismo movable que me tragaba; las manos y los pies no me bastaban para sostenerme; elevé mis dientes a las cuerdas y cerré los ojos; entonces creí sentir en mi cuerpo la frialdad mortal del agua... Me engañaba; el *Tridente* era demasiado bravo para sucumbir al primer golpe. Observé que se levantaba, abrió de nuevo los ojos, y vi, delante de mí, muy cerca, el puente y los marineros. Solté la cuerda a que estaba aferrado y caí entre el señor Stanbow y el segundo, sobre el castillo de popa, cuando todo el mundo me consideraba perdido sin remedio. El capitán me estrechó la mano y el señor Burke se contentó con hacerte un saludo militar, pero sin dignarse tocar la popa.

La nueva maniobra a que había recurrido el capitán, en vista de la rapidez del huracán, consistía en capear la tempestad en vez de huir ante ella. Precisaaba para ello virar en redondo, a fin de no presentar la popa, sino la proa al mar y al viento.

No había perdido el tiempo el señor Stanbow: en vez de las grandes velas, que momentos antes cubrían todo el navío, sólo desplegó el pequeño foque de mesana, amén de una vela latina que izó en lo alto del palo de mesana. La maniobra mereció la aprobación de Bob, quien después de felicitarme por el feliz resultado que había tenido mi viaje aéreo, tuvo la



bondad de demostrarme la excelencia de aquella disposición y de explicarme su causa. Según él, había pasado la fase más violenta del huracán, y no tardaría mucho en convertirse el recio ventarrón en brisa decaída. Así sucedió: hacia el final de la tarde sopló viento oeste-noroeste, que recibimos por estribor, y al día siguiente por la mañana seguíamos el derrotero del que la víspera nos alejara la tempestad.

Por la noche cruzábamos frente a Lisboa, y al amanecer del siguiente día avistamos las costas de África y de Europa. Toda la dotación subió al puente para disfrutar de espectáculo tan soberbio. Busqué entre los marineros a David, a quien hacía cuatro días que tenía olvidado: era el único que había permanecido en cubierta, insensible, indiferente a todo. Tres horas más tarde fondeábamos en Gibraltar, bajo las baterías del fuerte, a las que saludamos con veintinueve cañonazos.

## XI

Después de dejar en tierra a su nuevo gobernador, debíamos esperar las órdenes del gobierno. El capitán Stanbow, con su bondad habitual, a fin de hacernos menos tediosa la espera, permitía diariamente que saltase a tierra la mitad de la dotación. Yo siempre salía con Jaime, y juntos hacíamos excursiones a caballo.

Un día, en ocasión en que dábamos uno de nuestros paseos, observamos que un águila se había abatido sobre un caballo muerto y que devoraba con muestras de tal voracidad aquella carne purrefacta, que me dejó asustado a una distancia de menos de cien pasos. Yo había visto a nuestros labriegos, cuando encontraban en el campo alguna liebre encamada, recurrir a un medio de sencillísima ejecución y seguro resultado para cazarla. Consiste ese medio en girar en torno del animal, estrechando cada vez más el círculo, hasta llegar a pasar a distancia tan corta, que sea fácil natarlo de un palo. La inmovilidad de la reina de los aires me sugirió la idea de intentar la misma prueba. Llevaba yo mis pistolas; amarré una y giré en derredor del águila con tanta rapidez podía sostener mi caballo puesto a galope, pues el ave tardaba en darse cuenta de lo que yo estaba haciendo, y me parecía dispuesto a rendirse sin combatir. Damos, pues, principio a un ataque en regla. Fue nuestro plan primero agarrarla por el centro del cuerpo, ponerle la cabeza bajo el ala y llevárnosla; pero dos o tres picotazos recibidos, uno de los cuales produjo a Jaime una herida en la mano, nos obligaron a recurrir a otros medios. Nuestros pañuelos hicieron el gasto; con el nio hicimos el tocado de la cabeza del águila y con el de Jaime inmovilizamos sus garras. Terminadas felizmente estas dos operaciones, sujetando con mi corbata las alas al cuerpo, y luego, anudada al arzón de mi silla el ave, vendada como una momia de lino, regresamos a Gibraltar, orgullosos de la presa hecha. En el puerto nos esperaba el bote que nos condujo en triunfo.

Cuando llegamos a bordo, lo primero que hicimos fué reclamar la intervención del médico para proceder a la amputación del ala herida; pero el doctor declaró que esa función era de la incumbencia del cocinero. Recurrimos a éste, quien, nuevos orgullosos que el médico, practicó la operación quirúrgica en un abrir de ojos. Terminada la operación, desamamos las garras del águila y la dejamos en el bote con autorización del capitán. Ocho días más tarde, Nick, que tal nombre le dimos, estaba tan domesticado como una cotorra.

En Plymouth yo había dado una prueba de habilidad dirigiendo la expedición a Walsmouth; la di de valor durante la tempestad, cortando la vela del mastelero mayor, y acababa de dar otra de destreza, rompiendo de un pistolazo el ala al águila, que era lo único que me faltaba para que a bordo del *Tridente* no me consideraran ya como uno más ni como un novato. Desde aquel día todo el mundo, empezando por el capitán, me tuvo por hombre y por marino.

Hacia veintinueve días que estábamos en Gibraltar en espera de las instrucciones que debían llegarnos de Inglaterra, cuando el vigía nos señaló un buque que maniobraba para entrar en el puerto. Reconocimos en el buque en cuestión *La Salsette*, fragata de cuarenta y seis cañones al servicio de Su Majestad Británica, y desde luego supusimos que era portadora de las instrucciones que esperábamos. La alegría que experimentamos fué indescribible, pues todos nos cansábamos ya de la vida que en Gibraltar llevábamos. No nos engañaron en nuestras conjeturas: aquella misma tarde, el capitán de la fragata llevaba a bordo del *Tridente* los despachos tanto tiempo deseados. Además de la correspondencia oficial, trajo varias cartas particulares, una de ellas dirigida a David. El señor Stanbow, que hizo personalmente la distribución, me la confió para su entrega al destinatario.

Durante el mes de permanencia en la rada, ni una sola vez el infeliz barbero había aprovechado el permiso concedido a toda la marinería

## ¡EL DICCIONARIO QUE FALTABA!

# Junior

## DICCIONARIO CASTELLANO ESCOLAR

Adaptado especialmente para uso de los colegios religiosos

El JUNIOR constituye una verdadera novedad en materia de diccionarios. Preparado con la finalidad de hacerlo particularmente apto para los escolares, su vocabulario ha sido sometido a una escrupulosa

selección de voces, con lo cual se ha logrado una obra de características únicas.

Valioso y eficazísimo auxiliar para el dominio del idioma, en sus 800 páginas contiene 140.000 acepciones, y comprende:

la etimología de la gran mayoría de las voces; los sinónimos, antónimos y parónimos; los plurales dudosos o anómalos; la conjugación completa de todos los verbos irregulares; los principales tecnicismos y americanismos; y otras interesantes observaciones que responden esencialmente a todas las necesidades del estudio gramatical.

Basado en la última edición del diccionario de la Academia.

Ilustrado con 1.000 excelentes grabados. Cuidadosamente impreso y encuadernado en tela, tamaño 15 1/2 x 12 1/2 cm.

Precio del ejemplar, \$ 3.—

## OTROS DICCIONARIOS IMPRESOS POR LA CASA

Varios. — Diccionario Enciclopédico ilustrado de la Lengua Castellana. Encuadernado en tela. . . . .	\$ 4.50
Maynes. — Diccionario Ilustrado de la Lengua Castellana. Encuadernado en tela. . . . .	3.—
Rector. — Diccionario práctico y manuable. Encuadernación cartón. . . . .	2.—
Brevi. — Diccionario Práctico Castellano. Encuadernado en cartón. . . . .	1.20
Parvus. — Pequeño Diccionario Castellano. Encuadernación flexible. . . . .	0.60
Barcia. — Sinónimos Castellanos. Cartón. . . . .	5.—
Barcia. — Sinónimos Castellanos. Tela. . . . .	7.50
Grates. — Diccionario de Sinónimos Castellanos. Cartón. . . . .	3.—
Pollauer. — Diccionario de la Rima. Cartón. . . . .	3.—
Brend. — Diccionario de Ideas Afines. Tela. . . . .	12.—

<b>DICCIONARIOS BREVIS BILINGÜES</b>	
A \$ 1.75 cada uno, tela flexible	Italiano-Castellano
Francés-Castellano	Castellano-Francés
Italiano-Castellano	Castellano-Italiano
Alemán-Castellano	Castellano-Alemán

<b>DICCIONARIOS BREVIS DUPLEX</b>	
Encuadernados en tela, a \$ 3.75	Italiano-Castellano y Castellano-Italiano
1 t.).	
Francés-Castellano y Castellano-Francés	(1 t.).
Inglés-Castellano y Castellano-Inglés	(1 t.).
Alemán-Castellano y Castellano-Alemán	(1 t.).
<b>DICCIONARIOS PARVUS BILINGÜES</b>	
Encuadernación flexible, a \$ 0.85 cada uno	
Inglés-Castellano	Castellano-Inglés
Francés-Castellano	Castellano-Francés
Italiano-Castellano	Castellano-Italiano
Portugués-Castellano	Castellano-Portugués
Alemán-Castellano	Castellano-Alemán
<b>DICCIONARIOS PARVUS BILINGÜES</b>	
Encuadernados en tela, a \$ 2.40	Inglés-Castellano y Castellano-Inglés (en un tomo).
Francés-Castellano y Castellano-Francés	(en un tomo).
Italiano-Castellano y Castellano-Italiano	(en un tomo).
Portugués-Castellano y Castellano-Portugués	(en un tomo).
Latino-Castellano y Castellano-Latino	(en un tomo).
Alemán-Castellano y Castellano-Alemán	(en un tomo).

En venta en todas las Librerías. - Publicados por la

**EDITORIAL SOPENA ARGENTINA S. R. L.**

Capital \$ 3.000.000

ESMERALDA 116 - BUENOS AIRES

LOS DOS TOMOS ENCUADERNADOS DE

# "La Buena Mesa"

## DOS MIL RECETAS EN CADA TOMO



En una oferta especial a sus lectores, ofrece:  
El tomo del primer año, a \$ 15.— el ejemplar.  
El del segundo año, a \$ 10.— el ejemplar.

UNA JOYA PARA SU HOGAR

Los interesados del interior podrán adquirirlo enviando su importe por giro o bono postal a lo orden de

### LA BUENA MESA

Los Dos Tomos: \$ 20.—

**La Buena Mesa**  
LAVALLE 1473 Bs. Aires U. T. 38-1440

## PARA PODER ENTRAR HAY QUE SABER SALIR



Entre a comprar su extracto, su loción o su esmalte preferido, pero no permita que le cambien su gusto hablándole mal de la marca que usted pide. Si desprestigian el producto que usted solicita, sepa salir de ese negocio, y hacer su compra en un comercio leal.

de saltar a tierra. No obstante las instancias de Bob y de sus camaradas, permaneció invariablemente a bordo. Le encontré en el paño de lienzos remendando la vela mesana, y le entregué la carta. No bien reconoció la letra del sobre, lo abrió con una prisa que indicaba a la misiva. Vi qué palidez intensamente a las primeras líneas de lectura; sus labios temblorosos quedaron tan blancos como el papel que estaba leyendo, y de su cabeza comenzaron a brotar gruesas gotas de sudor. Leida la carta, la dobló y la guardó en el pecho.

—¿Qué dice esa carta, David? — pregunté con interés.

—Nada que no espere — respondí.

—Sin embargo, me parece que le afectó vivamente.

—Por preparado que esté uno para recibir el golpe, éste siempre duele cuando descarga.

—David... ¿Por qué no deposita usted su confianza en un amigo?

No hay amigo que pueda ya hacer nada por mí. Creía usted, sin embargo, que con toda mi alma le agradecía el interés que me demuestra, y que nunca olvidaría lo que usted y el capitán hicieron por mí.

—¡Vanos, David...! valor!

—Bien ve que no nie falta — respondí, prosiguiendo su labor.

Volví a encontrar al capitán, quien me dijo: —Voy a darle una noticia que seguramente le alegrará: mañana zarparemos con rumbo a Constantinopla, con objeto de apoyar, con nuestra presencia, las reclamaciones que nuestro embajador, el señor Adair, debe presentar, de parte de nuestro gobierno, al de la Sublime Puerta. Va usted a visitar Oriente, la tierra de *Las mil y una noches*, que era su sueño dorado, y va usted a verla, tal vez a través del humo de los cañones, circunstancia que supongo que no restará poesía a sus ojos. Haga saber esta decisión a la dotación, y que todo el mundo se apresure a apurarse al rayar el día.

Sin perder un momento transmití al segundo de a bordo las órdenes relativas a la marcha. Olvidaba decir, que desde la aventura de David, el capitán rara vez se dirigía directamente a su segundo, siendo yo, por regla general, su intermediario; el señor Burke no había podido menos de notar el cuidado que el capitán ponía en evitar su persona, lo que ciertamente no fue parte a que me tratara con mayor amabilidad.

Aparejamos aquella misma noche, y como sopló un viento favorable, nos hicimos inmediatamente a la vela. Al día siguiente, a las cuatro de la tarde, perdíamos de vista la tierra. Acababan de relevar el primer cuartel de la tarde, del que yo formaba parte, y me disponía a desmenuarme, cuando sonó ruido de cañerías precipitadas hacia el establo de paja y llegó hasta mí el terrible grito de: "¡Al asno!" Subí corriendo al puente, para encontrarme con un espectáculo pavoroso, que estaba muy lejos de esperar: David, empujando un cuchillo tinto en sangre, debatía entre cuatro vigorosos marineros, mientras el teniente Burke, a quien habían sacado la levita, nos miraba una ancha herida que acababa de recibir en lo alto del brazo izquierdo. Por intensa que fuera la espantación que me produjo la escena, el pecho era demasiado positivo para que pudiera dudar un solo instante: David había herido a Burke. Por fortuna, éste, advertido por el grito de un marinero que vino brillar en el aire la hoja del cuchillo, recibió en el brazo la herida que iba dirigida al corazón. Quiso David repetir el golpe, pero Burke le aferró la muñeca, llegaron marineros en su socorro, y el agresor fue sujetado.

El capitán mandó encerrar a David en el fondo de la caba, cargado de cadenas, y convocó el consejo de guerra para dos días después.

En la noche que precedió a la reunión del

Consejo, el señor Stanbow me hizo llamar para preguntarme si conocía algunos detalles particulares a propósito del desdichado asunto, y si había llegado a mi noticia, que David hubiese sido de nuevo víctima de algún mal trato por parte de Burke. Como nada sabía yo que no supiese el capitán, me fue imposible facilitarle ningún dato. Sin embargo, intenté recordar las injusticias de que había sido víctima, a lo que el capitán contestó noviendo tristemente la cabeza. Me ofreci entonces a bajar a la sala para procurar obtener de David datos que esclarecerían el asunto; pero lo que yo proponía pasaba, con la ley que regula la marcha de los procedimientos: David debía permanecer incommunicado hasta el momento de comparecer ante el Consejo.

Al día siguiente, después del balde, a las diez de la mañana, reuní al Consejo de guerra en la gran cámara. En el centro se alzaba una mesa, cubierta con un tapete verde, y sobre la mesa había una Biblia. Los jueces se sentaron dando frente a la puerta. Constan el Consejo el capitán, dos tenientes, el contramaestre y Jaime, quien, como guardiamarina más antiguo, debía asistir a las deliberaciones. A uno y otro lado de la mesa estaban el capitán de armas y el oficial encargado de la acusación. Sentados los jueces, fueron abiertas las puertas de par en par para dar paso a los marineros, que formaron en la especie de hemiciclo que les había sido reservado. El herido quedó en su encierro.

Trajeron al prisionero, que estaba pálido, pero perfectamente tranquilo. Todos nos estremecimos a la vista de aquel desventurado, a quien fueron a arrancar violentamente de la vida ociosa, pero feliz, que llevaba, y que, descajuado del centro de sus afecciones, fue a estrellarse, ciego e insensato, contra un crimen.

El capitán, después de que el reo se sentó, puso fin al silencio, para preguntar:

—¿Cómo se llama usted?

—David Munson.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y nueve años y tres meses.

—¿Dónde nació?

—En Salsah.

—David Munson: se le acusa de haber intentado asesinar, la noche del 4 al 5 de diciembre último, al señor Burke.

—La acusación es cierta, señor.

—¿Qué motivos le impulsaron a la comisión de semejante crimen?

—En parte los conoce usted, señor Stanbow. No molestaré al Consejo refiriendo los que de todos son conocidos; pero sí explicaré los otros.

El acusado sacó un papel del pecho y lo colocó sobre la mesa. Yo reconocí inmediatamente la carta que tres días antes le había entregado en Gibraltar. La tomó el capitán y la leyó con visible emoción; luego la pasó a su vecino, quien la leyó a su vez, circulando de esta suerte la carta de mano en mano hasta llegar al último, quien, después de leída, la dejó sobre la mesa.

—¿Qué dice esa carta? — preguntó el oficial acusador.

—Dice, señor — respondió David —, que mi mujer, al quedar viuda, en vida mía, en cinco hijos, tuvo necesidad de vender cuanto poseíamos para dar de comer a éstos, y luego se vió precisada a mendigar. Un día que la caridad pública cerró los ojos a su voz, como lloraban sus hijos, presa de los tormentos del hambre, robó un pan. Como gracia especial y en vista de las circunstancias atenuantes que en el caso concurrían, no la ahorcaron, pero la condenaron a exclusión perpetua, y mis hijos fueron encerrados como vagabundos en un hospicio. Eso es lo que la carta dice. ¡Oh, hijos míos...! desventurados hijos míos! — exclamó David, exhalando un sollozo tan desgarrador como inesperado, que hizo asomar las lágrimas a los ojos de todos. — ¡Oh! Todo se



lo habría perdonado, que de buen cristiano me precio, y el cristiano debe perdonar... Pero la deshonra de mi mujer y de mis hijos... ¿Mi mujer en una cárcel y mis hijos en el hospicio?... ¡Oh! Cuando recibí esa carta que todos los demonios del infierno entraron dentro de mi pecho... En mis oídos sólo un grito resonaba... un grito repetido por mil voces a la vez: ¡Venganza! ¡Y ahora, señores, en este momento, frente a la muerte, próximo a comparecer ante Dios, juro que sólo siento una cosa: haber errado el golpe!

—¿No tiene usted nada más que decir? —preguntó el capitán.

—Nada, señor Stanbow...; mejor dicho: quise hacerle una confesión y es que no me ajeen languidecer mucho tiempo. Mientras me quede un soplo de vida, tendré ante mis ojos el cuadro de mi mujer en la cárcel y de mis hijos en el hospicio... Comprenderán ustedes, señores, que es preferible mil veces que muera, y que cuanto más pronto sea, mejor.

Retiren al prisionero —ordenó el capitán, con voz que en vano intentó hacer firme.

Dos soldados salieron con el prisionero. Maudaron que salieran inmediatamente a ver que se prescribieran el acto, porque el Consejo iba a deliberar, pero quedamos a la puerta de la cámara esperando emocionados el resultado. Tres cuartos de hora más tarde salió el capitán de armas llevando en la mano un papel firmado por los cinco que componían el Consejo: era la sentencia de muerte de David Munson.

No por ser generalmente esperado el terrible fallo dejó de producir una impresión dolorosa y profunda. De mí puedo decir que resonó en mi pecho, más violento que nunca, el movimiento de remordimientos que ya había experimentado más de una vez. Volví la cabeza para ocultar mi emoción y vi detrás de mí a Bob, quien no intentaba ocultar las lágrimas que resbalaban silenciosas por sus curtidillas mejillas.

—Señor John —me dijo—, usted fue siempre la Providencia del pobre David: ¿va a abandonarle ahora?

—¿Qué puedo hacer en su obsequio, Bob? ¿Sabes de algún medio de salvarle? Si lo sabes, dímelo, que yo lo intentaré, aun cuando para ello haya de poner en riesgo mi vida.

—Oh... sí... sí... —murmuró Bob, reoplando con toda la fuerza de sus pulmones—. Sí... ya sé que es usted un joven de gran corazón... Pues bien... se me ha ocurrido una idea... ¿No podría usted hacer que toda la dotación del navío se presentara en masa al capitán y le pidiera su indulto? Usted sabe muy bien, señor John, que es muy bueno... muy misericordioso...

—¡Físte esperanza, Bob, si no tienes otro medio que el propuesto! Mas no importa, tienes razón; hay que intentarlo todo, hasta lo desesperado. Habla a la marinería, Bob; nosotros, que gozamos consideración de oficiales, no podemos hacerlo.

—Pero usted se encargará de transmitir al comandante la súplica de sus viejos marineros?

—Sobre ese particular, todo lo que quieras, Bob; arregla tú lo de tus camaradas.

La proposición de Bob fue recibida por sus compañeros con gritos de alegría. Jaime y yo fuimos los encargados de llevar al capitán la petición de indulto del reo solicitada por la dotación.

—Y ahora, amigos míos —pregunté yo—, ¿nos parece que deberíamos suplicar al señor Burke que se pusiera al frente de la comisión que ha de presentar la súplica al capitán? El fue la causa ocasional de todas las desventuras del condenado; él fue la víctima del atentado. Si su pecho encierra un corazón de

hombre, será más elocuente él que cualquiera de nosotros.

Mi proposición fue acogida con un silencio lígubre. Empero, era tan natural, que nadie osó rechazarla. Jaime y yo resolvimos hacer la tentativa a corra de nuestro segundo.

Lo encontramos paseando agitado por su cámara, rasgada de arriba abajo la manga de su levita y con el brazo en cabestrillo. Me bastó mirarle para comprender que le dominaba la agitación, lo que no impidió que, tan pronto como nos vio, reapareciera inmediatamente en su rostro la frialdad sombría y severa que era la expresión habitual de su fisonomía.

—¿Puedo saber, caballeros, a qué debo el honor de su visita?

—Al deseo de proponerle una acción buena y grande, señor Burke.

Sonrió con amargura. Comprendí lo que pasaba en su interior apenas vi la sonrisa, mas no por ello dejé de proseguir en esta forma:

—¿Sabe usted que David fue condenado a muerte?

—Sí, señores; por unanimidad.

—Confieso que la sentencia es justa, caballero, pues un solo hombre había en el navio que pudiera alzar su voz en favor del reo, y ese hombre no debía asistir al Consejo. Pero ahora que la sentencia fué dictada, ahora que la justicia ha vindicado sus fueros, ¿no cree que debe comenzar la misericordia?

—Estoy escuchando, caballero; nuestro santo capellán no hablaría mejor que usted... Adelante.

—La marinería tuvo la humanitaria idea de enviar al capitán una comisión encargada de solicitar el indulto de David; nos designó a Jaime y a mí para realizar sus deseos; pero nosotros hemos pensado, señor Burke, que carecemos de derecho para usurpar una misión que seguramente se había usted reservado para sí.

He los paliditos y delgados labios del teniente vagó una de aquellas sonrisas desdichadas tan corrientes en él.

—Tienen ustedes razón, señores —contestó—. Si la víctima del crimen hubiera sido la persona del último contramaestre, si el asunto no me afectase personalmente, me encontrarían ustedes inflexible, como sería mi deber; pero desde el momento que yo fui el objeto del atentado, el asunto varía radicalmente. Dada la posición excepcional en que me colocó el cuchillo asesino de su protegido de ustedes, puedo, en efecto, abandonarme a las inspiraciones de mi corazón... Sigámenle, señores, que con placer especial los presentaré al capitán.

Nos miramos Jaime y yo sin pronunciar palabra. El señor Burke acababa de mostrarse el que había sido siempre: un hombre que se manda a sí propio con la sequedad misma con que manda a los demás; un hombre cuyo rostro es la recia puerta de la prisión donde el alma está encerrada.

Entramos en la cámara del capitán, quien, al vernos, se levantó y dió un paso hacia nosotros. Tuvo la palabra el señor Burke y le expuso el motivo de nuestra visita.

Debo confesar que no se hubiera expresado mejor un abogado; pero su discurso fué una pieza oratoria sin nada de súplica. La respuesta fué tal como la esperábamos, pero con una agravante: cual si la intervención del primer teniente hubiera secado en el fondo del corazón del señor Stanbow los ricos manantiales de su sensibilidad, su voz adoptó un acento de sequedad que jamás había yo observado en ella.

—Si yo viera un medio de dulcificar el rigor de la ley —respondió—, accedería con toda mi alma a los deseos de la dotación, sobre todo, habiéndome sido presentados por usted, señor Burke; pero usted no ignora que debe

## MEXICO - URUGUAY

Asuntos de Familia

**Dr. EMILIO CARRANZA**

Suc. de

**GASTON GILBAUD**

RAPIDEZ - RESERVA  
REFERENCIAS BANCARIAS

Establecido: Año 1925

**570 ESMERALDA 582**

U. T. 35 - 1953 y 35 - 0387

**Dr. ROBERTO UBALLES (H)**

Abogado. ESTUDIO JURIDICO. SUCESIONES - FAMILIA - SOCIEDADES. CORRESPONSALES EN EUROPA. Diag. R. S. Peña 1119  
4 - Esqr. 401 - Bs Aires - Abogados para comerciantes.

**Dr. MANUEL ENRIQUE BELLO**

ENFERMEDADES DEL PULMON

Ex Médico del Hosp. Nunitz

HUMBERTO I, 1947

U. T. 26 - 1420

**Dr. ANGELE DI TULLIO**

Medico CIRUJANO

Enfermedades de Oídos, Nariz y Garganta  
NUEVA YORK 4020

U. T. 50 - 4278

## REPARACION Y AJUSTE MOTORES DE AUTO

Tratado claro, preciso y muy ilustrado, técnica reparación, carburación, encendido, válvulas, m. explosión, termométrica, inst. ventilación, fórmulas, cálculos, tablas, etc. \$ 5.-.  
Se manda "pagar en destino", \$ 6.-.

**A. WARD**

S. del Estero 1519 y Takahuna 419 - Bs. Aires

## Trabaje con provecho en su propia casa



Adquiera, sin pérdida de tiempo, la máquina de trajar media "La Moderna", con la que usted puede obtener fácilmente hasta \$ 300.- mensuales. Le compramos las medias bajo contrato y le enseñamos gratis su manejo. Visítenos o solicite folletos ilustrados, venta de hilos y medias.

THE KNITTING MACHINE CO  
Salle, NY 402 Buenos Aires

**QUÉ GRACIA!...**  
**con una cocina**  
**eléctrica, yo**  
**también hago**  
**ricos postres!**



## JARABE

## TAMEL

## Preparación para las vías respiratorias

res superiores me obligan a cerrar los oídos a su súplica. Los intereses del servicio exigen que un crimen tan grave como el cometido por ese desdichado sea castigado con todo el rigor del código militar: la conveniencia pública jamás debe ceder a la influencia de los sentimientos privados, y usted sabe perfectamente, señor Burke, que yo me comprometo gravemente si mostrase la menor indulgencia en un asunto que tan infinitamente interesa al mantenimiento de la disciplina militar.

—Le ruego, señor Stanbow —terció yo—, que no olvide la posición excepcional del desventurado David, la violencia, legal tal vez, pero violencia al fin, y desde luego injusta, que le hizo marinero. Acuérdese de lo mucho que le ha sufrido el infeliz, y en nombre de la misericordia divina, perdone usted, como Dios perdona.

—Dios a nadie debe cuenta de sus fallos, caballero, y por lo mismo que es Todopoderoso, puede ser Todomisericordioso; pero yo recibí las leyes, que otros han dictado; no soy más que ejecutor de las mismas, y esas leyes serán ejecutadas, caballero.

Quiso Jaime abrir la boca; pero el capitán le impuso silencio con un gesto.

—Salúdame y salíame, dejando solos al capitán y al teniente.

—¿Qué hay? —gritaron todos a coro, al vernos salir.

Movimos tristemente la cabeza, porque ni valor teníamos para hablar.

—¿Conque no han conseguido nada, señor John? —balbuceó Bob.

Nada, mi querido Bob. Ya lo único que David debe hacer es prepararse para la muerte.

—¿Cuándo será la ejecución?

—Mañana al mediodía.

—Me permitirán verle de aquí a entonces?

—Pediré para ti el permiso oportuno al capitán.

—¡Muchas gracias, señor John, muchas gracias! —exclamó Bob, apoderándose de una de mis manos e intentando llevarla a sus labios.

—Y ahora, amigos míos —dije—, cada cual a su ocupación... ¡vamos!

Todos obedecieron con la sumisión pasiva y pronta que les era habitual.

Yo comprendía que pesaba sobre mí una obligación de conciencia que estaba en el deber de cumplir: había tomado parte principal en la expedición que dió por resultado la conducción violenta de David a bordo del *Tridente*, y, desde el día que vi el curso fatal que seguían las cosas, no cesé de experimentar remordimientos. Bajé, pues, a la celda y mandé que me abrieran el calabozo donde estaba encerrado David. Al oír el ruido que la puerta hizo al abrirse levantó la cabeza, pero como la luz del farol no me daba en el rostro no me reconoció.

—Soy yo, David —le dije—, yo, que fui, aunque inocentemente, una de las causas de su horrible desventura. Quiero repetirle una vez más cuánto me apena su desgracia.

—La sé, señor John —contestó David levantándose—. Sé que usted siempre fui bueno para mí, sé que debí a usted el haber salido de esta misera prisión a tiempo, para dirigirme a las costas de Inglaterra mi mirada postrera;

sé que fué usted quien, el día que el señor Burke... ¡Dios lo perdone como le perdono yo!, el día que el señor Burke me mandó azotar, intercedió por mí, y sé, en fin, que fué usted quien, hace un momento, se presentó, en nombre de toda la dotación, a pedir mi indulto al capitán. ¡Dios le bendiga y le premie su misericordia, señor Davys!

—¿Cómo usted la sentencia, David?

—Sí, señor John, me la leyó ya el secretario. Mañana al mediodía, ¿verdad?

—Síéntese usted, David —contesté yo, procurando eludir la respuesta—. Seguramente tiene necesidad de descansar.

—Sí, señor John; necesito descansar, pero, gracias al cielo, ya Dios a concederme un descanso profundo y eterno.

Giró en aquel momento la llave en la cerradura, abrióse por segunda vez la puerta y apareció el capitán, precedido por el marinero que actuaba de calabocero.

—¿Quién está aquí? —preguntó el capitán sin conocerme.

—Soy yo, mi capitán —contesté con júbilo inmenso, pues la visita inesperada del capitán abrió mi pecho a la esperanza—. Vine a dar el adiós postrero al pobre David.

Medió un momento de silencio, durante el cual el capitán clavó los ojos en mí y luego, en el prisionero, el cual estaba en pie, guardando una actitud sombría aunque respetuosa. Al fin habló el capitán.

—David —dijo, con voz poco segura—, vengo a pedirle perdón, como hombre, por haberle condenado como juez. La disciplina militar, aunque no mi conciencia, me obligó a ello. Me era imposible obrar de otra manera; le ruego que lo crea así.

—No me he enojado acerea de la suerte que me estaba reservada, capitán. Quise dar la muerte; luego la he merecido: lo que sí digo es que no todos los crímenes de muerte son castigados con la muerte.

—Créame usted, David —replicó el capitán, con entonación triste y solemne—, los crímenes, crímenes son siempre ante Dios, y aquellos que, disfrutando, consiguen sustraerlos al castigo de los hombres, era que no escaparán al de Dios. He venido a visitarle, David, porque me asaltan mil dudas y siento lacerado el corazón. Durante el breve tiempo que tuve ocasión de verle, pude observar que alienta en usted un corazón más grande que su posición en el mundo. Confiérame, David, como confiesta al mismo Dios: ¿cómo puede obrar de manera distinta de como le obrará?

—Sí... sí... —gritó David—. ¡Sí! Pudo usted obrar de muy distinta manera; pudo tratarme sin compasión, como me trató el señor Burke, pudo hacerme morir en medio de la desesperación más horrosa y lanzando maldiciones, si me hubiera dejado en la creencia de que va no quedan corazones humanos en la tierra, pero en vez de eso, capitán... lo declaro con todas las voces de mi alma, henchido de reconocimiento, en vez de eso, hizo en mí obsequio cuanto ha podido. Cuando advertí usted mi desesperación, me envió a decir, por conducto del señor John, que pronto como regresáramos a Inglaterra me devolvería la libertad; cuando se vió en la

dura necesidad de castigarle, aunque no era culpable, duplicó el castigo en la medida de sus fuerzas; y cuando al fin tuvo que condenarme a muerte, haya a mi calabozo, capitán, para mostrarme sus ojos llenos de lágrimas y su corazón que sangra de dolor. Sí, capitán, si hizo usted todo lo que podía hacer, más de lo que debía hacer, por un desgraciado que, en vista de tanta bondad, se atreve a dirigirle una súplica.

—¿Cuál? —(Dígamela, David, diga, diga!) —exclamó el señor Stanbow, tendiendo sus brazos hacia David.

—Mis hijos, capitán, mis hijos! —exclamé el desventurado, cayendo a los pies del anciano—. ¡Mis hijos, mis hijos! cuando salgan del hospicio se verán obligados a tender sus manos a los transeúntes!

—Desde este momento, David —respondió el capitán con entonación solemne—, sus hijos son mis hijos; esté tranquilo. ¡Ojalá puedan perdonarme que les deje sin padre, como usted me perdonará que le separe de sus hijos! En cuanto a su mujer, el día que yo regrese a Inglaterra traeré las alanzas de su Majestad cuarenta años de servicios leales a la patria, y no dudo que, a cambio de éstos, me concederá la gracia que le pediré.

—¡Gracias, capitán... gracias! —exclamó David, rompiendo a llorar—. ¡Ahora sé que puedo jurar que no temo la muerte... que la bendigo, puesto que proporciona a mi querida familia un protector tan noble! —(¡Capitán!... ¡Ya no alientan la mi me que sentimientus cristianos! ¡Ahora es cuando puedo decir que he aumentado mi amor y se ha extinguido mi odio!

—¿Nada más puedo hacer por usted, David? —preguntó el capitán con voz doliente.

—Los hierros me molestan, señor Stanbow, y temo que me rohen los momentos de sueño que me restan, pues necesito descansar para encontrarme conmigo mismo mañana. Quisiera morir con usted, capitán, y entonces, ya que me hará en presencia de hombres y de soldados,

—Se le quitarán inmediatamente; ¿desca alguien más?

—¿No hay capellán a bordo?

—Ahora mismo se lo voy a enviar.

—Bolt solicitó el favor de acompañarme, capitán —dijo yo a mi vez—, y de pasar la noche con David.

—Bolt podrá entrar y salir cuando le acomode.

—No me atrevería a pedir tanto. Me colma usted de bondades, señor Stanbow: hoy le doy las gracias en la tierra, mañana rogare por usted desde el cielo.

Ni el capitán ni yo teníamos fuerzas para continuar aquella escena. Salimos. El señor Stanbow firmó las órdenes para que fuera cumplido exactamente todo lo que el condenado había deseado. Encontré a Bolt en la batería de treinta y seis; esperaba nuestro paso para saber si había sido despatchado favorablemente su petición. Le manifesté que podía bajar a acompañar a David, y que llevarían a la prisión doble cena y doble ración de vino y de grog. No pudo impedir que me besara las manos.

Fué a consolar a David y a infundirle valor. Y el desventurado barbero le pidió encarecidamente que sólo él se ocupase de su cuerpo. Bolt se lo prometió y después salió de la celda.

El nuevo día amaneció triste y sombrío y el mar tenía color de ceniza.

A las ocho tuvieron lugar los relevos de servicios. A medida que los entrantes llegaban al muelle, firmaban una muela en la polea situada al pie del palo mayor, luego llevaban los ojos a la de la verga y finalmente a la del alcazar, y viendo que ya estaba todo listo, continuaban silenciosos hasta llegar a sus puestos. A las ocho y media se pasó revista, como de costumbre; a las nueve salió el capi-



# AZUCENA MAIZANI, EL ALMA DEL TANGO

es el título de una interesantísima serie que sobre la vida de la magistral intérprete del tango publicará la Revista

## ¡AQUÍ ESTÁ!

EN EL SENSACIONAL REPORTAJE ESCRITO POR EL CONOCIDO PERIODISTA **CARLOS H. FAIG**, EVOCANSE LAS FIGURAS LIGADAS A NUESTRO CANCIONERO POPULAR, CON EL RECUERDO DE SUS EMOCIONES, SUEÑOS, ALEGRÍAS, AVENTURAS Y TRIUNFOS.



AZUCENA  
MAIZANI,  
EL  
ALMA  
DEL  
TANGO

Sensacional reportaje  
especialmente escrito  
para ¡AQUÍ ESTÁ!  
por CARLOS H. FAIG



¡AQUÍ  
ESTÁ  
REVISTA

QUE SE PONDRA EN  
VENTA EN TODO  
EL PAIS EL JUEVES  
18 DE JULIO

JARABE



EXPECTORANTE

PARA NIÑOS

tán de la cámara del consejo y subió al alcazar, por la escalera de babor. Todos le miraron disimuladamente, y todos quedaron convencidos, al ver su rostro, que reflejaba firme resignación, por más que interiormente sufriera tal vez más que ningún otro, que la sentencia no sería modificada.

El batir de los tambores llamó, a las once y media, a todo el mundo al puente. A las doce menos diez sólo faltaban el señor Burke, los oficiales, y Bob, de los marineros.

A esa hora preparóse la cuerda. Pasaba desde la polca sujeta al pie del palo mayor a la del alcazar, y desde ésta a la de la verga, de la cual pendía el extremo provisto de un nudo corredizo: el otro extremo lo tenían seis marineros de los más vigorosos.

A las doce menos cinco apareció David por la escalera de proa: venía entre Bob y el capellán. La blancura de su rostro apenas si se diferenciaba de la de la gorra que cubría su cabeza; andaba, sin embargo, con paso firme. Pasó sus ojos por los preparativos de la ejecución, y como los soldados entre los cuales venía no siguieran adelante, preguntó al capellán:

—Padre mío, ¿me resta algo que hacer?

—Nada más que encomendar tu alma a Dios, hijo mío —contestó el ministro del Altísimo.

—¡Sí... sí! —murmuró Bob—. Ha llegado el momento.

David sonrió con tristeza y avanzó hasta el pie del palo mayor; luego alzó, miró en derredor, como para dirigir a los presentes el último adiós. Sus ojos detuvieron en sí. —David —le dijo, yendo hacia él—, ¿desea hacermos alguna recomendación referente a su mujer o a sus hijos?

—No, señor John. Oyo usted lo que dijo el capitán. Mientras viva, sé que mantendré la palabra.

—¡Abáncate, pues, y nuera tranquilo.

El desventurado hizo un movimiento como para arrojarse a mis pies, le tendí los brazos y cayó en ellos. En aquel momento el reloj dio las doce.

—¡Gracias, señor John, gracias! —exclamó—. ¡Díjeme ahora... es la hora!

Dos marineros acercaron al condenado. Uno de ellos le pasó el nudo corredizo al cuello y el otro le bajó la gorra sobre los ojos. Siguió un momento de silencio angustioso: todas las miradas estaban concentradas sobre el reo. El capitán de armas hizo la señal y los marineros que tenían el cabo de la cuerda tiraron de ésta.

—¡Señor, tened piedad de...!

No pudo decir más el desdichado David: el nudo corredizo estranguló el resto de su plegaria. Su cuerpo elevóse por los aires, hendió el espacio un cañonazo y la bandera de justicia flameó en la punta del palo mayor. Todo había terminado: David había cesado de existir.

Al cabo de una hora lo descolgaron. Bob había permanecido todo ese tiempo sentado al pie del palo mayor.

Fiel a la palabra empeñada, Bob tomó en sus brazos el cadáver de su amigo y lo bajó al falso puente, donde comenzó a amortaljarle. Se le ofrecieron varios marineros a ayudarle

con tan triste cometido, pero Bob rechazó toda clase de cooperación. A las cuatro de la tarde estaban hechos todos los preparativos fúnebres. Los tambores tocaron llamada, los marineros acudieron al puente, pero no con la precipitación bulliciosa que les era habitual, sino unos tras otros, sin ruido, tristes, como fantasmas. El cadáver, conforme a la costumbre, había sido envuelto en su lina y cubierto. Bob sujetó a sus pies un saco de arena de peso doble que el de ordinario, a fin de que su peso le precipitase al fondo del mar. Colocó el cuerpo de su amigo sobre la tabla empleada en casos análogos, y la tabla sobre el pasamanos. Adelantó el sacerdote. Satisfecha la justicia humana, presentábase la religión a cumplir su santa misión.

Triste y solenne es siempre la ceremonia fúnebre a bordo; pero lo fué incomparablemente más la de este día como consecuencia de la hora en que ella se llevó a efecto. El sol, que hacia el final de la tarde dejase ver un momento por occidente, se hundía en la mar aureolado con anchas bandolas violetas, y volaba el crepúsculo con la rapidez que es de rigor en las regiones meridionales. Asistía a la ceremonia la dotación entera. El ministro de la religión abrió el ritual, y todo el mundo escuchó con la cabeza descubierta y con el respeto más profundo el oficio de los difuntos. Terminado éste, Bob inclinó la tabla, resbaló el cadáver hasta el pie, cuyas aguas se abrieron para darle paso, cerrándose inmediatamente, y el navío alejóse majestuosamente, dejando una estela en el sitio donde el cadáver del infortunado David había cruzado, al chocar con el elemento líquido, varios círculos concéntricos. El suceso dejó impresión profunda de tristeza en la dotación, que perduraba aún, diez días después, cuando avistamos a Malta.

## XII

Numerosas barquitas cargadas de melones, naranjas, granadas, uvas e higos de Berbería rodearon al navío, no bien entró en el puerto de la ciudad victoriosa, llamado puerto de los ingleses. Los dueños de las barquitas nos ofrecían la mercancía con gritos tan variados y en jerga tan extraña, que tal vez hubiésemos creído encontrarnos en medio de los indígenas de cualquier isla salvaje de los mares del Sur, si la humana civilización no hubiera desplegado ante nuestros ojos una de sus maravillas: Malta, montón de lastillos calcinados, que parecen dispuestos sobre las cenizas de un volcán.

Visten los malteses una especie de chaqueta adornada con dos o tres hileras de botones de metal, y de forma semejante a la de una campana. Cubren su cabeza con un pañuelo encarnado y ciñen en su cintura una faja del mismo color. Por regla general, sus facciones son duras, dureza que no endulzan, antes al contrario, sus ojos, negros y brillantes, llenos de audacia brutal y de ramera perfidia.

Al entrar en La Vallette, en seguida llamó nuestra atención el contraste que existía entre la ciudad y el puerto, todo alegría, toda animación, todo alborozo este último, y todo tristeza, todo silencio fúnebre la primera. La causa era que acababa de ser obsequiada con eje-

cuciones que, si no despertaron en sus habitantes las mismas simpatías que en nosotros hubiera nacer el suplicio del infortunado David, difundieron, por su número, la tristeza en la isla. Habíase sublevado ya recientemente contra, y había sido exterminado, a cuerda, a hierro y a fuego, hasta el último hombre.

La víspera de nuestra llegada habían visto los malteses morir a los últimos hombres de aquel regimiento de Fröhberg, y, conforme manifesté al comienzo del relato, dejó el suceso impresión tan profunda en la población, que no pudimos menos de advertirla a nuestra entrada en ella. Nuestra estadía fué muy breve: habíamos fondeado para hacer provisiones de agua, y como la hiciéramos sin dificultad, y teníamos viento favorable, aquella misma tarde nos hacíamos de nuevo a la vela.

Continuamos navegando viento chí popa toda la noche y el día siguiente, sin que apareciera en el puente el señor Burke. Llegada la noche, cuando hacía una hora que dormíamos medidos blandamente por las olas incógnitas, cruzó un pequeño velero sobre nuestras cabezas, después de atravesar nuestra vela del pequeño foque, inmediatamente le siguió otro que alzó un buque en nuestra vela de mesana. Sin duda se había dormido el vigía y acabábamos de tropezar con un buque que nos exigía la cédula. ¿Sería el buque en cuestión fragata, chalupa o cañonera? No podíamos saberlo a causa de la oscuridad de la noche. En el momento de subir yo al puente, chocaba otro proyectil contra el calabastro. La primera persona que tropecé fué al señor Burke, que daba órdenes contradictorias. Carecía su voz de la firmeza a que nos teníamos acostumbrados, y, por segunda vez, me asaltó la idea de que aquel hombre no era bravo, aunque sabía dominar su miedo, opinión que se robusteció más y más cuando con sus oídos resonó la voz firme y precisa del capitán, que dictaba disposiciones desde el camarote de popa.

—¡Zafarrancho de combate! —gritó aquel lobo de mar—. ¡A las armas! ¡Todo el mundo a sus puestos! ¡Fuerza esas hanaacas! ¿Dónde está el vigía de señales?

Sobre vino un período de confusión que renunció a describir; pero pronto se rehicieron, y al cabo de diez minutos, todos estaban en sus puestos.

Mientras tanto, ejecutamos una maniobra que nos dejó fuera de la vista del enemigo, pero, como quiera que nuestra intención era responderle, una vez organizados, el capitán ordenó poner proa al buque que nos había hecho fuego. Momentos después vimos blanquear sus velas; inmediatamente después brotó un mar de fuego, crujieron nuestros aparejos, y cayeron pedazos de vergas sobre nuestros pieles.

—¡... un brick! —gritó nuestro capitán—. ¡Ah... mi querido amigo! ¡Ya eres niño!... ¡No te escapas!... ¡Silencio todo el mundo!... ¡Ah, del brick! —gritó con su bocina—. ¡Quién eres? ¡Habla el *Tridente*, navío de setenta y cuatro de Su Majestad Británica!

Una voz, que parecía la de uno de los espíritus que pueblan los mares, llegó segundos después a nuestros oídos.

—Y... el señor del *Singe*, brick de Su Majestad Británica.

—¡Diable! —gritó el capitán.

—¡Diable! —repetió toda nuestra dotación. Resonó a bordo del *Tridente* un coro de carcajadas.

La precaución tomada por el capitán impidió que disparásemos sobre los nuestros, de la misma manera que ellos acababan de disparar sobre nosotros. El capitán del *Singe* vino a bordo para ofrecernos sus excusas, que fueron aceptadas entre sorbo y sorbo de té. Minutos más tarde, las hanaacas se habían suspendido de nuevo, los cañones habían vuelto a sus sitios, callaron las señales, y toda la marinería que no estaba de servicio, dormía placidamente.



Apenas fondeamos en el puerto de Esmirna e hicimos las señales de reconocimiento, nuestro consúl nos envió una carta a bordo. Nos decía que, si nuestro destino era Constantinopla, nos rogaba que admitiéramos a bordo a un inglés distinguido, portador de cartas de los señores ingleses, en aguas de Levante, recomendando a los capitanes que tomaban al personaje en cuestión, así como también a su servidumbre. El capitán contestó que estaba pronto a recibir a tan noble pasajero, pero que era necesario que éste embarcara cuanto antes, pues había fondeado exclusivamente para recoger las órdenes y pliegos que pudiera haber para él del Gobierno, y necesitaba hacerse a la mar aquella misma tarde.

A las cuatro de la tarde vimos que venía hacia el *Tridente* una barca, que conducía a nuestro pasajero, a dos amigos suyos y a un criado albanes. En el mar, el suceso de menos importancia despierta la curiosidad y proporciona distracción: no es, pues, de admirar que toda la dotación se encontrara en cubierta para recibir a nuestros huéspedes. El que tomó la delantera de los demás, revelando en su porte que tal preferencia era en él un derecho, tendría de veinticinco a veintiséis años, frente alta, cabello negro y rizado y manos de mujer. Vestía una especie de uniforme rojo, adornado con profusión de bordados y galones de fantasía, y usaba ancho pantalón de ante, oculto, de rodillas abajo, por las hotas de montar. Al poner el pie en la escala, dió a su criado algunos órdenes en griego, que hablaba correctamente. No pudo apartar de él mis ojos desde el instante en que le vi; recordaba vagamente haber visto aquel rostro notable, aunque sin poder precisar dónde. Cuando le oí hablar, el metal de su voz confirmó mi convicción. Llegado al puente, el viajero saludó a los oficiales, diciendo que se felicitaba de encontrarse de nuevo, después de un año de ausencia, con sus compañeros. El señor Burke contestó con su frialdad habitual y, cumpliendo órdenes recibidas, guio a los recién llegados a la cámara del capitán. Un momento después, el señor Stanbow subió con los pasajeros a la toldilla, y como encontrara allí reunidos a todos los oficiales, se adelantó hasta nosotros llevando de la mano al joven de la casaca roja.

—Señores —nos dijo—, tengo el honor de presentarles a lord Jorge Byron y sus dos amigos, los señores Hobhouse y Ekenhead. No tengo necesidad de recomendarles que le guarden todas las consideraciones a que tiene derecho por su talento y su cuna.

No me había equivocado: el noble poeta, ante quien nos inclinamos todos, era el joven a quien años antes viera salir niño del colegio de Harrow-sur-la-Colline el día mismo que encalca yo en él, y de quien tanto había oído hablar desde entonces, en forma extraña, con frecuencia, y casi siempre de manera diversa.

Verdad es que lord Byron, por aquella época, más conocido era por sus extravagancias que por su talento. Se citaban a su propósito veinte características distintas, a cual más extraña, que lo mismo podían armonizarse con un loco que con un hombre de genio. Hacía del consúl general, los dos primeros cantos de *Childe-Harold*, comenzados cinco meses antes en Janina.

El mismo día que llegó a bordo, le recordé la circunstancia de su salida del colegio de Harrow, y como una de las características del espíritu de Byron era el culto a sus recuerdos tempranos, habló conmigo largamente de sus maestros, de Virgilio, a quien había conocido, de Roberto Peel, que había sido su amigo. Puede decirse que fué el colegio, durante los días primeros de nuestro conocimiento,

el tema único de nuestras conversaciones.

El ser vivo de toda la dotación a quien cedió más afecto, después de mí, era a Nick, el águila que herí en Gibraltar, y que casi siempre estaba posada sobre el borde de la chimenea de ser de Nick, desde la llegada a bordo de lord Byron. El noble poeta era quien sufragaba los gastos de su manutención y quien le servía personalmente la comida, compuesta de pichones y de pollos, muertos previamente por el cocinero, y lejos de la presencia de lord Byron, quien no podía tolerar el espectáculo de la muerte de un animal cualquiera. Me refería que, en ocasión en que iba a la fuente de Delfos, vió alzar el vuelo a una bandada de doce águilas, cosa verdaderamente rara, y que ese presagio, por lo mismo que le fué ofrecido en la montaña consagrada al dios de la poesía, le había dado

la esperanza de que la posteridad le celebrara y alabaría poeta, como al parecer hicieron las nobles aves. Nick parecía agradecer las atenciones que recibía de su proveedor, agradecimiento que exteriorizaba lanzando un graznido y batiendo el ala cuantas veces le daba. Lord Byron tocaba al águila con una confianza que nadie más que él tenía, sin que jamás recibiera el menor arañazo de Nick. El poeta aseguraba que era el sistema único a que el hombre debía recurrir en sus tratos con los animales, aun siendo los más feroces, el que cupiera el mismo, por cierto con resultados maravillosos, con el célebre oso de Ali-Pachá, y con su no menos famoso perro *Boast-zain*, que murió hidrófobo sin que él dejase de acariciarle y de limpiarle, con las manos desnudas, las babas mortales que salían de sus fauces.

Al cabo de algunos días, aunque navegáramos con viento contrario, habíamos costado

Talla	Hombres	Señoras
1.50	—	50.848
1.52	—	51.756
1.55	54.480	53.572
1.57	56.750	55.842
1.60	59.020	57.204
1.62	61.290	58.566
1.65	63.614	60.382
1.68	65.830	62.198
1.70	68.100	64.468
1.73	69.916	66.284
1.75	72.186	68.100
1.78	74.456	69.916
1.80	76.726	71.732

## TABLA NORMAL DE PESO

Esta tabla señala los pesos normales acordes con la estatura y la edad. Cuando observe un exceso, es decir cuando su peso no sea "normal", su salud puede estar alterada. Consulte entonces a su médico, quien le dará el mejor tratamiento a seguir. Pero no olvide además que una dosis diaria de YODOSALINA, de pronunciada acción deshidratante, contribuye a evitar ese exceso de gordura que no sólo es antiestético sino también peligroso.

YODOSALINA, las sales yodadas tradicionales y siempre eficaces.

# YODOSALINA

UNA PASION  
LAS SEPARO...  
EL ODIO HABRIA  
DE UNIRLAS  
LEA EN LAS PAGINAS DEL  
PROXIMO NUMERO DE  
**LEOPLÁN**

# LA SEÑORITA DE LA FERTE

Una gran novela de  
**PIERRE BENOIT**  
APARECE EL 7 DE AGOSTO





monedas y le desecó un buen viaje.

Recibió lord Byron como dádiva sagrada todo lo que le ofreció el pobre turco, limitándose a darle con toda sencillez las gracias, pero no bien llegó al navio, donde comenzaban a sentir vivas inquietudes por él, despachó a su fiel Estéfano, servidor que le llevaba Ali-Pacha, con orden de llevar de parte suya al pescador turco un surtido completo de aparejos de pesca, una escopeta de caza, una vara de pistola, seis libras de pólvora y doce varas de tela de seda para su mujer. El presente fue entregado aquel mismo día al pobre turco, quien, no pudiendo comprender que le hicieran regalo de tanto precio en pago de una hospitalidad tan pobre, quiso al día siguiente ir a dar las gracias a su generoso bienhechor. El desventurado resolvió cruzar el Helesponto, echó al mar su barca y ganó el largo; pero cuando se encontraba en el centro del canal, desatóse un viento terrible que le hizo zozocar, y como no era tan buen nadador como lord Byron o el señor Ekenhead, se ahogó.

Dos días después llegó a nuestros oídos la triste nueva. Lord Byron experimentó un dolor profundo y vivo. Envio inmediatamente bastante dinero a la pobre viuda, juntamente con las señas de su casa en Londres y una carta escrita en griego vulgar, en la cual le decía que contase siempre con él y no le dejase de recurrir a su persona en todas sus circunstancias difíciles. Hasta quiso ir a visitarla personalmente; pero habíamos recibido ya el esperado *firmán* que nos abría al fin el paso de los Dardanelos, y el capitán quiso recuperar el tiempo perdido. Aparecieron inmediatamente, y dos días después, a eso de las tres de la tarde, anclábamos frente a la Punta del Serrallo.

#### XIV

Tan hermosas vistas desplegaron, durante los días de navegación, Asia por nuestra derecha, Europa por nuestra izquierda, que, al llegar a la Punta del Serrallo, sentimos todas tentaciones de preguntarnos dónde estaba aquella Constantinopla soberbia, tan ponderada por los viajeros; pero cuando embarcamos en la canoa para conducir al capitán a la Embajada inglesa, situada en el barrio de Galata, y, doblando la Punta del Serrallo navegamos a lo largo del Cuerno de Oro, la ciudad imperial desplegó sus maravillas ante nuestros ojos, recostada sobre el suave declive de su vasta colina, con su anfiteatro de casas, sus palacios de cúpulas doradas, sus cementerios, a cuyas tumbas da poesía entre un bosque de cipreses, y reconocimos entonces a la bella ciudad de Oriente.

Habría sido notable imprudencia atravesar, por aquella época, las calles de Galata sin escolta, por cuyo motivo, el señor Adair, que tenía noticia de nuestra llegada, había enviado al muelle un genizico, cuya presencia pregonaba que estábamos bajo la protección del sultán. En aquel país, donde hasta los niños van armados, las niñas son muy frecuentes y se retuelven en el acto. En consecuencia, era muy importante, dado el estado de irritación en que se encontraba Constantinopla con respecto a los griegos y a los rusos, designarnos como hijos de una nación amiga.

Nuestros marineros quedaron en la chalupa, a las órdenes de Jaime, y el capitán, lord Byron y yo nos dirigimos a la Embajada. A medio camino, poco más o menos, de aquella ciudad de las calles tan obstruidas, que nos causaba tan impetuoso alboroto, nos encontró un genizico, que empuñaba un bastón, había comenzado a repartir golpes sobre aquella muralla humana con tanta fuerza y persistencia, que consiguió practicar brecha. Motivaba la aglomeración un griego que era conduciendo al suplicio, y que atravesaba la gran calle entre dos verdugos. Llegamos a tiempo

para verle pasar. Era un respectable viejo de barba blanca, que caminaba con paso firme y tranquilo semblante, mirando sin temor y sin orgullo al populacho que le perseguía gritando y lanzándole imprecaciones. A todos los impresionados vivamente el espectáculo, pero sobre todo a lord Byron, quien preguntó inmediatamente a nuestro intérprete si no sería factible, merced a la intervención de nuestro embajador, o pagando una suma fuerte, la salvación de aquel desventurado. El intérprete, con expresión de azoramiento y hasta de terror, se llevó un dedo a los labios indicando al noble poeta que guardase silencio. La recomendación, con ser tan expresiva, no impidió que lord Byron, al ver pasar al anciano frente a su persona, le fuese en griego: *¡Mátrix... valor!* Ante aquella voz consoladora se volvió el griego, y no pudiendo alzar las manos, elevó los ojos hacia el cielo, indicando que estaba pronto a morir. En el mismo instante rasgó los aires un grito de angustia que partió de detrás de una celosía, frenta a nosotros, a la par que por entre el enrejado de aquella asomaban unos dedos. El vicio estremecióse al oír el grito, lanzó sus dudas por una voz conocida, hizo alto, pero sus verdugos le obligaron a caminar, arrojándole con la punta de sus yataganes. Lord Byron hizo un movimiento al ver brorar sangre de la espalda del anciano, yo llevé la mano al pomo de mi puñal; pero el señor Stanbow, que se dio cuenta de nuestras intenciones, nos asió a los dos por el brazo, diciéndonos en inglés:

— ¡Ni una palabra, o son muertos!  
Hicieron ver que, el genizico comenzaba a mirarnos de soslayo, y luego esperó a que pasase el cortejo, sin soltarnos los brazos.

Pronto quedó despejada la calle y pudimos nosotros continuar nuestra marcha hacia la Embajada, a la que llegamos a los diez minutos, pillos y convueltos aún. Las causas que determinaron nuestro viaje a Constantinopla habían desaparecido. Los días de nuestra llegada: habíamos obtenido las autorizaciones que nosotros debíamos apoyar con nuestra presencia, es decir: la Sublime Puerta había dado al Gobierno Británico, por mediación de nuestro embajador, todas las excusas exigidas por el segundo. Como consecuencia, la conferencia política entre Stanbow y Adair fué muy breve, tanto, que al cabo de contados minutos éramos presentados al embajador lord Byron y yo. El poeta, después de las saluciones de rigor, se apresuró a preguntar al señor Adair qué crimen había cometido el anciano a quien vimos cuando le conducían al suplicio. El embajador sonrió con tristeza. El vicio en cuestión había cometido tres crímenes, pero tan enormes, que el menor de los tres le hacía, a los ojos de los turcos, reo de muerte. Era rico, sonaba en la emancipación de su patria, y se llamaba Atanasio. Pues, uno de los últimos descendientes de la dinastía real que había ocupado el trono en el siglo XIII. Cediendo a las apremiantes instancias de sus amigos, había abandonado tiempo atrás a Constantinopla, pero, al cabo de algunos meses de ausencia, no pudiendo resistir los anhelos de abrazar a su familia, se apresuró a volver. Prendióle la noche misma que entró en Galata, y la hija de hermosa, fué secuestrada y vendida a un turco rico; y su mujer, arrojada de su palacio, que confiscaron para el Gran Señor, ni pudo compartir el cautiverio de su hija ni participar de la muerte de su marido. Había debido asilo en muchas casas griegas, cuyas puertas se le cerraron ante ella. El señor Adair le había hecho saber al fin que la Embajada inglesa le ofrecía una hospitalidad inviolable y sagrada: la desventurada señora aceptó con intensa gratitud un ofrecimiento tan generoso; pero había desaparecido la víspera por la noche, y nadie sabía dónde se había refugiado.

El señor Adair invitó a lord Byron a hospedarse en la Embajada durante el tiempo que permaneciera en Galata, y el poeta, teniendo comprometer parte de su libertad, declinó el ofrecimiento y rogó al embajador que le buscase alguna casa turca donde pudiera vivir a la usanza del país.

Nos despedimos del señor Adair después de una hora de conversación cordial y entretenida, y volvimos a atravesar las calles de Galata, siempre guiados por nuestro genizico. No tardamos en observar que tonaba aquí una ruta distinta de la que habíamos seguido en nuestro viaje de ida. Ibamos preguntando la causa a nuestro intérprete, cuando éste, que advino nuestra intención, nos mostró con el dedo, en el centro de la plaza donde acabábamos de entrar, un grupo informal que produjo un estremecimiento involuntario, bien que sin que pudiéramos adivinar todavía de qué se componía. A medida que nos acercábamos, el objeto tomó forma humana; al fin descubrimos que era un cadáver arrojado y decapitado, que sostenía su propia cabeza entre sus muslos. La cabeza, que pudimos reconocer, era la del vicio que víáramos pasar una hora antes entre sus verdugos, con la frente reclinada sobre sus narices, seneciente a la estatua de Tiberio. De tanto en tanto abandonaba aquella actitud para arrastrar un palo, cada junto a ella, y ahuyentar a los perros que acudían a lamer la sangre. Aquella mujer era la viuda del mártir, la que el día anterior había desaparecido de la Embajada sin que hubiese vuelto a saberse de ella. El vicio, de ruta que nos llamó la atención fue un observador de nuestro buen genizico, quien quiso, sin duda, darnos una idea de la clemencia de su gracioso señor, haciéndonos pasar por delante de tan terrible espectáculo.

La verdad es que habíamos llegado a Constantinopla en la mejor de las ocasiones para tener *un debut* análogo a los de los héroes de *Las mil y una noches*. Aquella cabeza cercenada, aquella doncella vendida, aquella pobre viuda, todo me parecía una obra de teatro, advertir que hasta la vida misma, siendo maravillosos que me rodeaban contribuía a dar mayor realidad a mi ilusión.

Yo no sé el efecto que en mis compañeros produciría aquella vista singular; lo que sí puedo afirmar es que volví al navio presa de una especie de fiebre.

Transcurrió, empero, el día sin más novedades que la vista que recibimos a bordo de algunos turcos, algunos desocupados que constituyen en Constantinopla una especie de a que en París dan el nombre gráfico de *papamosas*. Sus inconmensurables pipas atrataban por el puente, y como llevábamos a bordo un cargamento de pólvora muy respetable, efecto de que, cuando zarparamos en Londres, ignorábamos en qué disposiciones encontráramos la Sublime Puerta, hubo necesidad de hacernos con mucha, aunque costó mucho trabajo, que estaba prohibido fumar a bordo. Cuando se dieron cuenta de lo que de ellos exigíamos, parecieron altamente sorprendidos de que adoptásemos precauciones contra una desgracia, toda vez que, si Mahoma había decidido que la desgracia ocurriera, todas las precauciones del mundo se estrellarían ante la voluntad de aquel. Nuestro negro les parecía una falta de atención, y, resentidos, abandonaron el navio.

Sobre el puente no había quedado más persona extraña que un judío que nos visitó para ejercer su comercio. Aquel hombre vendía de todo, desde calcetines valiosísimos hasta pipas, siendo de notar que su comercio no se limitaba a eso, según comprendí a la segunda frase que me dirigí. Tenía en Galata un almacén, en cuyas señas me dio, donde encontraría el tabaco más rico de Constantinopla. Toné nota de las señas y prometí hacerle muy en



breve una visita. Hablaba Jacob bastante bien el inglés para que yo lo comprendiera perfectamente, y un hombre como aquél era un tesoro para un buscador de aventuras como lord Byron y para un soñador como yo. Principian por preguntarme si podría proporcionarme un guía inteligente para el día siguiente, pues lord Byron, pensando recorrer el recinto de los muros de Constantinopla, había solicitado para mí el permiso de acompañarle y el capitán se lo había concedido una prueba más de su bondad ordinaria. Nuestro juicio se ofreció a servirnos él mismo. Residía en Constantinopla hacía veinte años, la conocía mejor que las tres cuartas partes de los turcos, y como, por otra parte, estaba libre de prejuicios sociales y religiosos, nadie como él para contarnos cuanto supiese sobre los hombres, que tropezábamos en nuestro camino y sobre los sitios que podíamos visitar. Aceptamos su ofrecimiento, no sin hacer constar que tomaríamos otro *cicerone* al segundo día si no quedábamos contentos de él.

Salimos muy temprano, y como quiera que ciertas partes de los muros caen a pie sobre las aguas del Bósforo, tomamos una barca que nos condujo al castillo de las Siete Torres, donde saltamos a tierra. Nos esperaba allí nuestro guía con caballos. Como nuestra intención era ver las cosas al paso, le emprendimos despaciosamente la marcha.

Vista desde tierra, ofrece Constantinopla un aspecto más encantador todavía, si cabe, que desde el Bósforo de Tracia u desde el Cuerno de Oro.

Atrevámonos al Cuerno de Oro por la punta del palacio de Constantino, especie de ruinas más sencillamente a un cuartel que a un palacio, y nos encontramos en Asia. Nuestro juicio nos condujo a una aldea llamada Bourdoulou, distante una milla aproximadamente de las murallas, desde donde se descubre a la vez el mar de Mármara y el monte Olimpo, las llanuras de Asia, Constantinopla y el Bósforo, que serpentea entre jardines encantadores, cubiertos de verdor y esmaltados con infinitud de kioscos y de palacios pintados de todos los colores. Fué el sitio mismo donde Mahometo II, encantado ante tantas maravillas, hincó su estandarte y juró por el Profeta que tomaría a Constantinopla o perdería la vida frente a sus muros. Al cabo de ciento cincuenta días de sitio cumplió su palabra con la fidelidad de un creyente.

No lejos de allí está la puerta Tophana, por la cual hizo su última salida Constantino Dracosis. Rendidos por la fatiga y el calor, echamos pie a tierra bajo el platano que da sombra a la puerta. Allí encontramos a un café, nos vimos en la precisión de imponer silencio a nuestro amor propio nacional para confesar que sólo los turcos comprenden las felicidades de la vida. En vez de encerrarnos, como hubiesen hecho en Inglaterra o en Francia, en un gran salón público, o de obligarnos a respirar la limitada atmósfera de un gabinete reservado, nos condujo el cafetero, por los pasos de un jardín encantador, hasta el borde de una fuente. Allí nos tendimos voluptuosamente sobre una alfombra de césped; nos trajo pipas, sorbetes y café, y nos sirvió lo necesario para que pudiéramos escoger a nuestro capricho un almuerzo castizamente oriental. Lord Byron estaba ya acostumbrado a las delicias que había saboreado en Grecia; pero yo, que las gustaba por vez primera, quedé extasiado.

Después de fumar varias dosis del mejor tabaco de nuestro día, en pipas turcas perforadas con agua de rosas, nos montamos de nuevo a caballo para proseguir nuestra excursión que, al cabo de un cuarto de hora de marea, nos dejó frente a una pequeña iglesia griega, muy venerada en toda la región. Apenas echamos pie a tierra, el hermano que nos sirvió de *cicerone*, en vez de guiarnos al interior, nos condujo a un estanque rodeado

por una balaustrada dorada. Una vez allí, desmitigó un pedazo de pan que a prevención había tomado, y unos cuantos peces, que me parecieran tenues, aparecieron inmediatamente en la superficie y se lanzaron sobre el alimento que su proveedor les tiraba con tales miramientos y tales saluciones, que hube de tomarlos, por lo menos, por inusitados. Siempre había creído yo que, en casos como aquél, los agradecidos debían ser los peces; pero me engañé aquella vez: los peces eran sagrados, y los monjes se limitaban a devolverles una parte insignificante de las limosnas que, merced a aquéllos, recibían.

Desde el convento, situado a la mitad del zanjón de la colina de Pera, nos dirigimos a un cementerio, cuyas tumburas habíamos dividido desde lejos. Los cementerios turcos son no sólo un campo de descanso delicioso para los muertos, sino también un paseo encantador para los vivos. En los cementerios, verdaderos sitios de citas amorosas, es donde los tenorios de Constantinopla esperan, humildemente recostados sobre cojines, los billetes de las hermosas, que les son llevados por esclavos griegos o por mujeres judías.

Avanzaba el día; habíamos dado la vuelta a las murallas, es decir, hecho un recorrido de diez y ocho millas aproximadamente, y ro-

**ROPERO**  
"ESSENTIAL"  
de Estilo Mo-  
derno, en abe-  
dullado, termina-  
ción metal. An-  
cho 105 cm.:  
alto 175 cm.;  
profundidad 57 cm. Modelo  
sencillo. Pz. 295

Con caja de  
metal.

**\$ 210.—**  
Resistencia contra gri-  
tos

**Muebles Barzi**

Fábrica fundada en el año 1964

RIVADAVIA 2201

gamos a nuestro *cicerone* que nos hiciera ver, lo más rápidamente posible, todo lo que la ciudad, cuyo recinto exterior acabábamos de recorrer, encerraba de más curioso. Pero para ello precisaba hacer una evolución nueva: necesitábamos volver a la embajada inglesa para tomar un genízaro, si no queríamos ser insultados, y hasta agredidos, en las calles de la ciudad santa, que sólo abandonó a los infieles y los arrabales y las alfarjes, una zona regañadientes. En consecuencia, nos dirigimos al palacio del señor Adair, quien nos detuvo el tiempo indispensable para observarnos, conforme a la moda turca, con sorbetes, café y pipas. Recibido el obsequio, nos pusimos nuevamente en marcha para atravesar el Cuerno de Oro desde la Torre de Galata a la Yalıci, era la ruta que los barones seguían cuando hicimos nuestra primera visita al embajador. Reconoció la calle donde encontramos al desventurado anciano que era conducido al suplicio. Maquinalmente llevé mis ojos hacia la ventana de donde había salido el grito de mujer, y me pareció, no obstante lo espeso de la celosía, ver brillar en el fondo dos ojos de fuego. Quedé un poquito rezagado a través de la celosía, y me quedé pasé un dedo fino que, al retirarlo, me dejó algo que no me fué posible distinguir. Di cinco o seis pasos más, y entonces, entregando mi caballo a un mozo de cordel, eché pie a tierra y retrocedí fingiendo que había perdido algo. Lo que había dejado caer la invisible bella era un sortija con una esmeralda de mucho precio. Seguro de que la caída

la joya había sido voluntaria, la recogí y puse en un dedo, esperando que sería el talismán que, un día u otro, habría de llevarme a una aventura amorosa.

Confieso que, a partir de aquel instante, mi espía, sumido en locos ensueños, dejó que el cuerpo viera lo que complacencia perfectamente maquina las maravillas que nos quedaban por ver, maravillas que fueron el exterior de Santa Sofía, pues el interior está reservado para los buenos creyentes, el hipódromo y el obelisco, las cisternas, tres o cuatro kioscos flacos y sarnosos que Su Alteza conserva tal si fueran preciosidades en un tinglado, algunos osos negros y un elefante. Sin que adivinara mis pensamientos la puerta del serrallo, con sus cruces de ballena, mis cabezas cortadas y sus rosarios de oración que le sirven de decoración, volí a mi buque, soñando todas las aventuras de *Las mil y una noches*. Lo primero que hice fué bajar a mi camarote, cerrar la puerta y examinar la sortija, esperando encontrar alguna inscripción oculta que me guiara en mis dudas. En vano busqué: era sencillamente un anillo de oro con una esmeralda que me pareció de mucho precio, y el examen a que me entregué, aunque fue muy minucioso, en vez de precisar mis conjeturas, dió por resultado abrirles cauto miucio más ancho y ambicioso.

Volvi al puente a fin de disfrutar de los últimos rayos del sol, próximo a hundirse tras las montañas de Europa, y que nos ofrecía, todas las tardes, el espectáculo más soberbio que se pueda imaginar. De improviso, una tempestad de gritos que venía del muelle, poco más o menos hacia el gran serrallo, hizo que todas las cabezas se volvieran hacia aquella parte. Salí un turco por una de las puertas, apareció en la playa, perseguido por una muchedumbre frenética, y se tiró a una barca, que desbarató con la fuerza y la destreza de la desesperación. En el primer momento, el fugitivo pareció indeciso sobre la dirección que tomaría; pero las turbas se habían lanzado a su vez sobre las chalupas atracadas a la orilla, toda una flota tumultuosa se había puesto en su persecución, el turco puso la proa de su barca a nuestro *Tridente*, y desoyendo las intenciones de nuestro centinela y cerrado los ojos a sus demostraciones hostiles, saltó a nuestra escalera de labor. De cuatro saltos subió a la escalera, y cuando se precipitó al cabrestante y, puesto de rodillas y desgarrando el turbante, hizo la señal de la cruz y pronunció algunas palabras que nadie entendió. Jacob, atraído por el ruido, salió en aquel momento con lord Byron, que acababa de pagarle los enolamientos del día, y nos explicó que aquel hombre, autor sin duda de algún crimen, había recibido la religión mahometana a fin de hacer más protección más simpática, e indicaba, por medio de los signos y de palabras, que deseaba hacerse cristiano. No se equivocó nuestro intérprete: casi en el mismo instante subió de la mar una tempestad de gritos pidiendo que les fuera entregado el asesino, y el *Tridente* se encontró inmediatamente sitiado por más de cincuenta barcas tripuladas por unos mil quinientos hombres.

Tenía la escena fuerte sabor fantástico, y ofrecía tal carácter de gravedad, que sin orden de nadie, por instinto de conservación, todos los marinos se habían arnadado, como si se tratase de defender el navío contra un abordaje. Los asaltantes, ante aquellos preparativos de defensa, perdieron algo de su fuerza, y el capitán Burke, que había subido al puente, aprovechó el momento para ordenar a nuestro juicio que preguntase a las turbas si deseaban. Al hacer Jacob ademán de hablar, redoblaron los gritos, salieron de las varias sales y canchales, y el tumulto adquirió caracteres más graves que nunca.

Tomad a ese hombre — dijo el señor Burke, señalando al fugitivo que, con la cabeza

afectada al descubierta, animados los ojos por el fuego del terror y de la cólera a la vez, parecía encadenado al palo de mesana, al que estaba abrazado—, tomó a ese hombre y arrojó al mar: es la manera de acabar pronto.

—¿Quién se permite dar órdenes a bordo estando yo?—dijo una voz firme que dominó a todas las demás voces.

Toda el mundo reconoció la voz del capitán, que había subido al alférez sin que nadie le viese, y que dominaba toda la escena.

Preguntó el capitán a Jacob cómo se decía silencio en turco y, llevando a su boca la bocina, repitió la palabra indicada con tal brío, que bramó sobre la muchedumbre como el retumbar del trueno. Cesó como por arte de encantamiento el tumulto, sales y canchales entraron de nuevo en sus vainas, recobraron su inmovilidad los remos, y Jacob, convirtiéndose en tribuna la última escolita de proa, preguntó qué crimen había cometido el que quería que callara. Todas las voces contestaron a coro con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Ha matado! ¿Que muera?

Con un gesto indicó Jacob que debía hablar, todo el mundo calló de nuevo.

—¿A quién mató? ¿Cómo lo hizo?

Levantose un hombre.

—Soy hijo del hombre a quien ha arrancado la vida—contestó—. La sangre que mancha mi camisa es sangre de mi padre. Por esta sangre juro que le arrancaré el corazón... ¡se lo arrancaré del pecho y lo arrojaré a mis perros!

—¿Por qué lo mató?

—Por venganza. Primero mató a mi hermano, que estaba en la casa, y luego a mi padre, a quien encontré sentado en el umbral de la puerta. Los mató como un cobarde, en mi ausencia, a un niño a un viejo, sin que ni el niño ni el viejo pudieran defenderse. ¡Ha matado!... ¡Debe morir!

—Contexta que esos cargos pueden ser ciertos—dijo el capitán a Jacob—, pero que, aun en ese caso, son los tribunales de justicia los llamados a sentenciar.

Jacob encontró dificultades para traducir la frase entera, pero consiguió llevar a feliz término su misión, expresándose sin duda, con gran exactitud, a juzgar por los ruidos de furor que acopieron su respuesta.

—¿Qué es eso de tribunales de justicia?—vociferaron los turcos—. ¿En Constantinopla no hay más justicia que la que uno se toma por su mano! ¿Queremos que nos entregue el asesino! ¿Lo queremos! ¿El asesino!... ¡El asesino!

—¡El asesino será conducido a Constantinopla y entregado al cadí.

—¡No!—gritaron los turcos—. ¡Queremos el asesino, y si no nos lo entregáis, por el camello de Mahoma que subiremos a tomarlo!

—Dice el Corán—replicó Jacob—: "No jurarás por el camello".

—¡Muera el judío!—vociferaron los turcos, echando al aire sales y canchales—. ¡Muera los cristianos!... ¡Muera!

—¡Ad la corteza de laber y de estibor!—ordenó el capitán, sirviéndose de su bocina para dominar el tumulto—, y fuego al que se acerque.

La orden fue ejecutada inmediatamente. Unos veinte hombres treparon a las cofas armadas de fusiles y de trabucos.

Algo calmaron la cólera de los asaltantes esos preparativos, acerca de cuya significación no cabía dudar, y los turcos se retiraron a la cubierta del casco del navío. Mientras se retiraban, hicieron dos disparos que, afortunadamente, no hirieron a nadie.

Después un cañonazo con pólvora sola llamó al capitán—, y si el aviso no basta, echad a pique un par de barcas, y luego veremos si obedecéis a la orden un momento de silencio; al cabo de algunos segundos de espera, sacu-

dió violentamente los aires la detonación de una pieza de treinta y seis, y en seguida vimos que todas las barcas huían a la desbandada, excepto la tripulada por el hijo del muerto. Había quedado allí, empujando su canchiar, como desafiando a toda la dotación.

—Que embarquen en la chalupa treinta soldados de marina, bien armados, y conduzcan al matador a presencia del cadí—dijo el capitán.

Fué botada la chalupa al mar y embarcado en ella el matador juntamente con treinta hombres que, además de sus fusiles cargados, llevaban en sus cartucheras seis cartuchos por cabeza.

Al advertir la maniobra, las barcas de las turbas se reunieron formando flotilla, describieron un círculo muy extenso y acercáronse a la orilla, para seguir, bien que a distancia, al asesino.

El navío hizo un movimiento circular a fin de presentar toda la batería a la orilla, por si había necesidad de proteger a nuestros hombres, pero la precaución resultó inútil, pues los alborotadores se mantuvieron a distancia respetuosa y los soldados desembarcaron y penetraron en la ciudad sin ser molestados. Diez minutos más tarde, vimos que regresaban los nuestros en buen orden y sin tropiezo embarcaban de nuevo en la chalupa. El cual había sido entregado a la justicia. Y en esta circunstancia, como en todas las que exigían juicio sereno y valor inflexible, el señor Stanbow no se había desviado del cumplimiento de su deber.

A medida que se hacían más densas las sombras de la noche disminuía el alboroto, y al fin toda aquella extensión de agua, teatro antes de escenas clamorosas, quedó envuelta en el silencio más profundo. Esperamos una hora más, el capitán, a fin de prevenir sorpresas posibles, mandó disparar un cohete de los llamados de ligérrimas, que remontó hasta el cielo un ruego de fuego, estalló, y a la luz de los millares de chispas no vimos más que rebañes de perros que buscaban, aullando, su comida nocturna a lo largo de la orilla.

Al día siguiente, el señor Stanbow recibió una invitación, extensiva a toda la oficialidad del *Tálicre* y enviada por el embajador, para acompañar a Su Alteza a la mezquita, donde iba a dar gracias al Profeta por haber inspirado a Napoleón la idea de declarar la guerra a Rusia. Al regreso debíamos comer en el serrallo, y terminada la comida, Su Alteza nos dispensaría el honor de recibirnos.

Con la invitación venía una carta para lord Byron en la que le anunciaba que tenía preparada su casa en Pera, y que podía tomar posesión de ella cuando le conviniere. Hizo nuestro ilustre comensal sus preparativos, y aquel día mismo abandonó el buque, juntamente con sus amigos y yo.

El nuevo domicilio de lord Byron era un lindo palacete a la turca, es decir, emplazado en el centro de un hermoso jardín de cipreses, plátanos y sicómoros, lleno de macizos de tulipanes y de rosas que, en aquel clima delicioso, dan flores todo el año.

XX

La mañana fijada para nuestra recepción, mientras yo consignaba, toda mi atención en acausalarme, a fin de no quedar en gran desventaja con respecto a los oficiales turcos, entre los cuales íbamos a poner de relieve nuestra sencillez, entró Jacob en mi camarote y cerca de la puerta nos retiraron a la fragata. Adoptada esa precaución, se acercó a mí, caminando sobre las puntas de los pies, y con un dedo sobre los labios me preguntó:

—¿Llevas en la mano izquierda una sortija con una esmeralda?

—¿Por qué me preguntas eso?—inquirí, sintiendo un espasmo involuntario de placer, si figurar que tal vez iba a darme datos sobre

la aventura que embargaba por completo mi espíritu.

—Ésa sortija—continuó Jacob, desentendiéndose de mi pregunta—¿te fue arrojada desde una celosía en Galata? ¿Día que rodábamos los muros de la ciudad?

—Sí; ¿pero quién te lo dijo?

—¿Fue una mujer quien la dejó caer?—continuó Jacob, fiel a su sistema de narración interrogativa.

—Una mujer joven y hermosa, ¿verdad?

—¿Descubres verla?

—¡Yo lo creí!

—¿Sabes a qué te expones?

—¿Qué me importan los peligros!

—Entonces, ven a mi casa esta tarde, a las siete en punto.

—No faltaré.

—¡Silencio!... ¡Vienen!

Entró Jaime, y Jacob nos dejó solos. Mi camarada, que se había vestido ya, le siguió, sonriendo, con los ojos.

—¡Hola, hola!—me dijo—. ¿Parece que estás en relaciones secretas con el señor Mercutio? ¡Ojalá tengas mejor fortuna que yo, mi querido John! Te prometeré, como a mí, circasianas, griegas y georgianas, te hará creer que las tiene tan abundantes, que ni sabe qué hacer con ellas, y luego te entregará cualquier misera judía de las que desdenaría un mozo de corral de Piccadilly.

—Te equivocas, Jaime—interrumpí, sonrojándome al pensar si mis sueños llegarían a tener semejanza fin—. No soy yo el que busco una aventura, antes al contrario, es una aventura la que me busca a mí. Mira esta sortija.

Uniendo la acción a la palabra, le mostré la esmeralda.

—¡Ah...! diablo!—exclamó—. ¿Puedo creer como llegó a tus manos esa talisman magnífico?

—Me lo arrojaron desde la celosía de donde partió un grito desgarrador el día que encontramos al anciano griego que llevaban al matadero. ¿No te acuerdas?

—Como si lo oyera en este instante. ¿Entonces es en aquella casa donde te esperan?

—Lo presumo.

—¿Para cuándo es la cita, si no es indispensable la pregunta?

—Para esta tarde, a las siete.

—¿Vas a ir?

—¡Claro que sí!

—No te aconsejare que faltes, mi querido amigo, pues en situación análoga, por nada del mundo faltaría yo. Mientras tanto, haré lo que no dudo que harías tú, si yo me encontrara en tu lugar y te en el mío.

—¿Qué quieres hacer?

—¡Fís mi secreto.

—¡Haz lo que quieras, Jaime; eres mi amigo de veras, y eso basta.

Me tendió la mano, y como, durante nuestra conversación, yo había dado el último toque al atavío de mi persona, subimos juntos al puente.

Una salva de cañonazos hecha en el serrallo anunció al pueblo de Constantinopla que muy en breve iba a gozar de la augusta presencia de Su Alteza. Contestaron la salva el cuartel de los genizeros y la Topiana, y en aquel momento, todos los buques fondeados en el Bósforo izaron los pabellones de sus naciones respectivas y unieron sus descargas de artillería a las que de tierra venían.

Embarcamos inmediatamente en la chalupa del capitán y nos hicimos llevar a tierra. En la orilla de la ciudad, los aballos encañados con maravillosa riqueza. El que me cupo en suerte era un torcillo, digno de ser instado por un general cu jefe en día de batalla. Monté con una ligereza y soltura que me envidiaran más de dos oficiales de marina. Llegados a la puerta, encontramos a nuestro embajador, que acababa de llegar, acompañado de lord Byron, ataviado, este último, con una levita



escarlata, cubierta de ricos bordados de oro. Para el noble poeta, la ceremonia tenía un interés excepcional. Se ocupó, con no poca inquietud, del lugar que en el acto ocuparía, pues le importaba mucho mantener, aun a los ojos de los infieles, las prerrogativas inherentes a su rango social.

Los planes en el primer patio, donde debíamos esperar el paso del cortejo, hasta que pudiéramos colocarnos en el sitio que nos estaba reservado.

A la cabeza marchaban los genizaros; seguían los *delbis*, empujando sus jabalinas adornadas con gallardetes semejantes a los de las picas de nuestros lanceros. Venían a continuación los *tobpis*, que componen el cuerpo mejor organizado del imperio, formado por jóvenes de las mejores familias de Constantinopla, que han recibido en la Topkapa, bajo la dirección de oficiales franceses, una especie de instrucción militar. Los seguía yo con la mirada no sin cierta curiosidad, cuando aparecieron los grandes del imperio, semejantes a una nube de oro, ataviados con vestiduras tomadas de la antigua corte de los emperadores griegos. Brillaban en medio de ellos el *temen*, el *temen* y el *temen*, es decir, el emperador, el sultán, el arzobispo y el jefe de los eunucos negros, trinidad extraña que disfruta poco más o menos de las mismas prerrogativas y del mismo poder. De aquellos tres personajes dignísimos, llamé más directamente mi atención el *khar-ayá*; verdad es que la merecía. Su físico era de una fealdad más que sobrada para hacerse pasar por objeto curioso. Formaba una persona un cuerpo corto y recio, coronado por una cabeza monstruosa en la cual brillaban, con luz desigual, dos ojos amarillos que daban a su fisonomía ceñuda y adusta la dignidad solemne y adornada del buey. Aquella especie de Calibán era el señor de Atenas. Después del sultán, es el quien posee el harem más rico y numeroso. Anualidad extraña que, en su vida, tendría una multitud de amantes en Francia y en Inglaterra, pero que, en Constantinopla, tiene el derecho de cosa juzgada.

Al fin apareció el mortal a quien yo esperaba con más impaciencia: Mahmud II. Su presencia no fue anunciada con vivas y aclamaciones semejantes a las que en la Europa occidental se prodigan a los reyes, sino con un silencio majestuoso y profundo. Preciso es confesar que el aspecto del noble sultán bastaba para imponer, hasta a los mismos infieles, veneración y respeto: en conjunto, era uno de esos tipos majestuosos ante los cuales las muchedumbres quedan deslumbradas; uno de esos mortales ante quien nos inclinamos, aun a pesar nuestro, para saludar al rey o al emperador.

Por aquella época, en Mahmud todo debía de producir el efecto fiero y imponente de que él tantas pruebas más tarde en su mirada sombría y penetrante parecía leer en el fondo más recóndito del alma; su nariz, menos larga y menos curva que la de los turcos, dilatábase, al respirar, como la del león; sus labios contrahidos, de los cuales sólo se veía una doble línea roja, pues su boca se perdía entre la masa de su larga barba negra, hasta como si cayese desahogado sobre un cañal formidable de mando imperioso; su cabeza que parecía fundida en bronce en algún molde antiguo, no ofrecía ni una de las arrugas que suelen abrir las pasiones humanas. Nada en aquel rostro indicaba la circulación de la sangre; al contrario: el conjunto era de carácter severo, pálido e inmóvil como la muerte. Sólo alguna que otra vez brotaban de sus ojos destellos luminosos.

Sólo que aquel hombre tenía conciencia de su poder indefinido y de su autoridad sin límites. El caballo, que relinchaba impaciente, cubierto de blanca espuma no obstante caminar al paso, era la imagen real, el símbolo visible de aquel pueblo que nunca sufrió fre-

no hasta que Mahmud se lo puso. Al paso del sultán, sus vasallos velaban el rostro como temiendo quedar deslumbrados por los rayos de Su Majestad, y, sin embargo, sus vestiduras eran más sencillas, a primera vista, que el uniforme del último de los oficiales de su escolta: no ostentaba otro signo de su dignidad que la peliza de mara negra, ni más objeto de admiración que el pequeño donde brillaba el famoso diamante *Egribrac-pone*.

Precedía al sultán su tesoro, que arrojaba al pueblo monedas de plata acuñadas recientemente, y le seguía su secretario, encargado de recoger y de guardar en una cartera de piel amarilla las peticiones y memorias que le eran presentadas. El embajador nos indicó que había llegado el momento de formar en el cortejo, e inmediatamente avanzamos con nuestros caballos, colocados en un espacio dejado ex profeso entre la guardia del sultán y un regimiento de caballería, del que apenas si divisamos sus cascos dorados, y continuamos formando parte del séquito de Su Alteza, verdaderamente deslumbrados.

Temíamos que atravesar toda la ciudad para ir desde el serrallo hasta la mezquita del sultán Achmet, situada en el lado meridional de la plaza de Ayasofya. Probamos unas veces por sitios soberbios y otros por calles tan angostas, que no nos permitían ir más que de dos en dos. Al llegar al lugar de nuestro destino, el cortejo hizo alto; el sultán apeóse, y entró, acompañado por los principales dignatarios turcos, en la mezquita, favor que se nos vedó a nosotros, en atención a nuestra calidad de no creyentes. Sin embargo, a fin de no perder la intención principal de la excursión, el sultán Mahmud, dando pruebas de una delicadeza netamente occidental, hizo extensiva la prohibición a las tres cuartas partes de su cortejo, que quedó con nosotros al pie del obelisco de Teodoro.

Al cabo de media hora en la mezquita, reapareció el sultán Mahmud para ir a presidir el juego de *djéris*, postipuesto predilecto de turcos egipcios, cuya palestra estaba en Ayasofya. Duros y colosos de los anales de Constantinopla. Remanados, pues, nuestra marcha y, pasando por segunda vez cerca del serrallo de Constantino, seguimos la orilla del río hasta el sitio indicado, fácil de reconocer a primera vista por los pequeños terraplenes que a uno y otro lado se elevaban. En el centro alzabase la plataforma reservada para el sultán y su corte, y frente al sultán terminaba la liza en un lado a los cuales flecos servían de asiento a las personas que no lo tenían reservado.

Después que el sultán se sentó, llenándose las gradas de los dos terraplenes, las unas de mujeres, las otras de hombres. Con verdadero asombro vi que las damas más encopetadas asistían a una fiesta pública, separadas de los hombres y veladas, es cierto, pero dueñas, desde el punto de vista de libertad, las mujeres de la antigüedad, excluidas ordinariamente de los juegos gimnásticos y del estadio.

Contra lo que ocurre en nuestras reuniones de Inglaterra o de Francia, cuya animación y encanto principal lo dan las mujeres, la reunión a que asistía yo se daba por completo en honor de los hombres. Arrebujaadas en sus largos velos, que no dejaban vislumbrar más que los ojos, las espectadoras, sentadas sobre cuatro gradas, parecían cuatro largas hileras de fantasmas, al paso que los hombres, luciendo sus vestidos de guerra recamados de oro y de pedrería, ofrecían el aspecto más espléndido que pueda imaginarse. En cuanto al sultán, estaba aislado, bajo un dosel verdaderamente imperial, rodeado de cuatrocientos jóvenes vestidos de ricos colores blancos y formado fila ligera a los cuatro lados del sultán, formando la escena un cielo azul obscuro y muchos árboles de ramaje sombrío y vigoroso, merced a los cuales resaltaban más los colores ricos y variados del cuadro.

Después que el sultán ocupó el trono, por los cuatro ángulos que quedaban libres, y que hasta entonces ocupaban los guardias, que se separaron, hicieron irrupción cuatro escuadrones de manechos, todos ellos pertenecientes a las familias más linajadas del imperio. Todos ellos montaban caballos del Yemen o de Dúngola, y se precipitaron uno contra otro con furor, como si no parecía sino que los caballos se despidieran en el encuentro. Un movimiento espontáneo especial, que solamente el jinete turco sabe imprimir a su caballo, hizo que todos se detuvieran a un tiempo en el centro de la palestra.

Seguidamente, las filas se mezclaron entre sí con tal rapidez, que era imposible distinguir nada en medio de aquel torbellino de silos de breado, de estribos de oro, de varaginas, pallas sobresalientes, de argonautas, pedales y de penachos prendidos con rubies. Debía dar comienzo la fiesta con sencillos ejercicios de equitación. En efecto, aquel ejército de caballeros sin armas confundió las filas, las des hizo y volvió a hacer con tan perfecta regularidad y arte tan maravillosos, que hubieron de repetir varias veces el número.

Los espes entraron en la liza grupos de escuderos cubiertos de jabalinas blancas embutidas, hechas de madera estroada y pesada de palmera. Cada caballero, al pasar junto al grupo, tomaba su *djéris*; a continuación entraron otros escuderos que eran portadores de lauces de varillas, terminadas por uno de sus extremos en un gancho de hierro, que servía para recoger los *djéris* caídos, sin que los espes tuviesen necesidad de desmontar de sus caballos. Los nuevos escuderos, los escuderos retirándose. La carrera fue en lo sucesivo más impetuosa y los movimientos y combinaciones adquirieron mayor precisión. Los jinetes galopaban por la palestra blandiendo sus *djéris* sobre sus cabezas. Uno de ellos dióse vuelta de improviso y lanzó su arma ofensiva contra el que le seguía más de cerca.

Aquello fue la señal. Las evoluciones generales trocáronse en combates individuales, en los cuales procuraban todos demostrar su destreza tocando a su adversario y evitando los golpes de éste. Entones fue cuando entró en funciones la varilla terminada por uno de sus extremos en un gancho de hierro, y se demostró la destreza de los caballeros que las manejaban. Pero aun eran más diestros los que, desahogado el medio indicado, resbalaban sobre la silla hasta colocarse casi a los vientos de sus caballos, y, sin detenerlos ni mitigar la velocidad vertiginosa de la carrera, recogían sus armas con sus manos. Llegué a figurarme que me encontraba en Granada presenciando aquellas justas famosísimas de los Abencerrajes y los Zegries, y que aquella caballería de Oriente había salido de su tumba para combatir en las montañas de aquellas tierras que prefirieron a sus hermosos valles de Egipto y a sus nevadas montañas del Atlas.

Ya llevaba dos horas de duración aquella lucha maravillosa, sin que, no obstante no llevar cascos ni armaduras, resultase herido alguno de los que en ella tomaron parte — no siempre ocurre así — cuando la música horrenda, que antes diera la señal de entrada de los combatientes, dió la de su salida. Los *djéris* dejaron de volar, hicieronse nuevas evoluciones que dieron por resultado variados galopes, y al fin, los cuatro grupos, volviéndose bruscamente la espalda, desaparecieron por los cuatro ángulos con la rapidez fantástica que tanto habíamos admirado cuando entraron.

Después entraron en la palestra los saltimbanquis, los comediantes ambulantes, los juglares y los domadores de osos. Todos entraron juntos comenzando a danzar los unos, a recitar sus famas los otros, y los músicos alitar la habilidad de sus manos, los que más allá a exhibir sus animales, de suerte que cada uno de los espectadores podía disfrutar del espectral

lucido más en armonía con sus aficiones, o bien abarcar la escena grotesca y heterogénea, que se desarrollaba ante sus ojos. Aunque me atreviese, confesé que yo me entregué por completo a la contemplación de un oso. Justo es decir que su donador, un turco muy grave, no dejó de hacer algo por su parte para hacerse acreedor a mi preferencia. Volví a la legua que quedaba la bota de seda de su pectoral, hacia la punta encorvada de sus babuchas, estaba penetrado del alto honor a que había sido elevado.

Cada vez que el sultán daba muestras de satisfacción, convencido de que los objetos de la misma eran su uso y él, deteníase, saludaba con dignidad, hacia que saludase también su uso, y reanudaba sus ejercicios, que su encanto mi, alzándose de su asiento para regresar al serallo. A esta señal del señor contestó todo el mundo en la misma forma y, al cabo de pocos segundos, salimbangis y comediantes, juglares y donadores de osos, pueblo y cortesanos, habían desaparecido por completo.

Cada vez más preocupado yo por la idea de la cita, y no sabiendo si podría escapar del serallo, decidí renunciar al honor de sentarme a la mesa con Su Alteza. Así que entregué las bridas de mi corcel a un palfrenero y me dirigí, sin que mi fuga fuera advertida por nadie, a la orilla del río; allí tomé una barca que me condujo al barrio de Galata, donde, merced a las señas que me había dado Jacob, no tardé en encontrar su alhacén.

No me esperaba tan pronto Jacob, pues la cita era para las siete, y todavía no eran las cinco; pero yo le expliqué la causa de mi adelanto, rogándole de paso que reemplazase con una comida cualquiera la suntuosa que acababa de sacrificar. Era Jacob un hombre que ejercía todas las profesiones, así que le bastó un momento para proporcionarme una comida excelente, a la que siguió un delicioso tabaco puesto a una pipa turca perfumada con agua de rosa.

Hallábase yo recostado voluptuosamente sobre el diván, envuelto en las nubes que escapaban de mis labios, cuando Jacob entró, acompañado por una mujer cubierta con un largo velo. Jacob cerró la puerta, no bien la franquearon los dos. Creyendo yo que se trataba de mi esposa, me levanté con presteza; pero Jacob interrumpió en el acto mis demostraciones respetuosas.

—No podemos perder tiempo —me dijo, —Me parece —contesté yo— que comenzaba a obrar de conformidad con el consejo que acabas de darme.

—Es que sufres un error: esta mujer es la doncella.

—¡Ah! —exclamé con cierto desencanto.

—Escucha —me dijo Jacob—. Puedes reconocer: todavía estás a tiempo, y a la vez, a la vez, una mujer que todos los países del mundo te han perdido, pero sobre todo en Constantinopla. Me pagaron para que te propusiera la entrevista, y cumplí mi compromiso; pero por nada del mundo quisiera que me alcanzase la responsabilidad de lo que pueda ocurrirte.

Saque un bolso, tomé la mitad del oro que contenía y lo ofrecí al judío.

—Toma algunos ceques en calidad de agradecimiento por tu intención, y como prueba de que estoy dispuesto a acometer la aventura.

—Pues bien —contestó Jacob, tomando el velo y la túnica de la mujer, que permanecía junto a la puerta sin comprender nada de lo que decíamos—, ponte este disfraz y que Dios te guarde.

Confieso que poco faltó para que me abandonase toda mi resolución, cuando comprendí que debía entrar en aquella túnica y en aquel velo, que dejarían a mis brazos la misma libertad de movimientos, poco más o menos, que podría tener una monja; pero co-

mo ya había avanzado demasiado para retroceder, me presté a ello.

—¿Y qué he de hacer después que haya vestido esto? —pregunté a Jacob—. Necesito que me des algunas instrucciones.

—Serán breves —me respondió—. Seguirás al esclavo, que será el encargado de guiarte, y bajarás al jardín pretexto de comprar una palmera, pues una sola bastará para perderte.

Lo que el judío acababa de decirme no era muy tranquilizador, pero mi resolución siguió inquebrantable. Me contenté con asegurar a mi cinto mi puñal de guardiamarina y dejé que apasionaran mis brazos con la túnica y cubrieran mi cabeza con el velo. Ataviado con mi doble vestimenta, mi cuerpo no distinguía gran cosa del de la mujer que me había traído los vestidos; así me lo dijo una scia de inteligencia que el judío y la esclava cambiaron.

—Y ahora, ¿qué he de hacer? —pregunté impaciente.

—Seguirme —contestó Jacob—, y sobre todo...

Levose un dedo a la boca. Me hice un gesto de conformidad y, abriendo la puerta, descendí por la escalera hasta el alhacén.

Allí nos esperaba un esclavo negro. Mi disfraz engañó a éste, quien, tornándose por la esclava que había traído, corrió, no bien me vio aparecer, a desatar el asno, montura ordinaria de las mujeres turcas. Jacob me acompañó hasta la puerta, me dió la mano para ayudarme a montar, y partí, aturrido por lo que acababa de pasar e intrigado por lo que podría ocurrirme.

## XVI

Después de unos diez minutos de marecha nos devolvimos frente a una casa de hermosa apariencia. Abrióla mi conductor, entré, la volví a cerrar aquel, y me encontré en un patio rodeado por una colina perfectamente, no dudé, mi asno, pues fué a detenerse, sin que nadie le guiara, delante de una puerta que daba frente a la primera. Yo quise desmontar, pero acercóse el negro, hincó una rodilla en tierra, para lo que colocara mi pie sobre ella, y me ofreció la cabeza para que apoyara mi mano. No necesito decir que me conformé con el ceremonial en uso, y luego, como observé que aquel pensaba poner término a sus servicios, y que se prestaba a llevar el asno a la cuadra, le indicué por medio de un gesto imperioso, que debía precederme. No dió lugar a que lo repitiese: con inteligencia que demostraba cuán familiar le era el lenguaje nímico, obedeció.

No tardé en felicitarle por la precaución adoptada, sin la cual me hubiese perdido en el dedalo de habitaciones y de corredores que me hizo atravesar. Como es de imaginarse, a mi paso lo examinaba todo y procuraba orientarme, para el caso de que fuera necesaria una retirada precipitada. El ejército de criados que cruzaban ante nuestros ojos, silenciosos como sombras, o que veía junto a las puertas, inmóviles como estatuas, me demostró que aquella era la casa de algún gran señor. Al fin, hice de cruzar un umbral que daba a una estancia más iluminada, más rica y más elegante que todas. Allí guía me dió entrar, cerró la puerta tras de mí, y me hallé frente a una sala de catorce a quince años, que me pareció divina.

Lo primero que hice fué correr por dentro del cerrojo dorado de la puerta; seguidamente me di vuelta y quedé inmóvil, absorto ante el espectáculo de belleza radiante de alegría, devorando con los ojos al hada cuya varita mágica parecía haberme franqueado las puertas de un palacio encantado. Estaba recostada sobre cojines de seda, envuelta en un gacén de color rosa con flores de plata, que

dejaba ver un cuerpo de damasco blanco bordado con flores de oro y escotado de manera que permitía descubrir el nacimiento del seno. Pendían a lo largo las nalgas aneladas de aquel vestido oriental, dejando al descubierto una canis de gris de sencillez, casi al cuello por medio de un broche de brillantes. Un cinturón tachonado de rica pedrería hacía resaltar la esbeltez de su talle.

Su cabeza la cubría con el talpoak, delicioso tocado de las mujeres turcas, que es una especie de gorrita de terciopelo, que cubre un lado de la cabeza, y de cuyo centro pende una bellota de oro. Un hermoso *bandó* cubría la sien que el talpoak dejaba descubierta. En el *bandó* brillaban un amito de diferentes piedras preciosas que formaban flores naturales. Las perlas imitaban los botones del azahar, las rubies las rosas, los brillantes formaban jazmines, los topacios juncillos. La gorrita dejaba escapar una mata de cabellos, de longitud desconocida en Occidente, que, peinados en infinidad de trenzas, descendían hasta rozar las babullas, de finísima piel blanca bordada en oro, que cubrían los delicados y diminutos pies de aquella indolente beldad. De sus facciones sólo diré que eran perfectas: era un tipo griego en toda su altiva y graciosa majestad, con sus rasgados ojos negros, su nariz apoliniana y sus labios de coral.

Al verme, la joven irguió la cabeza y dobló un poquito el cuello, semejante a un cisne, clavando en mí una mirada de inquietud. Me acordé de mi disfraz y advertí que la hermosa dudaba que fuese yo el hombre que esperaba. Entonces, meced a un movimiento rápido, me despojé del velo, que rasgué con mis manos, y quedé con mi uniforme de guardiamarina. La doncella lanzó un grito, levantóse vacilante y, tendiéndome las manos, exclamó:

—¡Señor oficial!... ¡Salvenle usted! ¡Por el amor de la Panagia (Virgen), compádecaselo, mi jefe!

Me había hablado en italiano.

—¿Quién es usted? —pregunté, corriendo hacia ella y recibiendo a mis brazos—. ¿De qué peligro desea que la salve?

—¿Que quién soy? ¡Desventurada de mí! Soy la hija del anciano que usted encontró cuando lo llevaban al suplicio; y el peligro de que le suplico que me libre es de ser la mancha del mismo que hizo asesinar a mi padre.

—¿¿¿Qué puedo hacer? ¡Hable..., hable! Estoy dispuesto a todo.

—Ante todo, es necesario que sepa lo que temo y lo que espero. Escúcheme: dos palabras bastarán para ponerle al tanto.

—¿A qué perder, hablando, un tiempo precioso? Es usted joven, es bella, es desgraciada; ha tenido confianza en mi valor y en mi lealtad, y me ha llamado a mi auxilio; ¿acaso acaso saba más? Estoy a sus órdenes.

—Sin embargo, necesito decirle que mi padre era griego, de sangre real y rico, tres crímenes que, en Constantinopla, se castigan de muerte. Le denunció el *tzouka-dar* (!); mi padre fué encarcelado y vendido yo; a mi padre lo sepultaron en una mazmorra, a mí me trajeron aquí; a él lo condenaron a morir, a mí a vivir. Únicamente perdonaron a mi madre.

—¡Oh! ¡la vi! —exclamé yo—. Era indudablemente la dama que velaba junto al cadáver de su desventurado padre, ¿verdad?

—¡La misma... la misma! —contestó la infeliz doncella, retorciéndose los brazos—. Sí..., ¡era ella!

—¡Valor..., no desmaye usted!

—¡Oh!... ¡Valor, tengo! —respondí con una voz que me temblaba de emoción—. Usted lo verá cuando llegue la ocasión... Me condujeron a la morada de mi dueño, a la casa del asesino de mi padre, al cubil del que me había comprado con el oro de mi familia, quien me encerró en esta cámara. Oí al día siguiente algún ruido... Esperando, contra la



esperanza, y sin saber qué esperaba, corrí a la ventana... ¡Era que conducían a mi padre al matadero!

—¿Entonces, fue usted la que sacó parte de una mano por la gloria, la que lanzó aquel grito de dolor que repetí en lo más hondo de mi corazón?

—Sí... sí, fui la que vi que usted alzaba la cabeza al oír el grito, la que vi que usted llevaba la diestra al pomo de su puñal. ¡Adiviné que en su pecho latía un corazón generoso y que me salvaría si en sus manos estaba salvarme.

—¡Repite que estoy a su disposición: ordéneme.

—Mas para poner en ejecución mi plan, necesitaba antes entablar comunicación con usted. Decidí hacer acción de valor para soportar la vista de mi odiado señor... sí; conseguí mirar sin cólera al que se me presentaba bañado en la sangre de mi padre, dirigíle la palabra sin expresión de juicio al rostro... Yo le consideré feliz, y quiso premiar mi condescendencia con vestidos soberbios, con alhajas de gran precio. Una mañana, vi entrar en mi aposento a Jacob, el joyero más rico de Constantinopla.

—¿Cómo! —exclamé sin poder contenerme—. ¿Este misero judío?

El mismo. Lo conocía yo desde tiempo atrás. Mi padre me lo enseñó siempre de hondas, y le comencé varias veces telas y piedras preciosas por sumas inmensas. Le indiqué por medio de una señal que necesitaba hablarle; él dijo al *tsouka-dar* que no había traído nada de lo que deseaba comprarle, pero que al día siguiente volvería. Aunque el jefe de los pajes debía estar de servicio al otro día, dió orden de que permitieran la entrada del judío en sus habitaciones. A la entrevista debían asistir dos de sus guardias. En el intervalo entre este día y el siguiente, fui cuando, en ocasión en que me hallaba junto a la ventana, lo vi a usted por segunda vez. Se me ocurrió la idea de dejar caer mi sortija, usted la recogió, reflejando tal expresión de alegría su rostro, que ya no dudé que en usted había encontrado un amigo. Al día siguiente volvió Jacob. Los guardias no nos dejaron solos un instante, pero yo le dije en italiano lo que quise. Le di las señas de usted, detallando desde el color de su cabello hasta la forma de su puñal. Me contestó que creía que le conocía... ¡Juzgue, si puede, cuán inmensa fue mi alegría! No sabiendo entonces si podríamos vernos de nuevo, convinimos ya nuestro plan para hoy, día de la fiesta que el mismo día en el senado, y a la cual forzadamente ha de asistir el *tsouka-dar*, el jefe de los pajes, que no me arrestará. Por indiferencia, que no me lastimaba, debía salir, como de costumbre, acompañada por un *capidgi*, para comprarme perfumes en casa de Jacob; usted esperaría allí, se disfarzaría con el velo y la túnica de aquella, y volvería en su lugar al palacio. Mientras tanto, ella correría a prever a mi madre, la cual, ayudada por algunos servidores que continúan siendo fieles, tendría preparada una barca al pie de la torre de Galata. Si usted contestaba aceptando la empresa, Jacob debería enviarme una guirnalda... ¡Ahí está! La recibí hoy... Aquí está también usted... ¿Está dispuesto a auxiliarme? ¿Qué he de hacer? ¡Hable... ordene... pronto!

—Intentar atravesar esa serie interminable de habitaciones es imposible: no nos queda más salida que irle a verle que la ventana de este gabinete. Está a doce pies de altura sobre el suelo.

—Cierro: pero no debe preocuparle una dificultad que puede salvar mi vida. Sirvéndome de ella, podría usted bajarme a la calle... pero, detrás del enrejado que usted ve, hay barrotes de hierro.

—¿Diré saltar uno con mi puñal.

—Pues empecemos, que se me figura que es ya tiempo.

Entré en el gabinete. Detrás de la colgadura de damasco color rosa vi los barrotes de hierro de la prisión. Al asomarme a la calle, creí distinguir los bultos de dos hombres ocultos en un rincón de la calle de enfrente. No dejé por ello de comenzar mi tarea, persuadido de que se hallaban allí porque tenían asuntos propios y no para acechar los de los estratos.

Aunque no era muy dura la piedra en que estaban empotrados los barrotes, lo cierto es que sólo muy pequeñas partículas conseguía arrancar cada vez que introducía en la junta la hoja de mi puñal. La griga me miraba con curiosidad y esperanza. Mi papel había experimentado un cambio radical, pero diré en mi aliento que, no obstante ser arrebataciónmente hermosa, yo no sé si me enorgullece más que me hubiera elegido como salvador, que como amante. Mi carácter de salvador daba color a mi aventura más sabor caballeresco, y la acepté con todas las consecuencias y todo el desinterés.

Cuando mayor era mi entusiasmo y mi ardor en el trabajo, cuando el barrote comenzaba a salir de su prisión de piedra, la doncella puso una mano sobre mi brazo y extendió el otro en dirección a un sitio donde acababa de oír cierto ruido. Durante un instante permanecí inmóvil y escuchando, semejante a una estarna. Al fin, pasados algunos segundos, durante los cuales el sudor inundó mi frente, dijo:

—¿Es él... viene!

—¿Qué hacemos?

—Nos guiarán las circunstancias... Es posible que no venga aquí, en cuyo caso, poco nos importa que haya vuelto.

Escuché por espacio de breves segundos, y oprimiéndome más el brazo, repuso:

—¿Aquí viene!

Hice un movimiento como para salir a la habitación contigua y encontrarme frente al que entrase en el momento que éste abría la puerta, pero mi bella compañera me detuvo diciendo:

—¡Una palabra, ni un gesto, ni un paso, o se le pierde usted... y yo también!

—¿Pero yo no puedo permanecer escondido aquí...? Sería una cobardía, una infamia...

—¡Silencio! —me interrumpió, poniéndome una mano delante de la boca y arrebataciónmente con la otra el puñal—. ¡Cállese, por la Santísima Virgen, y déjenle obrar!

Con paso presuroso salió ella a la cámara que al pie del puñal bajo los cojines que le servían de lecho cuando yo entré. En aquel instante llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó la griga.

—Yo —respondió una voz de hombre, henchida a la vez de energía y de dulzura.

—Voy a abrir a mi señor, a mi dueño —dijo la joven—. Sea bien venido a las habitaciones de su esclava.

Mientras decía estas palabras, acercóse al gabinete, cerró la puerta de comunicación, cerró el cerrojo, y yo quedé escondido y encerrado.

Dudo que, durante todo el curso de mi vida aventurera, expuesta a mil peligros diferentes, me haya encontrado en ninguna coyuntura como la que en aquel momento experimenté. Sin armas, incapacitado para mi defensa y para la de la mujer que solicitaba mi apoyo, debí exponer a un ser débil, cuyas fuerzas físicas eran tan débiles como las de la raza a que pertenecía, una partida en la que estaba comprometida mi propia vida. Si la griga la perdía, yo quedaba en aquel gabinete, semejante al lobo apresado en la trampa, sin medios de escapar, sin recursos para defenderme; si la ganaba, ella sería la que hubiese adivinado el peligro como un hombre de valor, mientras yo estaba oculto como un hombre

jer. Tendí mis miradas en derredor para ver si encontraba algún mueble que pudiera convertirse en arma; no encontré más que cojines, tapices y vasos de flores. Volví a acercarme a la puerta y escuché.

Hablaba en turco, y como yo no podía ver los gestos con que los interlocutores acompañaban sus palabras, no pude entender nada. Juzgué, empero, reparando en las dulces inflexiones de voz del hombre, que suplicaba y no amenazaba. Al cabo de breves instantes, hicieron mis oídos dulces acordes de guitarra y a continuación sentí la voz armoniosa y pura de la griga, que entonaba un canto que tenía tanto de santa plegaria como de himno de amor, de dulzura como de sabor religioso. Aquella niña, que no había cumplido los veinte años, y que, en aquel instante mismo, lloraba con lágrimas de sangre la muerte de su padre, la miseria de su familia y su propio cautiverio; aquella niña que acababa de ser torturada en el odio de una tentativa de evasión, cuando casi creía ya recuperada la libertad perdida; aquella niña, que sabía que yo estaba encerrado en el gabinete contiguo, que no contaba con más esperanza que la débil del puñal oculto bajo uno de los cojines que le servían de asiento... cantaba... frente al hombre a quien detestaba con todas las fuerzas de su alma, y cantaba con voz tranquila, casi apacible, como si hubiese estado cantándole los merecimientos de la Virgen en el seno de su familia.

Ya escuchaba, me dejaba arrastrar, sin intentar siquiera reaccionar, por medio del pensamiento, contra lo que me rodeaba, porque hasta me parecía que me hallaba fuera del mundo real, en la región de lo soñado, arrastrado por fuerzas superiores a las humanas. Cesó el canto. Las palabras que siguieron fueron tan dulces como las que las he habido precedido, tan dulces como el punto de silencio que interrumpió de pronto mi grito de sorpresa... Yo quedé sin respiración, abiertos los ojos y fijos como si vieran a través de la puerta. Oí un gemido sordo y luego nada... después del gemido, un silencio de muerte. No tardaron en sonar pasos ligeros, cuyo eco no acababa ya a diferenciar del ruido de las latidoes en mi corazón. Los pasos se acercaron al gabinete, deslizaron el cerrojo, abrieron la puerta, y al resplandor de la luna, que penetraba por la ventana abierta, vi reaparecer a la joven griga, vestida con sus ropas interiores, pálida y blanca como un fantasma, y sin más joyas que el ramo de flores de pedería que antes vi brillar en sus cabellos.

—¿Dónde está? —me preguntó tuteándose, al no verme.

—Yo había retrocedido ante aquella aparición terrible.

—¡Ahí —contesté adelantando un paso y colocándome delante del mismo rayo de luz que la envolvía.

—Pues bien, yo ya terminé mi obra: concluya ahora todo la tuya.

Mientras hablaba, me alargó mi puñal. Lo tomé por la hoja, que encontré tibia y húmeda; abrí la mano, y, a la luz de la luna, pude observar que estaba llena de sangre... ¡En la primera sangre humana que tenía! Sentí que circulaba por todo el cuerpo un escalofrío, pero comprendí al propio tiempo que no podía perder un segundo, y decidí poner de nuevo manos a la obra. En el rincón de la calle seguían los dos barotes; pero, sin preocuparme, trabajé con dolor, aunque observé que, al oír el ruido que yo hacía, fijaron sus miradas en la ventana. El barrote cedió al fin, dejando hueco bastante para darme paso. No quedaba más que el enrejado exterior, que al primer golpe cedía.

Inmediatamente avancé hasta el centro de la calle uno de los bultos.

—¿Es tú, John? —preguntó—. ¿Nos necesita? Si así es, aquí tienes a Bob y a mí.

—¡Jaime!... ¡Bob! —exclamé.

Volviéndome radiante de alegría hacia la joven, que no había entendido lo que me decían, le anuncié:

—Nos hemos salvado... ¡No, no! —añadió, dirigiéndose a mis amigos—. El único auxilio que necesito es una cuerda... ¿la tienes?

—Tenemos algo mejor que una cuerda; disponemos de una escalera... ¡Bob! Ven aquí, y colócate pegado al muro.

El marinero obedeció. Jaime encaramóse sobre sus hombros y me alargó los cabos de una escala de cuerda, que yo sujeté a los barretes próximos al que acababa de separar. Jaime saltó a la calle y ató el otro extremo de la escala, a fin de que estuviera tirante. Mi compañera no perdió el tiempo: se subió al alféizar, y breves segundos después hallábase, sin el menor accidente, en la calle, con asombro al ver al capitán de Jaime y de Bob, que no habían adquirido qué significaba aquello.

Un segundo más tarde yo estaba a un lado. —¿Un nombre del cielo! —exclamó Jaime—. ¿Qué te ocurrió? Te veo pálido como la muerte y lleno de sangre... ¿Es que te persiguen?

—Nadie me persigue... como no sea un espectro —respondí—. No es éste el momento propio para referirte la historia... Los instantes son preciosos... ¡Dios me ayude! La barca se acerca a italiano a la doncella.

—Al pie de la torre de Galata; pero me es imposible guiarte: no conozco el camino.

—Lo conozco yo —contesté tomándole una mano e intentando arrastrarla.

Entonces observé que estaba descalza, y por tanto, que no podría seguirnos. Hice un movimiento para tomarla en mis brazos, pero Bob, adviniendo mi intención, se me adelantó; la alzó como si nada, y me enseñó a ella, como ella hacia el río. Jaime me alargó las dos pitólas que empuñaba, sacó otras dos del cinturó, y me hizo una señal para que me colocara a la derecha de Bob, mientras él se ponía a su izquierda.

En esta forma avanzamos sin tropezar el menor obstáculo. Al extremo de la calle vimos algo semejante a un espejo inmenso: era el azulado mar de Mármara. Torcimos entonces hacia la izquierda y tomamos la orilla del río. Muchas barcas atravesaban el canal. A cuatro brazas de la orilla vimos una inmóvil. Hicimos alto y fuimos a ella y la joven la contempló por espacio de algunos segundos, pues parecía descuidada; al fin, alzóse del fondo de la barca una especie de fantasma.

—¡Madre mía! —exclamó con voz ahogada la niña.

—¿Hija querida! —contestó otra voz que no hizo estremecer—. ¿Eres tú?

Al momento se presentaron cuatro remeros que estaban ocultos, y la barca atracó a la orilla. Se alzaron las dos mujeres; luego, la madre cayó postrada a nuestros pies. Yo, aléjame, y como no podíamos perder tiempo, dije:

—En nombre del cielo, ¡partan! Corren peligro su vida y la de su hija... No pierdan un instante.

—¡Adiós! —dijo la niña estrechándolo con fuerza la mano—. Sólo Dios puede saber si nos veremos más... Nuestra intención es procurar llegar a Cardiki, en el Epiro, donde están los restos de nuestra familia... Quiero saber su nombre, pero poder pedir a Dios todos los días por usted.

—¡Dios pague! —dijo John Davys—. Más quisiera hacer por usted; pero quedo con la satisfacción de haber hecho lo que pude.

—Yo me llamo Vasiliaki —repuso la doncella—. Y Dios me dice que no será ésta la última vez que nos veamos.

Embarcó, y arrancando de sus cabellos el ramo de pedrería, que con inmenso asombro mí había conservado, dijo:

—¡Fúncelo, es la recompensa ofrecida a Jacob. En cuanto a usted, Dios le reserva otra

que vale más que todos los brillantes de la tierra. El ramo cayó a mis pies. La barca alejóse con rapidez y desapareció en la obscuridad. Permaneci un instante inmóvil en la orilla. Creo que todo lo sucedido me hubiese parecido que era un sueño si en mis manos no hubiera tenido el ramo de brillantes, y en mi memoria el nombre de Vasiliaki.

## XVII

Nuestra primera preocupación, tan pronto desapareció la barca y nos encontramos solos en la orilla, fué volver a bordo, pues nuestra situación era comprometida. En primer lugar, nos hallábamos en tierra, a medianoche, sin permiso de nadie; en segundo, debíamos acudir a la torre de Galata, a la "tophana", una playa invadida por manadas de perros vagabundos que parecían tener predilección por los extranjeros para devorarlos, y en tercero y último, aunque yo no hubiera tomado parte activa en el homicidio cometido, era lo cierto que había sido apunhalado un hijo de Mahoma, y nada menos que el *tsouka-dar*.

Las dos razones últimas nos impulsaban a no perder tiempo, no obstante saber que la hora del escape de este país era mala; nos pusimos, pues, en camino, formando apretado grupo, y escoltados por un inmenso rebaño de perros fánáticos, cuyos ojos lucían como carbunclos en las tinieblas. De tanto en tanto, los animales llegaban tan cerca de nosotros y evidenciaban propósitos tan hostiles, que nos obligaban a volvernos y hacerles frente. Bob se agrieta con bastante desazón el estómago que llevaba en la mano, obligados a retroceder. Nosotros aprovechábamos el movimiento de retirada para avanzar, pero no habíamos recorrido quince metros, cuando los llevábamos nuevamente pisándonos los talones. Si cualquiera de nosotros se hubiera separado del grupo, hubiera perdido la vida y probablemente habríamos corrido todos si misma suerte.

Con el acompañamiento de los perros llegamos a la Tophana, donde nos esperaba la barca. Embarcamos primero Jaime y yo, y Bob cubrió la retirada, empresa que distaba mucho de ser fácil. Nuestros enemigos, viendo que se les escapaba la presa, cerraron contra nosotros con violencia tal, que Bob, del primer garrotazo, tendió sobre la orilla a uno de los perros más atrevidos: los demás se arrojaron sobre el cadáver y lo devoraron en un instante. Aproveché Bob esto para soltar la amarra de la lancha y embarcar; Jaime y yo, que habíamos empuñado los remos, bogamos con ardor, y nos adelantamos en el mar, dejando a los perros pregonando, por medio de furiosos ladridos, el pesar que les producía vernos huir. A cien pasos de la orilla, Bob tomó los remos y bogó él solo.

Nuestro buque estaba fondeado frente al serrallo de Scutari, a la altura de la torre de Leandros, y tenía por popa el faro que se eleva sobre el promontorio de Calcedonia, cuyos resplandores dibujaban la elegante arboladura y la red de cuerdas del *Tridente*. La vista de éste nos obligó a acordarnos de nuevo de nuestra delicada situación, que la belleza de la noche en el Bósforo nos había hecho olvidar, y nos incitó, a medida que nos acercábamos al navio, a recomendar a Bob que se detuviera en ese momento, a fin de que las bogadas avanzasen menos manchas fosforescentes a la mar, y a la par produjeran menos ruido. Aspirábamos a llegar al costado del buque sin ser vistos por el centinela, o si era éste quisiera vernos, suponiendo que fueran alguno de nuestros amigos. Por desgracia para nosotros, se habían adoptado precauciones para que el curso de los sucesos fuese otro. Los barcos llegaron a unos treinta pasos del *Tridente*, cuando el centinela subió sobre la banqueta de babor, y nos gritó, con toda la fuerza de sus pulmones:

—¿Ah, de la barca! ¿Qué desean?

—¿Desearnos subir a bordo —contesté yo, haciéndolo bocina con mis manos.

—¿Quiénes son ustedes?

—Los guardiamarinas John y Jaime y el marinero Bob.

—¿Al largo!

Nos quedamos mirando unos a otros, presa de la mayor estupefacción. Creyendo que el centinela nos habría entendido mal, repetí:

—Por fuerza que no nos has comprendido, Patrio. Somos Jaime, Bob y yo, que volvemos a bordo; ¿no nos reconoces por la voz? Soy John Davys.

—¿Al largo! —gritó Patrio con voz tan recia e imperiosa, que no nos dejó la menor duda de que, la tercera interpretación, pondría en conmoción a toda la gente de a bordo. Bob, que comprendió el peligro en que nos hallábamos, empuñó los remos y comenzó a remar.

Comprendimos su intención y mediante un movimiento de cabeza, le manifestamos que la aprobábamos. Era su proyecto alejarse del navio hasta perderse de vista, para luego, en vista de nuestro fracaso por babor, ver si teníamos más suerte por estribor. Dicho y hecho: una vez alejados convenientemente, nos detuvimos el tiempo necesario para envolver los extremos de los remos con nuestros pañuelos de bobillo y con un pedazo de vela que rasgamos; adoptadas estas precauciones, Bob remó tan sigilosamente, que ni nuestros oídos recogían el rumor que producíamos. No pudimos menos de felicitarlos por una estratagema, gracias a la cual nos sería posible subir a bordo. Nos encontramos a cincuenta pasos del buque, cuando advertimos que el soldado, de marina que estaba de centinela en estribor movía el fusil.

Un instante después, resonaba en nuestros oídos la siguiente intinación:

—¡Ah, de la barca! ¿Qué desean?

—Subir a bordo, demonio! —contestó Jaime, comenzando, como yo, a perder la paciencia.

—¿Largo! repuso la voz.

—Pero que es esto! —repliqué yo—. ¿Teméis que os maten piratas?

—¿Largo! —repitió el centinela.

Sin lugar el menor caso de la intinación, indicamos a Bob que siguiera avanzando.

—¿Largo! —gritó por tercera vez el centinela, apuntándonos con el fusil.

—¡Seguramente está allá el señor Burke! —murmuró Bob—. Obedezcamos, es lo mejor que podemos hacer.

—¿Y cuándo volveremos? ¿Cuándo podremos embarcar? —pregunté al centinela.

—En el relevo de la mañana, después de salido el sol.

¡Había que esperar cuatro horas, pero hubiese sido inútil hacer observaciones. Bob nos propuso llevarnos a la orilla, donde descansaríamos con mayor comodidad que en la barca; pero preferíamos alejarnos un poco del navio y permanecer en el centro del Bósforo. Si todo nuestro castigo se hubiese reducido a aquella espera nocturna, lo habríamos encontrado llevadero, si no agradable, pero lo ocurrido a bordo nos decía claramente que debíamos prepararnos para algo peor, para algo más serio, y como todos conocíamos el carácter del señor Burke, nos producía viva inquietud. Cuando se mostró la aurora, hasta que pasaron las cuatro horas de espera, cuando se nos hizo pedisimo. Al fin el agudo sonido de un silbato nos anunció que era llegado el momento del relevo, y en seguida nos acercamos al navio que nos dejó llegar sin inconvenientes.

La primera persona que encontramos fué al señor Burke, vestido de gala, al frente de toda la oficialidad que parecía reunida en Consejo de guerra. El señor Burke nos miró con fiereza, y dejando escapar de sus labios los siguientes rasgos que ellos brotaban siempre que los animaba la esperanza de imponer un castigo grave, preguntó:

—¿De dónde vienen?

—De tierra.



—¿Quién les dio permiso?

—Yo formaba parte del acompañamiento del señor Stanbow —respondí.

—Lo sé; pero usted debía saber también que su obligación era encontrarse a bordo a las diez, como los demás; llegaron todos menos ustedes.

—Nos presentamos a medianoche y yo nos permitieron embarcar.

—¿Se embarca a medianoche en un buque de guerra?

—Sí; que ésa no es la hora reglamentaria; pero también sé que, en determinadas circunstancias, la severidad de la disciplina se suaviza un poco.

—¿Tenía usted permiso del capitán?

—No, señor.

—Cumplirá quince días de arresto.

—Me incliné en señal de conformidad, pero permanecí en el puesto hasta saber qué castigo imponían a Jaime y a Bob.

—Y usted —continuó con sonrisa de demonio el señor Burke, dirigiéndose a Jaime—, formaba también parte del acompañamiento del capitán?

—No, señor —contestó mi compañero—. Confieso mi culpa y no busco atenuantes; me quedé en tierra sin permiso de nadie. Como me luce acreedor a un castigo, espero que me lo imponga usted; pero le ruego que me castigue por dos.

—¡Ah! ¡Ah! —murmuró entre dientes el señor Burke—. Parece que se va a repetir aquí la tierna escena de Pythias y Danión... ¿Y por qué le he de castigar por dos, si no es indiscreta la pregunta?

—Porque fui yo quien, bajo mi responsabilidad, mandé a Bob que me acompañase.

—¿Bajo su responsabilidad? —repitió el señor Burke con esa sonrisa despectiva que parecía ser patrimonio suyo—. ¡La responsabilidad de un guardiamarina!

—Jaime se mordió con furia los labios, pero no dijo palabra.

—¿Nada más puede usted alegar en su descargo? —repuso el teniente al cabo de breves momentos.

—Nada más.

—Sufirá usted un mes de arresto, y Bob recibirá veinte vergajazos.

—¿Me concederá usted —pregunté yo, adelantando un paso— el favor de una conferencia particular?

El señor Burke me miró sorprendido, como si no comprendiera ni osadía.

—¿Qué es lo que desea decirme? —preguntó.

—Algo que quizá modifique su decisión.

—¿Con respecto a usted?

—No, señor; con respecto a Jaime y a Bob.

—¿Es tan secreto lo que desea decirme que no puede declararse más que en una conferencia reservada?

—Opino que no sería conveniente decirlo aquí.

—Tenga la bondad de seguirme. Voy a mi camarote, donde le escucharé.

Después de dar algunos pasos, volvióse hacia los soldados y, designando sucesivamente a Jaime y a Bob, dijo:

—Acompañen al señor a su camarote y pongan un centinela en su puerta; a ese hribón lo encierren en el calabozo y ahérrjenle de pies y manos.

Dada la orden con toda frialdad, tomó la escala para bajar a su camarote, silbando una de esas tonadillas que no existen.

Confesaré que le seguí su abrigar la menor esperanza de obtener nada en favor de mis amigos, pero con la persuasión de que, para tranquilizar mi conciencia, debía intentarlo todo.

—Llegados al camarote, el señor Burke se detuvo y me dijo, sin tomar asiento:

—Ya estamos solos. Háble, le escucho.

—Le referiré detalladamente la historia de mi denuncia; le explicaré que me invitaron a una cita que en los primeros momentos supuse que sería de amor, cita que luego, tomó as-

pecto romántico y novelesco para terminar en un desenlace trágico. Le expresé que Jaime y Bob, teniendo por mí, prefirieron exponerse a un castigo antes de abandonarme, y quedaron en la calle para prestarme su socorro si lo necesitaba.

El señor Burke me escuchó sin despegar los labios, y cuando hubo terminado, contestó, sonriendo con expresión amable:

—La historia es conmovedora, no lo niego; pero Su Majestad Británica, caballero, creo que no nos envió a Constantinopla para buscar aventuras ni para convertirnos en caballeros andantes. En consecuencia, su historia, aunque muy interesante, en nada puede alterar la decisión que he tomado.

—Lo encuentro muy justificado, señor Burke, por lo que a mí se refiere; pero ya usted da a castigar a Jaime y a Bob, por un acto que no es más que un exceso de amistad y de compañerismo?

—Castigo, y castigará siempre —replicó el señor Burke, palideciendo como siempre que se le contradecía— toda infracción de las leyes de la disciplina.

—¿Sea la que sea la causa que la motive?

—Sí, pero la que sea la causa que la motive. —Me permitió, señor Burke, que le diga que, en esta ocasión, me parece que obra bajo el imperio de un sentimiento exagerado de sus deberes, y que, si el llamado a decidir fuera el capitán en vez de usted...

—Por desgracia para usted, señor mío, no es el capitán, sino yo, el llamado a corregir la falta; el señor Stanbow pasó la noche en tierra, como yo, y, como yo, se le ocurrió ir a bordo. Pues bien, como yo, he obrado en el orden que se reite a su camarote y cumpla el arresto.

—Ya sabe usted que acepto sin protesta el castigo que se me impone, y que, si solicito gracia, es en favor de Jaime y de Bob.

—El señor Jaime, en vez de un mes de arresto, sufrirá mes y medio; y el marinero Bob, en vez de veinte vergajazos, recibirá treinta.

Enronces me tocó a mí palidecer como un difunto. Dominándome, no sin gran esfuerzo, dije:

—Señor Burke, lo que usted hace es injusto.

—Una palabra más, y doblo la dosis! —grité.

—Di un paso hacia él.

—Me es imposible callar, señor Burke, porque me está usted deshonrando. Mis amigos, al ver que se les aumenta el castigo sin haber dado el menor motivo para ello, creerán que he pedido esta entrevista reservada para hacer una delación infame contra ellos... ¡Castígueme usted a mí... ¡Dóbleme el correctivo, si tal es su deseo, pero deje sin efecto el de ellos!

—¡Basta, caballero! ¡Salga!

—¡Fuera!

—¡Fuera! —rugió el señor Burke alzando el bastón.

Me sería imposible hallar palabras que reflejaran lo que pasó por mí a la vista de aquel gesto. Mi sangre, que un momento antes había afluido al corazón, subió impetuosa a mi rostro. Si hubiese cedido a mi primer impulso, me habría lanzado sobre él y le hubiera dado de puñaladas; pero ante mis ojos cruzó la sombra protectora del desmentado David; lancé un grito rónico que pierció un rugido, y me precipité hacia la puerta.

Apenas llegué a mi camarote, me tendí de bruces en el suelo, hundí mis dedos entre mis cabellos y no sé cuánto tiempo permanecí inmóvil, como anonadado; luego, al cabo de un tiempo, que no puedo precisar, porque no estaba para calcular la duración mientras duró aquella crisis viciolísima, me alcé lentamente y me dije, porque en las angustias de mi cerebro acababa de brotar la idea de la vergajaza.

—¡Tau abortó pasó el día entero en aquella idea, que ni probé bocado, ni me acosté lle-

gada la noche. En apariencia, sin embargo, estaba yo tranquilo y sereno, tanto, que nada pudo observar el marinero que me trajo el desayuno. A fin de no inspirarle sospechas, comí en su presencia y le pregunté si había vuelto a bordo el señor Stanbow. Supe que llegó de tierra la víspera y que, al parecer, le produjo penosa impresión la noticia de la oficialidad del barco, en consecuencia, alargar al teniente, en la medida de sus fuerzas, por la nueva corrección disciplinaria, que todos consideraron una infamia, habían resuelto ponerle en cuarentena, es decir, que nada se acercaría a él ni le hablaría, salvo pasasuntos de servicio. Me alegré de veras, pues aquella demostración de compañerismo era, para mí, mucho más que nada, a bordo, juzgaron la conducta del señor Burke, al haber juzgado yo, y me afané más y más en la resolución que había adoptado.

Lo significativo de la resolución de mis compañeros, lo que realmente tenía importancia excepcional, es que se hubiese tomado con el segundo de a bordo, cosa que jamás se hacía, sino contra culpables de categoría de segundo teniente abajo. Conforme era de esperar, el señor Burke se tomó más sombrío y más severo.

Yo, en mis horas de interminable soledad, no daba cabida más que a un solo pensamiento. Unas veces, al recordar la ofensa mortal que había recibido del señor Burke, sentía que mi corazón se oprimía y que la saignée se agolpaba a mi rostro; otras, me parecía que una resolución se debilitaba, y hasta buscaba excusas que atenuasen la conducta brutal y odiosa de aquel hombre. En esta última resolución de ánimo, que no podía ser más cristiana, me hallaba al juicioso aliento al comienzo de mi arresto, el día que debía tener lugar el castigo a que había sido condenado Bob. Mentalmente me comprometí a renunciar a mi venganza, si el señor Burke reducía al pobre marinero la mitad de la pena.

En mi deseo de conciliar mi amor propio con mi corazón, adopté una especie de término medio. Esperaba, pues, la llegada del día mencionado con una cierta inquietud, porque era el día en que olvidaría mis proyectos de venganza o me afanzaría en ellos. Llegó el jueves. En mis oídos sonó el ruido acompasado de los pasos de los soldados que se dirigían al lugar de la ejecución. Esta duró mucho tiempo, pues eran cinco o seis los soldados que debían sufrir, conforme ocurría siempre, el nombre del buque. Oí algunos comentarios, más conocía yo demasiado a Bob para saber que no era él quien daba aquellas muestras de debilidad. Oí de nuevo los pasos: las tropas bajaban a la batería de treinta y seis. Todo había concluido, pero yo nada podía saber hasta una hora más tarde, es decir, hasta que me trajesen la comida.

Precisamente debía traerme la comida el patrón, el que recibió orden de hacer fuego contra nosotros si nos acercábamos a bordo. La orden se la había dado el señor Burke en persona, desde el momento que supo que el capitán se quedaba en tierra y que yo no figuraba en la lista de los que formaban parte de su acompañamiento. Dije de paso que el pobre muchacho se me presentó a la mañana siguiente para excusarse con la severidad de la misma, que no le fue posible diferir, y yo le contesté diciéndole que me hablara de la ejecución del castigo, cuando éste se realizara, añadiendo que era firmemente que Bob no recibiría los veinte vergajazos a que el señor Burke, en el primer movimiento de cólera, le había condenado. Confesaré que yo había terminado por creer firmemente que las cosas pasarían tal como mi corazón deseaba. Pero me olvidé de comprender que, siendo mi disposición de ánimo tan firme, de expresar, cuando se presentó Patricio, la

recibió con expresión alegre y risueña.

—Vámonos a ver, muchacho, ¿cómo terminó eso?— le pregunté.

—Muy mal para el pobre Bob— contestó el interpelado.

—¿Cómo! ¡Recibió los veinte vergajazos?

—Recibió treinta, señor John, treinta.

—¿Treinta? ¿Como treinta, si sólo le condenaron a veinte?

—Eso creía yo, y todo el mundo pensaba lo mismo. El propio Bob estaba muy lejos de esperar semejante suplemento. Después de aguantar, resoplando como acostumbraba, lo que el infeliz se figuraba que era su castigo completo, quiso levantarse; pero el capitán de armas le hizo ver que faltaban diez.

—¿Y no reclinó?

—¿Y tanto! Pero lo único que ha conseguido es saber a quién era deudor de la gratificación.

—A quién debe agradecerla?

—¿¿Canastos! Yo no sé si será verdad; pero le aseguraron que era usted quien le hizo el favor. Al saberlo, Bob dobó de nuevo las espaldas, diciendo: "Siendo así, estoy conforme; sea bienvenido todo lo que del señor John llegue..." ¿Comenzad!

—¿Oh!— rugí yo.—¿Está seguro de que Bob recibió treinta vergajazos?

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! Los contó uno a uno, calcule si quiere seguro! Si no se convence usted, pregúntelo a Bob en cuanlo lo vea.

—Está bien, Patricio..., muchas gracias— contesté.— No deseo saber más.

El marinero saludó y salió.

## XVIII

De mi alma desaparecieron las vacilaciones y quedó definitiva e irrevocablemente resuelto el proyecto que desde hacía tres o cuatro días acariciaba. No me dejé arrastrar, empero, con el desdichado David, hacia una de esas venganzas ciegas que pueden recalar sobre quien las ha concebido; ni en la intención era librar a la dotación del buque de su feroz veruelgo, más que no en la intención de hacerle alharajo contra mi su bastón, me había alharajado como hombre, y como hombre habría de darme reparación. Si mi naturaleza en duelo legal, asunto concluido; si, por el contrario, la suerte me favorecía y lo mataba yo, él, perdía mi carrera militar y exponía algo más, toda vez que, desde el momento que deservíabale mi espada contra un superior, nadie me libraba de incurrir en pena de muerte, si volvía a poner mis pies en el barco. En consecuencia, resuelto estaba a huir a Grecia, después del duelo, o bien al Asia Menor o a Egipto, a cualquier sitio, siempre sin salir de Oriente. Un solo pensamiento combatía esta resolución: ¿cómo iba a ser de mis queridos padres, cuando una imagen recargada en mi espíritu juntamente con la idea de que la satisfacción de ellos para siempre, Consolidaba, sin embargo, pensar que los dos tenían alas fuertes, y más que nada el convencimiento de que mi padre aprobaría la forma de que yo me había valido para rechazar el insulto.

Conocí, pues, a preparar todo para el lance. Ante todo, hice inventario: tenía quinientas libras esterlinas, en oro y en letras, cantidad más que suficiente para poder vivir dos años sin caer de nada. Escribí a mis padres una carta extensísima, saturada del cariño sin límites que les profesaba en la cual les hacía historia detallada de todo lo que había ocurrido a bordo del *Tridente* desde que me separé de ellos. Les hablaba de mi expedición a Walsmouth, del asesinato de David, de su castigo, de mi muerte, del insulto que yo había recibido, nada omití. Terminé mi carta después de manifestar la decisión que había adoptado, cuyo desenlace les daría a conocer por posdata, si salía vencedor en el duelo; si, por el contrario, moría en él,

rogaba al señor Stanbow, en carta que recibiría oportunamente, que hiciera llegar a manos de mis padres, que hiciera la carta a que me he referido, y que me encontrarían sobre mi, como prueba de que había muerto pensando en ellos.

Tomadas estas disposiciones de carácter general, quedé más tranquilo. Yo no pensé más que en los medios de llevar hasta el fin mi plan. Provocar a un duelo al señor Burke, encontrándoselo a bordo, era una insensatez; en consecuencia, resolví orlar de otro modo.

Por asuntos propios, o por necesidad del servicio, el señor Burke tenía que ir, alguna que otra vez, a la embajada inglesa, y como era hombre muy poco sociable y menos curioso, ordinariamente iba solo, y por el camino más corto. Cruzaba el camino que solía seguir uno de los cementerios más hermosos y más grandes de Constantinopla, y en ese cementerio le esperaba yo, solo también, y de buen o mal grado le obligaría a batirse. Me era indiferente el arma, con tal que eligiera una: ambos llevaríamos nuestras espadas, y por lo que pudiera ser, tomaría yo un par de pistolas.

Mientras ulimaba mis preparativos, correspondió al pobre Bob prestarme sus servicios como ordenanza. No bien entró en mi camarote con el desayuno, me acordé ya del terrible castigo que le habían impuesto: por otra parte, me aseguré bajo juramento que ni por un instante rozó su mente la sospecha de que hubiese sido yo la causa del exceso de vergajazos que cayeron sobre sus espaldas, exceso que cargó, como yo supuse, en la cuenta del señor Burke. Me dijo que el segundo de a bordo continuaba sujeto a la *encarcelena*, y que, de que el señor Burke acabaría muy mal. Al oírlo me quedé muy satisfecho. Mi opinión en nada discrepaba de la suya, y debo confesar que no me desagradó ver que la compañía otros además de mí me parecía que la Providencia me había elegido para que fuera el vengador de tantas personas buenas y bravas, y que no era posible que me abandonase.

Pedí noticias sobre el judío Jacob: parece que habiendo estado muchas veces a bordo y preguntado por mí, sin que le fuera posible verme. Comprendí perfectamente la causa de sus inquietudes: yo debía entregarle el ramo de pedería de Vasiliki, como precio de su complicidad en la aventura de que fui héroe. Encargué a Bob que le dijera que, tan pronto estuviera libre, se lo entregara; que, por añadidura, tenía yo necesidad de pedirle un servicio que le sería recompensado generosamente.

Acercábase el día de mi libertad. Yo lo tenía todo dispuesto para aprovechar la primera oportunidad que se me presentase para llevar a cabo mi resolución. Al cabo de treinta días, hora por hora, se me puso en libertad.

Mi primera visita fue al capitán. Encontré al buen anciano tal como siempre había sido para mí: me retiró un permiso que con gusto se le pedía apresurado a concederme, e hizo que le refiriera con todos sus detalles mi aventura con la doncella griega, lo referente a las muestras de amistad y de compañerismo de Jaime y de Bob, y la historia de nuestro regreso a bordo y la escena en que intervinieron el señor Burke. Todo se lo confesé, como lo hubiese hecho a un confesor, pero que me hallaba, en la parte más mi carácter sagrado: el de amigo y representante de mi padre. Cuando llegué al ademan insultante que se permitió hacer el señor Burke, levantando el bastón y echándose de su camarote, le vi palidecer intensamente.

—Pero obró en esta forma?— pregunté.

—Sí, señor— respondió con frialdad.

—Pero le habrá perdonado usted: ¿verdad?

¡Está loco!

—Ciertamente— repuse sonriendo—, loco está; pero es un loco furioso a quien hay que amarrar.

—¿Qué quiere usted decirme?— interpele con viva inquietud el señor Stanbow.—¿John... ¿hijo mío...? ¿No olvide nunca que el deber mío sagrado de un marino es la disciplina!

—¿Le faltado alguna vez a ella, señor Stanbow?— pregunté.

—No, hijo mío, no: es usted, por el contrario, uno de mis mejores oficiales. Con gusto le hago esa justicia.

—Que es para mi tanto más preciosa cuanto que se me hace en el momento en que acabo de cumplir un correctivo.

El señor Stanbow lanzó un suspiro.

—Pero por qué no me pidió ese permiso?

—Repetió.—¿Por qué no dijo que yo se lo había concedido? ¿No hubiese sido yo quien le desmintiera, no!

—Le doy las gracias más sinceras, señor Stanbow— contesté con los ojos llenos de lágrimas—; agradezco con los ojos llenos de lágrimas; pero, para mi desgracia, no sé mentir.

—Porque no sabe usted mentir es por lo que desearía que me dijera que lo olvidó ya todo.

No contesté.

—¿Vaya, vaya!— repuso.— En este momento sería exigir demasiado; lo comprendo. Se necesitaría llevar hasta el heroísmo la abnegación para anodizar la rabia en su violencia. Pato mismo que ruge con toda su violencia.

Pase usted, divírtase, que bien lo necesita después de un mes de reclusión, y que el aire y las diversiones disipen sus malos pensamientos, si es que los abraja. ¿Quiere ir a tierra?

—Muchísimas gracias, mi capitán: en este momento no. Si algún asunto me obligase a ir, le pediré permiso.

—Todos los que usted quiera..., pero a mí, ¿comprende usted? A mí... todo lo que en mi mano esté, no recorra a nadie más que a mí; se lo mero en nombre del cielo. No olvide, hijo mío, que su padre, mi viejo y querido amigo, le confió a mí y a nadie más, y por lo tanto, soy responsable ante él de todo lo que le suceda, fuera de acción de guerra o de naufragio... ¿Tiene dinero?

—Sí, señor.

—No se prive usted de nada, que ya sabe que sir Eduardo me nombró su banquero.

—Me quedan más de doce mil francos, señor Stanbow.

—¿Está visto! ¿Nada puede hacer hoy por usted! Quien sabe si mañana será más afortunado.

—¿Gracias, mi capitán! Y ahora, con su permiso, me retiro, mi capitán: aprovecharé cariñoso ofrecimiento; y si tengo necesidad de ir a tierra, vendré a pedirle permiso.

—Mejor es otra cosa, John. Pudiera ocurrir que ya no estuviese, y que mi ausencia volviera a dar origen a nuevos disgustos para usted.

Acercóse a la mesa y escribió algunos rengones en un papel.

—Tome: es un permiso por escrito, al que pondrá usted fecha cuando haya de utilizarlo, y que le pone a cubierto de toda clase de reprehensiones... Vámonos, hijo mío! Regístre, escribidme, y todos los reines de su memoria antes de marcharse... ¿no tiene nada más que pedirme?

—Puesto que tan sin limitación se me ofrece, pediré algo.

—¿Gracias a Dios!

—Sabe usted que Jaime, por haberme acompañado en tierra, fue castigado al principio, como yo, a pasar un mes de arresto, y que, de resultado de la súplica que yo hice al señor Burke, rogándole que no castigase un acto que usted hubiera recompensado, elevó el mes de arresto a un mes y medio.

—Sí; todo eso lo sé.

—Pues bien: me permito pedirle que per-



lone a Jaime los quince días de arresto que le faltan.

—Sí, los he perdonado ya.

—¿Será posible?

—Sí... sí: lo hice antes de que hubiese usted terminado el *Wy*, a fin de que nadie pudiera pensar que fui usted quien solicitó esa gracia y le guardaran rencor por ello. Jaime ha sido puesto en libertad al mismo tiempo que usted.

—Entonces, señor, en vez de pedir una justicia, pediré una gracia: permítame que le bese la mano!

—¡Ja mano no..., abrázame, hijo mío!

Con lágrimas en los ojos me arrojé en sus brazos.

—¡Ah! — exclamó el capitán, moviendo dolorosamente la cabeza—. ¡Qué felices seríamos a bordo si no estuviera ese hombre!

—Verdad, señor Stanbow — opinó con viveza —, que también usted opina que ese hombre es nuestra fatalidad, que le es tan odioso a usted como a toda la dotación, y que aquel que libre de su aborrecida presencia al *Tridente*...

—Silencio, hijo mío, silencio! — respondió el venerable anciano—. Unicamente los lures del Almirantazgo tienen poder para tanto. Debemos confiar en ellos y esperar... ¡Adiós, John, adiós! Tus camaradas deben esperar con paciencia después de un mes de eclipse. Yo he dado de nuevo antes de llegar yo a la puerta para decirme:

—Quedunos de acuerdo, ¿eh? Para todo, absolutamente todo, te dirigirás a mí.

Hice un gesto de asentimiento, e inclinándome lleno de gratitud por tantas bondades, salí del camarote.

Tu razón el señor Stanbow todos mis camaradas me esperaban sobre el puente, y luego con ellos de lo que resultó que mi salida del camarote del capitán tuvo todas las apariencias de un verdadero triunfo. No bien me vieron mis compañeros, estalló un *¡hurra!* general, que debió llegar hasta el camarote del señor Burke, donde éste, desde hacía un mes, excepción hecha de las horas de servicio o de comer, permanecía en arresto voluntario, prefiriendo permanecer en su cámara que verse en el puente. La oficialidad del buque había resuelto obsequiarlos a Jaime y a mí con un banquete. Se acordó celebrar la solemnidad dos días después, e inmediatamente fueron los iniciadores de la idea a pedir permiso al señor Stanbow, quien lo concedió con su bondad proverbial.

El señor Burke subió al puente durante el relevo de la tarde, era la primera vez que lo veía después de nueve días de arresto, y sin que yo pudiera evitarlo, su vista encendió todas las malas pasiones que había inculcado en mí corazón. Me pareció que el instante más dichoso de mi vida sería el en que tonara bárbara venganza de aquel hombre, y que el placer delirante de arrancarle la vida con mis propias manos bien valía la pena de un destierro eterno. Le encontré más sombrío que de costumbre, y hasta creí observar en su rostro síntomas de recelo, de zozobra. Nadie le habló; continuaba la *enrentang* con todo su rigor.

Al día siguiente, el señor Burke, poco gañoso, sin duda, de asistir a la fiesta que se iba en mi honor, dijo al capitán que se vería precisado a ir a la enjabada, donde tenía necesidad de arreglar algunos asuntos, que le embarazarían el día entero, no siéndole posible regresar a bordo hasta después de montado el viento de noroeste. Cuando yo recibí esta noticia sentí un escalofrío en los mis hondo del corazón, no obstante decarla con verdadero anhelo, y es que, en todas las circunstancias supuestas, por firme que sea una decisión, luchan con encarnizamiento el interés y la voluntad. Mi voluntad se había sobrepujado a mi interés, y, lejos de retroceder, me afirmé en mi propósito y vi en el día siguiente la hora señalada por el mismo Dios para la ejecución.

Todo el día lo pase sumido en reflexiones que me darían sombra, y los ojos me debilitaban instante ni voluntad. Dormí poco, aunque pasó la noche con relativa tranquilidad, y a la mañana siguiente pedí permiso al señor Stanbow para ir a tierra. Me hizo observar, riendo, que mi petición era inútil, toda vez que tenía un permiso escrito, pero yo le contesté que lo reservaba para otra ocasión. Me despedí de Jaime, quien me hizo prometer que estaría de vuelta al mediodía, y me fui.

Necesitaba hacer dos visitas: una a nuestro judío Jacob y otra a lord Byron. Entregué al primero el ramo de pedería de Vasiliki y aludí al obsequio una gratificación de veinticinco guineas, y a continuación, poniendo en sus manos otras veinticinco, le enagué que se informara de si entre los barcos fondeados en la rada había alguno que saliese con rumbo al Archipiélago, al Asia Menor o a Egipto, y que, en ese caso, tomase pasaje para una persona. Poco importaba la nacionalidad del barco. Me prometió que al atardecer estaría cumplido mi deseo. También le enagué a Jacob que me comprase un traje griego completo.

Lord Byron me recibió con su amabilidad de costumbre. Luqueteo al pasar tantos días sin verme, había ido a hacer una visita al señor Stanbow, quien le manifestó que cumplía un arresto, como lo quisiera era muy osten, lo imposible llegar hasta mí. Le dije que tenía el proyecto, si nuestra estadía en aguas del Bósforo se prolongaba, de solicitar un permiso para visitar a Grecia, y que, por si conseguía ver realizado mi deseo, le rogaba que me diera una carta de recomendación para Ali Pachá, a quien quería conocer personalmente. Inmediatamente sentóse a la mesa y escribió la carta en inglés, a fin de que yo pudiera entenderla, y luego la eficacia de la recomendación, y luego la hizo traducir al griego que le había dado Ali, quien le servía a la vez de ayuda de cámara y de secretario, y finalmente la firmó y estampó al lado de la firma su sello heráldico, en cuya parte superior campeaba esta divisa: *Crede Byron*.

La hora me llamaba a bordo. Me despedí del noble poeta sin decirle nada: cierto es que pensaba ir a la vez.

Todo a la vez alegría y reguajo en el *Tridente*. Como si hubiesen tocado zafarrancho de combate, habían sido cerradas todas las portas y escotillas, y una mesa para veinte cubiertos ocupaba todo el comedor y la sala de consejos.

Yo era el verdadero héroe de la fiesta. No parecía sino que todo el mundo conocía el proyecto que yo acababa de hacer recóndito del pecho y que deseaba despedirme de mí obsequiándome con la postrera demostración de fraternal cariño. En cuanto a mí, en medio de las preocupaciones en que se debatía mi espíritu, se me figuraba que todo lo disponía la Providencia y que Dios me permitía vultimbrar el hilo misterioso que conducía los sucesos.

Vinieron los brindis a los postres. Uno de ellos fue por la amistad, y Jaime, que era el conuual más inmediato a mí persona, me abrazó en nombre de todos. Tan maravillosamente apropiada a las circunstancias resultaba la escena, que realmente parecía una despedida general, y yo, al contestar al abrazo, con lágrimas en los ojos, murmuré la palabra: "¡adiós!"

El reloj dio las seis, recordándome que no tenía ya tiempo que perder, y entonces pedí que me dispensaran mis compañeros si sin asunto de importancia me permitían ir a tierra, rogándome a solicitar de ellos permiso para dejarles. El permiso me fue concedido de buen grado y prodigáronme las bromas corrientes en circunstancias análogas. Puse buena cara a cuanto me dijeron y bajé a mi camarote sin que nadie sospechara cuáles eran mis intenciones. De paso, di orden a Bob de prepararme un bote para llevarme a tierra.

Todo lo tenía dispuesto. Me cené un centu-

roa repleto de oro y de letras sobre Esmirna, Asia y su ciudad, hice la última visita de despedida a mi cámara para cercarme de que, para el caso en que yo resultara muerto, estaba todo en orden, guardé en mis bolsillos un par de pistolas, suspendí de mi cuello un retrato de mi madre, y, previa una señal hecha al bote para que atracase, embarqué en él.

Me habría separado mis treinta pasos del *Tridente* cuando Jaime, que me vio, llamó a todos nuestros compañeros. Tan estruendosos *¡hurra!* me dirigieron, que el señor Stanbow salió de su cámara. Me sería imposible reflejar lo que pasó por mi alma al ver, en medio de todos aquellos jóvenes, al venerable anciano: a mis ojos se agolparon las lágrimas, sentí dudas y vacilaciones: pero me bastó cerrar los ojos para ver con los del alma el ademan trujante del señor Burke, y entonces indicué a mis reneros que bogsen con mis fuerzas.

Desembarcamos francamente a la puerta de la plaza. Al saltar a tierra, una de mis pistolas cayó del bolsillo. Bob, que parecía preocupado y receloso desde que me vio embarcar en el bote, la recogió y me la entregó.

—Señor John — me dijo —, no tiene usted confianza en Bob porque es un simple marinero, ¿no hay mal.

—Sí, pero como no te tengo confianza, amigo mío — exclamé.

—Oh... ¿no me entiendes! — contestó —, para conocer el carácter de una persona, necesito haber vivido diez años a su lado... Juraría que no es una cita amorosa la que le trae a usted a tierra.

—Pero, quién te dijo eso?

—No me lo dijo nadie... Si para cualquier cosa que sea, tiene usted necesidad de Bob, acuérdese que es suyo, a bordo y en tierra, día y noche, en cualquier caso, alina, vivo y muerto.

—Gracias, Bob, gracias, si alivia, pero que a tierra me trae, que lo dudo mucho, debes comprender que sería en mí una falta imperdonable de delicadeza hacermee acompañar por nadie... Quiero corresponder con mi confianza a tu adhesión. Bob: si mañana por la mañana no hemos vuelto a bordo ni el señor Bob ni yo, di en mi nombre a Jaime que pida permiso para ir a tierra, que tome contigo un bote, y que, contigo, haga una visita al cementerio de Galata: es posible que allí sepas los dos noticias nuestras.

—Sí... sí... lo que yo suponía! — murmuró Bob. Es usted mi superior, señor John, y no tengo derecho para hacerle observaciones de ningún género, pero creo que a todo el mundo le está permitido manifestar lo que siente, y me he sentido de ese hombre, señor John, desconfíe!

—Gracias, Bob, estoy sobre aviso... y ahora, amigo mío, ni una palabra a nadie: ¿entiendes?

—Puede irse tranquilo, que Bob no hablará a nadie.

—Toma... para que bebas a mi salud — dije sacando un holso y dándole al digno marinero.

—¿Habéis oído? — dijo Bob, vertiendo todas las monedas en las manos de un marinero y guardándole el bolso vacío en el pecho... Es una gratificación que os da el señor John.

—¡Viva el señor John! — gritaron a coro los otros.

—¡Sí... sí... ¡Viva el señor John! ¡Muy bien dicho! — murmuró Bob—. ¡Adiós, señor John! No le desearé valor, porque, gracias a Dios, lo tiene tan grande como a un almirante; pero le recomiendo prudencia, señor John... ¡mucho me temo!

—¡Estaré tranquilo, Bob... ¡Adiós!

Al volverme, llevé un dedo a los labios para recomendarle por segunda vez silencio.

—No hay más que hablar — murmuré.

Le tendí la mano y mi fiel marinero, saltando al bote, dijo:

—¡Larga!

Luego, empujando un remo, agregó:

—No le digo adios, señor John, sino hasta la vista... A buen entender... ¡adad! ¡Mucha suerte... y mucha prisa!

Por último vez, que después de un movimiento de cabeza, y como el tiempo volaba, echó a andar hacia la embajada, tomando el camino que atravesaba el cementerio de Galtat.

# XIX

Era un cementerio de los más hermosos de Constantinopla, colmado de santuarios aleros y verdes plátanos, silencioso y silencioso hasta durante las horas en que todo era ruido y animación en la ciudad. En aquel lugar majestuoso esperé, apoyado contra la tumba de una doncella cuyo monumento fúnebre, en forma de columna truncada hacia la mitad de la altura, aparecía coronado por una guirnalda de mármol que representaba rosas y jazmines, dulce símbolo de inocencia en todos los países del mundo. De vez en cuando miraba ante mí la silueta de una mujer que, tal como iba vestida, completamente cubierta por su largo y amplio velo que no dejaba más que los ojos al descubierto, parecía la sombra de alguno de los muertos que yo hallaba bajo mis pies. Sus diminutos pies, calzados con baluchas de seda blanca bordada de plata, no hacían el menor ruido. Nada turbaba el silencio augusto de aquel tétrico lugar, más que el canto de los pájaros, que en Oriente anidan con preferencia en los cementerios.

Al comparar aquel reposo, aquel silencio, aquella deliciosa frescura, con la agitación, el ruido y el calor del mundo, llegué a cuidar la dicha de los muertos que descansaban en aquel oasis delicioso, escuchando armonías tan melodiosas y disfrutando de tan hermosos árboles y de monumentos tan ricos. Este sentimiento me entraba en mi alma, y como por vez primera me acordé de determinar en mi un despegue singular hacia la existencia. Por mi imaginación cruzó el recuerdo de toda mi vida pasada, de mis servicios a bordo, de los castigos que, dos o tres veces, habían sido resultado del odio injustificado del señor Burke, del hantique abundante en frases calurosas en el que, una hora antes, yo había representado mi papel de aturdimiento, y comparé todos los agravios en la calina de los hombres que nosotros llamamos bárbaros porque se pasan la existencia ventados fumando al borde de un arrellanado rícuolo, sin que les importen los obscuros delirios de los sabios ni hagan el menor caso de las teorías vagas y despiadadas de la política, ni piensen en otra cosa que en dejarse llevar de sus instintos animales, que les dicen que la mujer, las niñas, los niños, los peregrinos, son cosas creadas para satisfacer sus caprichos, de aquellos hombres que, extinguida una vida de sensualidad, van a desearse en un oasis para despertar de nuevo en un paraíso, y me parecía que el tiempo transcurrido desde que vine al mundo hasta aquel día, había sido un período de fiebre y de insensatez. Aunque en nada modificaron mi resolución estas condiciones, lo cierto es que llegó a serme indolente el resultado de mi empresa, y sentí un valor que rayaba en apatía.

Había llegado a la expresada disposición de ánimo, que tan intensa ventaba había de darme sobre mi adversario, cuando resonó en mis oídos ruido de pasos que se acercaban. El estrechamiento ligero que experimenté al oír los pasos fue tan significativo, que mi necesidad tuvo de mirar al que venía para saber que era el señor Burke.

Le dije llegar hasta tres o cuatro pasos de mi persona, y entonces alcé la cabeza y me encontré frente a mi enemigo.

Tan lejos estaba él de soñar que pudiera hallarme a aquella hora en aquel sitio, que antes de que yo hubiese tenido tiempo para pronunciar una sola palabra, el señor Burke daba un paso atrás y me preguntaba qué deseaba.

Al primera contestación fue una carejada.

—Su palidez, caballero —dije—, me anuncia con mucha elocuencia que sabe usted perfectamente qué deseo, sin embargo, para que no me tache de deservir voy a decirlo. Es posible, caballero, que entre los obreros de Birmingham o de Manchester, que han sido sus ascendientes, tengan los superiores la mala costumbre de dar de bastonazos a sus subordinados, y que éstos, persuadidos de la miseria de su posición, se sometan a tratamiento tan degradante sin protestar, es lo que no sé ni quiero saber: pero, entre caballeros, es ley sagrada, y me ataría la que usted la desconoce, que, sea cual sea la superioridad o inferioridad de grados o de empleos, las órdenes han de ser dadas y recibidas con la cortesía y la buena crianza que un caballero debe a otro caballero, y que todo además ultraje fuera aparejada una reparación proporcionada a su valor ofendido. Usted, caballero, levantó su báculo sobre mí, exactamente lo mismo que hubiese podido hacerlo con un perro o con un esclavo, y esto es un insulto que se castiga con la muerte. Lleve usted su espada al cinto: yo tengo la mía. ¡Defiéndase!

—Señor John —contestó el teniente intensamente pálido—, ¿olvida usted que la ley inflexible de la disciplina militar prohíbe a un guardiamarina batirse con un teniente de navío?

—Lo sé perfectamente, señor Burke; pero también sé que no prohíbe a un teniente de navío batirse con un guardiamarina. Ninguna ley infringe usted, y eso debe bastarle. En cuanto a mí, por encima de todas las leyes de la disciplina militar están las leyes del honor, ante las cuales ceden todas las otras... ¡Defiéndase!

Reflexione usted, caballero, que cualquiera que sea el resultado del duelo, para usted tiene que ser fatal. Por compasión hacia usted mismo, no insista más, y déjeme pasar.

Hizo un movimiento, pero yo extendí el brazo.

—Le doy las gracias por el consejo, caballero, pero es inútil. Ha transcurrido un mes desde que tuvo lugar el incidente por el que le pido reparación, y en un mes me parece que tuve tiempo sobrado para reflexionar y para hacer mis preparativos. He reflexionado y me preparo, así que no hay que hablar de ello... ¡Defiéndase!

—Una vez más —insistió el señor Burke con voz alterada—. Como superior suyo que soy, y como de más edad que usted, me considero en el caso de recordarle que, en cuanto deseara usted su espada cortada, pierda usted la carrera y se exponga a perder también la vida. ¿Qué hará usted si trunca su porvenir?

—Puesto que tan vivo interés le merezco, caballero, voy a contestar su pregunta. Si usted me mata, todo terminó: las leyes militares, por severas que sean, nada pueden contra un cadáver. Si, por el contrario, soy yo quien lo mato a usted, tengo tomado pasaje a bordo de un buque que zarpará a las doce, y me llevará a no sé dónde, ni me importa, pues como padre tiene una renta de cincuenta o sesenta mil libras esterlinas, y yo soy hijo único, en cualquier paraje del mundo que viva podré hacer mi voluntad y satisfacer mis caprichos. Perderé mi paga de guardiamarina, que viene a sumarse mil o mil doscientos francos anuales, y la posibilidad de ser, a los cuarenta años de edad, teniente de navío como es usted; pero, en caso de perderla, señor Burke, me habré vengado, y a la par que me vengo a mí mismo vengaré también a Boli, a Jaime, a David, a toda la dotación. Esa satisfacción bien vale la pena de arriesgar algo... Y ahora, caballero, libré ya de las inquietudes que le inspiraba mi suerte, no tiene motivo alguno para negarme la reparación que le exijo. Tenga la bondad de poner en guardia a su superior.

—Su superior, señor mio —replicó el señor Burke, más agitado cada vez—, y como

tal, tenía derecho a imponerle correctivos. Si el inferior que sufre un correctivo tuviera derecho a darle proporciones de crimen perpetrado por el superior que se lo impone, desaparecería en absoluto la disciplina a bordo. Lo castigó a usted haciéndolo yo uso de mi derecho, sin separarme de las disposiciones y reglamentos marítimos en vigor en los buques de Su Majestad británica, y si usted no puede exigirle reparación por ello.

Intentó pasar de nuevo, pero yo le cerré el paso.

—Porque opino como usted, caballero —replicó con la calma de antes, pero con entonación más despectiva—, no exijo reparación por el castigo, sino por el ultraje: no por el arresto, sino por el adelantamiento.

—Pero, señor mio, si el adelantamiento es involuntario y yo lo niego que me lo denieguen, erco que el agravio desaparezca.

—Si usted me pide perdón por el adelantamiento, habré de decirle una cosa que ya antes había observado, aunque me resistía a creerla, y es que es usted un cobarde.

—¡Caballero! —rugió el señor Burke, poniéndose livido—. ¿Es usted el que me insulta y yo quien sepa reparar por el insulto? ¡Me latiré, pero no ahora! ¡Mátame!

—¡Entiendo! ¡Quiere usted tiempo para dar parte contra mí, y no le desagradaría arrastrarme ante un Consejo de guerra por insulto a un superior! ¿verdad?

—¡Supone usted!...

—Tratándose de usted, no espero más que ruindades.

—Se engaña. Si pido el aplazamiento, es porque yo quisiera ir a una sala de armas. En un duelo a espada, todas las ventajas estarían de parte de usted. Siendo a pistola, no tengo inconveniente.

—¡Magnífico! Precisamente había previsto su objeción. Tenemos lo que usted desea —añadió, sacando de mi bolsillo las dos pistolas—, así que, no hay necesidad de esperar a mañana. La carga de las dos armas es la misma, aparte de que deja a usted el derecho de elección. Vámonos, señor Burke. Un sudor frío cubrió su rostro. Hasta creí que iba a caer desplomado.

—¡Esto es una celada! —gritó, al cabo de un rato—. ¡Un asesinato!

—El miedo le hace delirar, caballero. Si aquí hay algún asesino, será en todo caso el que, por medio de un parte falso, empujó a un desventurado hasta la desesperación, porque ha de saber usted, señor Burke, que los procedimientos asesinos son distintos, que entre ellos, el más cobarde, el más vil de todos, es el que se envuelve con el ropaje de la legalidad. Usted no está asesinado, caballero, pero lo fue el pobre David, a quien usted asesinó casualmente. ¡Vamos, vamos, señor Burke! Un poquito de valor, si no por usted, por el uniforme que viste, que es el mío!

—No me baste con sus gestos! En ese caso, le deshonro, señor mio. Desde el momento que lo he provocado y amenazado, para los efectos es como si me hubiese batido, y como el castigo que me espera es el mismo, yo no he de volver a hordo: pero alguien se presentará mañana de parte mía, alguien que será portador de una carta firmada por mí, en la que hará historia de todo lo que ha pasado entre nosotros, y de una de dos, o me castigaré, que es cierto lo que me castiga, en cuyo caso será objeto del desprecio general, o lo desmentiré, y entonces, como el portador de la carta no será subordinado suyo, lo obligaré, en presencia de todos, a darle satisfacción del menús, y si usted no la da, lo expulsarán... ¿comprende bien? lo expulsarán de la marina de guerra inglesa por cobarde e infame.

En un paso hacia el señor Burke.

—Le arrancarán las charreteras como yo voy a arrancárselas en este momento.

Me acerqué un paso más.



—Le escucharán el rostro como voy a escucharlo yo.

Del tercer paso y extendí la mano para poner en ejecución mi amenaza.

Imposible retroceder. El señor Burke desahuyó su espada; yo tiré las pistolas y saqué la mía. Los aceros se cruzaron inmediatamente, pues mi adversario se tiró a fondo, creyendo que mi parada no llegaría a tiempo; pero los consejos de Bob no habían caído en saco roto, y me encontré preparado.

Desde el primer momento me persuadí de que el señor Burke me había matado, fingiendo no haber estudiado un arte que conocía muy a fondo. Confieso que me alegré, pues nos colocaba en condiciones de igualdad. La única ventaja que yo tenía sobre él era mi espantosa sangre fría, fruto de las extrañas reflexiones que habían precedido al duelo. Una vez establecido el combate, el señor Burke se batió como bueno. Había comprendido que nuestro duelo no podía terminar con un arañazo, y que si quería salvar su vida habría de arrancarme la mía.

Por espacio de unos cinco minutos nos batimos con feroz encarnizamiento y tan cerca uno de otro, que más veces parábamos con el pomo que con la hoja de las espadas. Los dos debimos darnos cuenta al mismo tiempo de lo desventajoso de semejante posición, pues simultáneamente retrocedimos un paso, quedando, como consecuencia, fuera del alcance de nuestros aceros. Yo avancé inmediatamente el paso que había retrocedido, y el duelo continuó más en regla, colocados a distancia conveniente.

En el trance que estoy explicando, ocurrió al señor Burke lo mismo que le ocurría durante las tempestades o los combates: al principio, mientras imperaba en él el carácter natural de un leonero, su ira, su ira, su ira; pero más luego, cuando el orgullo o la necesidad se sobrepontan a su timidez, era bravo como el que más, ya que no por temperamento, por cálculo.

Ya lo dije antes: el señor Burke era un esgrimir de primera fuerza, aunque nadie sospechara en él semejante habilidad, pero yo también lo era. El señor Burke hubo de hacerme desearlo, cuando me produjo la primera vacilación en el ataque. Su brazo era más fuerte que el mío, pero, en cambio, mi muñeca era más flexible y ágil que la suya, mi vista nada tenía que envidiar a ninguna otra en punto a seguridad y penetración, de lo que resultó que, aprovechando los síntomas de turbación de mi enemigo, le estreché más y más. Rompí el señor Burke, lo que era una confesión de su inferioridad. Ataque con bríos redoblados, mi puñal más estocadas, que siempre encontraban su correspondiente parada y respuesta, y nuestros aceros parecían culebras encendidas que se retorcían y enroscaban, buscando luego por donde introducirse. Dos o tres veces alcancé la punta de mi espada el pecho de mi enemigo, desgarrándole la levita. El señor Burke continuó rompiendo, pero con la regularidad de quien tira un asalto ofensivo, y mi sala de armas no me dio tiempo de confusarlo. Sin embargo, al romper, se había desviado de la recta, y a sus espaldas, a tres pasos de su persona, alzaba una tumba. Le estreché más y más, y la punta de la espada de mi adversario vino a hundirse en mi cara. Salió la sangre.

Contesté con una sonrisa y con un paso al frente, que le obligué a dar otro atrás. No era el punto de reposo, pero de cerca nos quedamos, que nuestras espaldas hallaban dificultades casi insuperables para separarse. Se tiró a fondo, paré, y mi respuesta fue tan rápida, que sólo dando un salto atrás pudo librarse de quedar ensartado. El salto le colocó en el punto que yo quería: apoyado contra la tumba. En lo sucesivo, le sería imposible romper.

Puede decirse que hasta entonces no conocí el verdadero combate. Una o dos veces

sentí en mis carnes el frío del acero: una o dos veces comprendí que mi espada había tocado; pero ni mi adversario ni yo dijimos palabra. Al fin, en una respuesta tirada a fondo, mi mano tropezó con una resistencia extraña. El señor Burke exhaló un grito de agonía... ¡Mi espada la había atravesado de parte a parte! Pero no fué eso todo: la punta, después de atravesar el cuerpo de mi enemigo, chocó contra el mármol de la tumba y se dobló, efecto sin duda de su mal temple; no me fué posible sacarla de la herida, y huí de dar un salto atrás, dejándola abandonada. Fué una precaución inútil, pues la herida del señor Burke era demasiado grave para que pudiera perseguirme: quiso dar un paso, es cierto, pero le abandonaron las fuerzas, dejó escapar su espada, y cayó casi en seguida, lanzando un segundo grito y retorciéndose los brazos de desesperación.

Confieso que en aquel momento desapareció de mi pecho la cólera por dar entrada a la compasión. Me precipité sobre él: lo más urgente era librarlo del hierro; bice una segunda tentativa, pero no pude arrancar la espada de su cuerpo, como no pudo arrancarla él, no obstante haberlo intentado con todas sus fuerzas. El esfuerzo le fué fatal: vi que abría la boca como para hablar, pero de ella no brotaron palabras, sino un chorro de sangre; giraron los ojos en sus órbitas, dejándose caer los dos o tres convulsiones violentas, y expiró.

Seguro de que estaba muerto, como no podía prestarle socorro alguno, pensé en mi salvación. Durante el duelo había cerrado por completo la noche. Recogí mis pistolas, salí del cementerio y me encaminé a la casa de Jacob. Me esperaba, tal como habíamos convenido, y había cumplido a satisfacción mi encargo. Pues encontré que buyes napitano próximo a hacerse a la mar, con rumbo a Akha, a Palermo y a Liorna. Levanté anclas en la mañana del siguiente día, que era precisamente lo que me convenía. Jacob ya me sacara el pasaje. También se había ocupado de mi indumentaria, comprando un magnífico traje de palikar, que me esperaba convenientemente colocado sobre un diván, y otro más modesto guardado sobre una silla.

Inmediatamente me despojé de mi uniforme, que no podía usar sin ser descubierta, y vestí uno de los trajes, que me sentaba tan admirablemente como si para mí hubiese sido hecho. Mi nuevo guardapelo, incluyendo mi sable y mi yatagán, me costaba ochenta guineas: añadí setenta a las veintinueve que había entregado adelantadas, y quedé pagada la cuenta de la ropa y el cortejete de Jacob. Le rogué entonces que me diera un par de los medios de transporte, a lo que contestó que lo había hecho ya: a las once de la noche esperaba una barca al pie de la torre de Galata.

Dejé que el tiempo que me quedaba a escribir la posdata en la carta de antemano preparada para mis padres. Les daba noticia del resultado del duelo, les exponía la necesidad de huir, que yo me encontraba, y terminaba rogando a mi madre que me permitiera ir a vivir en Esmirna. Como mi intención era nacer en Oriente, me convenía Esmirna, tanto por su situación central, como por su población cosmopolita, entre la cual podía vivir desconocido.

También le escribí a lord Byron dándole las gracias por la benevolencia con que siempre me había tratado y rogándole que empleara en mi infancia la más favor, si se encontraba en Inglaterra, cuando me fuera a buscar. El Consejo de guerra contra mí. Recurrí a él, porque conocía al señor Burke, sabía el odio que merecía a toda la dotación y tenía pruebas de que ese odio estaba perfectamente justificado. Entregué esa carta a Jacob, imitando con las dirigidas a mi padre y al señor Stanbow, para que, llegada la mañana, se presentase a bordo del *Tridente*, hiciera entrega

de las cartas a sus destinatarios, y les indicara luego el lugar donde encontrarían el cadáver del señor Burke.

En el momento de partir: nos arrebujamos en nuestros capos y dirigiéndonos a la torre de Galata, donde nos esperaba la barca. La tomamos en seguida, pues era casi medianoche y teníamos que atravesar toda la anchura del canal, por encontrarse el barco, a cuyo bordo íbamos, anclado en el puerto de Caledonia, cerca del *Fanariokiosk*. Por fortuna, nuestros marineros eran buenos remeros, y en un instante atravesamos el Cuerno de Oro y doblamos la Punta del Serrallo.

En el centro del canal, casi a la mitad de la Torre de Leandru, vi la hermosa silueta de nuestro navío, que se alzaba majestuosamente sobre la azulada superficie, y distinguí toda su arboladura y cordaje envuelta en el manto plateado que le proporcionaba la luna. Su vista me oprimió dolorosamente el corazón. El *Tridente* era mi segunda patria: para mí no había más mundo que la *Williams-house* y el *Tridente*, ni más personas, después de mi padre, ni madre y Toni, que me esperaban en la *Williams-house*, que las que a bordo del *Tridente* vivían.

A medida que nos acercábamos crecían extraordinariamente sus proporciones. Pronto nos encontramos tan cerca que, dada la placidez y tranquilidad de la noche, el oficial de guardia había podido oír, si yo lo hubiera dirigido en voz alta, el adiós que en voz muy baja envió a mis últimos camaradas, descendidos del batiente con que me habían cargado, estaban muy lejos de pensar que yo cruzaba tan cerca de ellos abandonándolos para siempre. Fué aquel uno de los momentos más terribles que he pasado en mi vida.

Dejamos atrás al *Tridente* y comenzamos a distinguirla, a la luz del farol, los buques surtos en la arboladura. Jacob me mostró desde lejos la arboladura, que me debía embarcar, buque que examiné con atención de marino a medida que a él nos aproximábamos.

Me estaban esperando en la *Bella Leontina*, que así se llamaba el barco. Me había respondido pasajerito al centinela que me dió el alto en italiano, para que atravesara la escala de cuerda. Mi equipaje era de fácil transporte, pues todo lo llevaba sobre mí. Pagué a mis remeros, me despedí de Jacob, que me había servido con fidelidad, y trepé por la escala con la agilidad de un verdadero matino.

En el puente, un hombre me esperaba para acompañarme a mi camarote.

## XX

Me acosté a las tres de la mañana, y, como es de imaginar, dormí bastante mal. Sin embargo, al amanecer me levanté y fui al puente. Todo estaba presto para zarpar, y como el capitán principiaba ya a dar las órdenes necesarias, tuve ocasión de trabajar, como aficionado, conmovimiento con la tripulación.

El capitán era de Salerno, y a las primeras órdenes que dió, me dejó plenamente convencido de que la ciudad donde vivió él la primera vez me cediera por su universidad que por su escuela de marina, en cuanto a la tripulación, la formaban calabreses y sicilianos.

Como quiera que la *Bella Leontina* estaba dedicada especialmente al comercio del Archipiélago, ofrecía un aspecto medio guerrero, medio mercante. Antes de subir al puente, había girado yo una visita de inspección al arsenal, que consistió en bastante buena estación: había un él unos cuarenta cañones y una docena de trabucos, aún en de sable y buche de abordaje en cantidad suficiente para poder armar a todo el mundo en caso de necesidad.

Como dos horas antes de amanecer se había levantado una brisa fresca del Este, favorable para aparecer, encontré, al subir al puen-

te, el virador de combés preparado y con su correspondiente cable sujeto por medio de los mojeles. La *Bella Leomina* se mantenía sobre el ancla exclusivamente por el virador.

Los marineros se habían reunido sobre el puente para hacer la maniobra de levar el ancla. Poco a poco fueron apareciendo los pasajeros, atraídos por el deseo de ver la maniobra de partida. Casi todo el pasaje se componía de mercaderes griegos y maliceses.

Los marineros habían colocado las palancas en el cabrestante y se encontraban esperando las órdenes de su capitán, quien, habiendo echado un vistazo en derredor, al ver tanta y tan honrosa galería de espectadores, consideró que no debía tardar más tiempo en dar comienzo a la operación. Empuñó, pues, su bocina, y gritó con fuerza:

—¡Ande el cabrestante!

Obedecieron los marineros con un ardor que entusiasma.

Al mismo tiempo, como el viento soplaban con mayor fuerza, habían sido desplegadas e izadas las gaviyas y haladas las vergas en forma que el buque presentara su proa al mar. Al quedar el ancla a plomo, se hizo tan grande la actividad del cabrestante, que los hombres empleados en la maniobra, lejos de poder continuar levanto, tuvieron necesidad de recurrir a todas sus fuerzas para no ser rechazados atrás. Hubo un momento de perplejidad; pero de pronto, cuatro hombres corrieron espontáneamente a snnar sus fuerzas a las de los marineros, y gracias al esfuerzo, el ancla, arrancada del fondo de la mar, fué sacada en un momento de dos metros de hondura, que, como era de rigor, la izarán a contrabordo y la colocarán en su puesto; pero el capitán, acaso porque necesitase ordenar alguna otra cosa más urgente, contentóse con mandar que la sujetasen al garfio del aparejo. Maquinalmente hizo un movimiento, como para indicar al capitán que completase la maniobra; pero recordó que no era nada a bordo, sino en medio de un grupo de hombres.

Momentos después, una voz dulce me dirigió algunas palabras en griego, que no entendí. Di media vuelta, y me encontré frente a un joven de veinte o veintidós años, hermoso como un mármol antiguo, de mirada brillante, y arrebujo en una capa.

—Perdóneme usted, caballero —le dije en italiano—, no entiendo el griego. ¿No podría usted hablarme en francés o en inglés, o bien en italiano?

—Soy yo quien debo rogarle a usted que me dispense, señor. Díe, sin embargo, en disculpa mía, que su manera de vestir me indujo a tomarle por compatriota.

—No tengo ese honor —replicó con sonrisa equívoca—. Soy inglés, vijo por placer, y adopté este traje porque me pareció más cómodo, y sobre todo, más pintoresco que el nuestro de Occidente. No entendi antes lo que me decía, pero ahora me doy cuenta de su voz, me pareció que me dirigía una pregunta.

—No se engañó usted, caballero, pues fué pregunta lo que le dirigí. Nosotros, hijos de los archipiélagos, habituados a pasar de una isla a otra, somos marinos por naturaleza, y como tales, es difícil que se nos pase una maniobra mal hecha. Pues bien: en la última que mandó ejecutar el capitán, creí comprender que usted compartía mi opinión, pues le vi que se enojaba de hombres. Me pregunté si era usted marino, caballero, para, en caso de que así fuera, rogarle me explicase en qué había consistido la falta.

No puede ser más sencilla la explicación, caballero: desde el momento en que el buque comenzó a andar, el ancla debería haber sido colocada en su sitio, en vez de dejársela supeñada de un garfio; o, por lo menos, suponiendo que el capitán tenga sus motivos para obrar así, debió hacer sacar las barras del cabrestante. Comprenderá la razón si se fija en que, si por desgracia se rompiera el garfio

que sostiene el ancla, ésta caería inmediatamente al fondo del mar, y el cabrestante, al girar con rapidez vertiginosa en sentido contrario al que giró para levar el ancla, convertiría en una especie de catapulta que dispararía en todas direcciones las palancas.

—Señor... —dijo el joven, interrumpiéndose después de pronunciada la primera palabra para tomar el aliento, —no le peca, que, en nombre de todo el pasaje, podría hacer esa observación al capitán?

—¡Ya es tarde! —exclamé, asustando al joven conmigo detrás del palo de mesana—. ¡Cuidado!

En efecto; simultáneamente con un ruido sordo que llegó a mis oídos, vi que el cabrestante principiaba a dar vueltas con rapidez siempre creciente, lanzando en todas direcciones, tal como yo había previsto, las barras o palancas que imprudentemente habían dejado en él. Una porción de marineros cayeron rodando, y hasta el capitán fué proyectado contra la obra muerta del buque. Al primer momento de confusión, durante el cual cesó de girar el cabrestante, siguió un silencio profundo, causado por el terror. El ancla descendió, arrastrando sucesivamente los mojeles que sujetaban el virador al cable, no tardando en llegar al fondo del mar; pero como el buque estaba en marcha, continuó largando cable, dejando oír un ruido espantoso, hasta que se detuvo gracias a la catina del palo mayor. Fué tan violenta la sacudida que entonces experimentó el navío, que casi todos los hombres que habían conseguido mantenerse hasta entonces en su lugar, cayeron rodando o fueron lanzados contra las bordas.

Yo, que esperaba el accidente, había sido al joven griego por el brazo izquierdo y pasado el que me quedaba libre por el palo de mesana, de lo que resultó que, no obstante la sacudida, nos mantuvimos en pie. El accidente, como ser harlo importante, no era hasta aquí nada en comparación de la gravedad que adquirió cuando el solo mojele de la sacudida quedó libre el cable como si un hilo hubiese sido, como consecuencia, comenzamos a irnos al diablo, como suele decirse en lenguaje de mar, es decir, poco adelante y proa atrás. Por añadidura, el capitán, que había perdido la cabeza, daba sin cesar órdenes absolutamente contradictorias, que la marinería ejecutaba con pasmosa puntualidad, y por si la situación no fuese ya bastante comprometida, presencio de pronto en el puente el carpintero jefe, diciendo que una ola había roto las arandelas de las portas del primer puente, inundando a éste. Comprendí que no podía perderse un segundo si se había de salvar el buque, y lanzándome a popa, arranqué la bocina de manos del capitán, la llevé a mi boca y grité con voz que dominó el tumulto:

—¡Silencio todo el mundo!

Al oír de una vez mi voz, todos se volvieron imperiosos, todos guardaron silencio y esperaron.

—¡Atención! —continué—. ¡El jefe carpintero y sus ayudantes, a la cámara, donde pondrán las arandelas de las portas! ¡Cuatro hombres al cabo girador de vergas...! ¡Cobrad el seno del cabo de labor! ¡Toda la barra a labor! ¡Calen el fogue mayor por la parte del viento! ¡El trinquete a la derecha! ¡Arre, breves! ¡Láren las cuerdas de proa para cazar velas! ¡Arre catta a proa!

Todo fué ejecutado puntualmente, de suerte que, poco a poco, el buque giró sobre sí mismo y quedó muy pronto como debía estar, es decir, avanzando viento en popa y abandonando su ancla. La avería no tenía importancia, pues llevábamos a bordo dos anclas más de repuesto.

No entregué, sin embargo, la bocina hasta que me viera oír, entonces las velas y amarraron los cables: entonces me acerqué al capitán, que había permanecido todo este tiempo en su puesto, inmóvil y estupefacto, y le

dije al poner en sus manos la bocina:

—Le ruego, capitán, que me perdone si usurpé sus atribuciones por un momento; pero las circunstancias lo exigían. Ahora que el barco sigue su curso normal, tome su bocina.

Era tal el azoramiento del capitán, que tomó la bocina sin decir palabra; yo fuí a reunirme con el joven griego, a quien vi sentado sobre el tronco de la pieza de a ocho, y me recibí con una simpática.

Era hijo de un rico comerciante de Esminia, fallecido tres años antes. Viéndolo su madre enfermó y creyendo que las distracciones le sentarían bien, había enviado a Constantinopla para que se encargara de la dirección de una sucursal de su casa, fundada por su padre algunos años antes de su muerte. Al cabo de dos meses de ausencia, el joven, lejos de encontrarse más aliviado, experimentó un recrudescimiento de su enfermedad, sintió ansias de volver a abrazar a las personas queridas, y tomó pasaje a bordo de *La Bella Lezanina*. Su enfermedad, que él llamaba en lengua italiana *il sottile male*, era, según pude apreciar a primera vista, una tuberculosis pulmonar en segundo grado. Todos estos detalles los supe al cuarto de hora de conversación. Él me respondió a su confianza narrándome lo que querella con mi suegro, con su cuñado y su muerte, que me obligaba a abandonar el servicio. Inmediatamente me invitó, con esa confianza propia de la juventud, a pasar algún tiempo en el seno de su familia, que me recibiría con los brazos abiertos después del servicio que a uno de sus miembros acababa de prestar. Acepté el ofrecimiento, y después de hecho y aceptado, y no antes, nos acordamos de preguntarnos si nos conocíamos. Yo, al nuevo amigo se llamaba Manuel Apostoli.

Durante el tiempo que duraron nuestras mutuas confianzas, sorprendí varias síntomas que llevaron a mi ánimo el convencimiento de que mi amigo se encontraba enfermo de más gravedad de lo que él mismo creía.

Entonces, apelando a mis conocimientos médicos, y como no dominaba el idioma de bordo, a un amigo, un griego, me enseñé a entender, no de la curación, que ésta era desesperada, pero sí del tratamiento de mi pobre amigo. Después de hacerle algunas preguntas sobre lo que sentía y de informarme del tratamiento a que anteriormente había sido sometido, le recomendé que no tomara más que sémolas substancias y legumbres, y que visitara raras interior de franela, indicándole de paso, que si no se podía operar, era una mala sangría derivativa. El pobre Apostoli, para quien no podía haber la menor duda de que yo posía tantos conocimientos médicos como náuticos, sonrió con amarga tristeza y me empujó su palabra de abandonarse por completo a mis cuidados.

Apostoli me hablaba con frecuencia de su hermana, enferma, desde él, como un ángel; de su madre, que lo idolatraba, y finalmente de su desventurada patria, aherrojada, sometida al infame yugo turco. Yo le hablaba de Williams-house y de sus moradores, de mi padre, de mi madre, de Toni, del anciano doctor, cuyas enseñanzas altruistas aplicaba yo, después de un intervalo de diez años, y se me hacía más llevadero el destierro a que yo mismo me había condenado, y meos punzantes los remordimientos que produce siempre la muerte de un hombre, por justa que ella fuera.

Así transcurrió el día, sin que el buque avanzara mucho, porque el viento era muy flojo, y sin perder de vista tierra a derecha e izquierda. Al atardecer nos encontramos a la altura de la isla de Calio Limno, calucada, a guisa de centinela, en la embocadura del golfo de Esminia. Allí, a las tres de la tarde, vi por vez primera el sol tras las montañas de la Ranelia, pero le exigí que bajase inmediatamente después de cerrar la noche.



Me obsecué y yo me senté junto a su hamaca, impidiéndole que hablase, y confundí, para distraerle, la historia de todas las aventuras de mi vida. De pronto, observé que la mano de mi amigo se cubría de un sudor frío, que su pulso, que consulté, latía desordenado, y todo ello me hizo pensar que las vigilias excesivas eran nocivas para mi enfermo. Inmediatamente me despedí de él para dirigirme a mi camarote, y le dejé más feliz de lo que era yo mismo, pues él ignoraba su estado y yo no.

A la mañana siguiente, subí al puente, no tardando Apostoli en llegar a mi lado. Había pasado una noche muy tranquila, aunque le molestaron algún tanto los dolores precipitados por la fiebre, pero estaba contento y más tranquilo. Durante la noche que acababa de pasar, habíamos seguido avanzando, y por la mañana nos disponíamos a entrar en el canal que separa la isla de Málmara de la península de Ariaki, llamada en tiempos remotos Cyzica. Las dos las había visitado Apostoli, y conocía perfectamente la historia de entrambas, como la de toda su patria.

Día y medio tardamos en recorrer la distancia interpuesta entre la isla de Málmara y la punta sobre la cual han emplazado el nuevo castillo de Asia. La corriente nos ayudó poderosamente y desembocamos en el mar Egeo en el momento en que los últimos rayos del sol teñían de color rosa las nevadas cimas del monte Ida.

Aunque el panorama era encantador, como sobalpa el viento frío de la Tracia, obligué a Apostoli a encerrarse en su camarote, prometiéndole que dentro de un instante bajaría a hacerle compañía. Durante el día entero le había molestado una opresión constante, y yo estaba resuelto a sangrarle aquella noche. Bajé a su camarote en cumplimiento de mi promesa, y no bien me vio entrar, dándole una prueba más de la confianza absoluta que en mí tenía, me tendió no ya la mano, sino el brazo. Lo titubeé un momento: recordando mis conocimientos en cirugía, como antes recordara los pocos que en medicina poseía, le vendé el brazo y practiqué la incisión en la vena con mano tan segura como la de un doctor. El efecto fue rápido, conforme a mis esperanzas: en cuanto salieron tres o cuatro onzas de sangre, Apostoli respiró con mayor libertad y su fiebre se calmó. Poco después, debilitado como consecuencia de la sangre perdida, cerró los ojos y dormió un sueño tranquilo. Escuché durante algunos minutos su respiración tranquila y acompasada, y, seguro de que pasaría una noche tranquila, salí de su camarote para respirar el aire fresco de la noche.

En la puerta encontré a un marinero que venía, de parte del timonel, a suplicar al *signor inglese* que tuviese la bondad de ir al puente.

## XXI

El timonel era siciliano. Tuve ocasión de observar su valor y sangre fría a nuestra salida del puerto de Caledonia, y fui felicitado por él, cuando el buque, gracias a mis disposiciones, se vio libre del peligro en que lo había colocado el capitán. Desde entonces, cuantas veces nos encontrábamos, cambiábamos algunas palabras y nos tratábamos como buenos amigos.

Le encontré apoyado de codos sobre la borda y con un anteojo en la mano.

—Perdóneme si me permití molestarlo — me dijo, entregándole el anteojo —, pero es el caso que desearía oír la opinión que le merezca un pintor blanco que se divisa por Nornoroeste, y que se me figura que muy bien pudiera ser cierto buque que vi, a puesta de sol, doblar la Punta de Coccone, navegando con velocidad un poco sospechosa. Si no me engaño, sigue la misma ruta que nosotros, o bien

nos da caza, y en este último caso, confieso que preferiría que fuese usted el encargado de mandar las maniobras en vez de obedecer las órdenes del capitán.

—¿Pero es que no hay segundo a bordo? — pregunté.

—Sí, lo teníamos, pero cayó enfermo en Escutari y, por desgracia, nos vinimos precisados a dejarlo allí. Por supuesto, que si usted tiene a bien intervenir, no habremos perdido en el cambio.

—Me hace demasiado honor, timonel — contesté riendo —, mas no importa. Le diré lo que pienso sobre esa punto.

Enfiqué el anteojo, y como la luz de la luna iluminaba perfectamente al mar, reconocí, lo mismo que el timonel, un jaleque griego que se nos venía encima a velas desplegadas. Encontrábase entonces a una distancia de tres millas y nos ganaba en marcha. Mientras yo miraba, debí hacerse visible, sin duda, a simple vista, pues el vigía gritó de pronto:

—¿Una vela!

—¡Ojalo que una vela! — murmuró el timonel —. ¿Se ha figurado ése que dormimos o que estamos ciegos?

—¡Fíjese usted, timonel — dije —. Pudiera haber una segunda.

—Es más que probable... Los piratas, ¡Dios los confunda!, son de la raza de los chaceales, y con frecuencia cazan por parejas.

Alzando la cabeza y la voz, gritó:

—¡Eh, vigía! ¿Dónde está esa vela?

—Por Nornoroeste, directamente a sotavento — respondió el marinero.

—No es más que una — dije al timonel —. Si nos vemos precisados a salvarnos llevando o a recurrir a los cañones, nos las entendemos con un solo enemigo, lo que no deja de ser una ventaja. Creo que no estaría de más despertar al capitán.

—¿Y por qué despertaría al capitán si usted y yo que capicemos el temporal mientras él duerme — replicó el timonel —. Mientras tanto, y como medida preventiva, ¿no le parece que podríamos desplegar algunas varas más de trazo?

—No creo que haya el menor inconveniente, y se me figura que esa sería la orden que daría el capitán... sobre todo — añadí, mirando de nuevo con asiduo el anteojo —, si se tiene en cuenta que la vela sospechosa estrecha la distancia por momentos, y que no se puede perder tiempo. Que vaya un hombre a despertar al capitán y que todos los marineros de servicio se apresten a obedecer las órdenes que se les den. ¿Conoce bien las aguas que cruzamos?

—Con los ojos cerrados me atrevería a llevar el barco desde Tenedos a Lefgo.

—¿Qué tal lleva sus trapos La Bella Levantina?

—Con tanta gracia como una espátula la mantilla. Puede cargarle hasta el sobrepuente, que no dirá nunca que tiene bastante.

—¿Algo es algo! — murmuré —. ¿Cree usted que un jaleque puede ganarle en andar?

—La Bella Levantina es excelente velera que no se deja ganar por un jaleque ordinario; pero creo que a babor y estribor del que nos parece muy estúpida.

—¿Qué es lo que le hace presumir la espuma?

—Que además de las alas, el jaleque pudiera tener patas, lo que le daría gran ventaja sobre nosotros.

—¡Ah, vamos! — murmuré yo comprendiendo —, y participando de los recelos del timonel —, ya no me sorprende que navegue con tanta rapidez.

Miré de nuevo con el anteojo. La embalcada sospechosa se había acercado mucho; ya no distaría más de dos millas, y como es natural, se la podía examinar bien.

—¡A fe que tiene razón, timonel! — exclamé.

me al cabo de breves instantes... Distingo perfectamente el movimiento de los remos... No se puede perder un segundo... ¡A ver!... ¡A la maniobra!... ¿Están todos dispuestos?

—Sí — contestaron los marineros.

—¡Atención la vela mayor y la de mesana y carguen la del juanete!

—¡Permítame se permite dar órdenes a bordo de mi barco! — gritó en aquel momento el capitán, mientras los marineros ejecutaban la maniobra dispuesta por mí.

—¿Quien vela mientras usted duerme, señor mío — contesté —, y le hace entrega en ese instante del mando, abrigando la esperanza de que saldrá apear en esta ocasión el peligro con más acierto que lo capó a nuestra salida del puerto.

—Inmediatamente fui a sentarme, no sin entregar el anteojo al timonel.

—¿Qué hay? — preguntó con inquietud el capitán.

—Hay que nos da caza un pirata griego — respondió el timonel —. Sin embargo, si usted cree que por motivo tan insignificante no debemos despertarle, puede volverse a acostar, capitán.

—¿Pero qué está usted diciendo?

—Nada que no pueda usted ver con sus propios ojos — contestó el timonel, poniendo el anteojo en manos de su jefe.

El capitán miró hacia el objeto que le indicaba el timonel.

—¿Y cree que es pirata?

—Si tan seguro estuviera de la salvación de mi alma, crea que esperaré tranquilo el momento que no tardará en llegar, de pasar de este mundo al otro.

—¿Qué hacer, gran Dios, qué hacer?

—¿Quiere que se lo diga, capitán?

—¡Hable.

—Pues bien: yo le aconsejo que lo pregunte a aquel señor inglés que está allí sentado. — Caballero — me dijo el capitán, dando dos pasos hacia mí —, ¿entenderá usted la inutilidad de decirle que haría si en mi puesto se encontrara?

—Despertaría sin tardanza a la marinería que duerme y celebraría consejo con el pasaje. — ¡Todo el mundo al puente! — bramó con voz que hizo potente el miedo.

Como el barco no tenía segunda que repitiera la orden del capitán, el contramaestre gritó inmediatamente el conocido grito que llama a la marinería libre de servicio en auxilio de la que lo tiene. Los marineros, eran buenos y sabían su obligación, saltaron de sus hamacas y subieron corriendo al puente, todos medio desnudos. El capitán se volvió hacia mí como para interrogarme.

—Usted, mejor que yo, debe saber el truco que puede aguar el barco — le dije —. Dé sus órdenes en consecuencia, pues si no me engaño, la vista, el barco enemigo continúa ganándonos rápidamente.

—¡Cargad toda la mesana y los masteleros!

—gritó el capitán.

Mientras los marineros ejecutaban la orden, volvíase hacia mí diciendo:

—Creo que no podemos con más trazo; vea usted, caballero, cómo se cimbra el palo de la cofa... parece una varilla de acero.

—¿Levala plios de repuesto?

—¡Oh, sí, señor! Pero ya sabe usted que un barco supone una pérdida de consideración para los armadores.

—¿Y nunca usted evitara esa pérdida dejando que apresen su barco?

—Hay otro motivo además — replicó el capitán, dándose cuenta de la ironía que encerraban mis palabras —. La Bella Levantina hizo agua siempre que quisimos fatigarla demasiado.

—¿Tiene buenas bombas?

—Sí, señor.

—Entonces mande apagar la vela del juanete, púeshe a las que están bien desplegadas, y luego veremos si conviene cargar también las superiores.

No pudo contestarle el capitán: tan grande fue su sorpresa al escuchar cómo pensaba ya en tratar al barco.

En aquel punto comenzaron a aparecer los pasajeros sobre el puente. Obligados a levantarse cuando estaban enfrascados a su primer sueño, ofrecían unas caras tan grotescamente descaídas, que no me habría sido posible conservar mi hilaridad de haber sido otras las circunstancias. Entre los que sobresalían estaba el pobre Apostoli, que me preguntó con voz dulce y triste sonisa:— ¿Dices me hacía que no disfrutaba de un sueño tan tranquilo como el que acaban de turbarme sin piedad.

— ¡Hay, mi querido Apostoli! — contesté —, que en este momento jugamos al escondite con sus antepasados de usted, y que, si nos faltan buenas piernas, tendremos necesidad de excelentes brazos.

— ¡No sé de cara algún pirata?

— ¡Si así, ¿qué le importa? — le dije —, y podrá ver al enemigo.

— ¡Es verdad! — exclamó Apostoli —, ¿Y no podemos aumentar trazo?

— ¡Si, sí! — contesté —. Aun nos quedan algunas varas, pero no ganaremos gran cosa extendiéndolas. La situación es grave.

— ¡Basta en este momento! — exclamó Apostoli. Lanzóse en medio del grupo de pasajeros a quienes el capitán explicaba la situación comprometida en que nos encontrábamos, y con toda la fuerza de su voz delatada, gritó:

— ¡Señores! Nos encontramos en una de esas circunstancias que exigen resoluciones urgentes; rápidas y energías. Nuestra vida, nuestra libertad, nuestra fortuna, todo depende de un orden: bien o mal dada, de una maniobra bien o mal hecha. Y el único que tiene capacidad para hacerlo es aquel señor — terminó Apostoli, extendiendo el brazo hacia mí.

— ¡Si... sí! — gritaron todos a coro —, ¿Que sea nuestro capitán ese oficial inglés!

— Señores — contesté, levantándome —, como aquí no se trata de fórmulas vanas de figura ni de un caso baladí de superioridad, sino de una cuestión de vida o muerte, acepto; mas no sin explicar de antemano cuáles son mis intenciones.

— ¡Hable! — gritaron todos.

— Miré de nuestro enemigo mientras me sea posible, y espero, gracias a las condiciones marinerías del barco, arribar a algún puerto, que pudiera ser Seyros o Metelin, antes que el corsario nos aprese.

— ¡Bueno! — ¡Muy bien!

— ¡Bueno! — ¡Muy bien!

— ¡Bueno! — ¡Muy bien!

— ¡Bueno! — ¡Muy bien!

— ¡Bueno! — ¡Muy bien!

— ¡Bueno! — ¡Muy bien!

— ¡Bueno! — ¡Muy bien!

— ¡Bueno! — ¡Muy bien!

— ¡Bueno! — ¡Muy bien!

— ¡Bueno! — ¡Muy bien!

— ¡Bueno! — ¡Muy bien!

— ¡Bueno! — ¡Muy bien!

— ¡Bueno! — ¡Muy bien!

— ¡Bueno! — ¡Muy bien!

y el pasaje... ¡Hurra por el capitán inglés! ¡Hurra por el que hasta ahora ha sido nuestro capitán!

— Señores, acepto — contesté, estrechando la mano del capitán —. Silencio ahora.

— ¡Calló todo el mundo, en espera de las órdenes que desde luego comprenderían que iba a dar.

— Señor contramaestre — dije al timonel —, consulte usted el compás y dígame a qué distancia estamos de esos bribones, a fin de que vea yo si mi cálculo concuerda con el niño.

— El contramaestre hizo el cálculo.

— ¡Los tenemos a dos millas, señores! ni brazos ni mi brazo menos.

— ¡Está muy bien — contesté —. Vamos ahora a ver, señores, lo que sabe hacer La Bella Levantina en momentos de peligro... ¡Atención! ¡Cargad las velas de los puantes mayor y menor! ¡Desplegad las altas del foque de caza y del foque segundo! Hecho eso, no quedará en La Bella Levantina una pulgada de trazo que no esté desplegada al viento.

— ¡Obedecieron los marineros con exactitud y precisión que indicaban la importancia que todos concedían al resultado de mi orden. En efecto, era el esfuerzo supremo del buque, y si cargado con todo aquel suplemento de velas, no dejaba atrás a su perseguidor, habría que prepararlo todo para el combate.

La nave, desde que sintió la impulsión de las nuevas velas que acababan de ser desplegadas, se inclinó más todavía del lado del viento, y como que salían del mar, y confiada con su codo que salían del mar, y confiada con su

afilada proa el elemento líquido, que saltaba, convertido en nasa hirviendo de espuma, hasta lo más alto del puente.

Yo, mientras tanto, confiando en la pericia del timonel, había tomado de nuevo el anteojo y examinado con detenimiento el buque corsario, el cual había desplegado también todas sus velas y volaba al impulso de éstas y

del viento, como que salían del mar, y confiada con su codo que salían del mar, y confiada con su

afilada proa el elemento líquido, que saltaba, convertido en nasa hirviendo de espuma, hasta lo más alto del puente.

Yo, mientras tanto, confiando en la pericia del timonel, había tomado de nuevo el anteojo y examinado con detenimiento el buque corsario, el cual había desplegado también todas sus velas y volaba al impulso de éstas y

del viento, como que salían del mar, y confiada con su codo que salían del mar, y confiada con su

afilada proa el elemento líquido, que saltaba, convertido en nasa hirviendo de espuma, hasta lo más alto del puente.

Yo, mientras tanto, confiando en la pericia del timonel, había tomado de nuevo el anteojo y examinado con detenimiento el buque corsario, el cual había desplegado también todas sus velas y volaba al impulso de éstas y

del viento, como que salían del mar, y confiada con su codo que salían del mar, y confiada con su

afilada proa el elemento líquido, que saltaba, convertido en nasa hirviendo de espuma, hasta lo más alto del puente.

Yo, mientras tanto, confiando en la pericia del timonel, había tomado de nuevo el anteojo y examinado con detenimiento el buque corsario, el cual había desplegado también todas sus velas y volaba al impulso de éstas y

del viento, como que salían del mar, y confiada con su codo que salían del mar, y confiada con su

afilada proa el elemento líquido, que saltaba, convertido en nasa hirviendo de espuma, hasta lo más alto del puente.

Yo, mientras tanto, confiando en la pericia del timonel, había tomado de nuevo el anteojo y examinado con detenimiento el buque corsario, el cual había desplegado también todas sus velas y volaba al impulso de éstas y

del viento, como que salían del mar, y confiada con su codo que salían del mar, y confiada con su

afilada proa el elemento líquido, que saltaba, convertido en nasa hirviendo de espuma, hasta lo más alto del puente.

Yo, mientras tanto, confiando en la pericia del timonel, había tomado de nuevo el anteojo y examinado con detenimiento el buque corsario, el cual había desplegado también todas sus velas y volaba al impulso de éstas y

del viento, como que salían del mar, y confiada con su codo que salían del mar, y confiada con su

afilada proa el elemento líquido, que saltaba, convertido en nasa hirviendo de espuma, hasta lo más alto del puente.

Yo, mientras tanto, confiando en la pericia del timonel, había tomado de nuevo el anteojo y examinado con detenimiento el buque corsario, el cual había desplegado también todas sus velas y volaba al impulso de éstas y

del viento, como que salían del mar, y confiada con su codo que salían del mar, y confiada con su

afilada proa el elemento líquido, que saltaba, convertido en nasa hirviendo de espuma, hasta lo más alto del puente.

Yo, mientras tanto, confiando en la pericia del timonel, había tomado de nuevo el anteojo y examinado con detenimiento el buque corsario, el cual había desplegado también todas sus velas y volaba al impulso de éstas y

del viento, como que salían del mar, y confiada con su codo que salían del mar, y confiada con su

afilada proa el elemento líquido, que saltaba, convertido en nasa hirviendo de espuma, hasta lo más alto del puente.

Yo, mientras tanto, confiando en la pericia del timonel, había tomado de nuevo el anteojo y examinado con detenimiento el buque corsario, el cual había desplegado también todas sus velas y volaba al impulso de éstas y

tiempo se recogiera en su camarote.

— ¡Ahora, capitán — dije a éste, luego que quedamos solos —, podemos enviar a descansar a la mitad de la marinería, el viento continúa favorable, y aun así un muchacho podría conducir el buque; pero si cesa, tendremos necesidad de todos los brazos, y para entonces, nos convendrá mucho que estén descaídos.

— ¡Los que no estén de servicio, a sus hamacas! — gritó el capitán.

Cinco minutos después no quedaban en pie más que los hombres estrictamente necesarios para las nuevas órdenes.

La Bella Levantina seguía deslizándose sobre las olas como una gaviota. En cuanto a nuestro corsario, al cabo de media hora había perdido un cuarto de milla más. Era, pues, evidente que, si no sobrevinieran cambios atmosféricos hasta el día siguiente, antes que éste terminase nos encontraríamos fondeados en cualquier puerto del Archipiélago.

Rápidamente, como había ya hecho en mi carrera, todo vez, de un salto, desde guardamarina moderno había pasado a capitán. Lo notable del caso es que, ¡hasta qué punto ciega el orgullo humano!, dando al olvido que aquella promoción momentánea había sido hecha a bordo de un pobre barco mercante, rebosaba satisfacción por verme en una posición que no debía durar más tiempo que el que durase el peligro. Tuí por lo serio mi interinidad, me consideré capitán, y ¡borré ya que no otra cosa, alejar los tristes pensamientos que tormentaban mi alma. Mentalmente me consideraba ya un Hove o un Nelson.

Al fin, a eso de las dos de la mañana, teniendo en cuenta que seguíamos alejándonos del buque pirata, en la dirección del nuestro al punto de perderlo, coloqué de vigia al contramaestre, me arrojé en mi cama y me acosté sobre un pedrero.

Ignoro el tiempo que llevaría durmiendo, cuando creí oír pronunciar mi nombre, y caí al mismo tiempo, que me tocaban un hombre. Inmediatamente abrí los ojos y vi delante de mí al contramaestre.

— ¿Qué pasa?

— ¡Señor! — pregunté vivamente, recordando que le había dado orden de despertarme si ocurría algo malo.

— ¡Hay que se han realizado sus temores: el viento cesó y no andamos.

Mala, muy mala era la nueva; pero, por lo mismo que se trataba de un contratiempo grave, era forzoso afrontarlo sin pérdida de momento. Tiré mi codo sobre el puente, resolví estudiar el cielo por mi anteojo, y al efecto, me así a las cuerdas del palo de mechina y traté de alcanzar el crucero del puente menor. Algunas ráfagas cruzaban de tanto en tanto, mas apenas si bastaban para hinchar las velas más altas y zarandear nuestro gallardete. Volví entonces los ojos hacia nuestro enemigo: aun se veía como un punto blanco en el horizonte, pero no se había perdido. Era evidente que había puesto sus esperanzas en la calma del viento que nosotros temíamos, y que continuó la calma sin cesar. Debería encontrarse a tres leguas de nuestras aguas por lo menos.

Examiné todo el horizonte, viendo que estábamos a la altura del cabo Cabo, el antiguo Lectum Prononotium. Teníamos delante de nosotros, por Este-sudeste, a Metelin, en cuyas montañas distinguía yo perfectamente, y a Seyros, cima de Aquiles y tumba de Tesco; pero nuestro buque se distaba siete leguas de la primera y de las otras mencionadas y diez de la segunda.

De haber durado tres horas más el viento, nos hubiésemos salvado; pero ya no podíamos contar más con alguna ráfaga, pues seguramente dentro de breves minutos moriría hasta el último soplo.

Sin embargo, como quiera que yo estaba resuelto a tentar todos los medios y a esperar hasta contra la esperanza, bajé al puente y mandé arriar todas las velas bajas, no de-

— ¡A menos que... — repetió Apostoli.

— A menos que, repitiéndose lo que con frecuencia sucede, caiga el viento una o dos horas antes de la salida del sol.

— ¿Y si ocurriera eso? — preguntaron los pasajeros.

— Si ocurriera eso, sería otra cosa; habría que pensar, no en huir, sino en batirse. De aquí a las cuatro de la mañana, les garantizo que nada tienen que temer: retirense, duerman tranquilos, y espero.

Retirándose los pasajeros: Quiérase desear Apostoli, pero le exige que sin pérdida de



jando más que las de los masteleros y juanetes y las más altas. Respiró *La Bella Levantina* al verse libre de tanto trapo, y avanzó, aspirando los soplos últimos del aire, media legua más, para degüesarse al fin, con las velas flácidas, pendientes a lo largo de sus mástiles raqueros y de sus grandes palos. La brisa había quedado el último soplo.

Entonces pudo colocar las velas en forma que pudieran ser desplegadas en cualquier momento dado, y como nie preguntara el contramaestre qué debíamos hacer, contestó:

—Que toquen inmediatamente zafarrancho de combate.

## XXII

Segundos después de haber sonado los pocos inclonidos instrumentos que llamaban a la dotación a las armas, todo el mundo se encontraba en el puente. La confusión fue tan espantosa, que me hizo comprender al momento la necesidad de imponer a bordo una severa disciplina. Hice que toda la marinería pasara a proa, y reuniendo en popa a los pasajeros, les expliqué cómo, conforme tenía, había caído el viento al ananecer, y para que todos se dieran cuenta cabal de la gravedad de nuestra situación, les mostré con una mano nuestras velas flácidas, y con la otra el buque enemigo que comenzaba a aumentar de tamaño, no impulsado por el viento, del cual carecía lo mismo que nosotros, sino surcando las aguas a fuerza de remos.

No nos quedaba otro recurso que prepararnos a resistir con ánimo esforzado el ataque, toda vez que, dentro de cuatro horas, si el buque pirata continuaba moviéndose como encones, sobrevendría el abordaje que no vía manera de esquivar.

Tal vez se hubieran acordado los honrados mercaderes a quienes dirigía la palabra, si se tratara de un caso de defensa, de ir a la vista, pero como veían en peligro sus mercancías, les encontré bravos como leones.

Aproveché la buena voluntad general para escoger, entre los pasajeros que me parecían más resueltos, cierto número de combatientes, encargando a los restantes la preparación de pólvora y proyectiles, bajo la dirección de un marinero que había sido artillero de un buque sardo. Lo que no pude conseguir fué que Apostoli bajase con los últimos a los pañoles de municiones: por primera vez resistió tenazmente mi voluntad, declarando que por nada del mundo se separaría de mí, y que mientras durase el peligro. Resolví, pues, tenerlo junto a mí, confiándole el cargo de ayudante.

Designados los puestos y libre el puente de gran parte del pasaje, toda la hencia, y desobediendo a lo que yo ordenaba, se fueron a ejecutar mis órdenes, la acerqué a mi boca y grité:

—¡Atención!

Todos los ruidos cesaron como por encanto, y todo el mundo esperó, dispuesto a obedecer.

—¡Un hombre a las barras del juanete para espiar el viento! ¡Ropas y hamacas a la borda! ¡Las armas al puesto!

Se destacó inmediatamente un hombre que trepó por la escala del palo mayor y se encaramó en el puesto indicado, mientras desaparecían otros por portas y escotillas para reaparecer segundos después cargados con sus hamacas y ropas que sujetaron a la murralla hecha de lana alquitranada, y el contramaestre, a quien había nombrado capitán de armas, dispuso los fusiles en pabellones y colocó en sitios convenientes las hachas de abordaje y los sables.

—¿Qué te parece, mi bravo hijo de Atos? —le dije—. ¿Vamos a batirnos griegos contra griegos, hermanos contra hermanos, Atica contra Mesenia?

—Desgraciadamente así es —contestó Apostoli.

Interumpí mi conversación con Apostoli para ordenar:

—Que el capitán de armas nombre personal para el servicio de los dos pedreros y de la pieza de ocho y prepare en las vergas convenientes los garfios de abordaje.

Transcurrió un rato, se presentó ante mí el contramaestre diciendo:

—Capitán... están cumplidas sus órdenes, ¿mande usted algo más?

—Que el carpintero y el calafate, si es que lo hay a bordo, preparen, alrededor del casco del buque, cabos provistos de grapas y de cinturones; que preparen los tapones de madera, las pelotas de escopa y las planchas de plomo, y que no olviden los vasos y sacos, por si algún hombre cae al agua.

Alcédí un rato de silencio mientras ponían en práctica las nuevas instrucciones, y luego, cuando todo volvió a quedar tranquilo, pregunté al vigía:

—¡El! ¿Respira el viento por las alturas? —No, señor —contestó el marinero—. No pasa ni una ráfaga. Si no nos lo trae aquella nubecilla negra que se distingue allí dentro, detrás de Svros, temo que nos pasaremos todo el día sin él.

Volví mis ojos hacia el punto indicado por el marinero y vi apuntar en el horizonte una nubecilla que, desde el sitio donde yo me hallaba, parecía la cabeza de un escollo perdido en medio del otro mar inmenso que llamamos cielo. Por nosotros, la nube representaba una esperanza: dada la situación crítica en que nos encontrábamos, preferible mil veces era una tempestad que un combate, y a trueque de librarnos de este último, sin inconveniente y a cualquier precio que fuera nos hubiese convenido comprar el viento.

Por lo pronto, todo estaba en calma, el mar parecía un espejo inmenso, y excepción hecha de aquel punto negro, imperceptible a todo ojo que no fuera de un marino, la mancha más púrpura no empañaba el hermoso azul del cielo.

—¿Cuánto tiempo calcula que tardarán en llegar a nuestras aguas al paso que avanzan? —pregunté al contramaestre.

—Tres horas más o menos.

—Lo mismo creo. Tengas sobre los puertos y los castillos abundantes baldes llenos de agua dulce para que los combatientes puedan refrescar sus gargantas durante el combate. Como no nos sobran brazos, a fin de que nadie tenga que abandonar su puesto, designaré a usted dos hombres para que se encarguen de llevar los baldes a donde convenga.

—Esa muy bien.

—Hermano —terció Apostoli—, si no me engaño, nuestro perseguidor varía el rumbo. Es probable que nos haya visto, engañado, que nuestra alarma sea infundada, que no hayan pensado siquiera en darnos caza.

Tomé vivamente el anteojo y vi que, en efecto, si el supuesto pirata continuaba navegando en la misma dirección que acababa de tomar, nos pasaría a una o dos millas por popa. Había doblado, al parecer, el cabo, poniendo rumbo a Porto-Petera, la antigua Methymna.

—Por mi alma que es verdad! —exclamé—. Declara, Apostoli, que quisiera haberme equivocado.

Viendo que movía la cabeza el contramaestre, después de escuchar mis palabras, pregunté:

—¿Qué piensa usted de esto?

—Pienso, capitán, que vieron lo que nosotros, el punto negro que asoma por aquella parte, que mueve el viento, y que quieren colocarse entre nosotros y Metelin a fin de evitar que nos escapemos de sus garras tomando tierra.

—¿Tiene más razón que un santo! No sé cómo no lo adviné en seguida, pues eso sal-

a la vista. Si, si; su intención no puede estar más clara... ¿Nada de viento?

—Ni un aliento —respondió el contramaestre.

—¿Pues que sea lo que Dios quiera!

Cuatro horas nos pasamos esperando, pues el viento que dieron los piratas fue parte a que nos pasásemos los mismos tiempos. Habían pasado por nuestra popa, a una legua aproximadamente de distancia, y descrito un semicírculo extensísimo para colocarse a babor de nuestro buque. Antes los teníamos a estribor. La distancia interpuesta entre los dos buques sería aún de tres millas cuando el vigía gritó:

—¡Una ráfaga!

Di un salto.

—De dónde viene? —pregunté.

—Oeste-sudeste.

—¿Y bien? —inquirió Apostoli.

—Pues que no podía sernos más endiablada mente contraria, y que comienzo a creer que todo el infierno se nos declaró en contra. —No digas semejantes cosas en el trance en que nos encontramos, hermano.

—¿La vido? —pregunté al contramaestre.

—Sí, señor... ¡denudado bien.

—No nos queda más que una probabilidad de salvación: virar en redondo al primer soplo de viento que nos llegue, y huir a vela desplegada, aunque hayamos de volver al sitio de donde hemos salido.

—Es imposible hacer esa maniobra sin recibir dos o tres andanadas, y hay que tener muy presente que, a la menor avería que sufra nuestra arboladura, caeremos en poder de los piratas.

—¿Conoce usted algún otro medio de salvación?

—Ninguno, capitán —contestó el contramaestre.

—Comprenda, pues, que el único que podemos intentar es el que propongo... ¡Eh...! ¡viga! ¿Se hace ya constante el viento?

—Sí, señor.

—¡Eh...! —gritó Apostoli—. El pirata enciende otra vez el rumbo.

En efecto: pudo ver que, sin más auxilio que el de sus remos y de su timón, viraba en redondo con tanta facilidad como pudiera hacerlo un botecito. Los piratas habían sorprendido nuestras intenciones y aprestábanse a ganarnos el viento.

—¿Sabe usted muy bien su oficio, capitán —me dijo el contramaestre—; pero hay que confesar que nuestro enemigo conoce a maravilla el suyo.

—¡Buena! —exclamé—. ¡Espero que le ganaremos en velocidad!... ¡Atención todo el mundo!

La contestación fué un grito unánime de toda la tripulación.

—¡Cargad la mesana y la vela mayor! ¡Lad lad lad! ¡dejar muy tirantes los masteleros de sostenida! ¡vaya mayor! ¡la barra del timón a toventar! ¡Arrad los cabos de la viga mayor, trinquete y bauptés! ¡May bien valiente! Ya tenemos a *La Bella Levantina* virando, y dentro de un momento la veréis volar, cual hija bien educada que corre delante de su madre. ¡Orientad bien las velas de popa! ¡Cambiad el timón!... ¡¡¡¡¡Escotad los escotes de los foques y del estay! ¡¡May bien! ¡¡May bien! —gritó a coro toda la marinería—, ¡está marchando!

En efecto, después de retroceder algunas varas, el buque, impulsado por los dos últimos velas que yo había mandado desplegar, comenzó a obedecer al viento y, puesta la proa a Lemnos, volvió sobre la ruta que habíamos seguido ya. Miré entonces al buque pirata, que había maniobrado también mientras nosotros hacíamos nuestra evolución, y aparecía cargado con sus tres velas. Ambas naves navegaron en línea casi paralela que se iba doblando en un punto dado. Todo era cuestión de velocidad, pero, de todas suertes, aun suponiendo que nosotros lográramos evitar el abordaje, habríamos

le pasar furiosamente lazo sus fuegos.

Tan cerca estábamos del jabeque pirata, que en necesidad de ello podíamos apreciar lo que pasaba en él, hasta en sus detalles más ínfimos. Era un verdadero buque de presa; una nave prolongada como una piragua, de dos palos inclinados hacia adelante en ángulo de unos tres grados, con sus correspondientes velas latinas envergadas por su lado mayor a una entera amantura más larga que el palo. Como media octavo, contaba el buque con dos cañones a proa y veinticuatro pedreros emplazados sobre cubierta. Los remeros, cuyas cabezas cubiertas con gorros griseos distinguíanlos perfectamente, estaban sentados, no sobre bancos, sino sobre los travesaños de las escotillas, y apoyaban sus pies en otros travesaños dispuestos en sentido opuesto. Como el viento era muy suave, sus remos daban una ventajosa cadencia sobre nosotros, tanto, que hubo de comprender que, por grande que fuera nuestra diligencia, habíamos de pasar fatalmente a tiro de pistola del jabeque latino.

Di las últimas órdenes que consistieron en colocar a esbirros los tres únicos cañones con que contábamos, en distribuir entre la marinería y el pasaje fusiles, trabucos, hachas y sahos, en hacer subir al puente algunos cañones, en mandar que subieran a las vergas una docena de hombres, a fin de poder hacer fuego de artillo abajo.

A los preparativos siguió un momento de silencio solemne y terrible. Mientras tanto, el punto negro de Seyros había extendido sobre todo el horizonte meridional y amenazado convertirse en tempestad. De vez en cuando llegaban hasta nosotros ráfagas intermitentes y capriciosas, que nos pedían y asustaban que, cuando de improviso, dejaban nuestras velas suspendidas a lo largo de los palos: olas gruesas, que parecía que se formaban en lo profundo del abismo para subir a la superficie, habían cubierto el mar de una sábanas de agitada espuma; pero todos estos síntomas, que en cualquier otra ocasión nos hubieran preocupado, carecían de importancia para quien, como nosotros, encontramos en el peligro mayor.

Los dos buques se acercaban insensiblemente sin que ninguno colirase una ventajosa acuada: mediaría entre ellos una distancia de una milla, y divisábase perfectamente, sobre la cubierta del pirata, la dotación, que sería doble que la nuestra, haciendo los últimos preparativos para el combate.

La duda ya era imposible: eran piratas y estaban resueltos a atacarnos. De repente vino que la cubierta de nuestro enemigo se cubría de humo y al mismo tiempo, antes que el viento nos trajera entre sus alas el ruido de la detonación, cayó una verdadera lluvia de metralla a poca distancia de nuestro buque. Los piratas, impulsados por las ansias que de apresarnos sentían, habían calculado mal las distancias y hecho fuego desde muy lejos.

—Si usted me diera permiso, señor, le dije el contramaestre, por mi parte, toda vez que esos señores han tenido la delicadeza de saludarnos, no tendría inconveniente en devolverles la atención. Precisamente tenemos ahí —añadió, señalando con el brazo extendido la pira de ocho — una persona admirablemente educada, y tan discreta, que muy contadas veces habla. Pero cuando se decide a hacerlo, una palabra suya vale más que toda la charla que podamos de oír.

Túcle a la lengua, amigo mío — contesté —, pues a fe que tengo deseos de oírle hablar. Presumo que habrá sido usted el encargado de su educación, y no dudo que, en las circunstancias delicadas en que nos encontramos, ha de hacer honor a su maestro.

—Solo espera sus órdenes, señor: pero, como se precia de ser obediente, desea que se le den instrucciones.

—¿Que dirija sus palabras al casco: es lo mejor.

Apuntó el contramaestre, y dijo:

—¡Fuego!

A la voz de mando siguió inmediatamente la ejecución: La *Bella Levantina* envió entre llamas, por uno de sus costados, un mensajero de muerte que fue a dar entre los remeros, siendo fácil advertir, por el desorden que ocasionó, que su elocuencia fue aporreada.

—¡Bravo, maestro! — gritó yo. — Su discípulo lo hace maravillas; pero supongo que no nos dejamos con la vida en los brazos.

—¡Ah, no, señor! — contestó el contramaestre, que principiaba a tomar gusto a la cosa —. Rosalia, que es el nombre que le di, en honor a la patrona de Palermo, se parece a mi difunta madre, que cuando soltaba la sin hueso no había manera de hacerla callar... ¿Qué hacéis ahí vosotros, mano sobre mano? ¡Cargad!

Mientras se cumplía la orden, los costados del jabeque latino despedían nubes de humo, y como los dos buques se habían aproximado mucho, llegó al nuestro una verdadera granizada de hierro. Un hombre cayó precipitado desde las gaviotas al puente, caída que los piratas saludaron con estruendosos gritos de alegría.

La muerte, que había hecho una visita a La *Bella Levantina*, acababa de volver a bordo del jabeque montó en el proyectil que envió nuestro contramaestre, arrojando imprecaciones de cólera a los que momentos antes aullaban de júbilo: él disparó, más certero que el anterior, había atravesado la muralla y despedazado a dos artilleros.

—¡Rosalia había cada vez mejor, amigo mío! — exclamé —. Pero veo ahí dos pedreros mudos como costales: ¿es que han resuelto no dejarnos sublevar las armonías de su voz?

—Todo se andará, señor, todo se andará. Cada cosa en su tiempo, que no tardaremos en quitarles la mordaza. Parapetados detrás de la muralla, amigos, pero en seguida, pues vamos a recibir visita.

Efectivamente: un nuevo huracán de fuego cruzó los aires y vino a caer silbando sobre el puente, matando otros hombre e hirviendo a dos o tres más.

Atronaron los aires nubes negras del jabeque, pero, repitiéndose lo de la primera vez, fueron interrumpidos por la descarga triple de nuestros pedreros y de la pieza de ocho. Vimos que caían tres remeros, que fueron inmediatamente reemplazados, y el combate continuó sin interrupción, más furioso y encarnizado que antes, pues el capitán de los piratas principió a tener que no llegaría a tiempo para abordarlos, contratiempo que intentaba evitar multiplicando sus órdenes y excitando a sus remeros desde el castillo de popa. El tenor del capitán pirata, que en nosotros era convicción, nos daba nuevos bríos. En la lucha de los hombres quisieron tomar activa parte los elementos; el huracán saltó y comenzó a bramarse el trueno. Este nos envió con sus bramidos ráfagas de aire que dieron gran impulso a La *Bella Levantina*.

—¡Amigo, hijos míos, ánimo! — gritó yo —. ¡Ya veis que hasta el cielo se pone de nuestra parte, que el huracán nos arrastra como por la mano! Poco daño nos hicieron hasta ahora, pues preferible es perder carne a perder madera.

—A cada puerco le llegará su San Martín, señor — replicó el contramaestre, apuntando sus palabras —. Cuando los bayanes rebasado será cuando nos tengamos a pedir de boca, cuando dará principio el verdadero baile, pues podrán hacernos fuego con sus dos cañones de proa... ¡Fuego!

Las descargas de los dos buques fueron simultáneas, pero tal preocupación habían engendrado en mí ánimo las últimas palabras del contramaestre, que no presté atención a los efectos de ninguna de las dos. El borde de algunos laneros, miré en derredor y vi dos hombres que se retiraban en agonías de muerte. Inmediatamente llamé a dos marineros.

—Los muertos molestan en cubierta — les dije a media voz —, pues no sólo esorban las manibras, sino que desaniman a los vivos. Vais a recogerlos y bajarlos a los sollados, donde los arrojéis al mar por babor, a fin de que los piratas no vean la operación.

Los dos marineros fueron a cumplir la orden y yo volví mis ojos a nuestro enemigo.

Habíamos llegado a una nueva muestra de nuestra carrera, y conforme voy esperó, los primeros, pero nos encontramos tan cerca del buque pirata, que un hombre hubiera podido tirar una piedra desde uno de los buques al otro. Me pareció que era el momento de hacer entrar en funciones la mosquería, y mandé hacer fuego: en mis oídos resonó al mismo tiempo la voz del capitán pirata que daba la misma orden, y en aquel punto comenzaron a sonar las descargas, que no se interrumpieron ya.

Haciendo esfuerzos verdaderamente titánicos, los remeros del jabeque lograron colocarse a nuestra altura; pero, gracias al viento, que vino en nuestra ayuda, no tardamos en rebasarlos. Nos largaron entonces, desde unos cuantos pasos de distancia, una descarga terrible, a la que respondieron, como pudimos, con nuestras tres piezas y nuestra fusilería. Seguidamente el jabeque entró en nuestra estela y dió comienzo la caza.

No habían transcurrido tres minutos cuando oímos el estruendo producido por las dos grandes piezas de artillería enemiga. Uno de los proyectiles hundióse, casi a flor de agua, en nuestro castillo de popa, mientras el otro atravesaba toda nuestra artiboladura, bien que sin causarnos otros daños que agujerarnos la cangreja, la mesana y el foque.

—¡Ha principiado el juego de bolas, señor — dijo el contramaestre —. Este puede sernos peligroso.

—¿Pero no podría trasladar la Rosalia a popa, y corresponderles, ya que no en su misma moneda, en otra equivalente? — pregunté.

—¡Ya lo creo! De ello nos estamos ocupando, como puede ver... ¡Vámonos, mandaría! — exclamó el contramaestre, dirigiéndose a uno de los marineros a quien viv sacudiendo la mano derecha, cuyo pulgar se había aplastado —. ¡Ayuda a mover la rueda, y luego curará esa carnicía!... ¡Así!... ¡Muy bien!

No había habido tiempo para cargar la pieza, cuando sonó otra detonación seguida de espantosos crujidos. Al mismo tiempo por todas partes sonaron voces de alarma que gritaban:

—¡Cuidado, capitán!

Levanté la cabeza y vi que el mastelero de sobremesa, partido un poco por encima de la gavia de mesana, vacilaba y tambaleábase como un árbol atacado por su base, se inclinaba hacia el costado al peso de sus velamen, y concluía por abalarse a esbirros. Toda la popa quedó cubierta de pedras, de maderas y de cuerdas, y el buque, farto de sus dos velas más importantes, de las que más falta le hacían para huir viento en popa, aninóse bruscamente su marcha.

—¡Picadlo todo! — grité a voz en cuello, sin tomarle tiempo para llevar la bocina a mi boca —. ¡Picadlo todo, y al mar!

Los marineros, comprendiendo la urgencia del caso, lanzáronse como riges sobre las cuerdas y, utilizando sus hachas, sus sahes y sus cuchillos, no tardaron en cortar hasta el cabo que sujetaba el mastelero de sobremesa al palo mesana, y luego, reuniendo sus fuerzas, arrojaron por la borda mástiles pequeños, velas y cuerdas.

La maniobra fue ejecutada con rapidez maravillosa, pero, esto no obstante, hubo de comprender la imposibilidad de evitar el abordaje. Tendí mis miradas en derredor y vi que habíamos sufrido grandes pérdidas. Tres o cuatro marineros yacían sin vida, otros tantos habían sufrido heridas graves, y no pocos, le-





a la isla de Nece; el capitán mandó que, sin pérdida de tiempo, fuerá botada la chalupa al mar. Apostoli le dijo que él se encargaría de buscarle, que era mi hermano de corazón y que, con la ayuda de la Virgen, me encontraría. El capitán bajó a la cámara donde estaba su hijo, y Apostoli embarcó en la chalupa. A la luz de los relámpagos, los hombres enviados a buscarme vieron flotar algo blanco y lo reconocieron: era mi ropa.

Seguros desde aquel momento de encontrarme sobre mi pista, recobraron valor y esperanzas, y suponiendo que mi intención era ganar la isla, bogaron en dirección a la misma. No se engañaron: al cabo de media hora, otro relámpago les permitió ver a un hombre que luchaba desesperadamente contra la muerte: llegaban hacia él la chalupa, y parece que llegaron en el momento en que yo iba a desaparecer para siempre.

Terminaba Apostoli de darme esta explicación, cuando la puerta de mi cámara se abrió para dar paso al capitán. Reconoció inmediatamente a mi adversario, aunque la expresión de su rostro no podía ser más diferente. Su aspecto era tan abaritado como terrible y fiero (pero yo me venía a mí como enemigo, sino como suplicante. Viendo que yo había recuperado las facultades, precipitose hacia mi cama y exclamó, en idioma francés:

—[En nombre del Cielo... por Dios y por la Virgen, señor médico, salve usted a mi Fortunato, y pídale lo que quiera!]

—Ignoro si podré salvar a tu hijo —contestó al pirata—; pero sé, ante todo, que no caga en la cabeza de ninguno de mis prisioneros que has hecho: la vida de tu hijo me responde de la del último de mis marinos.

—[Salva a Fortunato! —repitió el pirata—. ¡Salve, y con mis propias manos estrangularé al que os tocó uno solo de los cabellos de tus tuyos! Pero, a tu vez, necesito que me jures una cosa.

—¿Cuál?

—Que no abandonarás a Fortunato hasta que haya curado o muerto.

—¡Lo juro!

—Ven, pues.

Salí de mi cama y lo seguí a la cámara donde estaba el herido. Apostoli vino conmigo.

De la misma manera que había reconocido al padre, reconoció también al hijo herido por mí. Era un joven arrogante, de negros cabellos y tez morena. Los labios del herido ofrecían un color violáceo; apenas si podía hablar, y hasta para quejarse encontraba gran dificultad: de tanto en tanto pedía agua, pues la fiebre lo abrasaba.

Me acerqué, levanté la sábana que lo cubría, y le encontré anegado en sangre. La herida, situada en la parte superior y externa del muslo derecho, era longitudinal y profunda. El punto de extensión por una de profundidad. Me bastó verla para comprender que no debía haber interesado la arteria, lo que me hizo concebir esperanzas; además, yo sabía que las heridas longitudinales son menos peligrosas que las transversales.

Hice que el herido se acostara boca arriba a fin de dar al miembro herido la posición horizontal, y lavé la herida con el agua más fresca que pudimos encontrar. Bien lavada la herida, contraí la herida, apliqué heridas, pasé una venda por debajo del muslo, crucé sus cabos, y tiré en sentido contrario hasta unir los bordes de la herida, que envolví finalmente con la venda, dejándola completamente cubierta. Hecha la cura, hice que levantase al herido para cambiar el colchón y las sábanas empapadas en sangre, y mandé que, de hora en hora, expresara sus quejas frescas. Por último, prescribí la dieta más rigurosa.

Casi seguro ya de que el herido pasaría la noche relativamente bien, pedi permiso al ca-

pitan para retirarme también yo, muy necesitado de reposo después del día que acababa de pasar. Se me concedió el permiso, a condición de que, si el enfermo sufría alguna accidente, me despertaran al momento.

Poco después me encontraba a solas con Apostoli. Hasta entonces no había podido apreciar en toda su extensión el cariño que me profesaba, y se había de esperar. No alzamos una voz más, como se abrazan los hombres a quienes reúne un milagro después de haberse separado para siempre. Luego le pregunté por la tripulación. Trece marineros y cinco pasajeros tuvieron la suerte de librarse de la carnicería; los heridos y muertos habían sido arrojados al mar, figurando entre ellos el pobre contramaestre. En cuanto a nuestro capitán, se había defendido diciendo que *La Bella Leontina* hizo resistencia contra su voluntad, y probó que, en el momento decisivo, fué el quien salvó a todo el mundo, amigos y enemigos, anegando los paños de pólvora. Apostoli confirmó sus explicaciones, y el capitán salvó su vida. Tranquilo ya sobre la suerte de todos, me acosté y quedé, seguros después, profundamente dormido.

Al día siguiente desperté, me acordé inmediatamente del herido, y aunque no habían venido a buscarme, salté de la cama y me dirigí a la cámara del capitán. Le encontré sentado junto al lecho de su hijo, a quien guiso velar personalmente. El mismo humedecía su herida cada minuto. Su rostro, duro y terrible durante el combate, reflejaba temura y ansiedad infinitas: ya no era un capitán de piratas, sino un padre angustiándose por un hijo atribulado que temblaba por la vida de su hijo. Me rendí afanoso la mano, al verme entrar, y me indicó, por medio de una señal, que guardara silencio a fin de no turbar el sueño tranquilo y reparador de su hijo.

El joven dormía apaciblemente, limpio casi de fiebre por efecto tal vez de la enorme pérdida de sangre. Escuché su respiración: era débil, pero no muy tranquila. El padre, en el caso de seguridad de que curaría a su hijo, pero como que le insté mucho, no conseguí que se apartase del lado de Fortunato.

Volví a mi habitación, donde dormí hasta las ocho de la mañana, volviendo al levantarme a visitar a Fortunato. Había despertado y tenía fiebre, pero como era el curso natural que debía seguir su curación, no me inquieté; dispuje que le dieran bebidas refrescantes y me fui a visitar a mi otro enfermo.

El estado de éste era mucho más alarmante. Sostenido durante el combate por una exaltación moral, y por el cariño fraternal que me profesaba mientras duraron los esfuerzos encaminados a salvarme, Apostoli había conseguido sobreponerse a su debilidad; pero el esfuerzo había concluido con sus energías. La noche siguiente, momentos después de dormirme y de estar ya sufriendo un acceso violento de tos que terminó con un vómito de sangre; vino luego la fiebre, y por la mañana encontré tan débil, que si siquiera intenté levantarme.

Mis conocimientos en medicina no llegaban a tanto que pudiera intentar acur su mal. Ordené esas cosas indiferentes cuyo objeto único es hacer creer al enfermo que no se han perdido las esperanzas de salvarle, y me quedé haciendo la compañía.

Entonces fué cuando se me reveló por entero aquella alma de ángel en la cual no andaba un pensamiento que no fuera santo. El infeliz no abrigaba el menor presentimiento de su próximo fin, y se creía atacado por una de esas fiebres, que en Grecia son tan comunes, y que desaparecen sin que nadie pueda decir cómo. Todo el día me lo pasé a su lado, y él no me hablaba más que de su madre, de su hermana y de su patria.

Por la tarde salí al puente. Los dos navíos, reparados en lo posible sus averías, navegaban en conserva, borbando, unas dos le-

guas mar adentro, una costa que yo había visto cuando nos acercamos a Esmirna para tomar a lord Byron, y que creía sería la de Scio.

A los primeros pasos que di por cubierta, observé que era objeto de respeto por parte de la nueva tripulación, la cual, tomándose por médico de grandes y profundos conocimientos, me saludó, conforme a la moda de Oriente, la más alta veneración. No vi sino solo viajero de *La Bella Leontina*, de lo que inferí que todos habían sido trasladados al buque pirata.

Al cabo de una hora volví a ver a Apostoli. Lo encontré más tranquilo. Tuve buen cuidado de no decirle que debíamos haber pasado a Scio, y por lo tanto, a Esmirna. Verdad es que tampoco él me preguntó nada acerca del rumbo que seguíamos; no parecía sino que le era indiferente la ruta que llevase sobre la tierra aquella alma que volaba en derrechuera al cielo.

La noche fué muy movida, como suele tenerlas con frecuencia el mar del Archipiélago. El balanceo molestó extraordinariamente a los dos enfermos, apotando sus fuerzas... y las niñas, que me acompañaban, se sintieron insoportables horas de aquella entre uno y otro. Al fin decidí decir a Constantino, que tal era el nombre del capitán pirata, que era preciso tomar tierra cuanto antes. El pirata cambió algunas palabras con su hijo y subió seguidamente al puente, con objeto, sin duda, de saber donde estábamos. Habiendo visto que doblábamos la punta meridional de Scio y que habíamos arribado, poco distés o no, a la altura de Andros, me contéstó que al día siguiente fondaríamos en Nicaria. Corrí a llevar la nueva a Apostoli, quien la recibió con su sonrisa habitual, diciéndome que tenía esperanzas de que la tierra firme le sentaría bien.

El día en cuestión era el tercero transcurrido desde que Fortunato recibió la herida, y por consiguiente, había llegado el momento de levantarse el enfermo. Me fui a verlo, cuando Constantino interrumpió mi operación para rogarme que le permitiera retirarse. Aquel hombre sanguinario, aquel hombre habituado a escenas de carnicería, no se atrevía a presenciar la cura de su hijo. Accedí a su deseo, subió el pirata al puente, y yo quedé solo con Fortunato y el joven pirata que me habían asignado como criado.

Levantado el apósito, encontré la herida un poquito inflamada. Extendí cerato sobre las nuevas hilas, volví a vendar la herida con las mismas precauciones que la vez primera, y dispuje que la humedecieran con agua mucilaginosa. Hecha la cura, subí al puente para manifestar a Constantino que la herida de su hijo había entrado en franca curación.

Le encontré con Apostoli, quien, sintiéndose un poco mejor, había querido subir a respirar el aire fresco. Me fui a verlos, y me dio la proa, fijas sus miradas en el horizonte, por donde comenzaba a brotar, seajante a un escallo, la isla de Nicaria, término por entonces de nuestro viaje. A la izquierda veíase Santos, que casi se confundía con el mar a causa del verde de sus olivares. Constantino, no bien escuchó mis primeras palabras, corrió jubilosamente a ver a Fortunato, dejándose solo con Apostoli.

En la primera vez que lo veía a la luz del sol después del combate. Confieso que, no obstante suponerle muy desmejorado, me asustaron los estragos que los tres días anteriores habían causado en su persona. Verdad es que aquellos tres días habían reunido y precipitado sobre él, en el lapso de breves horas, las emociones de todo un año. Sus pómulos estaban más salientes, sus ojos habíase agrandado muchísimo, y sus miembros inundaban la raíz de sus largos cabellos.

—Ven acá, Esculapio —me dijo sonriendo—, que quiero mostrarte la isla que ha de servir de emplazamiento al templo que vamos a cons-



trunfe, luego que nos hayas curado, Fortunato, y yo.

—¿Cómo llamas a la isla donde quieres hacerte adorar?

—¡Ah! Puedes estar tranquilo, que no te fatigarán mucho los homenajes que recibas de los hombres. En tiempo de Strabón estaba ya desierta. En cambio, escucharás noche y día los murmullos del mar, te visitarán los alcores de Delos y de Meconi, y de vez en cuando, algún pirata llegará misericordioso, cansado de dirigir una elegancia a la Virgen y otra a ti. Andando el tiempo, aborrecerá un día en que serás testigo de un espectáculo grandioso, sublime, el espectáculo de todas estas islas que nos rodean ardiendo y luciendo como faros. La cruz de fuego habrá sido vista por tercera vez sobre Constantinopla, habrá resonado de montaña en montaña el grito mágico de independencia, cuyos ecos la gran diosa Alíahna hará el cabo Sina Angel, desde el golfo de Salónica hasta Candia. Entonces verás que surcan el mar, veloces como aves de largas alas, muchos buques, en cuyas cubiertas homagiarán, no piratas, sino soldados; resonarán en tus oídos gritos de desesperación y de muerte, pero no serán los esclavos de hoy los que lancen esos gritos suprenos. De ahí puedo decirte que el Apóstol, sonriendo con dulzura infinita—que yo debo morir lejos de mi patria, no ambicionaría otra cosa que cualquiera de esos féretros que ostentan un nombre escrito desde hace dos mil años, a fin de que, si mi cuerpo no ha podido contribuir como actor a esa regeneración tan ardientemente esperada, pueda mi sombra, por lo menos, asistir a ella como espectador.

—¿Cómo se llama la gran diosa que te da esas palabras que te ha prometido resurrección sereno, pobre hijo de tiempos que ya pasaron?

—Me lo ha prometido una síbila que jamás cesó de dar oráculos: ¡una síbila que se llama Esperanza!

—Más engañadora es la síbila que acabas de nombrar que las otras, querido Apóstol, pues no he visto esas predicciones, sino en nubes, que deshace el viento.

Apóstol me miró largo rato sin despegar los labios.

—Dichoso debes ser, John, cuando no crees—replicó al fin, sonriendo como de costumbre—. El infierno extremo linda con la dicha, de la misma manera que la dicha extrema linda con el infierno.

Mientras al conversarlo, nos habíamos acercado a tierra, y estábamos dentro de un puerto pequeño donde los dos buques encontraban excelente fondeadero.

Apenas anclamos, los piratas transportaron a tierra dos tiendas de campaña, que alzaron a cierta distancia entre sí. Juntamente con las tiendas, llevaron a tierra cojines y tapices, con los cuales prepararon lechos para los enfermos, ordenándolos en forma que aquellos pudieran disfrutar de la vista de Samos, sobre la que se alzaba el pico azulado del monte Micalé. Alrededor de las tiendas emplazaron su campamento los piratas.

Terminados esos preparativos, Fortunato fue llevado a tierra y colocado en una de las tiendas, siendo la otra cedida a Apóstol. Seguidamente me obligaron a jurar por segunda vez que no intentaría huir antes que Fortunato estuviera completamente curado, después de cuya formalidad me dejaron ducio absoluto de mis actos.

Al día siguiente, Constantino envió a Samos una barca para que nos trajera viveres y frutas secas. Yo pedí que compraran una cabra para Apóstol, favor que fue otorgado en el acto con gran alegría de mi parte, que, desde aquel día, pudo alimentarse con leche al enfermo.

Fortunato me miraba rápidamente de su horquilla que comenzaba ya a cerrarse por el centro, y prometió una catrización pronta. Pero no ocurría lo propio con Apóstol, quien todas las

noches se acostaba con fiebre y todas las mañanas levantábase más débil. De día en día sus pasos eran más breves. Hasta que, al fin, concluyó por no alzarse de la puerta de la tienda. Al quedar como encadenado a ella, comenzó a darse cuenta de lo grave de su estado.

Apóstol era uno de esos hombres que saben despertar en todas las personas que les rodean sentimientos dulces, afectos tiernos, de lo que resultaba que todo el mundo le quería y le compadecía. Seguro estaba yo de que bastaría rogar a Constantino que le dejase volver a Esmirna, para que tuviera el consuelo de morir en los brazos de los suyos; y no me engañé: el pirata, lejos de oponer el menor reparo, me ofreció, en vista de que la travesía era muy corta, conducirle en una barca hasta Theos, desde donde sería transportado fácilmente a Esmirna. Me apresuré a comunicar a Apóstol la agradable nueva, pero con asombro de mi parte la recibí con gran frialdad.

—¿Y tú—no me preguntó.

—¿Cómo, y yo?

—¿Me acompañarás, hermano?

—No se lo pedí a Constantino.

Apóstol sonrió con tristeza.

—¡Ah!—repuse yo con vivacidad—. Cree, hermano, que si no se lo pedí, fué porque de antemano estaba seguro de que me negaría el favor.

—Pídeselo antes, y luego veremos qué hago yo.

Corrí adonde estaba el pirata, formulé mi pretensión, y Constantino fué a consultar a Fortunato. Pronto volvió para decirme que le había dado mi palabra de no dejar a su hijo hasta que no estuviera completamente curado, y que como aquel seguía tendido en el lecho del dolor, no podía concederme permiso para marchar.

Llevé la respuesta a Apóstol. Reflexionó éste durante breves instantes, me tomó luego las manos entre las suyas, y obligándome a sentarme a su lado, dijo:

—Escúchame, hermano: si yo hubiese podido, al darte a mi madre el asilo posero, dejarle otro hijo que me recordara a ti, hermano, mi hermana, lo habría hecho con vivo placer; pero, como eso es imposible, me parece preferible librarme del dolor de ser testigos de mis momentos últimos. He visto morir a mi padre, John, y sé lo que es esperar un día y otro día, una hora y otra hora, una curación que no viene ni puede venir, y una muerte que tarda en llegar. Más larga y terrible es la agonía del que ve, que la misma del que sufre. Todos mis esfuerzos desaparecerán a la vista de su dolor. Ahí morirá bañado por las lágrimas de mi madre; aquí moriré consolado por la sonrisa de Dios. Además, muriendo aquí, mi pobre madre podrá disfrutar de algunas horas más de tranquilidad. Me arrojé en sus brazos.

—¿Por qué das cabida en tu mente, mi querido hermano, a pensamientos tan tristes?—exclamó él, y me dijo, viéndose en un país de ambiente suave, y la dolencia que te aqueja, mortal en los climas de Occidente, apenas tiene importancia aquí. No pensemos en la muerte, sino en la curación. Más adelante, cuando te hayas restablecido, iremos juntos a ver a tu madre, que, en vez de un hijo, tendrás dos.

—¡Gracias, hermano, gracias!—contestó Apóstol con sonrisa de ángel—. Con toda el alma agradezco tus palabras. Fíjese, pero en vano es que intentes engañarme. ¿Dices que soy joven?

Intentó levantarse y cayó rendido.

—Ya lo estás viendo—repuse—. ¡Qué importancia que no tenga más que diecinueve años, si mi debilidad es mayor que la de un viejo! Vivo en un país de ambiente suave y delicioso, y sin embargo, el ambiente que respiro abrasa y reseca mi pecho. De día en día, hermano querido, se hace más espeso el velo interposto entre mi vista y los objetos que me rodean. Pronto, el sol más esplendoroso me parecerá un espectáculo, y desde el crepúsculo pasará insensiblemente a la noche. Cuando eso suceda, neces-

sito, John, que me prometas cumplir lo que voy a pedirte.

Por medio de un movimiento de cabeza le indiqué que podía hablar.

—Después que haya muerto—me dijo—, cortarás mis cabellos y sacarás ese anillo de mi dedo. Los cabellos serán para mi madre, el anillo para mi hermana. Tú serás quien les lleves la noticia de mi muerte. Entrarás en la casa como los mensajeros antiguos: llevando en la mano un rano de verberna, y, como ellas no habrán oído nada de mí en mucho tiempo, como ignorarán que he sido de mí, comprenderán al verte que he muerto.

—Todo lo que quieras haré; pero no me digas lo que me estás diciendo, si no quieres hacerte morir—exclamé.

Me era imposible contentar los sollozos, y me levanté moviendo la cabeza, resuelto a retirarme.

—No me dejes, ni te aflijas de esa manera. Sabes muy bien que morimos para descansar, y que nosotros, los griegos, por inmortales nos hemos tenido siempre.

En aquel momento el sol se hundía entre las islas de Andros y de Ténos, y sus rayos postreros iluminaban tan vivamente el horizonte, que se distinguían perfectamente las calañas de los cabellos sembrados sobre las márgenes de Samos, y los dientes que se leparaban a la cara hacia Apóstol, y en mi deseo de disuadirle, le dije que admirara el soberbio paisaje que ante nuestros ojos se extendía.

—Si—me contestó—; tú admiras todo eso, y yo... yo también lo veo con los ojos del alma, pero... no con los del cuerpo, porque entre el paisaje y mis ojos hay un velo que no se desvanece nunca. Mañana, sí; mañana veré, no ya sólo las cosas que existen ahora, sino también las que existieron hace mucho tiempo y que existen ya, y las que existirán un día. ¡Gracias, John! El que muere fortalecido por esta fe, en mí veces más feliz que el que vive sin creer.

—También yo creo, Apóstol; también yo espero.

—¿Qué bien, hermano; te pediré otro favor: quisiera ir contigo a mi lado a un sacerdote. Ruega de mi parte a Constantino que venga a verme: tengo que pedirle esa gracia... y muchas otras cosas.

—¿Qué deseas pedir a ese hombre? Reflexiona que todo lo que pidas a cualquiera que no sea yo, es un rollo de que haces víctima.

—Quiero pedirle la libertad de los infelices marineros y de los pobres pasajeros que tienen curiosidad de verle, que el día de mi muerte sea el día de la libertad por ellos, a fin de que sean muchas las personas que me bendigan.

—¿Crees que te concederé esa gracia?

—Ayúdame a entrar en la tienda, John, pues encuentro la temperatura demasiado fresca, y luego irás a buscarle y me lo traerás.

Ayudé a Apóstol a llegar hasta su lecho, y seguidamente fui a buscar a Constantino.

Media hora aproximadamente permanecieron conversando en griego, que yo no entendía, pero me fué fácil comprender, por el acento y expresión de los interlocutores, que Constantino otorgaba a Apóstol todo lo que éste le pedía.

—¿Qué tal?—pregunté al moribundo luego que nos dejó solos Constantino.

—Mañana por la mañana tendré a mi lado un sacerdote, y el día de mi muerte recobrarán la libertad todos los cautivos. Solamente he encontrado dificultades en lo referente a la tuya, hermano; pero me supplied en nombre de mi santa madre que te deje aquí hasta que fueras totalmente restablecido... ¡Perdonáme! El nombre de mi madre ejerció en mi alma influencia decisiva... He cedido... he prometido, en nombre tuyo, que le acompañarás a Ceos.

—Cumpliré tu promesa, Apóstol. Me es indiferente si a una o a otra parte... ¿No estoy decepcionado?

Como observé que Apóstol empezaba a rezar en voz baja, lo dejé para que conversara

libremente con sus Dioss.

Subió a la cumbre de la colina que se alzaba en el centro de la isla.

«Si me fuera dado escoger mi tumba, dispondría que me enterrasen aquí», me había dicho Apostoli algunas veces durante nuestros paseos a esta cima.

Al volver a la tienda, de regreso de mi paseo, lo encontré durmiendo con sueño bastante tranquilo, pero, al cabo de media hora, vino a interrumpir su descanso una tos seca y persistente que determinó un vómito terrible de sangre. Durante la crisis, dos o tres veces me levanté entre mis brazos, envuelto todas esas veces que iba a expirar, y volviendo a la vida con una de esas sonrisas tristes y angélicas que son patrimonio exclusivo de los condenados a morir muy jóvenes. Hacía las dos de la mañana calóse la lucha entablada entre la muerte y la vida. En el combate había resultado vencida esta última, que parecía que no había pedido a su enemiga otra cosa que el tiempo indispensable para morir cristianamente.

Con el primer rayo de sol presenté el sacerdote griego que Constantino había enviado a buscar a Samos, proporcionando su llegada momentos de purísima alegría al pobre Apostoli. Dejarse de solos; pero el moribundo me dijo:

«No te vayas, John: es muy corto el tiempo que nos queda de permanecer juntos para que los desperdiciesmos».

En la presencia hizo al anciano sacerdote una confesión general de su vida, tan pura como la de un niño. El anciano, profundamente emocionado, mostrándose sucesivamente a Apostoli moribundo y a los piratas que de tanto en tanto llegaban a la puerta de la tienda, exclamaba:

«¡Dios que son como éste se van y aquellos quedan!».

La Providencia divina tiene sus designios, madre mía — respondió Apostoli—. Me llaman a mí, que soy débil, para que ruegue, y deja a los otros, que son fuertes y varoniles, para que luchen...

El santo sacerdote administró la comunión al enfermo, y, al terminar, Apostoli quedó más tranquilo que antes.

Apenas el anciano ministro del Altísimo salió de la tienda, el enfermo se encontró muy aliviado y pidió que le sacaran a la puerta de aquella. Entre Constantino y yo nos apresuramos a darle gusto, tomando por los cuatro ángulos el colchón sobre el cual reposaba su cuerpo. Lleno de alegría, extático, gritó que ya no tenía ante los ojos el velo fúnebre de que hacía días se quejaba, y que volvía a ver el cielo, el mar de Samos, y hasta la casa remota que, envuelta entre los primeros rayos del sol, nos parecía a nosotros mismos un vapor flotante e indeseado.

El día se arrastró perezosamente sin que hubiese variación sensible en el estado del enfermo, aunque se notaba que su debilidad física aumentaba en razón directa de su exaltación moral. Llegó el final de la tarde, una de esas tardes hermosas de Oriente. Apostoli no nos hablaba hacía rato; parecía absorto en profundo éxtasis. Sus ojos habían seguido durante todo el curso del rey de los astros, y, llegada la tarde, me suplico que le diera vuelta a fin de no privarse de la contemplación del disco inflamado. En el momento que éste rozó con su borde los montes de Andros, el enfermo recobró, al parecer, sus fuerzas; levantó el cuerpo como para seguirle más tiempo, y lo sostuvo con energía que aumentaba a medida que aquel se acercaba; y cuando el sol hundió su todo, y no se veían ya más que sus rayos postreros; extendió hacia él los brazos, sus labios murmuraron la palabra «¡adiós!», y la cabeza del moribundo cayó sobre su hombro.

El pobre Apostoli había muerto, muerto sin crisis, sin sacudidas, sin dolores, como llama que se apaga, como sonido que se aleja, como

perfume que sube al cielo.

Corté sus cables, ateniéndome a sus deseos, y le saqué el anillo, que puse en mi dedo.

Le velé toda la noche. A la mañana siguiente llegaron de Samos dos mujeres que lavaron el cadáver, le frotaron con perfumes, coronaron su cabeza con lirios y nenúfares blancos y sobre su pecho colocaron una azucena. Luego me fui con dos piratas a la cima del altozano, y en el sitio donde él hubiera hiciese abrir su sepultura.

El día se pasó en transportar las mercaderías desde *La Bella Leontina* al buque pirata griego. Al atardecer, el sacerdote llegó de nuevo, se arrojó junto al cadáver y rezó el oficio de difuntos, no sin antes hacer salir a los prisioneros, que fueron llevados frente a la tienda. Como todos querían a Apostoli, ni uno solo dejó de derramar lágrimas sobre su cuerpo.

Rezado el oficio de difuntos, colocaron el cadáver dentro de un ataúd, que llevaron a hombros y descubrieron cuatro piratas. Rompió la marcha el sacerdote acompañado por dos monaguillos que llevaban antorchas encendidas; a continuación el cadáver, y luego las dos mujeres de Samos, cada una de las cuales llevaba sobre su cabeza una fuente de trigo candal medio cocido y coronado con una paloma hecha de almendras blancas. Uvas, higos y granadas adornaban los bordes de las fuentes. Depurados los féretros al fondo de la fosa, las mujeres colocaron las dos fuentes sobre el cadáver, dejándolas todo el tiempo que el sacerdote rezó sus oraciones, y luego, mientras clavaban la tapa del ataúd, las fuentes pasaron de mano en mano para que cada uno de los asistentes al acto comiera un poco de su contenido. Echaron sobre el ataúd la primera paleta de tierra, siguieron las otras, y cuando los depurados terminaron su tarea, Constantino extendió el brazo, y con acento de dignidad extraña, dijo, volviéndose hacia los prisioneros:

«El que descansa aquí me pidió vuestra libertad antes de morir: libres sois todos. Allí os espera vuestro barco, que os devuelve, allí el mar, donde no encontraréis obstáculos; la brisa acaba de soplar... ¡partid, sus dueños de vuestros actos!».

Escuché la oración fúnebre pronunciada sobre la tumba de Apostoli.

Todo el mundo se entregó a los preparativos de marcha. Ni los pasajeros, demasiado contentos para sentir la pérdida de sus mercaderías, ni el capitán, a quien era devuelto su buque, acertaban a comprender una generosidad de la que no había precedentes en la historia de los jefes piratas. Yo mismo, lo confieso, comenzaba a modificar mi manera de pensar.

«¡Fortunato, que no había podido ocupar parte de la fúnebre comitiva, se hizo sacar a la puerta de su tienda para seguirla con los ojos. Hacía él me dirigí y le tendí la mano llorando...».

«¡Sí... sí! — me dijo con voz conmovida—. ¡Era un hijo digno de Grecia! Hemos cumplido fielmente la primera palabra que le empeñamos, y usted verá, cuando llegue el instante de cumplir la segunda, que la cumplimos con la misma fidelidad».

En el momento de ponerse el sol, a la hora misma en que Apostoli, el día anterior, había reido el postrer aliento, una bandada de cisnes, que surcaban el cielo, se posaron sobre su tumba.

«¡Mira! — me dijo Fortunato—. ¡Son las almas de los mártires que vienen a recoger la de un bienaventurado!».

No había comprendido la parida. Cerró la noche: un viento favorable soplará, y pronto perdidos de vista la isla de Nícará.

## XXIV

El nuevo día nos halló en medio del mar Egeo y navegando en dirección a un grupo de islas: que reconocí ser las Cícladas. Aquella

misma tarde entrábamos en el canal que separa a Tenos de Myconí para fondear. Constantino me dijo que allí pasaríamos la noche, y me invitó, suponiendo que fueran aficionados a ver cosas curiosas con red, a seguir a algunos de sus hombres que saltarían a tierra para entregarse a la diversión indicada, volviendo luego a cenar en su compañía y en la de Fortunato. Triste y apesadumbrado por la reciente muerte del pobre Apostoli, no estaba yo para entregarme a diversiones; pero embarqué en la chalupa con los cazadores, no con ánimo de distraerme, sino para observarlos, sino con el de visitar la cuna flotante de Diana y de Apolo, en Ortygia.

Una hora me bastó para dar la vuelta entera a la isla, muy debilitada, en la que no encontré más que ruinas. Volví a reunirme con los marineros, que habían hecho una cena soberbia, merced a los reclamos con los cuales invitaron el canto de la codorniz hembra.

Encontré juntos a Fortunato y a Constantino, que nos esperaban para cenar. Era la primera vez que nos sentábamos reunidos a la misma mesa, a cuya circunstancia se debió que la cena revistiera cierta solemnidad. Confesé que, desde el momento que me dediqué con tan feliz acierto a la curación de Fortunato, no tuve el motivo más insignificante de queja con respecto a mi comportamiento con respecto a ellos: antes al contrario, me complacía en ellos tanto delicadeza, tanta atención, tanta cultura, que más de una vez me pareció que no armonizaban con su condición y las tuve por asombrosa anomalía. Aquella noche extrenaron más que nunca sus atenciones, y por ello, terminada la cena, no pude menos de testimoniarles la sorpresa agradable que me producía su disposición de ánimo. Padre e hijo me miraron sonriendo.

«¡Esperábamos que hablarías de ellos! — me dijo Fortunato—. Nos juzgas como no juzgaría todo el que en tu lugar se encontrara, así que no tenemos derecho para quejarnos».

A continuación me refirió su historia, historia antiquísima, pero siempre nueva y palpitante de interés, de existencias excepcionales que, arrojadas del seno de la sociedad por una injusticia, no vuelven a ponerse en contacto con aquélla como aquélla no vuelve a ser para los hombres el mal que de ellos recibieron.

«Ahora —dijo Fortunato, luego que su padre me contó a grandes rasgos su vida—, comprenderás el porqué de nuestra actual vida y la razón de nuestro comportamiento contigo. Después de haberme herido, me curaste la herida que recibí de tus manos. Para nosotros eres tú un hermano; pero nosotros no somos ni podemos ser para ti otra cosa que unos piratas. A pesar de eso, si me permites, John, que no descubras el secreto al que vamos a conducirte. No solicitamos tu amistad, que desde luego sabemos que no habías de conceder a piratas, pero sí el secreto, porque éste lo debes a quien te introduce en su casa y en el seno de su familia. Si te niegas a hacernos esa promesa, permaneceremos aquí, sin ir más lejos, hasta que ya esté completamente restablecido. Curado ya, quedarás libre, según nuestros deseos. De nuestro oro y de nuestras joyas, podrás llevarte todo lo que quieras, y cuenta que, en este cofre —añadió Fortunato, dando con el pie a una caja—, tenemos bastante. Te despidrás de nosotros, podrás ir a donde te acomode, quedarás en libertad de formular las reclamaciones que juzgues oportunas ante sus consules, y quien sabe si algún día volveremos a encontrarnos frente a frente, con las armas en la mano. En caso contrario...».

No interrumpió el sacerdote, reluciente que llevaba pendiente del cuello y que coló sobre la mesa.

«En caso contrario —repuso—, júrame por esta santa reliquia que mi padre recibí de manos del Patriarca de Constantinopla, que no formularás reclamaciones ni descubrirás nuestro refugio, y esta noche misma levaremos anclas, y desde mañana serás nuestro amigo,



nuestro huésped, nuestro hermano; nuestra casa será su casa, y nada te reservaremos.

—¡Pobre de mí! —exclamó—. ¿No sabes tú, Fortunato, que en este momento soy tan proscripito como tú, y que, en vez de soñar en reclamar el apoyo de mi nación, necesito ocultarme para sustraerme a su venganza? ¿Me hablas de recompensa?... ¡Mira! —añadió, sacando el cinturón lleno de oro y de letras—. Ya veas que no me falta nada. Pero necesito a una familia noble y rica, y yo he bastado a escribir dos líneas a mis padres para que anualmente me envíen el doble de esta suma, que es la renta que cobra uno de vuestros príncipes. Un solo deber tengo obligación de cumplir: ir a anunciar la muerte de Apóstoli a su madre y a su hermana, y poner en sus manos las dos reliquias fúnebres que me han sido confiadas. Prométeme que el día que yo muera me permitiréis cumplir esa misión sagrada, que me dejaréis en libertad, y yo prestaré sobre esa reliquia el juramento que me pides.

Fortunato miró a su padre, quien le contestó con un gesto de asentimiento, y tomando entonces la reliquia, murmuró una oración, la besó y dejó de nuevo sobre la mesa, extendió sobre ella la mano y dijo con entonación solenne:

—En nombre mío y en el de mi padre, juro, poniendo a la Santísima Virgen como testigo de mi juramento, que el día que reclames tu libertad será libre como el aire, y que te facilitaremos cuantos medios estén a nuestro alcance para que vayas a Esmirna, o a cualquiera otro lugar que desees.

Francisco me levanté y dije:

—Juro por la tumba de Apóstoli, nuestro lazo común, hermano que nos ha hecho hermanos, que no saldrá de mis labios palabra que pueda comprometerlos, como no sea cuando nada tengáis que temer y me hayáis devuelto mi palabra.

—¡Está bien! —contestó Fortunato estrechándome la mano—. Puedes dar la orden de zarpar, padre; pues supongo que, como yo, ansias volver a los que nos esperan a llevar la tranquilidad al ánimo de los que ignoran qué ha sido de nosotros y piden a Dios por nosotros. Inmediatamente, Constantino dio las órdenes oportunas, y momentos más tarde el movimiento del jabeque me hizo comprender que estábamos en marcha.

A la mañana siguiente, cuando desperté y subí al puente, navegábamos a velas desplegadas y a fuerza de remos rumbo a una isla que nos tendía dos lenguas de tierra, abrigo de su puerto, cual dos brazos que anhelaban recibirlos.

Aunque muy débil y muy pálido todavía, Fortunato había subido al puente, ataviado, como también su padre, con sus más ricas y lujosas vestiduras. Entramos en el puerto y fundamos frente a una casa de hermosa arquitectura, edificada al pie de la montaña, en medio de un bosque. De una de las celosías de la casa salió un brazo agitando un pañuelo blanco bordado en oro: Fortunato y Constantino contestaron el saludo disparando al aire un pistoletazo cada uno, señal de un regreso feliz. Redoblaron los gritos de alegría, y cuando pisamos tierra, nos recibieron con aclamaciones.

Estábamos en la isla de Zea, la antigua Ceos, donde atracó Nestor a su regreso de la guerra de Troya, y donde vio la luz el poeta Simónides.

## XXV

La casa de Constantino alzaba en el centro de un bosquecillo de morales, olivos y limoneros, en la estrabación norte del monte Sani-Élias. Desde la plataforma que le servía de emplazamiento dominábase, no sólo el puerto y la población, que se extendía en círculo, sino también toda la inmensa extensión de mar comprendida entre el golfo de Egine y el

Negroponto. Daba acceso a la puerta un sendero de fácil descente, que, continuando después del recinto, subía casi escarpado por momentos, hasta la cima de la montaña, donde había una pequeña fortaleza inexpugnable, muy seguro en caso de necesidad y provista de una guardia, cuyo centinela podía descubrir desde allí cualquier barco que se acercase a la isla en un perimetro de veinte leguas.

La planta baja que, en rigor, no era otra que un puerco impenso, la ocupaban los servidores de Constantino, cuyo traje era el de los kleptas del Magne. Pasaban por entre aquellas tropas, que acogieron a su jefe, no más que si fueran criados que recibían a su señor, sino como soldados revistados por su general.

Constantino dirigió a todos ellos palabras afectuosas, los llamó a todos por sus nombres, y les preguntó, así creí entenderlo al menos, por sus padres, sus hermanos, y sus hijos, y a continuación me presentó a ellos como salvador de la vida de su hijo Fortunato. Del grupo destacó inmediatamente un hombre, que avanzó vivamente hacia mí y me besó la mano. Como observaron que Fortunato caminaba con dificultad, cuatro hombres le tomaron en sus brazos y lo condujeron al primer piso, subiéndolo por una escalera exterior que daba acceso al balcón que rodeaba la casa entera.

Ya arriba, y después de tener que fumar unas pipas, Constantino me llevó a una habitación, situada en el ángulo oriental de la casa, y después de mostrarme una escalera, que descendía a la planta baja y me permitía salir directamente, retiróse a su estancia, cuya puerta cerró cuidadosamente.

Qué sólo quedé yo, muy meditando a mis anhelos sobre lo singular de mi situación.

No puedo precisar cuanto tiempo permanecí, y menos así cuanto tiempo hubiese permanecido abismado en mis pensamientos, si un rayo de sol, que se filtró por entre las celosías, no hubiera venido a iluminar el diván sobre el cual me había tendido. Me levanté con objeto de ahuyentar al visitante importuno; pero, cuando me volví a la ventana, olvidé el objeto que allí me había llevado. Dos mujeres, cuyas formas era imposible distinguir, tan entera y vuelta iba en sus amplias capas, pero, a juzgar por el paso firme y ligero, jóvenes, cruzaban el patio. ¿Quiénes podían ser aquellas mujeres, de las cuales jamás me hablaban palabra Fortunato ni Constantino? Seguramente hermanas de Fortunato.

Quedé en pie junto a la ventana, y, en vez de cerrar la abertura por la que se filtraba el sol, traté de agrandarla, con el objeto de ver; más luego reflexioné que Constantino, a la menor sospecha que tuviera sobre semejante intención, podría trasladar mi alojamiento a otra parte de la casa, y esta consideración fué remedio eficaz contra mis deseos. Quedé, pues, inmóvil, detrás de mi ventana, abrigando la esperanza de ver alguna de mis vecinas, si no a las dos. Al cabo de algunos instantes, la raíz de haberse posado sobre el alféizar de la ventana del pabellón de enfrente dos tortolitas domesticadas, levantóse un poquito el marco, y vi que por la abertura salía una mano diminuta, que, tomando a las aves, las hizo entrar en el interior.

Estaba embobado mirando eso, cuando se abrió la puerta de mi habitación y me anunciaron que Constantino me esperaba para comer. Interiormente di gracias al cielo por no haber sido el mismo Constantino quien vino a buscarme, pues, en este caso, al encontrarme junto a la ventana, inmóvil, habría adivinado lo que allí estaba esperando. Por fortuna, el mensajero era uno de sus pajes, el cual, no pudiendo transmitirle el mensaje más que en lengua griega, me lo hizo adivinar por medio de la voz. Lo seguí, creyendo que la propiedad de la mancha, que recogió las tortolitas no faltaría a la mesa.

Me engañé. En la mesa solamente me esperaba Constantino y Fortunato, junto a una

comida asiática por su composición, pero entropes por su servicio.

Muchos y muy variados fueron los temas de conversación que abordanos durante la comida, pero ni una sola vez Constantino o Fortunato hicieron la menor alusión a la isla que más me preocupaba. Luego que fumamos nuestra tercera o cuarta pipa, Constantino me dejó en libertad, diciéndome que podía distraerme, bien cazando en la isla, abundante en endemias y liebres, bien visitando sus antigüedades. Opté por eso último, y mi antirritio me hizo salir a las doce y una y una guila.

La orden de ensillar mi caballo me pareció peregrina, tratándose de una isla cuyo perimetro apenas si llegaría a seis u ocho leguas. Sin embargo, acepté el ofrecimiento, y acompañado por Constantino, pues Fortunato no se encontraba con fuerzas bastantes para abandonar sin necesidad sus habitaciones, bajé al vestíbulo.

Pocos minutos llevábanos de espera, cuando trajeron el caballo pedido. Constantino dijo al palafrenero algunas palabras en griego, el cual ensilló con equipo de palikaro.

Serían las dos de la tarde, y por lo tanto, no teniendo tiempo para dar la vuelta a la isla, debía escoger, para hacer mi visita, entre las ruinas de tres ciudades poderosas, Cartinea, Corosa y Vouda, que en otros tiempos se alzaron sobre sus playas. Me decidí por Cartinea y salí inmediatamente.

A lo largo del camino encontré infinitud de zeotas jóvenes que recogían la hoja del moral.

No tardé en llegar a mi destino, donde pude contemplar con deleite aquellas históricas ruinas en las que nació Simónides, el *Amado de los dioses*.

A eso de las seis abandoné la ciudad muerta para volver a la población viva.

Constantino y Fortunato me esperaba para cenar. Terminada la cena, que comí con gran apetito, tomamos una taza de café y fumamos algunas pipas, después de lo cual Constantino me dejó en libertad de retirarme a mis habitaciones.

¡Precisé el permiso, pues andaba como ante un ver que había sufrido alguna variación en las celosías de mis ventanas, y juzgar una luz tan clara que se podía hacer el examen con tanta facilidad como a la luz del sol. Fue en vano que mirase, porque estaban perfectamente cerradas. Decidí entonces recorrer el recinto, con objeto de cerciorarme si había alguna otra entrada, y, en efecto, bajé al patio. En el primer momento temí que estuviesen sonriendo de mi desdoblamiento las placas de guerra, y que, después de las hechas, se cerraran todas las puertas; me engañé: el paso estaba libre y expedito toda la noche, circunstancia que aproveché para poner en ejecución mis designios.

Por grandes que fueran mis deseos de proceder cuanto antes a la investigación, no pude menos de detenerme un instante ante el paisaje encantador que se ofrecía a mi vista, y a la cual la noche daba un carácter de sublime grandeza. Dormían a mis pies la población y el puerto, y luego un mar tan tranquilo, que semejaba una inmensa cortina de azul extendida y atirantada en forma que no tuviera ni una arruga.

Permanecí algunos momentos inmóvil, estático, ante aquella extensión que la noche hacía más misteriosa, más profunda de lo que realmente era, y luego al desvío al recorrido del recinto de las dominios de Constantino, buscando en vano una puerta, una abertura, que permitiera poner en comunicación las miradas o la voz del interior con las del exterior: todo estaba herméticamente cerrado, todo rodeado de muros espesos de quince pies de elevación. Me lancé entonces a la montaña, con objeto de ver si lograba distinguir el jardín, pero era tal la disposición de la casa, que

la vista siempre hallaba obstáculos interpuestos entre los puntos dominantes y el objeto que aquella buscaba. Volví triste y contrariado a mi habitación, convencido de que, en lo sucesivo, habría de conformarme con lo que pudiera sorprender a través de las celosías. Pero así traté de tenderme sobre el diván cuando hirieron dulcemente mis oídos unos acordes de *guzla*, pero llegaban tan débiles y apagados, que me fue imposible, en los primeros momentos, aliviar de dónde venían. Abrió sucesivamente la puerta que comunicaba con mi escalera, las ventanas que daban al patio y las que miraban al patio, sólo que creciera la intensidad de los acordes, hasta que al fin, habiéndome acercado a la puerta que ponía en comunicación con la de Constantino, me pareció que ganaban en sonoridad las vibraciones de las cuerdas. Me detuve, y adquirí el convencimiento de que los sonidos no nacían en la habitación contigua, sino más lejos, probablemente en la que seguía a la de Constantino, es decir, en la de Fortunato. Continué inmóvil, contentuendo hasta la respiración, hasta que al fin mi paciencia, mejor dicho, mi curiosidad, recibió su galardón: la puerta que ponía en comunicación las habitaciones de Fortunato y las de Constantino se abrió un momento, las notas de la *guzla* llegaron más claras y distintas, acompañadas de una voz tan dulce, que sin temer a equivocarme podía jurar que era de mujer, y que cantaba en griego.

La audición no fue larga: se cerró la puerta, y ya no volví a oír más que las notas apagadas que antes escuchara, y que muy pronto se extinguieron por completo. Inferí de ello que la cantora, que había ido a las habitaciones de Fortunato durante mi excursión por el recinto exterior del edificio, iba a volver a las suyas. Me apresuré, pues, a abandonar la posición en que me encontraba, y me dirigí a efectuar mis deberes, vi entrar en el pabellón dos mujeres, blancas y veladas como sombras.

## XXVI

Al día siguiente encontré mi puerta de comunicación abierta, y, a la hora de almorzar, pasé sin obstáculos desde las habitaciones de Constantino a las de Fortunato. El mismo alijo que me llamó la atención *fué la guzla*, colocada en medio de los yataganes y de las pistolas. Pregunté a Fortunato, con expresión de fingida indiferencia, si era él quien tocaba el instrumento, a lo que contestó que la *guzla* era para los griegos lo que la guitarra para los españoles, o lo que es lo mismo, que todo el mundo, más o menos bien, sabía lo suficiente para acompañarse.

Como yo me echaba de ser buen músico, y sabía de la colocación de los dedos y pulación de la *guzla* apenas si varián de las de la viola o la mandolina, descolgué el instrumento y le arranqué algunos acordes. Constantino y Fortunato me escuchaban extasiados; hasta yo saboreaba una delicia especial haciendo hablar a aquella *guzla* que la noche anterior enviara hasta mi cuarto armonías tan dulces. Animado, canté *Prati elefanti* do Cámarosa, que me fué el primero que se me ocurrió.

Al éxito fue completo, y hasta me pareció que no se había circunscripto a ser buen músico, sino que llegó hasta los moradores del pabellón, cuyas celosías juraría que se movieron. En vista de mi triunfo, terminado el almuerzo, pedí a Fortunato permiso para llevarme el instrumento a mi habitación, gracia que me fue otorgada.

Me quedé muy satisfecho, sin embargo, de servirme de la *guzla* en el instante mismo, pues nada tenía tanto como despertar las sospechas de los dueños de la casa, en cuya mano estaba. Resolví, pues, hacer otra excursión por la isla, y como Constantino, sobre ser particular, no había concedido libertad absoluta, bajé y pedí un caballo.

Me trajeron uno que no era el de la víspera, más ligero y más fino, a juzgar por las apariencias. No bien le vi, quedé convencido de que era el de la *mano pequeña, blanca y ton rosada*, por cuyo No sé. De repente la misma noche, quise tratar al hermoso animal que me traían con todas las consideraciones y miramientos que consideré que eran debidos a la caladadura de la mujer. No tardé en convencirme de que el animalito, poco sensible a mis miramientos, tomaba mi delicadeza como inexperience, y a los que me obligó a recurrir a la fuerza y a las espuelas, exasperó me mismo, que hubiera hecho con cualquier caballo resaltivo, a fin de hacerle comprender que se había engañado lastimosamente.

En esta excursión prescindí del guía y de la escolta. Salí de la casa y dejé que *Pretty*, nombre que di a mi montura, siguiese el camino que quisiera, seguro de que me llevaría a alguno de los encantados sitios que me daban la falsa vista. No me equivoqué; el animal tomó un sendero que cruzaba la montaña, para desembocar muy pronto en un valle delicioso, por cuyo fondo corría un torrente, entre granados y laureles.

El sendero conducía a una gruta tallada naturalmente en la montaña y tapizada de hierbas aromáticas y de musgo. Supuse que aquel era el término ordinario de los paseos de *Constantino, bella, bellísima*, pues *Pretty* hizo alto espontáneamente. Féliz que a tierra y que atrás arrojé a un árbol, más hubiese de comprender, en vista de la soberbia defensa que hizo, que estaba acostumbrado a paecer en libertad. Le quitó las bridas y penetré en la gruta. Alguien había dejado allí un libro olvidado; lo era: eran *Los Sepulcros de Ugo Foscolo*.

No encuentro palabras capaces de reflejar el placer que me produjo el hallazgo.

Permaneci una hora en la gruta, unas veces leyendo aquella poesía apasionada, otras calando mis ojos en el portillo por el que se veía el mar, salpicado de velas blancas.

Me levanté al fin, guardé el libro y llamé a *Pretty* con un silbido, conforme había visto hacer a su palestrero. El animal acudió inmediatamente. Dos horas más tarde se encontraba en la cuadra, y yo esperaba junto a mi ventana, donde, excepción hecha del tiempo que duró la comida, permaneci hasta que cerró la noche, sin que señal alguna, directa ni indirecta, me anunciase la presencia de mi vecina.

Por la noche, en las habitaciones de Fortunato, o los mismos acordes que la *guzla*. Cuando yo me desperté, me dio a la idea la más pequeña, había vuelto dos veces la cabeza hacia mi ventana.

Al día siguiente bajé al puehlo, que sólo conocía por haberlo atravesado el día de mi llegada. Entré en la casa de un comerciante, y, sin más objeto que el de trabar conversación con él, compré una pieza de seda. Como hallaba una especie de *patio* italiano, aproveché la ocasión para preguntarle qué era la casa que habitaban el pabellón alado de la casa de Constantino: me contestó que las dos eran hijas suyas. La mayor se llamaba Estefanía y Patiniza la más joven. Luego la que se volvió dos veces para mirar mi ventana era Patiniza. Quedé contentísimo.

Me dijo también el comerciante que una de las hermanas estaba para casarse. Con ansiedad indescribible pregunté cuál de ellas, pero no pudo satisfacer mi curiosidad: lo único que me pudo satisfacerme fué que su futuro era hijo de un rico mercader de sedas, y que se llamaba Cristo Panayoti. Ignoraba con cuál de las hermanas se casaría, y era de presumir que en la misma ignorancia se encontraba el novio. Le rogué que me explicase una ignorancia que me pareció extraña e incomprensible, a lo que me contestó que rara vez se da a caso que un turco o un griego vean, antes de la ceremonia del casamiento, a la mujer con quien

se casan. Ordinariamente se atiene el novio, al testimonio de las matronas que, habiendo visto a la doncella en la casa de sus padres, en el baño, le responden de su hermosura y de su honestidad. Ahora bien: Cristo Panayoti se conformó con la *doncella*, y salador de que Constantino tenía dos hijas hermosas y honestas, pidió una de ellas en matrimonio, dejando al padre el cuidado de designar la agraciada, toda vez que a él, que no había visto en su vida a ninguna de las dos, le era completamente desconocida.

La explicación dio mucho de llevar la tranquilidad a mi ánimo, pues Constantino lo mismo podía conceder a Cristo su hija mayor que la menor, toda vez que los derechos de edad no tienen en Oriente el menor valor.

Como nada más podía preguntar al mercader, pagué mi compra y salí de su casa. Una niña de doce a catorce años, linda como un ángel, que estaba contemplando con envidia las preciosidades del almuerzo, me siguió, clavada la mirada sobre la pieza que yo llevaba, repitiendo en dialecto franca que había oído hablar: *¡bella... bella, bellísima!* Me dieron ganas de hacer feliz a aquella niña. No sabía yo qué hacer con la seda, y le pregunté si la quería. Sonrió con expresión de daga, moviendo graciosamente la cabeza y ordenando a los hijos de decirle: *Pase a casa en sus brazos*, y entré en la casa de Constantino, dejando a la niña inmóvil y muda, sin saber si lo que le sucedía era sueño o realidad.

Aquella noche no vi la *guzla*: Fortunato encontré con fuerzas para dejar su habitación, y en vez de ser Estefanía y Patiniza las que visitaron a su hermano, fueron Constantino y Fortunato los que se trasladaron a mi casa.

Pasó el día siguiente sin que nada nuevo ocurriera. Casi no me separé un instante de mi celosía, pero no vi otra cosa que las túrtolas que revoloteaban sobre el patio. Puse trigo y migas de pan en el alfiler de mi ventana, y las túrtolas vinieron a picotear, pero en cuanto intenté hacer ni movimiento para agarrarlas, volaron y no volvieron más.

Los días siguientes dedicaron a pesados, graves y a susos dignos de mención. Fortunato y Constantino me trataban muy bien, pero jamás me hablaban del resto de su familia. Dos o tres veces les había visitado un joven bien parecido y vestido con ostentosa riqueza: pregunté su nombre, y me contestaron que se llamaba Cristo Panayoti.

Bajé al puehlo para interrogar a mi mercader, y éste nada nuevo me pudo decir. También volví a encontrar a mi joven griega, paseaba orgullosa por las calles de Zea, llevando la seda que yo le había regalado. Cambié una guinea por ceques de Venecia, regalando dos a la niña para que completara su atavío. Ella los huradó inmediatamente y los prendió, uno en cada seno, y sus cabellos, que caían en bucles sobre sus hombros. Volví, como siempre, a mi ventana, y como siempre también, la veía, y vecinas permaneció herméticamente cerrada.

Al desesperación llegaba a su límite, cuando un día presenté Constantino en mi habitación, y me dijo con brusquedad que una de sus hijas se encontraba enferma y que al día siguiente me llevaría a su lado. Hice un esfuerzo heroico para dominar mi voz, y contesté que me tenía a sus órdenes a la hora que le acomodara. Le pregunté si creía que la enfermedad podía ser peligrosa, y me contestó que no se trataba más que de una indisposición.

En toda la noche no pegué los ojos. Alboré, al fin, penetraron por mi celosía los primeros rayos del sol, y lució el día que con tanto afán esperaba.

Me vestí. Ordinariamente empleaba poco tiempo en el atavío de mi persona. Añelaba me enterar de mis saque o traje, así como de albanés, y me lo puse sin vacilar, pero, en cambio, fué objeto de largas delicia



ciones el tocado de mi cabeza, pues por una parte me seducía el turbante de muselina blanca, que encuadraba el rostro pasando por debajo de la barba, y el gorro colorado con su borla de seda. Al fin, teniendo en cuenta que mis cabellos eran rubios, finos y naturalmente ondulados, opté por el gorro rojo. A las ocho vino a buscarme Constantino: tres horas hacía que yo lo esperaba.

Le seguí con rostro tranquilo, pero el corazón violentamente agitado. Bajamos por la escalera privativa del dueño de la casa y arrevaleamos aquel patio que tantas veces y con avidez tanta habían escurrido mis miradas.

Entramos en la primera estancia del pabellón, donde Constantino me dejó solo un momento. Estaba amueblada a la turca, y su techo, primeramente cincelado y pintado con vivos colores, representaba escenas de gusto oriental. Me acerqué a la celosía, encorchiéndome de que, en efecto, daba frente por frente a mi ventana y que era la misma por debajo de cuyo marco vi pasar la mano preciosa, blanca y sonrosada.

Volví Constantino rogándole que le perdonara la espera y haciendo responsable de su demora al carácter caprichoso de las mujeres. Fátimza, que había accedido a dejarse visitar por mí después de tres días de indisposición, ponía mil dificultades a mi entrada en el momento último; pero, al fin, dejésc convencer. Aproveché el permiso, y teniendo que sobrevinieran nuevos arrepentimientos, rogué a Constantino que me mostrase el camino. Echó a andar y yo le seguí anhelante.

Ni haré la descripción de segunda habitación, porque mis ojos vieron más que a la enferma que venía a visitar y que reconocí al punto como a la dama de mis pensamientos. Estaba recostada sobre uno de los cojines de seda, caída la cabeza como si no tuviera fuerzas para sostenerla. Yo quedé impasible en el marco de la puerta, mientras su pulso se acercaba a ella y le decía algunas palabras en griego.

Como todas las mujeres turcas, su rostro desapareció por completo bajo un velino de seda terminado en punta, y encajado, por abajo, de rubies. Cubría su cabeza una toca de tela de oro bordada de flores de color natural, de la cual pendía, en vez de una borla de seda, una especie de bellota formada por mil perlas. Sondebaban sus mejillas dos bucles rizados, y el resto de sus cabellos caía sobre sus espaldas en trenzas, cubiertas de condecoraciones, llegando hasta sus rodillas. Adornaba su cuello un collar de equis de Venecia, unidos entre sí por medio de anillos, y por debajo del collar, que encerraba el cuello sin llegar al pecho, un corpiño de seda dibujaba la forma de sus hombros y su seno. Las mangas del corpiño, abiertas desde encima del codo, estaban adornadas con lino de oro por la parte superior y con perlas finitas por la inferior.

Completaba su atavío un paño de seda azul de Indias, sembrado de flores de oro, ancho, flotante, que se ajustaba al tobillo, para dejar salir dos piecitos desnudos con unas pintadas color rosa, como las de las manos, y que su propietaria procuraba mantener ocultos.

Acababa yo de hacer el examen, que me demostró que la bella había dispuesto su atavío en forma que dejaba admirar todo lo que el pudor no aconseja ocultar, cuando Constantino me indicó por medio de un señá que me acercase. Fátimza, al ver mi movimiento de avance, hizo otro como de retroceso, y sus ojos, inicia parte de su rostro que yo podía ver a través de su velo, adquirieron una expresión de curiosidad inquieta, que acentuó extraordinariamente el color negro de sus párpados.

—¿Cé tiene usted? — pregunté en italiano —.

—¿Qué le duele?

—No tengo nada... no me duele nada — contestó vivamente.

—¿Vamos, entonces! — exclamó Constantino.

Ocho días hace que te quejas, que no eres la

misma, que todo te hasta, que no te divierten tus riflorías, ni tu guela, ni el atavío de la persona. Sé razonable, hija mía... ¿No decías que sentías cierta pesadez en la frente?

—¡Oh, sí! — contestó Fátimza dejando caer su cabeza sobre el diván.

—¿Me hace el favor de darme su mano? — pregunté.

—¿Mi mano? ¿Para qué?

—¿Para que yo pueda apreciar su enfermedad.

—¡Nunca! — contestó Fátimza retirando vivamente la mano.

Yo me volví hacia Constantino como solicitando su auxilio.

—No te admire lo que estás viendo — me dijo, como si temiera que las dificultades que para la enferma pudieran lastimarme—. Nuestras hijas jamás ven en sus habitaciones otros hombres que a su padre y a su hermano, y cuando salen, a pie o a caballo, van siempre escudadas y veladas. Por añadidura, las niñas están habituadas a ver que todos los hombres que encuentran al paso vuelven la cabeza hasta que se han alejado.

—Pero es que yo no entré aquí como hombre, sino como médico — repliqué—. No la volveré a ver después que la haya curado, pero ahora, dadas las circunstancias, necesita usted curarse un cuanto antes.

—¿Por qué razón? — preguntó la doncella.

—¡Cómo! ¿Pues no va a casarse?

—Es mi hermana la que se casa; no yo — contestó apremiadamente Fátimza.

Respiré. La alegría que me embargó en aquel instante hizo saltar mi corazón.

—De todas maneras, es igual — repliqué—.

Necesita usted curar inmediatamente para asistir a la boda de su hermana.

—¿Curar es lo que deseo — dijo ella suspirando;— pero por qué motivo he de darle la mano?

—Para tomarle el pulso.

—¿No puede usted tomarlo sobre la manga?

—Imposible: la seda debilitaría demasiado las pulsaciones.

—¿No le crea usted; mi pulso es muy fuerte.

—Sí.

—¡Vaya! — terció Constantino—. Vamos a ver si adoptamos un término medio.

—¿Un término medio? — pregunté yo—. No comprendo... pero probárenlos lo que propongas.

—Puedes tomarle el pulso a través de una gasa?

—¡Desde luego, sí.

—Convenidos, pues: sea a través de una gasa.

Constantino me presentó una gasa de seda que había sobre el diván. Yo la presenté a Fátimza y ésta, después de envolver su mano, me la dejó tomar.

Nuestras manos, al ponerse en contacto, comunicáronse un estremecimiento extraño, de suerte que hubiera sido muy difícil precisar cuál de las dos estaba más febril. El pulso de Fátimza era inconstante y agitado, pero el fenómeno lo mismo podía ser efecto de la emoción que de su dolencia. Le pregunté qué sentía.

—Ya se lo dijo mi padre — contestó la interrogada—. Me duele la cabeza y yo duermo. Era la misma enfermedad que sufría yo hacía varios días, y de la que estaba, en aquel momento más que nunca, resuelto a curarme. Me volví hacia Constantino.

—¿Qué es lo que tiene? — me preguntó el padre.

—En Londres y en París — contestó sonriendo —, diría que sufre de insomnio, y someterla a la enferma a un tratamiento de teatros y balnearios: en Ceos, donde la civilización está menos avanzada, diré sencillamente que sus dolores de cabeza son producidos por la necesidad de respirar el aire libre y de distraerse. ¿Por qué no me da un callo la señorita? Cerca del monte San Elías hay unas granadinas, y sobre todo tonos, por cuyo fondo, como un ríachuelo, tiene una gruta deliciosa que comedia

a los ensueños y a la lectura. ¿La conoce usted? — pregunté a Fátimza.

—Es mi paseo favorito.

—¿Y por qué no la visita ya?

—Como no quisiera salir desde que regresé yo — contestó Constantino—, y se ha obstinado en permanecer siempre encerrada aquí.

—¡Vaya, vaya! — exclamé—. Desde mañana

hay que salir.

Como hubiese sido dar una idea demasiado triste de la medicina luterar el tratamiento a una prescripción tan sencilla, mandé que aquella noche tomara un baño de pies todo lo caliente posible, y que levantara, no obstante mis ansias de poder salir allí, teniendo que la proligación de la visita pudiera parecer sospechosa, despidiéndome de Fátimza, no sin antes recomendarle de nuevo pasces y distracciones. En el momento de cerrar yo la puerta, vi que se alzaba un tapiz de enfrente: era Estefanía que, no habiéndose atrevido a asistir a la consulta, corría a informarse de los incidentes de aquella.

Después de haberse creyó en el caso de acompañarme hasta mi habitación, para excusar a su hija—. Que sólo Dios puede saber si necesitaba excusas, sus temores, lejos de ser un defecto a mis ojos, la trazaban más y más, eran un nuevo encanto. Gracias a él, nuestra primera entrevista, por lo mismo que había tenido algo de extraño, quedaba tan profundamente grabada en mi alma, que me parecía que, aunque pasase mucho tiempo, ni el menor detalle de la misma se borraría de mi memoria. Fue efectivamente así. Desde aquel día, cuando hoy, no obstante mediar un intervalo de más de veinticinco años, entre la hora en que entré en aquella habitación y el momento en que escribo, me basta cerrar los ojos para ver a Fátimza tal como estaba allí, y hasta me parece que, con extender el brazo, la tocaría...

## XXVII

Muy difícil me sería decir qué pasó por mi aquel día. A raíz de afectar solo en mi habitación, las dos torbellinos salieron de la de enfrente y comenzaron a revolotear junto a mi ventana.

Después de comer, tomé el poema de Ugo Foscolo leído a la calalleriza, ensillé yo mismo a Pretty, monté y vi, dejándolo que siguiera el rumbo acostumbrado, me dirigí a la gruta que al día siguiente debía recibir la visita de Fátimza.

Permanecí en ella una hora, entregado a sueños deliciosos, besando unas tras otras las páginas del libro que sus dedos habían tocado y que sus ojos habían leído. Se me figuraba que cuando el alma se volviera a abrirlo, encontraría en sus hojas las huellas de mis besos. Al fin, le dije en el mismo sitio donde lo encontrara, soltándolo con un ruidito de hincha la página última que había leído.

A la caída de la tarde volví a mi habitación, pero me era imposible permanecer entre cuatro paredes, necesitaba aire para respirar. Di la vuelta a las murallas del jardín, que me parecían entonces elevadas que la primera vez, y hasta finalmente escaladas con el auxilio de una escala de cuerda. Pasé la noche sin conciliar el sueño: no me admiró, pues era mi costumbre desde varios días antes.

Constantino vino a buscarme a las ocho, para que hiciera mi segunda visita a Fátimza. Me encontré tan disgustado como la víspera, porque, aunque no la le había dicho, lo esperaba. Seguí sin tardanza y fuimos al pabellón.

Experimenté un momento de indecisión al abrir la puerta de habitación de Fátimza. Acompañaba su hermana, ambas vestían exactamente igual, ambas estaban acurrucadas sobre los cojines, y como su posición no permitía apreciar las diferencias de talla y cuerpo, y sus rostros estaban cubiertos, no supe distinguirlos en el primer momento; verdad es que el mismo Constantino tuvo sus dudas. No tardé, empero, en acercarme a Fátimza, a la que conocí por el brillo peculiar de los ojos.

—¿Qué tal se encuentra usted hoy? — pregunté.

—Mejor — contestó la doncella.

—¿Tiene la bondad de darme la mano?

Me la alargó sin dificultad y sin exigir ni mangas de seda ni tules de gasa. Probablemente se había quejado Constantino de su conivencia exagerada y sus quejas produjeron efecto. La encontré como el día anterior: un poquito febril y el pulso agitado.

—Cree que se halla mejor — dije — y yo la encuentro peor. En consecuencia, exijo que pases usted, que dé un paseo a caballo: el aire de la montaña y el ambiente fresco del bosque le sentarán bien.

—Habría tanto usted me mande — contestó ella — pues me dijo mi padre que, mientras dura mi indisposición, delegó en usted toda su autoridad.

—Y, sin duda, porque hago las veces de padre pretendía usted engañarme hace un momento, afirmando que se encuentra mejor: ¿no es eso?

—No pretendo engañarle; manifesté lealtad a lo que siento. Hoy me encuentro mejor, ha desaparecido mi dolor de cabeza, respiro más libremente y yo no me oprime el pecho el peso que antes lo oprimía.

Era precisamente lo que me pasaba a mí, lo que me hizo sospechar si entre nuestras indisposiciones respectivas mediaría una analogía completa.

—Pues bien — repuse —, puesto que se encuentra mejor, es necesario seguir el tratamiento aconsejado hasta la curación definitiva. — Me parece — añadió, dirigiéndome a Constantino — que puedo asegurarle que ni la dolencia es peligrosa ni durará mucho.

Fátinitza exhaló un suspiro. Yo me levanté para retirarme.

—Estáremos aquí un rato — dijo Constantino —. Le dije a Fátinitza que tocas muy bien la guitarra y tienes deseos de oírte.

—No me la he hecho repetir. ¿Quié me importaba el pretexto? Para mí, lo importante era poder permanecer todo el tiempo posible cerca de la que amaba. Tomé la *guzla*, y después de ensayar algunos acordes, acudí a mi memoria una canción siciliana que había oído cantar a los marineros de La Bella Levantina.

La emoción me dominaba día a día y yo me talaré la voz cuando cantaba la última estrofa, Fátinitza levantó el velo para secar una lágrima y me dejó ver la parte inferior de un óvalo atrepiñado como un durazno no tocado por manos humanas. Me levanté para retirarme, mas Fátinitza, al advertir mi movimiento, dijo con vivacidad:

—¿La quiero!

—¿El qué? — pregunté yo.

—Es música y la letra.

—Las coplitas.

—Tenía usted razón: me encuentro mucho mejor y conozco que sin inconveniente puedo montar a caballo.

Hice una reverencia, y Constantino y yo salimos.

—Es una niña caprichosa que se enfurruña, y ríe, y dice: "¿Quiero esto?... Es natural; su pobre madre la ama siempre y yo... yo he seguido la obra de su pobre padre. Comprenderás que soy un pirata muy especial.

—Confieso que había oído hablar de estas anomalías, que sólo existen en los pueblos escavados, donde los hombres más esforzados y los más generosos son los que se colocan fuera de la ley: había oído hablar de ellas, repito, pero no las creía.

—¿Por qué voy a creer que todos mis colegas son como yo — contestó riendo Constantino —. Yo no juré odio y exterminio más que a los turcos. Cierto que alguna vez, muy contadas, ataco a algún pobre buque que me salga al paso, como hice con La Bella Levantina; pero solamente cuando hemos tenido una campaña muy mala, cuando comprendo que, volviendo con las manos vacías, seré causa de que mis marineros murmuren...

—¿Es cierto que ahora vas a separarte de una de tus hijas? — le pregunté, interrumpiéndolo.

—No; porque Cristo Panoyoti reside en Cádiz.

—¿Puedo preguntar, sin ser indiscreto, cuándo se celebrará la boda?

—¿Crees que dentro de ocho días. Para ti será interesante ver una boda griega.

—¿Pues qué? ¿no eres de la familia?

—Entré en ella por la puerta de una herida.

—Que ha cerrado la mano misma que la produjo.

—¿Cómo pueden asistir las mujeres a las comidas con el velo puesto?

—Ah, ¡no! En las grandes solemnidades descubren su rostro. Por otra parte, no son ya los celos los que las obligan a ir veladas; es la costumbre, y más que nada la coquetería. El velo oculta la cara de las fajas, y en cuanto a las bonitas no necesitan que nadie les enseñe a mostrar el suyo cuando quieren. ¿Vendrás a pasear con nosotros?

—Gracias, pero no me es posible. ¿Has olvidado que me habitaron un espión? Dado el carácter que me dice tiene Fátinitza, si no le copio inmediatamente la canción, me aborrecerá de muerte, y no quiero, cuando me despidió de vosotros, dejar sentimientos tan malos en la familia.

—Los sentimientos que dejarás, lo mismo que los que llevarás contigo, quiero esperar que serán recuerdos gratos que te traerán quizá algún día a nuestra desventurada patria, si al fin se decide ésta a lanzar el grito de libertad.

—No bien quedé solo, corrí a la ventana, pues sabía que Fátinitza y Estefana iban a salir. Minutos más tarde abríase la puerta del palabrón y salían las dos hermanas. Mientras atravesaron el patio, ni la una ni la otra levantaron la cabeza. Fátinitza, lo mismo que yo, tenía después de sospechar.

—¿Qué de contrasentidos tiene el amor!

Me trajeon tinta, papel y plumas, y puse manos a la obra de escribir la canción pedida. Mientras copiaba, distinguí delante de mí ventanilla la sombra de las alas de una de las tortolitas. Levanté la celosía; coloqué entre ésta y el marco la regla que me habían traído para trazar líneas en el papel, así a la regla una cuerdecita, cuyo extremo contrario se dejó al alcance de mi mano, pues trigo en la ventanilla, y momentos más tarde entraba la tortola. Tiré de la cuerdecita, me llevé la regla, cayó la celosía y la tortola quedó prisionera.

—¿Cuán viva fui mi alegría!

Como un avaro la retuve a mi lado y no la puse en libertad hasta que el ruido que producían los gallos vino a anunciar el regreso de las excursionistas. La tortola, en vez de alzar vuelo, quedó sobre el alfileraz de mi ventanilla, como si a ello estuviese acostumbrada, y cuando vió que Fátinitza acostumbrada el patio, posóse sobre su hombro, como si quisiera repetirse sin tardanza las mil frases rebosantes de amor que me había oído pronunciar.

Una hora después venían a preguntarme si había escrito la canción.

Aquella noche, mientras yo, como de ordinario, recorría el recinto, oí desde el jardín los acordes de la *guzla*. Fátinitza estudiaba la canción que me había oído cantar, y, a fin de que yo no pudiese saber que se ocupaba de mí, la ensayaba en un sitio donde suponía que yo no podría oírlo.

Al día siguiente, como Constantino no apareció a la hora en que solía venir a buscarme, pregunté por él, y averigüé que había salido por la mañana para arreglar los preparativos de boda con el padre de Cristo Panoyoti. Creí que no tendría la dicha de ver aquel día a Fátinitza, pero cuando mi desesperación había llegado a su punto culminante, presentóse en mi habitación Fortunato, que venía a buscarme en representación de su padre.

Fué una visita de despedida: Fátinitza estaba

completamente restablecida; el paso de la vispera había obrado el milagro. La bella joven, siguiendo punto por punto mis prescripciones, había visitado la gruta, pues el libro de Ugo Foscolo que en ella dejara yo, lo vi a su lado. Busqué entre sus hijas el rinito de hienista; no estaba. Con algunas palabras llenas de gracia me pidió Fátinitza la canción siciliana; pregunté si la había estudiado, y Fortunato, adelantándose a su hermana, me dijo que la noche anterior la había cantado delante de él y de su padre. Le supliqué entonces que me la permitiera oír, seguro de que, cantada por su boca, adquiriría nuevos encantos. Se excusó con coquetería, pero replicó que era el precio que yo exigía por mis visitas médicas, y cantó.

Era su voz de *mezzo-soprano*, muy extensa, y tenía trinos inesperados de un atrevimiento casi salvaje, pero que daban a su canto, triste y dulce en las notas graves, expresión desgarradora en las altas. Lo más interesante para mí fué que, para cantar, tuvo necesidad de alzar la parte baja de su velo, gracias a lo cual pude ver sus labios, rojos como cerezas, y sus dientes, finos y blancos como perlas.

Mientras cantaba, una de las tortolitas posóse sobre sus rodillas y otra sobre su hombro. Esta última era la privilegiada, la que yo había aprisionado la vispera. En su calidad de favorita a la que todo está permitido, desde el hombre cubría al pecho, y en el punto que Fátinitza pedía de cantar y separaba el brazo para colocar la *guzla* sobre el diván, hundió su cabeza por la abertura del corpiño y sacaba en el pico el rinito de hienista, ajado y marchito, que yo había buscado en vano entre las hojas del libro.

Fué un milagro que yo no lanzara un grito. Fátinitza bajó con presteza, la punta de su velo, pues su rostro se había tenido de pronto de un carmín muy hermoso, como el contorno del velo que ocultaba los dos tercios partes de aquél, vi que ganaba la parte inferior de las mejillas, sequecían a los reflejos de una llamarada. Y como si quisiera castigarle por haber sorprendido su secreto, se levantó bruscamente, y apoyándose sobre el brazo de Estefana, me dijo adios. Debí arrepentirse, sin embargo, de haber pronunciado una palabra tan dura para una mujer que me había dado el velo que ocultaba los dos tercios partes de aquél, vi que ganaba la parte inferior de las mejillas, sequecían a los reflejos de una llamarada. Y como si quisiera castigarle por haber sorprendido su secreto, se levantó bruscamente, y apoyándose sobre el brazo de Estefana, me dijo adios. Debí arrepentirse, sin embargo, de haber pronunciado una palabra tan dura para una mujer que me había dado el velo que ocultaba los dos tercios partes de aquél, vi que ganaba la parte inferior de las mejillas, sequecían a los reflejos de una llamarada.

—Quiero decir, hasta la vista; porque ahora recuerdo haber oído decir a mi padre que, dentro de ocho días, usted asistiría a la boda de mi hermana.

Sin esperar contestación corrió en las habitaciones de Estefana, y Fortunato y yo salimos por la puerta opuesta.

Aquellos ocho días me resultaron horriblemente largos, pero al mismo tiempo pródigos en sensaciones duras y poderosas para llenos de esperanza. Todas las mañanas me visitaba la tortola. Además aproveché el tiempo para dibujar un retrato, que se parecía maravillosamente al original, o, mejor dicho, a la parte original que yo conocía. La representaba talando la *guzla*, y veíase sus ojos a través de las aberturas del velo y la parte inferior de su rostro. Tuve intenciones de completar el retrato, confiando a mi fantaseo la tarea de crear las facciones que el velo me impedía ver; pero cuantas veces toné el lápiz para hacerlo, desistí, pues me pareció que crear algo que no fuera la realidad, era tanto como cometer una profanación. Al fin alboró el noveno día, que era el de la boda.

## XXVIII

Una estrepitosa sinfonía despertó a todos los habitantes de la casa esa mañana. Me vestí presuroso y corrí al balcón. En el patio había una banda de músicos que avanzaba al frente de larga fila de labradores, de los cuales los dos primeros llevaban sobre sus hombros un cubrito y un cordón respectivamente, con las patas y los cuernos dorados, y todos los demás,



los cerdores y las ovejas que debían formar el rebato propiedad de la esposa. Con ellos venían doce criados que llevaban sobre sus cabezas grandes canastillas cubiertas, que contenían ricas telas, adornos, joyas y *paras* acunadas, y cerraban el cortejo los hombres y las mujeres que, desde aquel día en adelante, constituirían la servidumbre de la desposada. Se fueron francamente a la cueva, a un tantino y Fortunato. La comitiva atravesó el primer patio, entró en el segundo, y desde este pasó al pabellón, donde todos depositaron a los pies de Estefana los presentes que sin prometo le enviaba. Momentos después llegaba el novio acompañado por su familia. Las mujeres pasaron a las habitaciones de Estefana y los hombres quedaron juntos. Una hora más tarde salieron a la sala para ir a parar a las habitaciones de la novia, la cual nos esperaba, sentada en un sofá, en una de las salas bajas que yo no había visitado todavía, y que correspondía a las habitaciones de Constantino.

El tiempo transcurrido desde la llegada del cortejo lo habían dedicado al atavío y adorno de la desposada, y en honor a la verdad y a las consuetudines de Estefana, he de decir que hicieron cuanto supieron para robar, a fuerza de adornos estrambóticos, encanto y hermosura a su señora.

No me había repuesto de la impresión poco grata que me había producido la novia, cuando apareció Fatintza. No la habían desfigurado. Contra la costumbre, ningún adorno extraño velaba los encantos de su rostro divino, limpio de tinturas y carmines artificiales. Oh! ¡Qué cuánto efusión le agradecí, desde el fondo de mi alma, que se me mostrase tal como Dios la había hecho! Pasó rápidamente sus ojos por la concurrencia para posarlos un momento sobre mí; un solo momento, es verdad; pero todo el vocabulario humano no habría podido decirme lo que su mirada me dijo.

En cada mano llevaba un manojito de billos de dos dife- rantes longitudes, uno de los cuales correspondía a otro de su mismo largo. Presentó a los hombres los de la mano derecha y los de la izquierda a las mujeres. Cada cual tomó el suyo. Mientras durasen los festejos de la boda, cada hombre debía acompañar constantemente a la mujer cuyo hilo de oro fuera del largo del suyo, y, terminadas las ceremonias, el galán habría de devolver el hilo a su dama. Si durante algún breve intervalo la dama había sentido alguna simpatía hacia el galán que la suerte le destinaba, unía por medio de un nudo los dos billos y los colocaba juntos ante una imagen de la Virgen, abrigando la esperanza de que esta fuente inagotable de amor atase en el cielo lo que ya estaba atado en la tierra, es decir, dos existencias de cuya unión era símbolo la igualdad de billos.

Cuando me llegó el turno de sacar mi hilo, Fatintza no me dejó tiempo para escoger: me presenté uno que yo me apresuré a tomar. Dueños ya todos del suyo, procedíase a la operación de medirlas: creo inútil decir que la suerte, puesta de acuerdo con mi ansia de amor, hizo que el mío fuera el correspondiente al que el azar dejó en manos de Fatintza. Seguramente, la más joven de las amigas de Estefana tomó la bandeja y la pasé, presentándola a todos los convidados. Los productos de la colecta son para la desposada, y a aquella concurren todos, en la medida de sus fuerzas, desde el más pobre al más rico.

Sin esfuerzo comprenderá el lector que yo deposité en la bandeja todo lo que llevaba sobre mí. Terminada la colecta, la jovencita que la hizo depositó la bandeja a los pies de Estefana. Trascurrió de familias pobres, con frecuencia constituida la colecta la dote única de la desposada, y si la novia es rica, se destina a hacer un regalo a la Panagia.

Apenas terminada la ceremonia que acabo de describir, entró el sacerdote acompañado por tres monaguillos, uno de los cuales, el

del centro, llevaba el libro, y cirios los otros dos. Pasó, y fue a sacar a la novia, que continuaba sentada sobre el sofá, y la presentó a su padre, llevándola por la mano. Llegada la desposada frente a su padre, hincóse de rodillas, y éste, puesta la mano extendida sobre su cabeza, le dijo:

—Yo te bendigo, hija mía: sé buena esposa y buena madre, como lo fue aquella a la que eres dueña de la vida, a fin de que tú, a tu vez, la des a hijas que, andando el tiempo, sean lo que tú has sido.

Pronunciadas estas palabras, alzó a su hija del suelo y la abrazó.

Entonces el sacerdote condujo a Estefana al centro de la sala, y la colocó vuelta de cara a Oriente; avanzó Cristo y se puso a su lado; a la derecha de Cristo se puso un hermano de éste, y a la izquierda que llevaba los cirios quedaron a uno y otro extremo de la línea. Fortunato presentó, en una bandeja de plata, dos anillos al sacerdote, quien, después de bendecirlos, hizo con ellos la señal de la cruz sobre la cara de cada uno de los esposos, y dijo, en voz alta, estas palabras, que repitió tres veces:

—Cristo Panayoi, siervo de Dios, es el prometido de Fatintza, sierva de Dios.

Seguidamente pronunció, también tres veces, la fórmula siguiente:

—Estefana, sierva de Dios, es la prometida de Cristo Panayoi, siervo de Dios. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Entonces puso un anillo en el dedo meñique de cada uno de los esposos.

Terminada la ceremonia de los esposales, procedióse a la del matrimonio.

Enlazaron los esposos los dedos meñiques de sus manos derechos, quedando Cristo con la cara vuelta a Oriente y Estefana a Occidente. Todos los concurrentes cayeron de rodillas, el sacerdote recitó las oraciones del ritual, que leía en el libro que el monaguillo le presentaba abierto y apoyado sobre su pecho; tomó y continuó las coronas, una en cada mano, y, cruzando los brazos, las colocó alternativamente tres veces sobre las frentes de los esposos, diciendo cada vez:

—Cristo Panayoi, siervo de Dios, es coronado con Estefana, sierva de Dios. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Entregó entonces las coronas, una al hermano de Cristo y otra a Fatintza, quienes las sostuvieron sobre las cabezas de los esposos durante el resto de la ceremonia, y leyó en alta voz el Evangelio que comienza con las palabras siguientes:

—En aquel tiempo, se celebraron unas bodas en Caná de Galilea...

Leído el Evangelio, ofreció vino tres veces a los esposos, y mientras éstos bebían, los concurrentes cantaron un cántico.

A la terminación, el sacerdote se tomó por la mano al esposo, quien a su vez tomó por la que le quedaba libre la de su esposa, y los tres, seguidos por el hermano de Cristo y por Fatintza, que continuaban sosteniendo las coronas, dieron tres vueltas a la sala, mientras los asistentes cantaban. Terminada la tercera vuelta, y vuelto hacia la esposa, el sacerdote terminó la ceremonia con las siguientes palabras:

—Y tú, esposa, sé fiel, como Sara, y feliz como Rebecca!

Volvió a tomar por la mano a la desposada y la condujo al lugar que en el sofá ocupaba cuando él entró. Un momento después, vinieron a avisar que todo estaba dispuesto para conducir a la recién casada a la casa de su marido, anuncio que finó como la señal de huirse todos los velos, incluso el de la desposada.

Un caballo esperaba frente a la puerta: montó Estefana, y seguidamente colocó a

un niño a la grupa. Pusieronse los músicos a la cabeza del cortejo, y detrás de aquéllos se formaron una procesión de doncellas pobres de la población, entre las cuales recordé a una niña griega, haciendo un vestido de seda. Las niñas en cuestión hacían el camino danzando. Seguían luego una porción de hombres, especie de juglares, que cantaban canciones que arrancaban grandes risotadas a los hombres, y que indudablemente habrían encendido el rostro de las mujeres si no lo llevaran velado. A los juglares seguía la recién casada, a caballo, acompañada por sus amigos, y cerraban la marcha los hombres, guiados por Constantino y por Fortunato, que tenía la herida completamente curada.

En esta forma llegamos a la casa del recién casado, una de las más hermosas de Zea. Adornaban la puerta hermosas guirnaldas, y sobre el umbral, tapizado de flores, quemaban perfumes, como en la entrada de las grandes casas antiguas. La disposición del edificio era similar a la de la casa de Constantino.

La sala del festín era una especie de cuna formada por ramas de árboles y de techumbre bastante baja. Verdad es que no era preciso darle mayor elevación, sencillamente porque había las veces de mesa un rico tapiz extendido sobre el suelo. Sobre el tapiz se sirvió una comida espléndida, verdaderamente heroica, en la cual figuraban carnosos entrecos.

Transcurrió la comida en medio del mayor bullicio y amenizada por una música atronadora y ensordecedores cantos profanos y religiosos, mezclados de la manera más singular y grotesca. Duró muchas horas, no obstante lo cual, si es cierto que saboreé el placer inefable de ver a Fatintza, no lo es menos que yo no pude cambiar con ella tantas palabras.

Terminó el banquete después de bien regados los postres con ricos vinos de Chipre y de Samos, que llevaron la alegría y la animación a su grado máximo, y comenzaron las danzas.

Dábame derecho mi hilo de oro a ser el galán de Fatintza; más, ¡pobre de mí, aunque yo bailaba muy regularmente la *sigue*, desconocía el completo las figuras de las danzas griegas. Con todo el dolor de mi alma hubí de confesar mi ignorancia a mi amiga, añadiendo que, a pesar de todo, me tenía en su disposición, y que podía sacrificarme con entera libertad, si tal era su deseo. Tuvo Fatintza la magnanimidad de no obligarme a danzar, prueba de amor la más grande que podía darme. Una mujer enamorada no quiere que se ponga en ridículo aquel a quien ama.

Invité para que bailara con ella a Fortunato; segunda prueba de amor: no quería darme celos y bailaba con su hermano una danza muy curiosa.

A ésta siguieron muchas otras danzas, pero Fatintza, pretextando fatiga, no volvió a bailar, y fué a sentarse junto a su hermana, donde permaneció hasta que la música dio a conocer de retirada. Las mujeres, entonces, apostaron de retirada, y se retiraron a sus habitaciones. Esta estaba instalada en la sala más hermosa de la casa, era un lecho expuesto entre dos cirios bendecidos y de proporciones enormes, que debían arder toda la noche. Antes que la desposada entrase en la habitación del tálamo, un sacerdote roció con agua bendita todas las partes de la sala, a fin de expulsar de ella a los malos espíritus. Terminada la ceremonia, se adjuntó la seguridad de que quien allí descansara lo haría entre genios benéficos, entró Estefana con su hermano y con su mejor amiga. Un cuarto de hora después salieron solas las dos doncellas, y el marido fué conducido por amigos suyos a una puerta excusada, ligeramente cerrada por dentro, que hubo de forzar para que le diera paso. En el pueblo orgulloso, primitivo y pródigo a la vez en imágenes, todo es simbólico,

Había terminado la ceremonia. Los invitados nos retiramos, pero sin seguir orden alguno. Los jóvenes dieron su brazo a torcaes y como no había de no me iba derecho al de Fatinitza, me cupo al fin el placer de sentir el suyo apoyado sobre el mío, bien que tan suavemente como el pajarillo roza con sus alas la rama del árbol sobre la cual se posa. ¿Quién es capaz de repetir lo que nos dijimos? Nadie. No hablamos una sola palabra de amor, y sin embargo, agotamos el vocabulario del amor.

Todo había pasado como un sueño fugaz a la mañana siguiente, pues ni se nos presentaría ocasión de vernos, ni hablaríamos pretexto ni medio para comunicarnos. Los dos o tres días primeros viví relativamente feliz, apelando a los recuerdos, pero luego sentía en el fondo de mi alma un dolor inmenso. Me pasó un día entero viendo si encontraba medios de escribir a mi carta, lo mejor dicho, de hacer la carta, lazo a las manos. No encontré ninguno y creí volverme loco.

A la mañana siguiente vi que la tortolita revoloteaba frente a mi ventana. Di un salto de alegría, pues se me ocurrió que ya tenía una mensajera segura y discreta. Levanté la celosía, entré el avecilla con presteza, y me puse a escribir sobre una tira de papel lo siguiente:

"Adoro a usted, y número si pronto no vuelvo a verla. Esta noche, de ocho a nueve, daré la vuelta al jardín y esperaré sentado en el ángulo oriental. ¡Por Dios! Una contestación, una palabra, una señal, que me dé a entender que usted se compadece de mí."

Coloqué el billete debajo de una de las alas de la tortolita, ésta trasladó la carta a la pata de su ala, desapareciendo en seguida por debajo de la celosía. Todo el día fui víctima de estremecimientos bruscos, de terrores infinitos, de dudas, de sospechas desgarradoras, de temores de haber interpretado mal a Fatinitza, tomando como prueba de amor lo que no lo era. Llegó la noche. Salí una hora antes de la indicación en mi carta: tomé dirección opuesta a la que indicaba el ángulo del jardín, y dando una gran vuelta, concluí por sentarme junto al ángulo oriental.

Dieron las nueve. Mientras sonaba la última campanada, cayó a mis pies un ramo: Fatinitza había adivinado que yo me encontraba ya en el lugar de la cita. Al precipitarse sobre el ramo, que no era contestación a mi carta... pero, ¿qué importaba? Era un mensaje. De pronto me acordé que en Oriente se hacía hablar a las flores, y que un ramo es a veces una carta, en cuyo caso se llama *salami*, que significa *salud*. Formaban el ramo velloritas y clavels blancos... Al punto recordé que las flores que toda mi vida había preferido eran las velloritas y los clavels blancos; pero... ¡suerte cruel! ¡ignoraba el significado de las mismas!

Gien veces las besé antes de colocarlas sobre mi corazón. Fatinitza había olvidado sin duda que en natural de un país donde las flores tienen nombre, colores y algún perfume, pero no lenguaje. Quiso conquistar mi billete, y yo me encontraba en la imposibilidad más absoluta de descifrar el significado de su contestación, y, por añadidura, no me atrevía a preguntarlo a nadie por miedo a cometer una indiscreción. Entré en mi habitación; me encerré en ella, deslicé el ramo, esperando encontrar un billete entre sus flores. Nada encontré: el billete era las flores mismas.

De pronto surgió en mi memoria el recuerdo de mi niña griega. Aunque pobre y atolladrada, era posible que conociera la ciencia de aquella lengua misteriosa y perfumada, en cuyo caso, al día siguiente sabría yo qué había contestado Fatinitza. Me tendí sobre mi diván, tendiendo el ramo en la mano y ésta sobre el corazón, y me soñé en un país donde las flores hablan. Al despertar y bajé a la población. Las calles estaban casi desiertas, por-

que era muy temprano. Veinte veces las recordé, hasta que al fin encontré a la que buscaba. Como cada vez que la encontraba le daba alguna cosa, en cuanto me vi acercó a mí dándome saltos de alegría.

Le di un cecili a la par que le hacía señas para que me siguiera. Llegados a un sitio solitario, saqué el ramo de mi pecho y le pregunté qué significaban las flores. Me dijo que la vellorita significaba esperanza y el clavel blanco fidelidad. Le di otro cecili y volví a casa radiante de alegría, no sin recomendar a la niña que no dejara de esperarme a la mañana siguiente en el mismo lugar.

## XXIX

Era indudable que Fatinitza no disponía de tinta ni de papel, y que no me pidió por temor de inspirar sospechas.

Antes de saber si la tortolita vendría a buscarme mi billete, procedí a escribirlo. ¿Por qué? Porque tenía necesidad de expansión en mi corazón trasladando al papel sus ansias. Mi carta fue una mezcla de frases de alegría, de protestas de amor y de quejas: de todo tenía; anhelaba confesarle que la amaba, aun cuando a raíz de mi confesión debiera morir.

Vi la sombra de las alas de la tortolita: decidí escribir un excelente correo. Entreabrí mi celosía y pasó con presteza, como si fuera dueña de nuestro secreto y temiera vendernos. No fue un billete, sino una carta muy extensa la que yo tenía preparada, una carta que temí que no pudiera llevar debajo de sus alas. Nada quise quitar, empero. Ocurriésemos entonces que, si escribía otra carta, esta segunda serviría de contrapeso a la primera. Fue una idea feliz que inmediatamente puse en ejecución: el éxito respondió a mis esperanzas, pues, cargada la tortolita con las dos cartas, emprendió el vuelo sin la menor dificultad.

Aquel día no me atreví a acompañar en la mesa a Constantino y a Fortunato, pues mi corazón, no bien cesaba de latir como el de un enamorado, me lanzaba al rostro crueldades de un asesino. Me acordé al punto, cuando escribí *Prety*, monté y me confió al instinto del animal, el cual, como de costumbre, me llevó a mi gruta favorita.

Llamé a un pastor que apacentaba su rebaño en la ladera de la colina opuesta, y le compré pan y leche. Todo el día me lo pasó soñando despierto en la gruta, solo, porque necesitaba estar solo. Regresé a casa al anochecer, encontrando a el patio a Fortunato, a quien dije que había dado la vuelta a la isla y visto verdaderas maravillas.

Salí de mi habitación minutos antes de las nueve, y cuando el reloj señalaba esta hora, pasó, como la víspera, sobre el borde del muro un ramo que vino a caer a mis pies. Ya no lo formaban las mismas flores que el anterior, circunstancia que demostraba que el ramo era contestación directa de mis cartas.

El ramo se componía de acacias, de palominas y de lilas.

Llevé el ramo a mi habitación y lo coloqué sobre mi pecho durante la noche entera. No bien se hizo de día, me lleué al pueblo, encontrando a mi griega en el sitio de la cita. Le enseñé el ramo: Fatinitza nie contestaba que también ella experimentaba dulces emociones de amor, pero llenas de inquietudes y de terrores. No podía contar mi carta con mayor claridad. Así maravillado de un idioma tan encantador. Vuelto a mi habitación, escribí la carta siguiente:

Gracias... gracias de rodillas, ángel adorado, Bendigo la emoción que experimentas, y que en mí es una locura, pero, dime: ¿qué causa motiva tus inquietudes, qué instantáneo te conmueve al verme? ¿Pues, acaso, que el amor que te profeso no corresponda a tus merecimientos? ¿Te inquieta la duración de mi

pasión? Mi amor, ángel querido, es mi vida, ha invadido mi sangre, forma un todo inseparable de mi organismo, y si de pronto mi corazón deja de latir, cuando tú me dices que te extinguió, me parece que mi amor seguirá viviendo lozano y pujante, porque mi amor es mi alma, y en realidad, sólo tengo alma desde el día que te vi.

Ceceli, pues, tus temores, Fatinitza adorada; cesen tus inquietudes, ángel mío: permíteme que te sea una bota para decirte con los labios, con los ojos, con todas las facultades de mi alma: Te adoro, Fatinitza, te quiero más que a mi vida, más que a mi alma, más que a mi Dios; ¡lo hego que te haya dicho todo eso, persisten tus temores, ¡oh!, entonces renunciaré a ti, abandonaré a Ceos, me iré a cualquier rincón del mundo, no para olvidar que te he visto, sino para morir porque no te veo.

Fatinitza recibía mi carta dos horas después de escrita y aquella noche tenía yo su respuesta. Compónese ésta de una sola flor azulada, que significaba que Fatinitza sentía las mismas impaciencias amorosas que yo, pero que presagiaba que nuestra pasión se vería amargada por grandes dolores.

Intenté combatir presentimientos tan extraños, lo que no me fué difícil, pues las razones que para ello empleé se agotaban, pues como en el fondo de su mismo corazón. ¿Qué desventuras podían amenazarla a ella que no se cercenar también sobre mí cabeza? Y, en ese caso, ¿no era preferible sufrir por habernos visto que ser desgraciados por no vernos? En cuanto a las dificultades que pudieran oponerse a una entrevista personal, a fe que podíamos vencerlas sin grandes esfuerzos. Constantino y Fortunato, que me acompañaban, no nos espiaban; en consecuencia, nada nos impedía que, llegada la noche, nos reuniéramos en el jardín. Para ello no necesitábamos más que una escala de cuerdas, que yo me encargaba de echar y que ella sujetara a un árbol cualquiera por un extremo, mientras yo estaba el otro a una piedra de mucho peso. Si Fatinitza accedía a mis deseos, me enviaría un ramo de belloteros. La tortolita fue la mensajera encargada de llevar tan hermoso proyecto.

Para Constantino y Fortunato, desde algunos días antes, me había invadido un amor infinito hacia todo lo antiguo; de aquí que no les admirase ver que me iba a casa no bien tomaba el desayuno. Hice ensillar a *Prety* y bajé a la población, compré cuerdas y fui a esconderme en la gruta donde comencé y terminé mi carta. Atrullé alrededor de mi cisterna, llegué de regreso a casa cuando calenté que habrían comido ya.

Constantino y Fortunato habían salido. Aquellas aves de mar, después de seis semanas de inactividad, sentían ansias de mover las alas y habían ido a visitar su jabeque latino. Cerró la noche y salí a buscar mi ramo, que no llegó. Nada. Oí. Esperé inútilmente hasta más de la una de la mañana, y cuando volví a mi habitación con la desesperación en el alma.

Me tendí sobre el diván acusando a Fatinitza de dura y cruel, jurando que no me amaba, que era coqueta, como buena hija de Oriente, que había jugado con mi pasión alimentándola con esperanzas mentidas para retroceder luego al verla llegada a su límite máximo. Me pasó la noche entera escribiendo amenazas, excusas, protestas de amor, en una palabra: una carta de insensato. Llegó, como de ordinario, la tortolita a buscar su mensaje; pero aquella vez venía con un collar de margaritas, símbolo de tristeza, que me traía de parte de Fatinitza. Hice pedazos la carta y entú otra llena de ternura, que terminé con estas palabras:

Esta noche esperaré en el ángulo del muro, donde permaneceré la pasada basta después de la caída de la luna. ¡Pues, si no viene, Fatinitza, no me hagas sufrir por las torturas que te he padecido ayer, pues me faltaban las fuerzas



y mi corazón saltaría hecho pedruzcos!

¡Ah! ¡Poy te de ver si en realidad me amas!

Saqué a la tórtola el collar de margaritas y coloqué mi carta bajo su ala. El día me pareció eterno. No quise salir: me tendí sobre el diván y dije que estaba enfermo, lo que fácilmente hice creer a Constantino y a Fortunato, que vinieron a verme, porque en realidad tenía una fiebre alta y me ardía la cabeza.

Veían a invitarme a acompañarles a Andros, donde asuntos importantes reclamaban su presencia. Mi enfermedad desapareció no bien salieron ellos. Levanté mi celosía, espasé tripa y nuégas, y un cuarto de hora después presenté a la tórtola. Seguidamente escribí esta carta:

*Tenemos en perspectiva una noche durante la cual no nos amenazará ningún peligro, una noche que, por el contrario, puede pasar entera a tus pies. Tu padre y tu hermano saldrán para Andros, de donde no regresarán hasta mañana... ¡Oh, Fatinitza de mi vida! ¡Ten confianza en mi honor! Por mi parte, la tengo absoluta en tu amor.*

Una hora más tarde llegaban a mis oídos los gritos de los marineros que se llamaban unos a otros. Corrí a la ventana que daba al mar, y, a través de la celosía, vi a Constantino y a Fortunato que embarcaban en una canoa. Salté como un loco, balé como un insensato... ¡Al fin me encontraba solo con Fatinitza!

Llegó la noche. Salí con mi escalá de cuerda, páldio, temblando, como si acabara de cometer un crimen. A nadie le ocurrió, y a qué sin saber hasta el ángulo del muro. Sonaron las nueve... Me parecía que las campanadas repercutían en mi corazón. No se había extinguido el eco de la última cuando a mis pies cayó el ramo.

¡Bendito sea Dios! No lo formaban solamente heliotropos, sino lirios azules y flores de acónito además de los primeros. Al ver los lirios, me acordé que yo también era un niño, el extremo de la escala sobre el caballete del muro; sentí que alguien imprimía a aquella un ligero movimiento, tiré al cabo de breves instantes, y observé que estaba fija. Trepé por ella con la agilidad de un marino. Llegado a lo alto del muro, salté al jardín, sin calcular la altura, y fui a rodar a los pies de Fatinitza, que me esperaba en medio de un mazo de flores.

Fatinitza lanzó un grito, pero ya me encontraba ya a sus plantas, abrazando sus rodillas, llevando sus manos sobre mi corazón, reclinando mi cabeza contra su pecho.

¡Qué noche, santo Dios! ¡Flores, fragancias delicadas, rinos de risueños, el cielo encantador de Grecia, y junto con todo esto, dos corazones juveniles, igualmente puros, que aman por primera vez! Palidieron las estrellas, vino el día. Fuerte era separarnos. Arrojé un culbri de besos las manos de Fatinitza, le dije en un minuto todo lo que le había dicho durante toda la noche, y nos separamos, pero prometiéndome vernos la noche siguiente.

La dicha me empujaba, me mataba, cuando volví a mi habitación—me tendí sobre mi diván para pasar, si mi era posible, de lo real a lo soñado. Hasta aquella noche no me había conocido a Fatinitza, la casualidad y mi amor reunidos en una sola mujer forman la piedra preciosa de más valía que jamás ha salido de las manos de la naturaleza y han creado un tipo moderno del que la Virgen Santísima es el símbolo. Vino el crepúsculo, la noche tendió sus negros telos, encendíendose las luminarias del cielo, y yo corrí a caer a los pies de Fatinitza.

Habíamos pasado la noche anterior hablando cada uno de su persona; pero la segunda, Fatinitza habló de él y yo de Fatinitza. ¡Hecha historia de mis curiosidades, de mis deseos, de las noches y los días pasados detrás de la celosía de mi ventana. Otro tanto le había sucedido a ella: desde que escuchó el relato de nuestro

combate, desde que le refirieron que yo había ido a Fortunato y luchado con Constantino, que el pobre Apostoli, que mientras hablabamos nos contemplaba desde el cielo, me salvó de perecer entre las olas, y que Fortunato, curado por mí, me llevó a su casa, no como médico, sino como hermano del alma, se apoderó de ella un deseo ardiente de verme, y al cabo de algunos días simuló, para lograr sus anhelos, una indisposición que me sentía. Me confesó que había comprendido al momento que tuve yo mis motivos para ordenarle el paseo, y que le dió la explicación de la fudole de esos motivos el hecho de haber encontrado entre las hojas del libro el ramito que al día siguiente sacó de su pecho la tórtola delatora. Quería ella que yo le hablase de mí; pero replicó insistiendo en que me hablara ella de sí misma, diciendo que al día siguiente me correspondía a mí el turno de obedecer.

Lo que me dijo parecía la confesión de un ángel. Era una verdadera hija de Grecia en cuya mente palpitaban confundidas las ideas religiosas con las profanas, una doncella que creía firmemente en el poderío de la Virgen y al mismo tiempo en la ciencia de los alvínos.

Pasó la segunda noche feliz y rápida como la primera. Tal armonía se estableció en nuestras almas, que desapareció por completo nuestro sentimiento absolutamente desconocidos los unos desde la eternidad, y comenzamos a amarnos desde que nuestros ojos se abrieron a la luz.

Entré en mi habitación henchido de reconocimiento y de gratitud por esos misterios infinitos que Dios oculta en su seno y que aparecen paulatinamente y uno tras otro ante nuestros ojos semejantes a las hojas de un libro desconocido.

Hacia el mediodía regresaron Constantino y Fortunato de Andros. Quise salir a recibirlos al muelle, pero me faltó el valor. Me intimidaba la idea de encontrarme en su presencia y hubiese querido retardar todo lo posible el momento de verles; pero a poco de haberlos oído entrar en casa, abrióse la puerta de mi habitación y entró Constantino.

Venia a anunciarme que, dentro de dos semanas, saldría de Zca para recorrer los mares. A continuación, sin extinguirse, me preguntó si quería aprovechar la escala que pensaba hacer en Scio para llevar hasta Esmirna y dar cumplimiento a la fúnebre misión que me encargara Apostoli para su madre y hermana.

Las pocas palabras que Constantino me dirigió, que eran prueba evidente de que no le agradaba que yo me quedase en Ceos durante su ausencia y la de Fortunato, echaron por tierra, de un golpe, todo el edificio de mi dicha. ¡Separarse de Fatinitza!... Mi había pasado ya mi imaginación la idea de que pudiera llegar el momento de separarme de ella ni por un solo día, y, sin embargo, quedarme a su lado era imposible, sin dar a Constantino y a Fortunato motivos sobrados de sospecha. En mis circunstancias, sólo dos caminos tenía abiertos: seguir a Constantino o declarárselo todo: abandonar a Ceos o quedarme con el título de prometido de Fatinitza.

Me había aventurado con los ojos vendados por el camino del amor, y una mano despiadada me arrancaba la venda y me hacía ver que me encontraba frente a una realidad terrible. Escríbale a Fatinitza por conducto de mi alada mensajera, diciéndole que habían regresado su padre y su hermano y que debía esperarme más tarde; y en efecto, cuando él que Constantino se encerraba en su habitación, salí yo de la mía y bajé con paso furtivo la escalera, para ir a buscar a mi hermano. Después de un largo de los muros. Llegado al sirio de costumbre, arrojé mi escalera. La hijó Fatinitza, que estaba esperando, y segundos después estábamos juntos.

Mi tristeza llamó su atención desde el primer instante.

—Dios mío! —exclamó, presa de viva inquietud—. ¿Qué tienes, qué te pasa, amado de mi alma?

Sonré con amargura y la estreché contra mi corazón.

—¡Habla! —repuso ella—. ¡Me estás haciendo morir!... ¿Qué ocurre, di?

—Ocurre, Fatinitza adorada, que tu padre sale de Ceos dentro de dos semanas. —Sí, lo sé. Hoy me lo dijo—. ¿Dios mío! ¿Te ano tanto, que lo había olvidado!... Pero ¿quién tiene motivos para estar triste soy yo, no tú?... ¿Qué te importa que se vaya mi padre? No es el autor de tus días y...

Cierto, Fatinitza, pero me lleva consigo. Me indicó que debo prepararme para acompañarle en el viaje... Si me niego, buscará y encontrará los motivos que aquí me retienen... y si me voy... ¡No! ¡No puedo irme dejándote aquí!

—¿Y quién te impide confesárselo todo, amado mío? Como a un hijo te quiere mi padre... ¡Neces un momento... serenos felices.

—¡Escúchame, Fatinitza! —contesté después de algunos momentos de silencio, durante los cuales me miró con expresión de inquietud indecible—. Escúchame, y no interpretes mal lo que voy a decirte.

—Habla. —Si tu madre viviera y tú te encontraras lejos de ella y de tu padre, ¿te casarías sin su consentimiento?

—¡No!... ¡Nunca! —Pues bien, Fatinitza: yo estoy alejado de un padre y de una madre que me idolatran y a quienes adoro; no les he proporcionado más que dolores y angustias, puesto que a estas horas, saben que destruí todas las esperanzas que en mí porvenir habían puesto, toda vez que es indudable que pesa sobre mi cabeza una sentencia que me condena a muerte y me cierra para siempre las puertas de mi patria.

—Pero ¿por qué te condenan a muerte? ¿Por haber contestado a un sereno a un insulto sangriento? ¿No estarías demasiado pronto en resignarte si te hubiesen conculcado de otra suerte?

—Sí, Fatinitza, pero nuestras leyes son inflexibles. Si pongo mis ojos en Inglaterra muero irremisiblemente.

—¡Oh! ¡No los pongas nunca! —exclamó, echándose los brazos al cuello—. ¿Qué necesidad tienes de ir a ese odioso país? ¿No es todo el mundo entero, no puedes vivir en esta pobre tierra que no vale lo que tu Inglaterra, ya lo sé, pero donde has despertado amores como mi has de despertarlos en ninguna región del mundo?

—Dios me es testigo, Fatinitza mía —contesté, apremiando su cabeza entre mis manos y mirándola con mi alma entera—, de que no suspiro por mi patria... Mi patria es el rincón de la arena donde viviste tú, donde me dices que me amas. Un peñascito solitario y tu amor, el lo único que ansío... crece que no podría otra cosa si mis padres me escribieran: «¡Felices y recibid nuestra bendición tu prometida y tú!».

—¿Por qué no les escribes, entonces? Di a mi padre lo mismo que acabas de decirme a mí, y él se escapará con paciencia la bendición que deseas.

—Si mi desgracia, eso es precisamente lo que yo quiero decirle, así me lo replicó, pasando mi brazo alrededor de su tallo y estrechándolo contra mi pecho—. Mira, Fatinitza: en mi país no sólo hay leyes extrañas, absurdas, como decías hace un instante, sino también prejuicios terribles. Soy el último representante de una familia noble y antigua...

Fatinitza comprendió con brusquedad de mis brazos y me miró con orgullo.

—Pero no más noble ni más antigua que la mía, ¿lo ves? —replicó—. ¿Acaso ignoras cuál es el segundo apellido de mi padre? ¿Por ventura no reparaste en que sus servidores le hablan como se habla a los reyes? ¿No significa para ti nada descender de los espartanos y llamarse Sophianos? Vete a Monestasia, visita su cate-

dral, y en ella encontrarías nuestras ejecutorias de nobleza al pie de la capitulación de la ciudad que, regida por uno de nuestros antepasados, resistió por espacio de tres años las acometidas de todos tus antepasados de Occidente.

—¡Lo sé, Fatinitza, lo sé! Sé que tu familia es muy noble; pero las circunstancias... acontecimientos dolorosos... el desporismo... hicieron de tu padre un pirata.

—¿Una pirata, verdad? Hicieron de mi padre un pirata, como hicieron kleftas de Mavricordato y de Bozariis. ¡Día vendrá, Joha, en que estos piratas y aquellos kleftas harán envejecer al mundo que les dio semejantes nombres! Pero, mientras tanto, tienes razón: la hija de un pirata o de un klefta debe aprender a ser humilde, debe aprender a entender cuál es su puesto en la vida.

—¡Oh, mi Fatinitza adorada! ¡Si mi madre pudiera verte un día, una hora, un instante, ¡ah!, entonces mi tranquilidad sería completa, ni por un momento dudaría! Si yo pudiese arrojarme a sus pies, decirle que mi vida depende de ti, que sin ti no es imposible soportar la existencia, que tu amor lo es todo para mí... ¡Si! Entonces estaría seguro de su consentimiento! Pero luchó con lo imposible; ella no puede conocerme, no puedo yo hablarle, me veo condenado a confiar a un papel mi demanda, y las súplicas encomendadas a un frío papel son por necesidad frías! No sabré ver que cada una de sus letras fué escrita por mi cón sangre de mi corazón, y es muy posible que me niegue su consentimiento.

—¿Y tú te lo niegas, qué piensas hacer?

—Iré a solicitar personalmente su bendición, sin la cual me sería imposible vivir: iré, poniendo en grave riesgo mi vida, porque nada vale mi vida en comparación de mi amor. Iré, Fatinitza, en persona... Toma nota de mi compromiso: iré, tan cierto como eres tú un ángel de virtud.

—¿Y sin un así te lo niegas?

—Entonces, Fatinitza, volvería aquí, para pedirte que hicieras por mí un sacrificio inmenso, para pedirte que abandonases a tu familia como yo habría abandonado ya la mía. Nos iríamos a cualquier rincón del mundo para vivir desconocidos... y nuestra familia serían las estrellas, que contemplarían envidiosas nuestra dicha y que dejarían a los astros nuevos que yo de amaré, de amaré capaz de hacer eso?

—¿Por mi honor, por tu amor, por tu vida lo juro! Desde este instante, Fatinitza mía, eres mi prometida.

—¡No! ¡Desde este momento soy tu esposa! — exclamó, echándose los brazos al cuello y besándole con pasión.

### XXX

Las palabras que Fatinitza me había dicho no fueron vanas: afirmó que era mi esposa y lo era, en efecto. Desde el día en que tuvimos la conversación que dejó transcrita, hasta el de mi marcha, pasamos juntos de las noches y éstas fueron noches de suprema dicha, pues el alma de ángel me creyó como creyó a un Dios, y no vió en nuestra separación más que una crisis dolorosa que debía reunimos para siempre. En honor a la verdad, diré que yo era digno de su confianza.

No quiero decir, empero, que nos víramos completamente libres, en medio de nuestra confianza mutua y de la tranquilidad que debíamos a nuestra convicción intuitiva, de ciertas dudas extrañas e indeseables que de vez en cuando se agitaran en nuestras corazones. Nuestra decisión era real y poderosa; pero entre dos personas que se separan puede colocarse, y finalmente se coloca con frecuencia, una divinidad terrible que no es la Providencia, sino el azar. Ni yo mismo podía verme libre de la mordedura de esa inequidad, que despoja a las más protestas del acento de seguridad que es necesario dar para llevar la tranquilidad al ánimo de Fatinitza.

Convinimos la norma de conducta que yo debía seguir. Ante todo, iría a Esmirna, donde me llamaba el cumplimiento de un deber doble, o, mejor dicho, el cumplimiento de un deber y la realización de un paso que me era conveniente. Una vez en la ciudad mencionada, centro de las comunicaciones entre Oriente y Occidente, esperaba yo y esperaba a la realización de mis padres, y luego, como no podía yo seguir a Constantino y a Fortunato en sus correrías, que durarían de dos a tres meses, es decir, mayor tiempo del necesario para que yo recibiera de mi familia respuesta a la carta que le dirigiera, aguardaría hasta que aquellos vinieran a recogerme para volver con ellos a Ceos. Alentadas estas ideas, fui a Esmirna, y a Fortunato sobre mis amores con Fatinitza. Si volvía sin ellos a Ceos, me dirigiría a Eféfana, a quien su hermana se lo había confiado todo.

Fáciles y sencillas de cumplir eran todas estas cosas: anulos estábamos seguros uno de otro, y sin embargo, no conseguimos vernos libres de tristes presentimientos que nos atormentaban una hora a la semana, una vez cada semana. De lágrimas fué la noche última que pasó al lado de Fatinitza: ni mis promesas, ni mis juramentos, ni mis caricias, conseguimos tranquilizarla y consolarla. Más muerto que vivo, me separé de ella y entré en mi habitación como un loco. Escribí una carta postrera en la que le ratifiqué mis promesas y juramentos, añadiendo algunas consideraciones que le podrían tranquilizar, y confió el mensaje a nuestra querida rónola que, no bien anunciara vino a posarse sobre el alfiler de mi ventana.

Las ochos serían cuando vi que Constantino y Fortunato atravesaban el patio y se dirigían al pabellón: iban a decir adiós a Fatinitza. No me invitaron a acompañarles ni yo me atreví a solicitarlo: cierto es que prefería mil veces no ver a Fatinitza a verla con expresión indolente. Poco antes de la hora en que yo me había ido, viniendo luego a buscarme. Mientras subían la escalera, de libertad a la mensajera, que tendió inmediatamente su vuelo en derecha a la ventana de su dueña. El último que de Fatinitza se despedía era yo.

Tuve necesidad de apelar a toda la energía de mi carácter para no venderme; aunque, por otra parte, la preocupación de Constantino y de su hijo era muy grande para que pusieran atención en la mía, y su dolor muy vivo para que observaran el mío. No habían visto nunca a Fatinitza tan triste y desesperada, y entrambos la amaban demasiado para no compartir su dolor y su desesperación, que ellos atribuían al temor a los peligros que pudieran correr.

Llegó el momento de salir de la habitación donde tan dolorosas emociones había experimentado en los dos meses últimos. Constantino y Fortunato me esperaban en la puerta exterior, hablando con animación. Me reuní a ellos procurando dar a mi rostro una expresión de indiferencia natural, pues, en realidad, para ellos, no tenía yo por qué sentir abandonar a Ceos.

En el puerto nos esperaban Eféfana y su marido. La primera, como casada, llevaba su rostro descubierta. En los muros se clavaron sus grandes ojos negros que parecían querer penetrar hasta el fondo de mi alma, y, en el momento en que yo entraba en la pasarela que debía dejarme en la barca, me dijo en voz baja:

—¡No olvidés tus juramentos!

Me volví hacia la casa donde dejaba a Fatinitza para poner al pasado como testigo del porvenir, y, a través de la celada de mi adorada, vi asomar la mano y el pánuelo que habían salido nuestra llegada, y que ahora saludaban nuestra marcha.

Mientras nos dirigíamos al jabeque, que esperaba fundado en la entrada del puerto, exponiéndome a llamar la atención, no separé mis ojos de aquella mano y de aquel pánuelo. ¡Gritarías que podían más que mi voluntad subían hasta mis ojos velándose como una nube

que se interponía entre Fatinitza y yo. Volvía entonces la cabeza para ocultarlas, mas no tardaba en dirigirlas de nuevo hacia la mano y el pánuelo que me decían adiós. El jabeque partió impulsado por sus velas y los remos. Pronto doblamos el promontorio y perdimos de vista a Zea y la casa de Constantino.

Entonces me aparté de la orilla a una profundidad. Me parecía como si lo único que a la vida me renoviesse fuera aquella postrera señal de despedida y que, una vez desaparecida ésta, nada existía para mí en el mundo. Preteté una indisposición que el exceso de calor hacía muy posible, ni retiré al camarote y, tendido en la hamaca, di rienda suelta a las lágrimas.

¡Diecisiete años de doloroso hecho a la mar anhelamos a la vista de Asuimiri! ¡Idios adios de la ciudad, pues, aunque Constantino sabía que podía contar con las simpatías de sus compatriotas, no osó entrar en un puerto tan frecuentado y poderoso como el mencionado.

Constantino y Fortunato me ofrecieron cuanto podían y valían antes de despedirse de mí, ofrecimientos que agradecí y no acepté, pues en realidad nada necesitaba. Asuimiri, ¡idios adios! unos ocho mil francos en dinero contante y letras de cambio. Lo único que les supliqué fué que volvieran a tocar a Esmirna para recogerme, y si yo continuaba en la expresada ciudad. Confieso que respiré más tranquilo y experimenté un alivio extraño al separarme de aquellos dos hombres: ante ellos me encontraba yo vulnerable como un animal.

Hicieron la última conveniencia para indicar que a bordo iba alguien que descalza desembracaba, y no tardamos en ver que desatracaba un bote y venían a buscarme. Apenas en tierra, pregunté por la residencia de la madre de Apostoli, y supe que, desde tres semanas antes, vivía en una casa de campo, distante media legua de Esmirna. Uno de los marineros del bote me condujo al campamento a ella.

Criados de luto fué lo primero que encontré al llegar: los pasajeros de *La Bella de Ceos*, que eran dueños de su libertad a la muerte de Apostoli, habían sido portadores de la triste nueva. La madre y la hermana del difunto, al saberla, se habían retirado al campo para llorar allí su pérdida.

Las puertas de la casa me fueron abiertas de golpe, y en tan pronto fué pronunciado mi nombre, que me fui a la madre, a la hermana, al hijo, al hermano de la amada. Yo me acordaba de la amada íntima que me unió a su hijo y de los cuidados y atenciones que le prodigó hasta su muerte. Me esperaba en el fondo de una habitación tapizada de negro. La encontré en pie, llorando lágrimas silenciosas y puestos los brazos como los de la Madre de los Dolores. A la vista de tristeza tan profunda, el fondo de mi madre, pero la buena señora me levantó y, estrechándome entre sus brazos, me dijo:

—¡Háblame de mi hijo.

Entró en aquel momento la hermana de Apostoli. Su madre le indicó por medio de un gesto que se sacara el velo, indicación que fué obedecida. Pude admirar una doncella indiana, de diecisiete a dieciocho años de edad. Entre ella y la madre, el legado fúnebre de que era portadora: los cabellos de la madre, a la hermana el anillo, y la carta para las dos, y a continuación tuve que entrar en detalles sobre la enfermedad y muerte del infeliz Apostoli. Yo sabía que los grandes dolores sólo con las lágrimas se endulzan y mitigan, así que no me importó hacer resultar en mi narración los detalles que retrataban al ángel que habían perdido, al decir que yo me iba a la tierra volar al cielo. Lloraban las dos, lloraban mucho, pero sin convulsiones, sin desesperación, como lloran las personas verdaderamente cristianas.

Pasé a su lado el día entero, y al atardecer regresé a la ciudad y corrí a visitar al cónsul. De todo lo relacionado conmigo, tenía noticia por los oficiales del *Tridente*, que había caído en Esmirna algunos días después de mi fuga de Constantinopoli, pues precisamente



el día que siguió a mi duelo con Burke, el capitán Stanhow recibió órdenes de volver inmediatamente a Inglaterra. Supe que todos se marcharon a la vigilia de mi, y el capitán Stanhow estaba resuelto. En pronto como llegase a Londres, a dar a los lóres del Almirantazgo una versión exacta del suceso. Me entregó el cónsul una carta de mis padres, que incluía una letra de cambio de quinientas libras esterlinas. La carta era de tres meses de fecha, y por lo tanto había sido escrita antes que yo llegara a la madrastra de Burke hubiese podido llegar a Inglaterra.

Permanecí en Esminia ocho días esperando oportunidad para dirigir una carta a mi madre. La mayor parte del tiempo lo dedicaba a la madre de Apostoli, que me quería como a un hijo y a la que constantemente hablaba yo de la mía. El día noveno, al entrar en la fonda, supe que había falleado en el puerto un buque inglés, procedente de Londres. Dos horas después, el cónsul me envió una carta. Confieso que sentí un estrechamiento general al recibirla: mi pobre madre debía saber ya el suceso de que fui protagonista, y temblé al pensar que la carta que acababa de recibir fuera vivo reflejo de su desesperación.

Abrió la carta, cuyas primeras palabras fueron motivo de inmensa alegría para mí, pues me traían una noticia integrada del señor Sars, los buenos y bien conocidos Gibraltar. Después del viaje a Constantinopla, indignado por la conducta observada por un segundo con respecto al infortunado David, había escrito a los lóres del Almirantazgo solicitando el relevo del señor Burke, y fundando su petición en la enemistad declarada entre aquél y toda la dotación del buque. Precisamente porque todos conocían el carácter bondadoso del capitán, su petición alcanzó un peso considerable que pocos capitanes de la armada británica hubiesen podido darle, de lo que resultó que el Almirantazgo relevó inmediatamente al señor Burke, nombrándole segundo comandante del *Neptuno*, buque que se estaba armando en Plymouth para acompañar y proteger un convoy que debía ir a la India. Resultaba que el nuevo destino del señor Burke había sido firmado en Londres tres semanas antes de nuestro duelo de Constantinopla, y, como consecuencia, que yo había muerto en desafío a un oficial de la marina de guerra inglesa, más no a un superior mío, lo que era muy diferente. Ciertamente el consejo de guerra me había condenado a deportación, pero el rigor de la sentencia fue debido a mi rebeldía. Mi padre no dudaba que, al haber cometido yo un acto de tan horrible y alto abyecto. Me instaba a que me presentase inmediatamente, y a sus instancias uníame las de mi madre, que me decía que la mataría la inquietud si, inmediatamente que yo leyera la carta, no volvía para tranquilizarla.

Sus deseos concordaban con mis proyectos, toda vez que mejor defendería mi causa y la de Fariniza personalmente que por medio de carta. Corrí al puerto; supe que un buque mercante me esperaba zarpando rumbo a Portsmouth; lo vi, me pareció que era de mucho andar, y tomé pasaje en él. Fui a comunicar a la madre de Apostoli la alegre nueva que acababa de recibir, teniendo la satisfacción de observar, por primera vez, que por sus ojos cruzaba un rayo de alegría y una sonrisa jugueteaba en sus labios.

Doce días después de mi llegada a Esminia la abandonaba, embarcando rumbo a Europa, al buque corsario de la armada de guerra de Fariniza. Para la madre de Apostoli, mi despedida fue motivo de nuevo dolor, pues le parecía que, al perderme, perdía el cuerpo de su hijo después de haber perdido su alma. Yo le aseguré que mi intención era volver a Ormuz no muy en breve.

No me había engañado al firmen en la *Leidy*, que tal era el nombre del buque en que me embarqué, un velero escocés, que me aguardaba de nuestra salida de Esminia dábamos vista

a Nicaria. ¡Desde lejos distinguí el túmulo bajo el cual dondita Apostoli!... ¡Apenas habíamos salido del Archipiélago isla que no conservara algún recuerdo mío!

Cinco días después pasábamos frente a Malta, sin detenernos. No parecía sino que el capitán de la *Betty* sentía las mismas impaciencias que yo, y que el viento era nuestro esclavo sumiso. A los ocho días, después de haber pasado frente a Malta, dejábamnos atrás el estrecho de Gibraltar, y a los veintinueve de haber pasado de las Sinfina anclábamnos en la rada de Portsmouth.

Era tal la impaciencia que me dominaba, que no quise utilizar la diligencia pública. La distancia que separaba a Portsmouth de la Williams-house era de unas noventa leguas que opté por hacer a caballo.

Los postillones debieron tomarme por algún loco que había hecho una apuesta insensata. Serían las tres de la tarde cuando salí de Portsmouth, corrí toda la noche, y al hacerse día me hallaba en Northampton. A las diez franqueaba las fronteras del Condado de Leicester, cruzaba el Derby a todo galope de mi caballo al mediodía, y al fin tuve la dicha de ver la Williams-house, el gran pascio de alamos que conducía al castillo, la puerta abierta, al perro sujeto a su cadena en el fondo del patio, al barbero que limpiaba los caballos que bajaba por la escalinata. Al pie de ésta nos encontramos: me tiré del caballo gritando:

—¡Madre mía!... ¿Dónde está mi madre?

Mis palabras resonaron en los oídos de mi pobre y adorada madre, que acudió corriendo desde el fondo del jardín. Observé que vacilaba, que estaba a punto de caer; de un salto me puse sobre ella y la recogí en mis brazos cuando la emoción daba con su cuerpo en tierra. Segundos después llegaba mi padre, corriendo con la velocidad que le permitía su pierna de palo. Le tendí la mano, en tanto que con la otra sostenía y abrazaba a mi madre y mientras el buen Tom, ébrio de alegría tiraba la gorra por los aires y nos disparaba todo el vocabulario de sus exclamaciones y juramentos más variados.

Pronto vinieron a engrosar el grupo todos los amigos de la casa, tan apiladamente que se propagó la nueva de mi llegada. Entre ellos citaré a la señora Denison, cuya jerga irlandesa me prestara tan excelentes servicios en mi aventura de *La Verde Ería*; al señor Sanders, nuestro administrador; al buen doctor, cuyas lecciones, felizmente para mí, había conservado en mi memoria, y finalmente a nuestro cura, el señor Robinson, que no había perdido su antigua afición al tabaco.

Acompañado por mi madre, hice una visita a toda la casa. Quise ver la gruta del capitán, que seguía siendo su pascio favorito, y finalmente el lago, mi hermoso lago, que en otro tiempo me parecía más grande que un océano y que ahora me parecía un estanque. Todo estaba en el mismo sitio que lo dejé, todo en el mismo estado.

Una sombra y conmovida como yo estaba mi pobre madre. No acertaba a creer que fuera su hijo adorado, el hijo al que creyó que no vería más, el que tenía ante sus ojos. Me estrechaba entre sus brazos, me oprimía contra su corazón, como si necesitara convencerse de que no era una sombra lo que abrazaba y oprimía, y entonces rompía a reír escrespitosamente, sin motivo aparente, mientras sus ojos vertían abundantes lágrimas. Otras veces detenía bruscamente sus pasos, me miraba con fijeza y decía que su querido John se había hecho un hombre... Tenía razón: yo estaba por cumplir dieciocho años y había envejecido mucho durante el último.

Entramos en el salón donde me obligaron a contar la historia de mis viajes y aventuras. Obedecí, pero terminándola con la muerte de Burke, y limitándome a decir que, a raíz de mi llegada a mi Archipiélago, donde permanecí hasta que la carta de mi madre me aconse-

jó que regresara.

Mi padre quiso que al día siguiente emprendiéramos el viaje a Londres. Ciertamente que los días que pesaba mi vida no era deshonrosa; pero era una condena, y mi madre, en cuyo corazón hablaba más alto que nada el sentimiento más escueto del honor, quería que me lavase de ella lo más pronto posible. Nos acompañó mi madre. En cuanto al fallo del nuevo Consejo que debía revivir mi causa, a ninguno de nosotros nos parecía dudoso.

Llegados a Londres, nuestra primera visita fue al Almirantazgo. Yo iba vestido de civil, libre y espontáneamente, a entregarme en manos de la justicia, y al efecto rogué que me indicasen la prisión donde debería encerrarme o la fianza que habría que depositar. Me concedieron la libertad bajo fianza; pero, como el *Tridente* hacía a la sazón un crucero por el Canal de la Mancha, para revisar el proceso antiguo y abrir otro nuevo se necesitaba esperar su retorno, que tendría lugar dentro de un mes, como plazo mínimo y seis semanas como máximo. Como es natural, la demora me contrarió horriblemente, pero fuerza era someterse a ella. Pasamos en Londres todo ese tiempo. Habían transcurrido ya más de cuatro meses desde que salí de Ceos, y no podía menos de comprender que, en las despedidas, los días que me quedaban eran los que quedaban. ¿Qué haría, qué pensaría Fariniza, que continuaba viva en mi alma y presente a mi espíritu?

Al fin entró el *Tridente* en la rada de Portsmouth, y como el buque almirante se hallaba en el mismo puerto, resolvieron que tuviera lugar allí la revisión de mi proceso. Salimos inmediatamente de Londres.

Como era una gran tarde, era mi impaciencia, pero en nada pudo afectar los preparativos del proceso, que duraron un mes. Al fin el día señalado para la revisión. Mi padre, que quiso acompañarme vistió su uniforme de almirante, al paso que yo volvía a lucir el de guardiamarina, que había abandonado el día que maté a Burke. A las siete de la mañana el buque disparó un cañonazo, y anunció, no me quedaba duda, que el Consejo de guerra estaba constituido a las nueve. Fueron los minutos que fuimos puntuales. Me puse a disposición del oficial de guardia, llegaron unos tras otros los capitanes que debían formar el Consejo, y a las nueve en punto, éste quedó constituido. Me llamaron a las nueve y media. Entré en la cámara del Consejo. Frente a una mesa estaba sentado el almirante, que presidía, y a su lado el capitán encargado de la acusación. A uno y otro me sentó el presidente, por orden de antigüedad. Había sentados seis capitanes. Frente al almirante, tomó asiento el defensor, y a la izquierda de este último me coloqué yo, en pie, como acusado que era. El proceso antiguo fue declarado nulo y abrióse otro nuevo, fundado sobre pruebas nuevas. Me acusaban de haber asesinado a un oficial de la marina de guerra inglesa, sin que mediara provocación por parte suya, en el cemenitero de Constantinopla. Descartada, como se ve, la cuestión de insubordinación, todo se reducía a demostrar que el señor Burke murió en duelo legal y no asesinado a sus manos.

Escuché la acusación en silencio, y una vez terminada, después de pedir la palabra, que me fue concedida, referí sencillamente y con la mayor calma cómo ocurrió el lance, y pedí, como descargo único, que fueran escuchados los oficiales del *Tridente*, sin dignar a nadie en particular, y dejando a cada uno la elección de los testigos. El Consejo resolvió oír las declaraciones del capitán Stanhow, del oficial Trotter, del guardiamarina Jaime Perry y del contramaestre Thomson. También prestarían declaración cuatro marineros que completaban el número de los testigos de descargo en cuanto a los de cargo, no existían.

Los señores Sars, como sus desistimientos fueron unánimes. No solo relevó toda la culpa sobre

el señor Burke, sino que todos los oficiales, terminada su declaración respectiva, licieron constar que, en mi lugar, si alguien les hubiese inferido una ofensa tan grave como la que yo recibí del señor Burke, habrían procedido como procedí yo. En el mismo sentido declararon los cuatro marineros, uno de los cuales fue Bol. Hubo uno que declaró lo que yo ignoraba, es decir, que encontrándose de servicio, ocupado en el cumplimiento de una orden que le dio el señor Burke, vió, a través de la puerta, que estaba encatibierta, el gesto violento que dio motivo a mi venganza.

Oídos los testigos, el Consejo retiróse a deliberar. Un cuarto de hora después me llamaban de nuevo, así como a los testigos y las personas que asistieron al Consejo. El Consejo estaba en pie. Hubo un momento de silencio grave y profundo, durante el cual confieso que sentí vivas inquietudes. El presidente, puesta la mano sobre el corazón, dijo con voz solenne y entera:

—Por mi alma y mi conciencia, ante Dios y ante los hombres, declaro que el acusado no es reo de asesinato.

En la sala resonó un grito mánime de alegría, y en el mismo momento, no obstante la solemnidad del acto y la presencia de los jueces, mi padre, que no se había separado un instante de mí, me abrazó y estrechó contra su corazón. Los oficiales almirantes y los señores de la corte, al ver que yo me acercaba a mi padre para testimoniarme su alegría con palabras de cariño, apretones de manos y felicitaciones sin fin. Sin darme casi tiempo para saludar y dar las gracias a mis jueces, me encontré llevado como en triunfo hasta el puente de la *Corona*, donde se encontraba el *Trident* y el *bow*, el *Tridente*, en el cual embarqué con mis antiguos compañeros, que me acompañaron a Portsmouth.

Una vez en tierra, me acordé de mi pobre madre que, como no pudo acompañarme a bordo, esperaba el resultado del Consejo, presa de horribles inquietudes. Dejé que mi padre y el señor Stanlow se encargaran de ultimar los detalles del gran banquete que debíamos tener para festejar la sentencia favorable y corrí a la fonda. De dos salas subí la escalera, violenté la puerta de su cuarto en vez de abrirla, y la encontré de rodillas, pidiendo a Dios por mí. No tuve necesidad de decirle nada: ella lo comprendió todo. Lanzó un grito de júbilo infinito, me tendió los brazos, y ex-

—¡Libre!... ¡Libre!... Soy la más dichosa  
de las madres!

—Y de ti depende —contesté cayendo de rodillas frente a ella— que yo, a mi vez, sea el más feliz de los hijos y el más dichoso de los esposos.

## XXXI

Mi contestación dejó atónita a mi pobre madre. Y como el momento era muy favorable, le aproveché para referir a mi madre el resto de mis aventuras, tomando la continuación desde el momento que embarqué en *La Bella Levantina* y poniéndole fin el día que, hallándome en Esmirna, recibí su carta que me llamaba a su lado.

La continuación de mi historia fue motivo de nuevas emociones para mi madre. Revueltos entre las mías su mano mientras duró el relato, y pude observar que, al hablar del terrible comensate con el buque pirata y del peligro que corrí de perecer ahogado, aquella temblaba y experimentaba continuos sacudimientos. La muerte del pobre Apostoli arrancó abundantes lágrimas a sus ojos. Pasé a hablar de Ceos; hice historia de mi curiosidad de mis deseos de ir a la escuela de la Fatimazá, y me contó que, al punto como era, es decir, como un ángel de amor y de pureza, hablé de la fe absoluta que puse en mis palabras, de la confianza que en mi mente depositada, del agrado con que

accedió a mi exigencia, cuando le dije que necesitaba ir a buscar la bendición de mis padres. La persuadí de las torturas que a aquellas horas debía estar sufriendo la desventurada mía, separada de mí y sin saber noticias mías ni recibir consuelos míos en cinco mortales meses, sin que nada sostuviera en ella la convicción de que continuaba siendo amada tanto como ella amaba, y seguidamente, cayendo de rodillas, tomé sus dos manos, las cubrí de besos y de lágrimas, y le rogué, con acento suplicante, que no me obligara a desobedecerla.

Era tan tierna mi madre, y tanto me quería, que por singular y extraña que mi aventura me pareciera, por contraria a nuestras costumbres de Occidente, me permitía entrever que yo, al menos, no me avergonzaba de ella. Me desgracia, decía mi padre, mi padre, que si bien es cierto que me profesaba una ternura sin límites, era de esperar que no se rindiera sin lucha. Mi padre estaba orgulloso de sus noblezas, soñaba para mí una alianza brillante, y aunque la filiación de Constantino se remontaba, como la de todos los Maniáras, hasta las fundadas, tenía yo que para él, al menos, llenar una función de oficio, que aquel que me parecía poco en relación con el apellido que de sus antepasados había recibido,

Llegó mi padre acompañado de mi amigo Jaime para decirme que el señor Stanhow había exigido que el banquete en mi honor fuera celebrado a bordo del *Tridente*, alegando por ello derechos tan incontestables como, por ejemplo, el de haber sido mi capitán, que mi padre hubo de darle la razón.

Mi padrino y olvido permiso para que Tom comiera a su vez con los uarniers, y por lo tanto, nos acompañó al navío, donde me apresuré a presentarle a Bob. Bastó que se miraran para que se reconocieran. Los dos que simpatizaron y se comprendieron. Fué aquel día uno de los más felices de mi vida. El capitán Stanhow estaba tan alegre, tan contento, que, pese a sus esfuerzos, no lograba mantener su dignidad. Jaine, que no tenía los mismos motivos para guardar silencio, mostraba, por el contrario, los postres que se día de un ni duelo con el señor Burke, al verme tomar el bote para ir a la tierra, sospechó el motivo que me guiaba, sospecha que confirmó Bob a su regreso, diciéndole cómo me había despedido de él, y repudiando las palabras que me diera en el día. De esto último, que no bien volvió a bordo, el capitán le pidió, alegando motivos urgentes, permiso para ir a tierra con Bob y para no regresar hasta la hora de la noche que tuviera por conveniente. Opuso algunas dificultades al permiso. Stanhow, pero Jaine, con el pretexto de un palazo de honor, me permitió que solicitaba reconociera graves motivos, y el señor Stanhow accedió a su deseo.

Descubrieron Jaime y Bob y se dirigieron al cementerio de Galata, encontrando, apenas llegados, el cadáver del señor Burke tendido junto al camino. Si alguna duda hubiesen abrigado, que no la abrigaban, pronto se hubiera disipado, pues reconocieron como mía la espada que atravesaba el cuerpo del segundo comandante. Recogieron la espada del señor Burke, que encontraron al lado del cadáver, y la examinaron con anhelante cuidado para ver si en el duelo había yo resultado también herido, pero como encontraron la hoja limpia de sangre, concluyeron que no. Tranquilo sobre la parte, para no perder tiempo, me dirigí al cementerio, mientras enviaba a Bob para que fuera a buscar un medio de transporte cualquiera. No tardó Bob en regresar con un griego y un asno, y cargando en el borriquito el cadáver del señor Burke, se dirigieron a la puerta Iophana, donde Jaime había mandado que los esperase el bote para volver a bordo.

El señor Stanbow mandó instruir la oportuna causa, haciendo cuanto estuvo en su mano para favorecerme; pero se trataba de un hecho imposible de paliar: el inferior que mata a su

superior, en todos los países del mundo incurra en la pena de muerte. La tristeza del capitán fué inmensa hasta que recibió los despachos que le ordenaban el regreso a Inglaterra, porque acompañaba a aquéllos el nombramiento del señor Burke para el buque *Nepthuno*, y, como consecuencia, mi asunto tomaba el giro que conoce el lector, siendo de esperar un fallo favorable.

Volvimos hastante tarde a la fonda, donde mi madre nos estaba esperando. Aproveché el momento de abrazarla para repetir que en ella confiaba, y la dejé a solas con mi padre.

Pasé una noche muy agitada: mi suerte decidida en aquellos momentos; me sumerjía en un proceso cuya sentencia afectaba, no a mi cuerpo, sino a mi corazón. Cierzo que contaba con el cariño entrañable de mis padres; pero les hacía una demanda tan inesperada y extraña, que verla rechazada no tendría nada de asombroso. Por la mañana, entré, como de costumbre, en la habitación de mi padre, a quien encontré arrellanado en un sillón, silbando una tonadilla que no existía y marcando el compás con su bastón sobre su pierna de palo, indicios de profunda preocupación.

—¡Ah! ¿Eres tú? —preguntó al verme, con entonación que me decía bien a las claras que lo sabía todo.

—Sí, padre mío — respondí con timidez. Nunca, en las circunstancias más peligrosas de mi vida, me latió el corazón con tanta fuerza como en aquel momento.

—Ven acá —continuó en el mismo tono.

Me aproximé. Mi santa madre entró en aquel instante y respiré a mis anchas, comprendiendo que me llegaban socorros.

—¿Cuándo quieres casarte?... ¡A tu edad!

—Padre mío —contesté sonriendo—, los extremos dicen que se tocan. Tú te casaste algo tarde, y tantas bendiciones derramó el cielo sobre tu unión, que yo deseo casarme joven, para saborear, a los veinte años, una dicha que tú no gustaste hasta los cuarenta.

—¡Pero yo era libre, y no tenía padres a quienes pudiera lastimar mi casamiento! Además, la mujer, mejor dicho, el ángel con quien yo me casé... ahí la tienes... ¡Era tu madre!

—Yo, en cambio, gracias al cielo, disfruto de la dicha de tener padres tan excelentes, quienes respeto y por quienes soy querido. Tengo por seguro que no querrán librar ni eterna desventura negándose su consentimiento. También quiero yo poder presentar al ángel a quien amo y ponerla frente a ti, como hubieras presentado tú a mi madre si hubieses tenido padres.

—Y si negásemos el consentimiento, ¿qué diría, usted, caballero?

— ¡Escúdense, padre mío, y óyeme también, — exclamé, cayendo de rodillas, madre querida! — exclamé, cayendo de rodillas y uniendo sus manos en las mías—. Dios sabe... y vosotros también, que soy hijo suyo y respetuoso. Me separé de Fatimiza por necesidad, al volver dentro del plazo de tres meses, me dirigí a mi patria, a mi casa, con el consentimiento, que hoy os pido de viva voz. Me disponía a escribirlos cuando recibí vuestra carta. Me rogaba mi madre entendiese el viaje inmediatamente, añadiendo que la inquietud la haría si no volvía a verla pronto. Ni un momento titubé al leer la carta de mi madre, salí de Esmirna sin volver atrás. Fatimiza, sin saber nada, me escribió una carta, y seguro de que ella, esclava de su palabra, y llena de confianza en las mías, me esperaba tranquila, sin inquietudes. Salí de Esmirna, y aquí me tenéis de rodillas a vuestros pies. Hasta aquí, el hijo ha cumplido, sacrificando sin titubear al amante... Pues bien, padre mío, ¿debe el hijo, para mí, ser complaciente, como fui con Fatimiza, y volar a su corazón entre mi amor, que es inmenso, y mi respeto, que es infinito?

Mi padre se levantó del sillón, rosó, escupió,  
 dió dos o tres vuchas a la habitación y, al fin,  
 deteniéndose con brusquedad, y clavando en



mis ojos su mirada, preguntó:

—¿Dices tú que esa mujer puede compararse con tu madre?

—No hay en el mundo mujer que con mi madre pueda compararse—respondí sonriendo—, pero, después de ésta, juró que mi adorada es el modelo que más se aproxima a la perfección.

—¿Y estarías dispuesta a abandonar su patria, a sus padres, a su familia?

—¡Lo abandonarían todo por mí, padre mío! En ti y en mi querida madre encontraré cuanto la vida me ofreciera.

Tres semanas más dí no padre a la habitación; pasó luego de andar, y dijo:

—¡Vaya!... ¡Vencenos!

Me arrojé sin vacilar en sus brazos.

—¡No, padre mío, no!—exclamé—. ¡Ahora mismo! Si reflexionaras que cuento los minutos, como los cuenta el condenado a la última pena que espera el indulto! Conséntasme.

—¿Verdad, padre mío? ¿Verdad que sí?

—¡Digo, no!—exclamó espantado, con acento de tibia cólera, imposible de traducir—. ¿Acaso he sabido negarte nada jamás?

No pude contestar: las lágrimas me lo impidieron haciendo un nudo en mi garganta; pero si no contesté con palabras, hicieronlo hacer eloquentemente los abrazos que di al autor de mis días.

—¿Causas!—exclamó mi padre—. ¡Vas a ahogar!... ¡Hombre...! déjalo, por lo menos, para después que vea a mis nietecitos!

Me separé de mi padre para correr hacia mi madre.

—¡Gracias...! gracias, madre querida!—grité—. ¡Gracias, porque te soy deudor del contentamiento de mi padre! Tu corazón bellísimo ha sabido adivinar las bellezas que el de Fatimza encierra. ¡Ah! dicha de hombre te la deberé a ti, de la misma manera que te debo la que disfruté de niño.

—¡Bueno, hombre, bueno!—contestó mi madre—. Puesto que crees deberme tanto, haz una cosa por mí.

—¡Todo, madre mía, todo! ¿Qué no haría yo por ti, Dios santo?

—¡Apenas he tenido tiempo de verte: permanece un mes a nuestro lado.

No pudo pedirme más, sencilla, y sin embargo sentí un estremecimiento general y se me opresió el corazón al escuchar su demanda.

—¿Me lo negarás?—repuso, juntando las manos en ademán de súplica.

—No, madre mía, no; pero quiero Dios que lo que acabo de experimentar no sea un presentimiento.

Conforme había prometido a mi madre, permanecí un mes a su lado.

### XXXII

La fatalidad quiso que, durante un mes, no zarpara ningún buque con destino al Archipiélago: el único barco que debía hacerse a la mar para Levante fue la fragata de guerra *Isis*, que conduciría a Butrinto a sir Hudson Lowe, jefe del regimiento real corso, que, desde el puerto expresado, debía ir a Janina. Me apresuré a solicitar pasaje en la fragata indicada, logrando mi objetivo sin dificultad. El buque no me llevaba directamente al punto donde me urgía llegar, es cierto; pero pensé que, una vez en Albania, conseguiría, gracias a la carta de lord Byron, que reconocía religiosamente, una escolta que me facilitaría Ali-Pachá, con la cual atravesaría la Livadia, ganaría a Ardena, y desde aquí, tomando una barca, llegaría al desfiladero. Decidieron mis padres permanecer con ellos en Portsmouth hasta la salida de la *Isis*, que zarpó veintidós días después de la promesa hecha por mí a mi madre y ocho meses después de mi marcha de Coos. El plazo de separación había sido largo, pero no importaba: estaba yo tan seguro de Fatimza como

de mí mismo; ni yo dudaba de ella ni ella dudaba de mí, aparte de que, aunque tarde, iba a buscarla para no separarme de ella jamás.

También en esta ocasión parecía que el tiempo se había puesto de acuerdo con mi impaciencia. A los diez días de haber dejado las costas de Inglaterra doliábase el estrecho de Gibraltar, donde no nos detuvimos más que el tiempo indispensable para recoger los despaños y hacer agua. Puestos de nuevo en marcha, no tardamos en dejar a nuestra izquierda las islas Baleares para pasar más tarde entre Sicilia y Malta y dar al fin vista a la gran isla de peñascos, nodriz de hombres de brava y de crueldad sin paralelo, de la cual ha desaparecido la cruz donde se alzan los alminares, donde brilla la pálida media luna sobre los bosques de cipreses que rodean a todas las ciudades\*. Hicimos fondo en Butrinto y, mientras mis compañeros de viaje hacían sus preparativos para presentarse dignamente a Ali-Pachá, yo tomaba un guía para encaminarme en derechura a Janina.

Ante mis ojos se extendían, tal como yo me las imaginaba, las agrestes colinas de la Albania, los negros peñascos de Souli y la cima del Pindo, medio envuelta en espesa niebla, que bañan riachuelos de nieve y coronan bandas de púrpura alternadas con rayas rosadas. Tan raros son allí los rastros del paso del hombre, que con dificultad crees que se encuentra cerca de la capital de un poderoso pachá. Mús de tarde en tarde se distinguen algunas cabañas solitarias suspendidas sobre horribles precipicios, o bien alguno que otro pastor arrojado en su capote blanco y sentado sobre cualquier roca, con las piernas pendientes sobre el abismo, cuidando, con expresión de indiferencia, de un rebaño ruin, cuya falta de carnes y escaseamiento lastimaría para ahuyentar a cualquier ladrón. Hacíanos al fin la cadena de colinas tras la cual se oculta Janina, y vimos el lago sobre cuyas márgenes se alzó en otro tiempo Dodona, y en cuyas aguas se miran las copas de las encinas proféticas. Seguimos luego el curso del Arta, antiguo Aqueronte, aunque no quedaba entre las escarpadas márgenes que lo encierran.

Sobre las márgenes de este río, dedicado a los muertos, había erigido su morada el hombre extraño a quien yo iba a visitar. Hijo de Veli-Bey, quien después de haber achicharrado a sus hermanos Salik y Mehemet en el pabellón donde se habían encerrado, llegó a ser el primer agá de la ciudad de Tchelín, y de Khamko, hija de un bey de Coniza, tendría Ali-Tchélín-Veli su linaje en la época a que me refiero, unos setenta y dos años. La primera parte de su vida la pasó cautivo, en la miseria, pues, al morir su padre, los habitantes de las inmediaciones de Tchelín, temiendo el espíritu emprendedor de Khamko más aun de lo que habían temido la crueldad de Veli, la atrajeron a una emboscada, y el jefe de Cormovo, después de haber violado, en presencia de los suyos, a los esposos de dos árboles, a la viuda, cuyo marido se había de haber de ser enterado, la sepultó, juntamente con Ali y con Chanzina, en las mazmorras de Cardiki, de donde no salieron hasta que un griego de Argyro-Castron, llamado Mallico, pagó, sin sospechar que rescataba a una tigre y a sus cachorros, sin rescate, que ascendía a veintidós mil ochocientos piastras.

Los años transcurrieron desde el día del rescate hasta el momento en que yo me encontraba, sobre una alcega garganesca, comprendiendo que la muerte la acechaba dispuesta a llevarla consigo, pero, esto no obstante, en su corazón se agitaba el odio con tanta fuerza como si hubiese nacido la víspera. Para hacer a su hijo recomendaciones en armonía con su irracionalidad, despachó mensajero tras mensajero, incitando a aquel a que viniera a recoger su poster-

voluntad; pero la muerte, que monta un caballo alado, caminó con mayor rapidez que ninguno de aquellos. Khamko, persuadida de que era preciso renunciar, antes de morir, a la dicha de ver a su hijo predilecto, hizo depositaria de sus últimos deseos a Chanzina, quien juró, puesta de rodillas, cumplirlos al pie de la tiera. Obtenida la promesa, Khamko reunió todas sus fuerzas, se incorporó poco a poco en la cama, y juró a su vez, solemnemente al cielo, que saldría de su tumba para maldecir a sus hijos, si éstos dejaban incumplidas sus postreras disposiciones. Aquel esfuerzo sobrehumano agotó sus fuerzas y cayó muerta. Una hora más tarde llegaba Ali y encontraba a su hermana arrodillada todavía junto al cadáver. Abalanzóse sobre el lecho, creyendo que Khamko respiraba aún; mas viólo que acababa de expirar, preguntó en seguida si había dejado algún encargo para él.

—Nos lo ha dejado, hermano mío—respondió Chanzina—. Nos ha legado una obligación que no puede estar más en armonía con nuestro corazón: quiere que exterminemos hasta el último uno de los habitantes de Cormovo y de Cardiki, los que nos hemos visto esclavos, y nos amenaza con su maldad si dejamos de llevar a cabo esta venganza.

—Duérmete tranquila, madre mía—dijo Ali, extendiendo la diestra sobre el cadáver—. Se hará como lo desees.

Una de las recomendaciones pronto tuvo cumplimiento: sorprendida Cormovo durante la noche, despertó en medio de los gritos de muerte de sus habitantes. Excepción hecha de los contados que lograron pasar las montañas, todos fueron pasados a cuchillo: hombres y mujeres, niños y ancianos. El prelado, que había agravado a Khamko, fue empalado, atenuado con tenazas puestas al rojo y asado a fuego lento. Pasaron treinta años, durante los cuales creció el poderío de Ali, juntamente con sus dignidades y fortuna. Pasaron treinta años, durante los cuales Ali dejó incumplida una promesa, que le hacía que la Gomorra destruida esperase las ruinas de Sodoma. Docenas de veces recordó Chanzina a su hermano, durante ese lapso, el juramento fúnebre, y otras tantas respondió Ali, frunciendo el entrecejo:

—No es llegado el momento: todo se andará.

Y siempre, volviendo hacia otra parte los ojos, disponía nuevas intenciones, nuevos incendios.

Los gritos de una mujer despertaron bruscamente a Janina cuando más completo parecía el olvido de la venganza exigida por una madre. Acababa de morir Aden-Bey, el último hijo de Chanzina, y ésta, con aspecto de loca, desgarrados los vestidos, espárcidos los cabellos, echando espumarajos por la boca, recorría las calles de la ciudad pidiendo que le fuesen entregados los médicos que hubieran podido salvar la vida de su hijo. Inmediatamente se cerraron las tiendas y el luto se hizo general. Cuando mayor era el espanto y más completa la desesperación, Chanzina quiso arrojarse a la cloaca del harén; lograron detenerla, pero se desahogó de los que intentaban sujetarla y corrió en dirección al lago. Detenida por segunda vez, viendo que no la dejaban ir, entró en el palacio, triunfó con un marfillo sus diamantes, quemó sus cachemiras y sus pieles, juró no volver en un año el nombre del profeta, prohibió a su servidumbre que observara el ayuno del *Ras-madan*, hizo expulsar de su palacio a los *der-viches*, después de apalarlos, dispuso que cortaran las crines de los caballos de guerra de su hijo, y, finalmente, desdiciendo los cojines de seda de los múltiples divanes, se acostó en el dormitorio sobre un jergón de paja. Pero se levantó de pronto como una pantera... ¡Acababa de ocurrírsele una idea terrible! La maldición de su madre había venido a herir a su hijo: había muerto Aden-Bey porque existía Cardiki!

Abandoné entonces su palacio, atravesé las habitaciones de Ali, penetré hasta el fondo del harén, y encontré allí a su hermano en el momento que ponía su firma a la capitulación que concedía a los cardíacos, que, no obstante verse atacados por todas partes, luchaban en sus nudos de águlas, impusieron, antes de los yates, las condiciones. Establaba la capitulación que setenta y dos *bey's*, jefes de los uir's ilustres de los *skipetars*, mahometanos todos ellos y grandes vasallos de la corona, entrarían libremente en Janina, donde serían recibidos y tratados con todos los honores y consideraciones debidas a su rango, que disfrutarían de todos sus bienes, que sus propiedades sus familias y, finalmente, que todos los yates y *bey's* de Cardiki, sin excepción, serían considerados como los amigos más leales del visir. Se hacía constar asimismo que quedarían extinguidos todos los odios, y que Ali-Pachá sería reconocido y jurado señor de la ciudad, a la que tomaría bajo su especial protección. Acababa de jurar Ali estas condiciones sobre el Corán, y de firmarlas y sellarlas, cuando una voz gritó:

—¡Audacia sobre ti, Ali, que eres la causa de la muerte de mi hijo, porque no has cumplido el juramento prestado a mi madre! Nunca más te daré el nombre de visir, nunca más te llamaré hermano, a menos que Cardiki quede reducida a escombros y todos sus habitantes sean degollados, a menos que pongas a mi disposición a todas sus mujeres, a todas sus hijas, para que yo disponga de ellas a mi arbitrio, porque te prevengo que tendrás dominar sobre colchones hechos con sus cabellos. ¡Pero no lo harás, no! Cual débil mujer lo has olvidado todo..., ¡solo yo me acuerdo!

Ali no perdió la tranquilidad: cuando su hermana dejó de hablar, le mostró la capitulación que acababa de firmar. —¡Audacia! —dijo la voz grito de dolor y alegría: ¡pero no en vano convoca la lealtad con que su hermano cumplió las capitulaciones pactadas con sus enemigos. Segura de que presenciaria el exterminio de la ciudad aborrecida, volvió a su palacio con la sonrisa en los labios. Ocho días después anunció Ali su decisión de ir personalmente a Cardiki, donde se proponía afianzar el orden, a cuyo efecto se había comprometido a organizar un cuerpo de policía para proteger a sus habitantes. La víspera del día de la marcha de Ali llegó yo. Hice que le entregasen la carta de recomendación de lord Byron, y aquella misma noche recibí constatación, concediéndome audiencia para el día siguiente.

El desfile de las tropas, que llevaban consigo un tren formidable de artillería, regalo de Inglaterra, comenzó al amanecer. Lo formaban baterías de montaña, obuses y carros de bombas, y eran las arras del convenio de Parga, recientemente recibidas por Ali-Tebelina. A la hora que me designaron, me dirigí a la residencia de Ali, palacio por dentro y fortaleza por fuera. Constantemente entraban mensajeros a caballo, unos a recibir órdenes, otros a dar cuenta de su cumplimiento. El gran patio exterior parecía inmensa posada donde se hubiesen reunido viajeros de todas las regiones de Oriente. Llamaban desde luego la atención los albañeses, por sus zarzaguiles blancos como la nieve del Pindo, sus chaquetillas de terciopelo de seda carmesí, cubiertas de galones de oro y de ricos arabescos, sus cinturón primorosamente bordados del que salían largos y anchos aretes de pistolas de puñales, sin que dejara de ser notables los *delbis*, con sus altos gorros pontiaguados; los turcos, con sus holgadas pelizias y sus turbantes; los macedonios, con sus *eborbars* de púrpura; los nubios, de tez de ébano. El cuadro resultaba pintoresco, aunque poco animado, pues todos ellos fumaban indiferentes, y apenas si alzaban la cabeza cuando escuchaban el rápido galopar de algún caballo, montado

por un mensajero tártaro que era portador de órdenes de feroz exterminio.

El aspecto del segundo patio era, si se me permite la expresión, más futuro. Pajes, en nubes y esclavos hacían sus necesidades, sin importarle un ardite de la decena de cabezas recién cortadas que se veían clavadas en los hierros de otras tantas picas, ni de otras cincuenta o cien más antiguas, colocadas en el suelo como proyectiles de artillería apilados en los arsenales. Pasé entre aquellos sangrientos trofeos y entré en el palacio. En la puerta me esperaban dos pajes, que tomaron de mis manos los que les llevaban los presentes, que yo ofrecía al pachá, y que consistían en un par de pistolas y una carabina magnífica, ricas en primorosas incrustaciones en oro, y obra del armero más famoso de Londres. Los pajes mencionados me condujeron a un gran salón espléndidamente amueblado, donde me dejaron solo, con objeto, así lo suppose, de presentar a Ali el homenaje que yo le llevaba, que probablemente sería la pauta a cuya medida se ajustaría el recibimiento que me dispensase. Se abrió la puerta poco después para dar paso al secretario del pachá, que venía a informarme de mi salud. Parece que mis presentes habían producido efecto, puesto que me recibían bien. Me dijo que su señor estaba en aquel momento con el embajador de Francia, pero que, con atención a que debía ponerse en camino muy en breve, nos recibiría a los dos a un mismo tiempo, si yo tenía la bondad de seguirle. Como yo tenía tanta prisa como el pachá, obedecí en el acto.

Precedido por el secretario, atravesé una porción de salones amueblados y decorados con lujo indescribible. Cubrían los divanes telas de la India y de la India de una riqueza y de un valor infinitos, de las paredes pendían armas magníficas, y sobre aparadores de madera tallada, dispuestos como en las tiendas de lujo de la *Bond street*, se veían soberbios jarrones de China y del Japón, mezclados con porcelanas de Sévres. Al fin, después de dejar a nuestras espaldas un corredor tapizado de cachemira, levantó el secretario un cortinón de brocado azul y rojo y vi a mi lado a un hombre de color escarlata, calzado con botas de terciopelo carmesí, apoyado sobre un hacha de armas damasquinada, pendientes las piernas fuera del borde de un sofá y luciendo en sus dedos maravillosos brillantes. Mientras él sonaba, su intérprete traducía su discurso al señor de Ponqueville y a mí, así lo que me daba de decir se hubiera valido de su pensamiento, parecía completamente extraño al rumor de las palabras que llegaban hasta mis oídos. Como el *dragman* hablaba en francés, entendí perfectamente todo el discurso.

—¡Mi querido embajador —decía—; desde este momento, vas a dar al olvido las prevenciones que abrigabas contra mí. Si en otro tiempo fui cruel y vengativo para mis enemigos, débese a que yo sé perfectamente que ellos me han durmido veces, pero que la envidia no ha durmido jamás. Hoy que he afianzado mi poderío, hoy que veo respetada por todos mi autoridad, quiero coronar mis dilatados trabajos demostrando que, si fui severo y terrible, sé respetar, cuando de respeto son dignos, al infortunio y a la humanidad. No está en mi mano remediar el pasado, y creo que la haría sin voluntad, porque enfrías los remordimientos a por que mi corazón, quisiera que en mis actos no hubiese influido tanto el ansia de venganza. He derramado tanta sangre, que ni me atrevo a volver la cabeza atrás, pues me siguen implacables los ríos que aquella formó.

El embajador se inclinó y contestó que veía con placer indefinible que se pedía de su parte un don de los sentimientos de dulzura y que le felicitaba en nombre propio y en el del Gobierno del que era representante. Re-

sonó en aquel instante un trueno espantoso: Ali dejó caer el hacha y romió entre sus manos un rosario de perlas que llevaba pendientes de su cinturón. Yo —sé, pues, bajo los ojos y no miró a nadie. ¡Ah! habló o sí rezó: sus labios pronunciaron en voz baja una serie muy larga de palabras: como el intérprete las tradujo en seguida, debieron ser discurso y no oración.

—¡Si... si —dijo el intérprete—; tienes razón, embajador. Descé la fortuna, y ésta me colmó de favores; así, suspiré por un serallo, por una corte, por el fausto, por el poderío, y todo lo he obtenido. Cuando comparo la choza donde vivió mi padre con el palacio de Janina y mi casa del lago, no puedo menos de confesar que mi dicha, mi felicidad, no podrían ser mayores. Mi grandeza deslumbra a mi pueblo, los albañeses se arrastran a mis pies y me envidian, la Grecia entera me mira y tembla; pero todo esto es, embajador, es fruto, como has dicho muy bien, del crimen, y por lo mismo que lo reconozco, pido humillado perdón a Dios, que suele hablar a los hombres apelando a la voz de sus truenos. Me arrepiento, embajador, me arrepiento de veras. En mi poder están mis enemigos; pero, lejos de castigarles, pienso colmarlos de beneficios. Haré de la flor de Albania e iré a posar los últimos años de mi vida a Argiro-Castron. ¡Por mis barbas, embajador, juro que los expuestos son los proyectos últimos que acaricio!

—Dios recompensará a Vuestra Alteza —contestó el embajador—. Al despidime, llevo conmigo la esperanza de ver los proyectos trocados en realidades.

—¡Espera! —exclamó Ali en francés, poniendo su mano sobre el brazo del embajador—. ¡Espera!

Seguidamente habló en turco, pero con un tono de voz tan insinuante, que dejaba entrever el sentido de las palabras aunque no las comprendiésemos.

—Dice Su Alteza —prosiguió el *dragman*— que los proyectos que acaba de exponer son los que yo tardaré en realizar, y que, si lograse obtener de Parga, que tantos años ha viene pidiéndome inútilmente, a Parga, por cuya posesión te pagaría todo lo quisieras pedir, vería satisfechos todos sus deseos. No tendría entonces más que un anhelo; sólo de una cosa cuidaría: de colmar de dicha a los pueblos de los cuales Ali le ha hecho rey, cuyo título cambiaría él por el de pastor.

Contestó el embajador a Ali en la precisión de repetir a Su Alteza la respuesta que tantas veces le había dado ya; es decir, que mientras Parga continuase bajo la protección de Francia, los pargianos no tendrían otro señor que el que ellos mismos se escogieran, y por tanto, que procurara recabar de aquéllos que lo pidieran como soberano.

Ali estaba murmurando entre dientes algunas expresiones terribles cuando me vió en pie junto a la puerta. Volvióse con gran viveza hacia su *dragman*, y le preguntó quién era yo; el secretario que me había acompañado avanzó unos pasos, cruzó los brazos delante del pecho, e inclinando hasta el suelo la cabeza, contestó que era el inglés que le había traído una carta de su noble hijo lord Byron y regalado las armas que le había dispensado el honor de aceptar. El rostro de Ali adquirió súbitamente una expresión de dulzura increíble, a la que su habla blanca como la nieve daba una dignidad suprema, y luego, haciendo una señal a su *dragman* y a su secretario para que se retiraran, me dijo en francés:

—¡Sé bien venido, hijo mío. Año de veras a tu hermano Byron, hijo de mi padre, y año el país de donde eres. Inglaterra me es fiel aliada; me envía excelentes armas y excelente pólvora, mientras que Francia sólo hace llegar hasta mí quejas y consejos.



Era un favor inmenso el que Ali me dispensaba hablándome en francés, pues muy pocas veces empleaba otra lengua que la griega o la turca.

Me incliné profundamente.

—La acogida que Tú Alteza me dispensa — contesté en el mismo idioma — me da valor para pedirte una gracia.

—Habla.

Por el rostro de Ali pasó como una nube de inquietud.

—Un asunto importantísimo me obliga a ir al Archipiélago y necesito atravesar la Grecia entera. Como el rey de Grecia eres tú y no Mahmoud, vengo a pedirte un salvoconducto y una escolta.

—Dispónse la nube de inquietud.

—Tendrás mi hijo todo lo que pueda apreciar — contestó — Pero he de rendirle mis mejores, le recomendaré su hermano Byron, señor muy alto; me ha ofrecido un presente magnífico, y como consecuencia, no puedo verter parte antes de tenerle unis días a mi lado: mi hijo me acompañará a Cardiki.

—El asunto que me llama al Archipiélago es muy urgente, pachá — replicó —. Si quieres demostrarme más generosidad que la que pides — recomendaré a un rey poderoso, no pidiendo a mi disposición todos sus tesoros, no me detengas, y dame la escolta y el salvoconducto que te pide.

—¡No, no! Mi hijo me acompañará a Cardiki, y dentro de ocho días podrá continuar su marcha. Le daré un salvoconducto de tesoro y una escolta de capitán, pero quiero que mi hijo vea por sus ojos cómo Ali, después de setenta años, se cumple una promesa hecha a su madre en el lecho de muerte... ¡Ah!... ¡En mis manos está el fin!... ¡Infamia! — repuso el pachá, asiendo de nuevo su bracha de armas con vivacidad y fuerza de adolescente... ¡Son mios, los que exterminaré, conforme prometi a mi madre, desde el primero hasta el último!

—¿No... piensas... no comprendo! — exclamó muy asustado... ¿No hablabas al embajador de Francia, hace un momento, de arrepentimiento y de clemencia?

—No. Entonces trababa — contestó Ali.

## XXXIII

Un deseo del pachá era una orden terminante. Así que no replicó; me inclinó y, como no le hubiese de emprender la marcha, bajé al primer patio. En el momento de penetrar en éste, un bohemio se precipitó desde lo alto del tejado sobre las losas del pavimento, gritando:

—¡Caigan sobre mí las desgracias que pudieran amenazar a ti, señor!

Me volví lanzando un grito de espanto, atribuyéndole a una imprudencia el accidente, pero a mí me desgraciaba: era el bohemio un esclavo que se sacrificaba por su señor. Mandó Ali que sus pajes se informaran de si el bohemio había muerto, y como le contestaron que vivía aún, si bien se había fracturado ambas piernas, le asignó en el acto una renta vitalicia de seis paras diarias, y continuó su camino sin preguntar más por el desgraciado. En el segundo patio esperaba su carruaje. Ali se recostó. Un negro tendido a sus pies le sostenía la pipa. En cuanto a mí, me presentaron un caballo soberbio, cubierto de terciopelo y de oro; era un presente del pachá que correspondía al que yo le había ofrecido.

Rompieron la marcha los tártaros... a caballo, que formaban la vanguardia; los albaneses escoltaban el carruaje, caminando a pie a uno y otro lado del mismo, y cerraban la marcha los turcos. En esta forma atravesamos la Grecia. Aproximadamente a mitad de la distancia que separaba al palacio de las puertas de la portezuela vió un bache transversal bas-

tante profundo en el camino y se tendió en él, rellentando sobre su cuerpo, a fin de que el pachá no experimentase la menor dificultad. Creyendo yo que el griego en cuestión había resbalado y caído, intenté volar en su socorro, pero me lo impidieron dos albaneses. Las ruedas del coche pasaron sobre el pecho del desgraciado. Creí que moriría aplastado bajo el peso del carruaje, pero le vi que se levantaba gritando con entusiasmo:

—¡Gloria a nuestro señor! ¡Gloria al sublime Ali!

El sublime Ali le señaló en el acto una renta de una *ogne* de pan diario por todo el resto de su vida.

En las puertas de la ciudad encontramos otra exposición de cabezas cortadas. Una de ellas lo había sido recientemente; aun cada gota a gota la sangre de su cuello con ligübre sentaba al pie del poste que la sostenía. Aquella desventurada, casi desnuda, había hundido la frente entre las rodillas y descansaba su cabeza sobre las manos. A sus pies yuguetaban dos niños preciosos, que parecían gemelos. Tan profundo era el dolor de la desventurada, tan alejado estaba su espíritu de las cosas de la tierra, que no alzó la cabeza ni me miró, ni oíó, ni oíó el ruido de nuestra marcha. Pude observar que Ali la miraba con la misma indiferencia con que hubiese mirado a una perra con sus cachorros.

Fuimos primero a Lilaiova, donde se había retirado Chendrya esperando el día de la venganza. Nos detuvimos en el palacio. Habían desaparecido las huellas de luto; todos los salones, poco antes tendidos de negro, decoraban el lujo habitual, y Chendrya conservaba su cortejo. Las espaldas como en sus tiempos de prosperidad material, y en nuestra llegada con un banquete que presidió el viejo pachá, donde se hizo la repartición de víctimas entre él y su hermana. Ali se encargó de los hombres. Chendrya de las mujeres.

Seguimos a Chendrya, nido de águilas colgado de una roca. Emplazada sobre la margen derecha del Celyndus, que baña todo el valle de Drynópolis, y desde lo alto de sus torres almenadas se distingue la ciudad de Cardiki, cuyas casas, blancas como la nieve y colocadas entre inmensos olivares, parecen bandada de cisnes que, rendidos de su viaje aéreo, se han posado, para descansar, en las vertientes de una montaña. Más allá se extienden los desfiladeros, anegados, las escalas de los montes y todo el territorio de Agyrene. Allí fue donde Ali descendió semejante a un ave de rapina, allí donde sujetó a su tribunal de muerte a aquella nación desventurada, situada desde más de dos mil años antes en medio de los peñales del Acrocerano. Desde el día de nuestra llegada, sus heraldos atravesaron el largo valle de Drynópolis, subieron a Cardiki, iban a publicar, en nombre del pachá, una orden general, mandando al propio tiempo que todos los varones desde los diez años hasta los ochenta, debían presentarse en Chendrya para escuchar de labios de Su Alteza la declaración que les garantizaba su vida y su libertad.

Pese al juramento de Ali, en el cual ponía por testigos lo más santo y sagrado del cielo y de la tierra, un vago terror penetró en los corazones de aquellos desgraciados, a quienes Ali prometió demasiado para que abricaran sus pechos a la fe. El mismo pachá dudaba mucho que consiguiere inspirarles confianza. Había mandado colocar un dosel y poner cojines sobre la torre más elevada, y allí, semejante al águila entronizada sobre su picacho, fijó los ojos en la ciudad, esperaba impaciente, pasando sin cesar entre sus dedos su rosario de alegría. Su pecho dejó escapar un grito de alegría y su rostro se iluminó. La columna que salía por una de las puertas de la ciudad. Aunque la orden de Ali sólo ge-

refería a los hombres, los acompañaban las mujeres, ganosas de permanecer a su lado todo el tiempo posible, pues todos presdian en su vida de sus corazones la inminencia de una catástrofe exponiendo a los pases de la ciudad vimos que aquellos hombres que no lograron dominar veinticinco siglos de continuos y terribles combates, depositaban sus armas y se despedían de sus mujeres y de sus hijos, comprendiendo que ni éstos ni aquellas podrían defenderlos. Aunque la distancia era muy larga, Ali pudo apreciar su desesperación, como ya sucesos no podían escaparles, su rostro adquirió la expresión de calma y de serenidad que hacían de él uno de los más hermosos tipos de Oriente. Se separaron maridos, mujeres e hijos: las mujeres quedaron de pie, inmóviles, y los hombres continuaron su camino, atravesando el Celyndus, cuyo caudal habían engrosado las lluvias recientes; se volvieron para ver una vez más Cardiki, saludaron con los ojos y con gestos sus casas, donde habían muerto sus padres y donde nacieron sus hijos, y permanecieron en un desfiladero tortuoso que terminaba en Chendrya. Los soldados empujaron entonces a las mujeres y las llevaron, como un rebaño, a la ciudad viuda, cuyas puertas cerraron inmediatamente.

A las mujeres tanto, seguía con la mirada aquella columna de hombres que se acercaba a él, ondulando por los repliegues de la hondanza que estaba recorriendo, y sobre cuyos vestidos, cubiertos de bordados de oro, se quebraban los rayos del sol, como se quebrarían sobre las acedadas escamas de una serpiente inmensa. A medida que aquella estrechaba distancias, sus ojos se llenaban de una expresión de extraña dulzura. ¿Era que una expresión de esperanza mejor o que la perspectiva de la venganza mejor a realizarse determinaba la empujadora exterior de su rostro? He aquí lo que no podía precisar quicu, como yo, le veía por primera vez. Así era, sin embargo, aunque yo, no habituado todavía al sutil disimulo de Oriente, no podía creer que el pachá abrigase los siniestros proyectos de carnicería que llenaba su pecho cuando permanecía en el silencio. Al fin, cuando la columna de los cardikitianos llegó muy cerca de la fortaleza, Ali descendió de la torre y fue a estacionarse junto a la puerta. A sus espaldas se colocaron Omcr, ejecutor pasivo de sus voluntades, y cuatro mil soldados, armados hasta los dientes. Adelantaron los cardikitianos de más edad y pidieron gracia para ellos, para sus mujeres, para la ciudad. Mandó Ali a su señor, e implorando su compasión en nombre de sus hijos, de su mujer y de su madre. Entonces Ali, como si hubiese querido darme una lección completa del terrible disimulo oriental, hizo decir a Maquiereu que para aprender a ser buen político, precisase ir a estudiar a Constantinopla, alzó del suelo con dulzura infinita los postrados, derramó lágrimas, les llamó hermanos, les ofreció que jamás se borrasen de su memoria. Sus miradas escudriñaron las filas y, reconociendo a sus antiguos compañeros de armas o de placeres, los llamó por sus nombres, les estrechó las manos y les preguntó por los individuos de sus familias, nacidos o fallecidos desde la remota fecha en que fueron amigos. A unos prometió puestos honoríficos, a otros rentas, pensiones a éstos, a otros a aquellos; entresacó los niños más hermosos y dijo que se les daría educación en el colegio de Janina, y al fin les despidió a todos con gran pesar, se enterneció una vez más, los llamó de nuevo, y puso fin a aquella comedia extraña y cruel mandándoles que se retirasen a un lugar marado próximo, adonde les seguiría muy en breve para dar cumplimiento a las promesas que les había hecho.

Obedecieron los cardikitianos dispersados sus inquietudes en vista de demostraciones tan ca-

rigurosos, y se encaminaron al lugar que les había sido indicado, situado en la llanura al pie de la fortaleza. El rostro de Ali, más que nunca, se veía aljazar; su actitud una expresión de ferozidad sin igual. Luego que todos hubieron entrado en el recinto y fueron cerradas las puertas, cuando les vio desarmados y tijnidos como un rebaño de corderos, palmotó, lanzó un grito de alegría, pidió su palanquín y bajó la escarpada pendiente de la montaña, llevando en hombros por sus leales valacos, a quienes excitaba con el gesto y con la voz, como si le faltara una que no corría bastante.

Esperaba al pie de la pendiente una especie de trono provisto de cuatro riendas y tirado por dos briosos caballos. Ali saltó sobre su asiento, cubierto por preciosas telas de brocado de oro y cachemiras riquísimas, y partió como una flecha hacia el recinto murado, seguido por sus guardias que no sabían adonde les llevaba, al galope de sus caballos. Llegado junto a los muros, Ali se sentó sobre los cojines a fin de dominar con la vista el interior del recinto donde estaban encerrados los cardílicos como rebaño de ganado que espera a los matarifes, dió dos vueltas a los muros, a todo galope, más temible y más implacable que Aquiles frente a Troya, y, seguro de que nadie podía escapar a su venganza, se puso en pie, montó su carabina, y lanzó un grito: «¡Matar!», dirigiéndose tiro al azar, bien apuntando a los infelices cautivos, a fin de dar por sí mismo la señal de exterminio.

Cavó un hombre a raíz del disparo, que resonó ligeramente en los corazones de todos los presentes: subió una lluameada, semejante a una nuececilla flotante que husca las altas regiones de la atmósfera; pero las guardias de los que quedaban invólucros, volviendo por primera vez, una orden del pachá, mientras los desventurados cardílicos, que al fin comprendieron lo que les aguardaba, corrieron en tropel por el recinto murado visitado va una vez por la muerte. Ali, debió creer que sus leales teobardos no habían oído su palabra, o bien la habían comprendido nada, pues repitió con voz de trueno:

«¡Matar! ¡Matar! ¡Matar!»

— Al feroz grito no contestaron más que los gemidos de los aterrados prisioneros. Los guardias del pachá tiraron a tierra sus armas cargadas y declararon, por conducto de su jefe, que siendo mahometanos, no podían bostarse en la sangre de otros mahometanos. Tal mirada dirigió Ali a su instrumento pasivo Omer, que éste, con el espanto en el corazón, pasó corriendo como un insecto frente a todas las filas de los guardias, excitando a éstos a cumplir la orden del pachá: nadie obedeció; al contrario: fueron muchas las voces que se alzaron pidiendo gracia.

— Por medio de un gesto terrible mandó Ali a sus guardias que se aljazaran; obedecieron los teobardos, dejando en el suelo sus armas, y el pachá murdo que se acercasen los cristianos negros que tenía a su servicio. Los aljazar así por llevar la cabeza cubierta con una especie de capucha negra. Avanzaron éstos con paso lento y mesurado hasta ocupar el sitio que los guardias habían dejado vacante.

— «A vosotros, mis bravos Briates — gritó Ali, — os concedo el honor de exterminar a los enemigos de nuestra religión. ¡Herid en nombre de la cruz, herid en nombre de Cristo! ¡Matar!... ¡Matar!... ¡Matar!»

— Sin embargo, este palabro sin silencio prolongado, oyóse al cabo de un rato un murmullo confuso, parecido al que las olas del mar producen al agitarse sin fuerza, y al fin contestó una voz, una sola, voz entera, brisosa, sonora, que, sin muestras de temor, pronunció las palabras siguientes:

— «Somos soldados y no matarifes. ¿Acaso hemos lluido alguna vez frente a un enemigo, o es el deber de los teobardos, para que se pretenda envilecernos, colocarnos en el rango de los asesinos? ¿Pregunta a los goks

de Scodra, visir Ali, conjura al jefe de la bandera roja a que diga si mató a ninguno de nosotros retrocediendo jamás ante la muerte? ¡No, visir Ali, no somos asesinos! Devuelve a los cardílicos las armas que les han sido quitadas, déjales que tomen posiciones en campo raso o que se encierren en su ciudad, y mandados entonces que ataquemos; verás con qué presteza obedecemos tu orden. Mientras no ocurra eso, no te molestes en invocar la diversidad de nuestras creencias religiosas, que para nosotros, hermano nuestro es todo hombre infame».

El que acababa de hablar era Andrés Gozzolouri, comandante en jefe del cuerpo auxiliar latino.

Ali lanzó rugidos de león. Si con sus manos hubiese podido degollar a todos los encerrados, lo hubiese hecho sin compartir con nadie la horrenda tarea; pero como eso no era posible, tiró en derredor, buscando personas bastante viles para aceptar su mandato. Adelintese entonces un griego que, llegado al pie del trono, se postro, besó el polvo, y alzando la cabeza como lo hubiera hecho una serpiente, dijo:

— Señor, he aquí mi brazo. Dispón de él, y que perezan todos tus enemigos.

Ali lanzó un grito de alboroto al griego, salvador, al hermano querido, le arrojó su boba, le entregó su propia carabina, embuelto de mudo, instándole a apresurarse a fin de ganar el tiempo perdido.

Atanasio Vaia, que así se llamaba el miserable griego, fue escogiendo las heces de los que seguían al ejército, consiguiendo reunir ciento cincuenta hombres. Al frente de aquella turba dirigióse a las murallas, que cercó por todas partes. Ali levantó su hacha: cien hombres hicieron fuego desde el coronamiento de los muros sobre los setecientos cardílicos encerrados: seguidamente cambiaron sus fusiles descargados por otros cargados que les sirvieron los que de este odioso menester se habían enargado, y antes que los infelices prisioneros tuvieran tiempo de ver de donde les venía venido el rayo, retomaba la segunda descarga, a la que siguieron con idéntica rapidez la tercera y la cuarta. Los que no habían muerto recurrieron a los medios más desesperados para escapar a la matanza. Precipitáronse unos contra las puertas, que intentaron cobar abajo, pero las harras que por la parte de fuera las afianzaban eran demasiado sólidas: otros saltaron sobre los muros, semejantes a fagures, con ánimo de saltarlos; pero coronaban los muros hombres armados hasta los dientes, mientras los cardílicos no disponían del arma más insignificante. Rechazados los condenados por las puntas y los filos de los puñales, yataganes y hachas que les recibieron en el torso, volvieron en tropel al centro del recinto, quedando apelmazados de muerte. Alzóse otro grito: «¡Matar! ¡Matar! ¡Matar!».

— Los cardílicos hablaban en voz baja. Cuatro horas duró aquella caza feroz, cuatro horas durante las cuales los condenados no pensaban ya más que en burlar la puntería de los tiradores corriendo con mucha rapidez y en zig-zag. Al cabo de cuatro horas, de todos los hombres que aquella mañana salieran de la ciudad, fijos en el valor de una promesa santa, no quedaba uno solo con vida, de lo que resultó que en crímenes que sesenta años antes cometieron los antepasados, veían a pagarlo, al cabo de tres generaciones, los biznietos, que perecieron todos.

Terminaba la carnicería cuando se vio pasar por la ladera de la montaña, a las madres, las mujeres y las hijas de los desgaciados a quienes acababan de asesinar, formando interminable fila de seres, que más que de carne y hueso parecían fantasmas. Eran conducidos en fila, cubiertos con un manto celebrado entre Ali y su hermana, y mientras caminaban, veíanse que se retorcan los brazos y daban señales de violenta desesperación, pues en sus

ojos resonaban las descargas de fusilería y sin que nadie se lo dijera, sabían cuántos eran los desventurados objetos de la matanza. Pronto penetraron en una garganta profunda y tortuosa, que conduce desde Chendrya a Libavo, donde desaparecerían unas tras otras, cual sombras que descienden al infierno. Tuve el dolor de asistir a aquella ejecución espantosa, sin poder hacer nada en favor de los desdichados ni talares. Intercedí por ellos, comprendiendo que la resolución que los condenaba era antigua e inmutable. Cuando terminó la matanza, cuando Ali, seguro de que todos sus enemigos estaban muertos, respiró con satisfacción, me acerqué a él, tan pálido como los que ante nosotros yacían sin vida, y le pedi la escuta y el salvoconducto que me había ofrecido, pero me contestó que tenía su sello en Jaum y que era pronto como regresáramos a aquella me dejaría en libertad. Nada podía yo contestar: en manos de aquel hombre estaba la llave de la puerta que debía llevarme hacia Fatinitza, y yo quería a toda costa llegar hasta ella, aun cuando hubiese de pasar por los infiernos, como Dante pasó para llegar a Beatriz.

Penetraron los asesinos en el recinto murado, y los cadáveres que cubrían las puntas de sus puñales, para cerciorarse de que estaban bien muertos, y remataron implacables a los que todavía respiraban. Hizo Ali que escogieran los cadáveres de los jefes, con los cuales formó grupos semejantes a las almadías que arrastran nuestros ríos, y los hizo arrojar al Celydinus, a fin de que ellos mismos se encargaran de difundir, desde Ebelin hasta Apolonia, la noticia de su venganza, y luego, dejando a los otros donde estaban, mandó que quedaran abiertas las puertas del recinto, para que los cadáveres sirvieran de alimento a los lobos y a los chacales que, habiendo ventado la sangre, anillaban ya en la montaña.

Aquella noche emprendimos el regreso. Nuestra marcha fue tan silenciosa como la de los convocados funebres: teobardos y cristianos que quedaban en la ciudad, se encubral en su casa de luto, y Ali, semejante al león harro de sangre, dormitaba, tendido en su palanquín que llevaban a hombros sus valacos. Horadábanos las tinieblas de una noche tan tóbica como nuestros pensamientos, cuando de pronto, al doblar la estrímbula angulosa de una montaña, vimos resplandores inmensos e hirieron nuestros oídos alaridos de agonía: era el festín de la leona que seguía a la comida del león. Había terminado Ali su obra y Chaintza comenzaba la suya. Continuamos nuestro camino: una hoguera colosal, encendida ante las puertas de Libavo, nos servía de faro. Sus resplandores nos permitían ver infinitud de sombras que corrían en tropel. Apresuramos el paso sin que Ali dijera la orden, y al cabo de pocos minutos pudimos ver la casa pasaba. Las mujeres de los cardílicos eran conducidas, en grupos de cuatro, a presencia de Chaintza, ésta les arrancaba los velos, mirando que les cortasen los cabellos y a continuación los vestidos a la altura de los muslos, y las abandonaba a la soldadesca, que las arrastraba como botín de guerra.

Detúvose Ali a la vista de este espectáculo. Su hermana, al verle, le saludó con gritos más bien que con palabras. Tendidos en desorden sus cabellos y rojos de sangre las manos, parecía una Emnénide. Incapaz de soportar espectáculo tan repugnante, obligué a mi caballo a retroceder algunos pasos. En aquel instante rasgó los aires un alarido que partió del centro de las desgaciadas, y una doncella, separándose de sus compañeras de infortunio, corrió hacia mí, y abrazándose por los rodillos.

— «¡Soy yo!... ¡Soy yo!... ¿No me reconoces? ¡Oh!... En Constantinopla me salvaste mil veces la vida!... ¿Oh!... acuérdate! ¡He vivido tu nombre, pero te dié el mío! ¡Me



llamo Vasiliki!

—¡Vasiliki! —repetí yo—. ¿Vasiliki? ¿La griega del ramo de brillantes?

En efecto, recordé entonces que ella me había dicho que su propósito era refugiarse en Albania.

—¡Bendito sea Dios!... —exclamó Vasiliki—. ¡Se acuerda!... ¡Yo soy..., sí..., yo soy! ¡Sálvame una vez más..., a mí de la deshonra, a mi madre de la muerte!

—Ven —contesté—. Ven conmigo: voy a salvar.

Al dirigirme ella a la presencia de Ali.

—Pachá —le dije—; necesito pedirte una gracia.

—¡Oh, sí! —exclamó Vasiliki—. ¡Gracia, visir, gracia! ¡Señor..., nosotros no somos naturales de la desventurada ciudad que encendió tu ira! ¡Señor..., somos desterrados, desterrados de Estambul, y jamás hicimos nada, ni mi madre ni yo, para merecer tu cólera! ¡Señor..., soy una mujer mía..., recíbelme en el número de tus esclavos..., me entrego a ti..., pero salva a mi madre!

El visir dirigió sus miradas a la doncella, que estaba arcaicamente sublime en aquella postura suplicante, flotando al viento su largo velo y suelta su opulenta cabellera. Tras breves momentos de contemplación muda, durante los cuales desapareció de su rostro la expresión de ferocidad para ser reemplazada por otra de dulzura extraña, le tendió la mano y preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Vasiliki —contestó la doncella.

—Es un nombre precioso que significa reina. A partir de este instante, Vasiliki, eres la reina de mi harén..., Manda, qué desees? —No te burles de la desgracia, visir? —interrogó Vasiliki, lanzando como una zozobra y mirando alternativamente a Ali y a mí.

—No y mil veces no! —grité yo—. El corazón de Ali es de león, no de tigre; tomo terrible venganza de los que lo han ofendido, pero sabe perdonar a los inocentes. Visir, esta doncella no es de Cardiki; hace dos años que yo mismo la ayudé a huir de Constantinopla, a ella y a su madre... Visir, no retires tus palabras.

—Lo que ofrecí, ofrecido está: tranquilízate, hija mía —contestó el pachá—. Preséntame a tu madre, que de hoy en adelante, mi palacio será vuestra morada.

Alzóse Vasiliki lanzando un grito de alegría y corrió a mezclarse de nuevo entre las mujeres, no tardando en reaparecer acompañando a su madre. Ambas cayeron de rodillas a los pies de Ali, pero éste se apresuró a levantarlas.

—¡Hijo mío —me dije entonces el pachá—; te confío estas dos mujeres, de las cuales me responderás. Tóma una esclota, y que nadie sea osado de tocar un solo cabello de sus cabezas.

Lo olvidé todo: de mi imaginación desapareció la terrible visión de aquella sangrienta jornada, y mis ojos dejaron de ver el repugnante espectáculo que en aquel momento se estaba desarrollando. Tomé la mano de Ali y la besé, y a continuación designé a diez hombres para que no sirvieran de escolta, y entré en Libava acompañando a Vasiliki y a su madre. Al día siguiente salimos para Janina. Mientras atravesábamos la plaza, un heraldo gritaba:

—¡Maldición sobre el que facilite asilo, refugio o pan a las mujeres, a las doncellas y a los niños de Cardiki! Chinitra las condena a errar por los bosques y las montañas, y es su voluntad entregarlas a las bestias feroces, de las que deben ser presa. ¡Así venga a su madre la hija de Khamel!

La nueva de la terrible ejecución nos había precedido. Durante el viaje, todo el mundo, todo por lo que llamaban su justicia. Delante de las puertas de Janina encontró a sus

esclavos, a sus adúlteros y a sus cortesanos que le esperaban, los cuales, no bien le vieron, atronaron el espacio con exclamaciones, llamándole grande, sublime, magnífico. Hizo alto Ali para contestarles; mas en el momento en que iba a abrir la boca, se abrió paso por entre la muchedumbre un devorido que avanzó hasta colocarse frente al pachá. Este experimentó un estremecimiento general a la vista del rostro amarillento y el flaco brazo extendido del derviche. Todo el mundo calló. En medio de un silencio aterrador, preguntó Ali:

—¿Qué me quieres?

—Me comes? —replicó el derviche.

—Sí, eres el que llaman el santo entre los santos, el *cheik Yusuf*.

—Y tú eres el tigre del Upiro, el lobo de Tebelin, el chacal de Janina! Tus pies no pisan un palmo de tapiz ni una pulgada de tierra que no estén regadas con la sangre de tus hermanos, de tus hijos o de tus mujeres: no puedes dar un solo paso sin hollar la tumba de un ser creado a imagen de Dios que te acusa de su muerte. Siendo fuiste feroz, visir Ali, pero jamás habías hecho nada parecido a lo que acabas de hacer, ni aun aquel día que mandaste arrojar al lago a diecisiete madres y a veinticinco niños. ¡Maldición sobre ti, visir Ali! Pusiste tus manos sobre musulmanes que, a estas horas, te acusan ante el tribunal de Dios. Tus adúlteros rastreros te dicen que eres poderoso, y tú les crees; te dicen tus esclavos que eres inmutable, y les crees... ¡Maldición sobre ti, visir Ali! Tu poderío se disipará como un soplo... ¡Maldición sobre ti, visir Ali! ¡Tus días están contados! El ángel de la muerte no espera, para herirte, más que un movimiento de cabeza del Señor. He aquí lo que yo quería, he aquí lo que deseaba decirte. ¡Maldición sobre ti, visir Ali, maldición!

Nadie se atrevía ni a respirar. Todo el mundo esperaba con indescribible ansiedad, entre el miedo y los deseos de los perdidos.

El derviche tiró la peluca, poniendo que le manchase su contacto, limpió en ella el polvo de sus pies y alzóse entre las apiñadas turbas, que se abrieron, mudas y temblorosas, para dejarle paso. Aquella misma tarde Ali me facilitaba el silvencueto y la escolta que me había ofrecido, y a la mañana siguiente emprendía el camino para atravesar la Livadia.

## XXXIV

Dos de los cincuenta albaneses que componían mi escolta, habían formado parte de la que acompañó al lord Byron en el viaje que éste hizo por el mismo país que nosotros debíamos recorrer, y lo recordaban perfectamente. Seguimos el mismo camino que siguió aquel, por ser el más corto. Ordinariamente costaba diez días recorrerlo, pero los albaneses me prometieron hacerlo en ocho. En efecto: al día siguiente al de nuestra partida fuimos a pernoctar a Voneza, habiendo recorrido unas veinticinco leguas en las dos jornadas. La fatiga del camino y las preocupaciones que me embargaban no me impidieron tomar una barba y hacerme llevar a Nicópolis. Como soplaban viento favorable, el golfo de sus marinos que podríamos atravesar el día siguiente. En el viaje de ida, en dos horas, costándonos más tiempo el regreso, porque tendríamos que hacerlo a remo. Poco me importaba el tiempo, pues el fondo de la barca y mi capa me proporcionarían mayores comodidades de las que me brindaba la habitación que dejé para hacer la excursión.

Por un azar extraordinario tuvo aquella lugar en la noche del 2 al 3 de septiembre, aniversario

sario del célebre combate de Actium. Nosotros encontramos tranquilo y silencioso aquel mismo golfo que mil ochocientos treinta y cuatro años antes, a la misma hora, debió ofrecer un espectáculo terrible a los numerosos habitantes que, apiñados como para una mananapia inmensa, llenaban las orillas que nos rodeaban y seculares. A aquella misma hora se jugaron el mundo y el mundo que perdió Marco Antonio. Los restos de la batalla se debatían aún, pero el había huido ya al ver escapar a Cleopatra, y Octavio, desde que se inició la fuga, se llamaba en realidad Augusto. Arrastramos en la orilla opuesta del golfo, salté a tierra y caminé errante, durante algunas horas, como una sombra, por entre las ruinas de Nicópolis, ciudad de la victoria, mandada edificar por Augusto, para conmemorar el combate de Actium, sobre el mismo sitio donde, habiendo encontrado un labirinto con su asno y preguntándole el nombre de éste, contestó el dueño en lengua latina:

—Yo me llamo *Elyceus*, que significa *el cobarde*, y mi asno se llama *Nicoen*, que quiere decir *el vencedor*.

El Augusto, el hombre de los presagios, vino en las palabras del labriego, y no lo olvidé tanto, que mandó fundir dos estatuas con destino a la plaza de Nicópolis, una representando al labriego y otra a su asno.

Embebecido en ideas tristes y sombrías y en penamientos evocadores estaba yo sentado sobre mi pedruzco de columna rota, frente a una manada de piedras, resto de algún templo desconocido, cuando me pareció que una sombra tocaba cuerpo y crecía en proporción. Quéulé con los ojos fijos y la respiración en suspenso, y no sin motivo ciertamente, pues lo que en un principio me pareció que sería combinación caprichosa de los rayos de la luna, adquirió aparentemente cierta realidad. Era algo de contornos confusos, no precisos; pero que me parecía una mujer cubierta por un velo y sostenida por un bastón. Hacia un país fúnebre en leyendas poéticas, y con frecuencia en otros años juveniles, había oído contar historias de apariciones, siempre debidas a alguna que persona que acababa de morir o al espíritu de alguien que se encontraba en grave peligro. En esos casos —conste que me atengo a las tradiciones que recibí de mi madre—, hay un medio expedito para cerciorarse de si es ser sobrenatural el que a los ojos de la carne se presenta: basta volverse atrás y sucesivamente hacia los cuatro puntos cardinales, y si el fantasma describe el mismo círculo con la velocidad misma del que queda en el centro, ya no puede caber duda de que la visión viene de Dios. Me levanté; y luego de haberme convencido de que lo que veía no era ilusión de mis sentidos, me volví sucesivamente hacia Occidente, hacia el Norte y hacia Oriente, y en los tres puntos indicados tropezaron mis ojos con la misma aparición, velada, en pie e inmóvil, silenciosa como un mármol, rápida como el pensamiento. Me he confesado al lector con sobrada franqueza para que éste haya adquirido el convencimiento de que no soy coarde; y, sin embargo, no me duele reconocer que desde que se me erizaron los cabellos y me duelen del espanto inundaba mi frente. Durante breves momentos quedé con los ojos fijos en aquella extraña figura, pero, al fin, impulsado por una fuerza desconocida que me incitaba a salir de dudas a cualquier precio, avancé en línea recta hacia el fantasma. Este me dejó llegar hasta una distancia de cuatro o cinco pasos, y entonces, al extender yo los brazos para tocarlo, desapareció. Me puse al postor suspiro de un gemido moribundo, pero me pareció que azaña mi rostro una ráfaga de viento y que ésta llevaba envuelto en sus alas mi nombre, pronunciado con acento como de quien pide socorro. Me precipité al sitio que ocupaba la sombra, y no vi nada, no distinguí huella alguna, ni siquiera estaba hallada la tierra. Por las inmediaciones no había ningún







samientos, todas las impresiones de mi corazón, las escribiré con este papel, ahora mío, y cuando regreses, tendrás la seguridad de que ni un solo día, ni una sola hora, ni un solo instante, he dejado de pensar en ti.

Grande, muy grande es el dolor que tu separación me produjo, y creo que aumentará más todavía. Es muy reciente tu ausencia para que yo me resuelva a creer en ella; llenas aún esta casa, como llenas mi pensamiento, y no puedo decirte que el sol se ha puesto mientras la tierra guarda el reflejo de sus rayos. Tú, amado mío, eres mi sol; hasta que tus rayos me iluminaron, en mí no brotaban flores; a tu luz abricieron las tres más hermosas de la creación: la fe, la esperanza y el amor. ¿Sabes cuánto pretende distraerme en este instante? Nuestra querida mensajera. Puesta sobre la mesa, toma la pluma con su pico, levanta el ala como si va a trazar una carta nueva. ¿Viene de tu publicación y dice: ¡Pobrecita!... ¡No sabe lo que eso significa! ¡Las lágrimas me abogan, alma mía! ¡No he llorado bastante, sin embargo, hasta mis ojos y, no encontrando salida, vuelven a caer sobre mi corazón!

Estefanía vino a pasar el día conmigo, con tu pobre abandonada, y no he tenido deo de bábida de ti. Es feliz, pero como una felicidad que no le enciende, como una felicidad a la cual prefiero mi dolor. Conforme es costumbre entre nosotros, no había visto a tu marido hasta el momento de casarse con él, y después de casada, como aquel es joven, bello y muy bueno, le ha tomado cariño, pero le ama como a un hermano.

¿Comprendes tu esa clase de cariño? ¿Comprendes que se siente como si un hermano al hombre a quien se entrega la vida entera? ¡Ni imaginarme puedo lo que pasaría por mí si durante un solo día te amase como mío a Fortunato! Yo creo que si eso me sucediera, durtarme esa día cesaría de latir mi corazón! ¡Ah! ¿Tranquilízate, que el amor que te profeso es otro muy distinto! Yo te amo con mi espíritu, con mi alma, con mi cuerpo; y amo como ama la abeja a su flor, es decir, que vivo por ti y para ti, y que, sin ti, me sería imposible vivir.

¿Quieres saber lo que me dijo Estefanía? Que no me fie de ti, porque eres de una raza que nunca tuvo palabra. Asegura que te fiste para no volver... ¡Pobre Estefanía! ¡Perdonada, alma mía, pues habla así porque no te conoce como te conozco yo! No sabe que, antes que dudar de ti, daría yo del sol que me ilumina y hasta del amor, el amor de ese sol. Escríbeme a inscribir tu marido, y me deja: cuando tú lo seas nio, no me separaré de ti ni una hora, ni tu segundo, y nunca tendrás necesidad de enviarme a buscar, porque siempre estaré a tu lado.

A la hora de costumbre fui al jardín. No hace más que tres días que, cuando salía de mis habitaciones para ir al jardín, sabía que te encontraría allí... ¿Por qué no te encontré hoy? ¿Dios mío! ¿Te fiste!... Encontré aquellas hermosas flores que no sonreían durante las noches, aquellas flores que enviaban sus perfumes a las brisas, e hice un ramo que significaba: "Te adoro y te espero". Inmediatamente lo he arrojado sobre el muro... ¡Ay de mí! ¡No estabas ni allí para recogerlo, como de costumbre, y para contestarme con tus besos: "Te adoro, y aquí me tienes!"

Hasta medianoche no me moví de nuestra linda cuna de jasmín, templo hace dos días del amor y de la dicha, y alar desolado hoy, donde no quedaba otra divinidad que el recuerdo... ¡Adiós, vida de mi vida! Voy a dormir para soñar que te veo.

Tres mis sueños horribles, amado mío, sueños en los que ni una sola vez te vi.

¡Oblí! ¡Esto es demanado! ¡Estar lejos de ti durante mis vigias y no verte tampoco en mis sueños! Sólo con Constantino, con nuestra casa ardiendo, con mi pobre y querida madre moribunda; en una palabra: con sucesos dolorosos parados. ¿Es que no sufro bastante, Dios mío? ¿Quieres arrojarme sobre mí tantas amarguras que formen una mar insondable en cuyas aguas me ahogue?

Por la mañana mandé escribir a Pretty, y cuando en solo mis espesos que las nubes que hoy ocultan el sol, me dirigí a la gruta. Es el sitio de la isla que continúa hablando de ti. El arroyuelo que se desliza rumoroso por el fondo del valle, las hermosas flores rojas que crecen a los bordes del camino y cuyos nombres me has enseñado tú, las hojas de los árboles que boy dirigen sus queijos al viento porque el día está frío y húmedo, todo, todo me recuerda tu imagen. Llegué a la gruta, he dejado en libertad a Pretty para volver a leer el poema de I Sepolieri que tantas veces leí. ¡No me parece extraño, alma mía, que encontraste en ese libro la primera de tu amor, aquella ramera de biñesta, símbolo dulce de una esperanza naciente e imbecia que, después de haberse marchado en el libro, se está secando ahora sobre mi corazón!

Si muriera antes de tu regreso, vida mía, quisiera que me enterraran en la gruta. Con razón la preferías tú a cualquier otro sitio de la isla, pues, aparte de otros atractivos, tiene un portillo mubine que da al mar y que parece una ventana asomada al cielo.

¿Pero qué idea acaba de cruzar por mi imaginación? ¡Morir...! ¿Por qué he de morir? ¡Como si yo quisiera a morir, y como si yo quisiera estar ideas locas y de mil otras cosas más! ¿Sabes lo que hice? Abrí el libro por la misma página que lo estaba cuando lo encontraste tú, y puse allí una ramita de biñesta semejante a la que tú pusiste: a continuación, salí de la gruta, y, dando un gran rodeo, volé a ella por el mismo camino que seguí el día que lo encontré. Me ha producido tanta alegría encontrar el libro y la ramita, que he confiado que me precipité que el primero tenga por título I Sepolieri.

Decididamente voy a reír con Estefanía: vino a verme, y como me encontraba llorando, me dijo que soy una necia, que no debería amarte como te amo, que a estas horas, mientras yo lloro desconsolada, tú cantas a bordo del jabeque de mi padre cualquier canción alegre, y ries y se diviertes con los marineros. ¿Verdad que no es cierto, amado de mi alma? ¿Verdad que, si no lloras, porque eres hombre y los hombres no lloran... aunque es lo cierto que yo te vi llorar lágrimas más preciosas que las perlas del mar; verdad que si no lloras, por lo menos estás triste, que no cantas canciones, como no sea aquella canción siciliante, tan dulce y melancólica, la única que te permito que cantes?

Mientras escribía la línea anterior, sólo una cuerda de mi guitarra. Dices que es un mal presagio, pero tú me mandaste que no crea en presagios ni en sueños, y nada creo... ¡No...! ¡Miento, vida mía! ¡Cree en ti, dueño mío, todopoderoso, creador de mi nueva existencia, creo en tu amor, mi única vida!... ¡Oblí! ¡Pero qué estoy escribiendo, Dios mío! ¿Sin darme cuenta, estoy parodiando el Símbolo de los Apóstoles?... ¡Perdón, Dios santo, perdón! ¡Por mi religión es mi amor!

No me atrevo a decirte lo que temo y lo que espero, amado de mi corazón, porque se trata de algo que, de confirmarse, sería una alegría inmensa y una desgracia espantosa. Sólo dos cosas quiero hoy, sin contarte a ti, como es natural, mi amor y mis flores. En cuanto a mi religión, la dejes.

Mi corazón te ama, pero yo que ignora era que se amaba también tus flores.

Hay algamas que crecen más locas y florecen más bellas cuando están cerca de otras determinadas, y otras que, por el contrario, languidecen y se marchitan cuando se ven cerca de plantas que les son antipáticas. Respiro, pues, que en el mundo de las flores, lo mismo que en el de los hombres, el amor es la vida, la indiferencia, la muerte. ¡Oblí! Si estuvieras cerca de mí verías que mi cabeza, boy abastida y marchita, se erguirá vigorosa; verías que mis mejillas, ahora pálidas, recobrarán de pronto los colores que tanto te agradaban... ¡Pero es que mi palidez y mi debilidad no tengan por causa algo que no sea una autenticidad... ¡Detente, pluma!... Cuando me asegure de ello, te lo diré.

Nosotros, los monjes, tenemos una costumbre terrible. Preguntaba una ocasión ni viajero francés a mi abuelo, Nicetas Sophianos, qué castigo imponían los espartanos al seductor de una doncella.

—Le obligan —respondió mi abuelo— a entregar a la familia agraviada un toro tan grande, que, puestos sus cuartos traseros en la Altema, pueda bacerse en Europa.

—¿Pero si yo es posible que se encuentre toro de semejantes dimensiones! —replicó el francés.

—¿Tampoco se encuentran entre nosotros ni seductores ni seducidas —dijo mi abuelo?.

Desde entonces han variado mucho los tiempos. Hoy, para castigar el crimen que no conocieron nuestros abuelos inventaron nosotros padres una vez más el castigo de España. Si el seductor ha abandonado el país, los bernamos de la doncella seducida van a buscarle y le obligan a reparar su falta o a bairse con ellos. Comienza el bernamo mayor; si succumben, ríe con el seductor el segundo bernamo, luego el tercero, y cuando no quedan más hijos, se bate el padre. Este, si muere, lega la venganza al bernamo, al tío o al primo, y así sucesivamente hasta que el culpable pierde la vida. Si el seductor se ha casado, la familia escucha el berno de su suegro. El padre de la seducida, o su bernamo mayor, o el jefe de la familia, pregunta a aquella cuánto tiempo desea que se le conceda para que se presente su amante: señala ella el plazo que considera necesario, plazo que puede ser de tres, seis, nueve meses, nunca mayor de un año, y una vez convenido es extremo, todo en la casa de la seducida recobra su ser y estado habitual. Nadie habla de la falta cometida a la infeliz niña, y todos esperan con paciencia el día en que aquella debe ser reparada. El día prefijado, el jefe de la familia pregunta a la seducida dónde está su esposo, y si éste no ha vuelto, inmediatamente le levanta la tapa de los sesos.

¡No dejes de venir, vida mía! Si no tienes, no sólo me matarías a mí, sino también a nuestro hijo!

Estefanía me dice que no me reconoce. Esta mañana me recomendaba que inviera cuidado, no fuera a enfermarse de la dolencia que arrebató la vida al pobre Apostoli. ¿Qué inocente! ¡No sabe ella que no puedo morir desde que vivo para dos!

¿Dónde estás, luz de mis ojos? Indudablemente en Esmirna. Uno de los dolores más terribles que acompañan a la ausencia es la incertidumbre. Tal como lo había previsto, a medida que pasa el tiempo, aumenta mi tristeza. Es que voy teniendo que el recuerdo, tan vivo en el momento de la separación, se debilita y llegue a cerrarse como se cierran las heridas. Casi siempre éstas dejan cicatrizar, pero no es cierto que las bay que llegué a borrar por completo? Claro que lo que digo no puede aplicarse a mi alma, porque para mí, cada uno de los objetos que me rodean es una lengua que habla a mi corazón. A ninguna sitio voy donde, ni, no bayz esta-



do; todo está lleno de tu memoria. Aun cuando pretendiera olvidarte, encerrada como me voy en un círculo trazado por tu recuerdo, me sería imposible, y si mi cabeza llega a elevarse tu día, sólo encerrando tu imagen en el Lueco que tu amor abrió. No estás ni en las mismas condiciones: alejado de mí, no has de ver nada que a mí me haya visto, nada tocarás que yo haya tocado, nada conocerás que a mí me conozca. Soy tu ignorante, que si, por mí imposible, acertara a addivar el lugar en que te encuentras, no sabría a qué parte del horizonte enviar mis suspiros y mi luto por los días que se resquebraja.

Esta misma ignorancia redolía mi amor. Si yo fuera instruida como tú, tendría a mi disposición espacios inmensos por los cuales podría perderse mi imaginación: me preguntaría qué fuerza suspende las estrellas sobre mi cabeza, que movimiento combigado regula el círculo infinito de las estaciones, qué genio providencial determina la ruina y la elevación de los imperios, y entonces, abriendo en sus investigaciones, difíciles y profundas, dejaría de pensar algún momento en ti, mientras intentaba medir el poder de Dios y agitar la pasión humana: pero no es así. Doy mis pasos en ese sentido, y tropiezo inmediatamente con la barrera, y mi ignorancia misma, los límites de mi espíritu, vacío de instrucción, me obligan a no salirme del corazón, que rehúsa amor.

¡Qué desgraciada soy, Dios mío! ¡Sin noticias tuyas, y sin esperanzas de tenerlas! ¡Un pasado luminoso, un presente sombrío y sin porvenir negro! ¡Desespera no poder ayudar de alguna manera a los acontecimientos de los que depende mi muerte o mi vida! ¡Esperar!... No duelo de tu amor; tengo fe completa y ciega en tu palabra; sé que basarás todo lo humanamente posible para volverme; pero no puede ocurrir que el destino sea más fuerte que tu voluntad? ¿No me veo yo encadenada aquí, sin poder ir a terminarte contigo, por muchos y grandes que mis deseos sean? ¡Momentos hay en que quisiera morir para que mi espíritu volara libremente, desligado de las cadenas del cuerpo.

¡Oh! ¡Ahora puedo decirte que sufro de ver esta vida de mi vida! Yo sé que hebre me levanta, qué causa hace que para instantemente de una agitación terrible a una languidez mortal. Creí que podría escribirte todos los días, que me proporcionarían algún consuelo conjuntando todos los latidos de mi corazón, todos los pensamientos de mi alma, pero pronto se agotó el hilo. ¡Qué te diré que no te haya dicho y repetido ya: ¡Qué te amo, que te adoro, que te adoro! ¡Conque todas las noches escribas en mi misma palabra, sabrás mis pensamientos de todos los instantes.

Ya no hay duda, amado mío: en mi seno vive otro ser. Acabo de sentir su primer movimiento, y corro a escribirte para decirte: "Te amamos dos". ¡Oh! ¡Pénsalo bien. Ya no vuelvas sólo por mí. Entre nosotros hay ya algo más sagrado que nuestro amor: crió nuestro hijo. ¡Píorlo, alma mía!... ¿Es de alegría? ¿Es de terror? ¿No importa!... ¡Encontré, al fin, las lágrimas y éstas siempre producen bienestar!

Hay hace tres meses que te fuiste, tres meses, día por día, tres meses de los cuales mi alma ha dejado de pensar en ti, tres meses durante cuyo plazo he preguntado por ti ni cielo y a la tierra, y ésta y aquélla han permanecido sordos a mi voz. No tardes, amado mío, porque no vas a reconocer a tu familia: tan débil y amarillada está en este instante.

Dios sabe si yo siempre fui buena hija y tierna hermana, Dios sabe si, durante las largas y peligrosas atenciones de mi padre y de mi hermano, dejaba pasar tan solo día sin ro-

gar a la Panagia por ellos. Pues bien; escuchaba lo que voy a decirte, escuchaba el crimen de que voy a acusarte: desde el día que partiste juntos, apenas si tres o cuatro veces me acordé de ellos y, sin embargo, son ellos los que afrontan todos los peligros, para ellos tiene el mar horribles tempestades, el combate borrorosas verdades, y la justicia tremendos castigos. ¡Perdón, Dios mío, si no me acuerdo de mi padre y de Fortunato! ¡Perdón, Dios mío, si solo para mí amargo tengo pensamiento!

¡Oñisiera caer en un letargo profundo y no despertar hasta ser dichosa o morir! Pasa el tiempo, correu las horas, sin que acierte a medirlas más que por la sucesión de los días y de las noches. ¡Por qué no ha de eternizarse un estado de cosas que dura ya cinco meses! Los únicos relojes que miden el tiempo son la alegría o el dolor. ¡Señor! ¡Dios santo!... ¡Qué es lo que veo a lo lejos! ¿Es el jabeque?... ¡Bendito seas, Dios mío...! si... el jabeque es!... ¿Qué, pues, a ver? ¿Dios mío! ¡Dadme fuerza!... ¡Oh! ¡Voy a morir de alegría!...

## UNA GRAN NOVELA

# "LA SEÑORITA DE LA PERTÉ"

SE PUBLICARÁ EN

## LEOPLAN

EL PROXIMO NUMERO

¡Moriré, sí, pero de dolor! ¿No vienes?... ¡No vienes! ¡Piedad, Señor, piedad!

Ya lo saben todos. No bien distinguí el jabeque, corrí a la ventana, y a medida que aquél se acercaba al puerto, mis ojos te buscaban por tu chimenea. ¡Perdón, Dios mío, perdón! ¡Píbilbre querido vecino, si cuando hubieran faltado mi padre o mi hermano!

No venías: mucho antes de que el jabeque entrase en el puerto, yo había adquirido esa horrible certidumbre. Todo el mundo salió prestoso a recibirlos, todos menos yo, que quedé como elevada en la ventana, y ni fueran tuve para demostrarte, por nido de un gesto, que los veía. Tomaron el sendero, y les vi subir precipitados, inquietos. Resonaron en mis oídos las aclamaciones con que sus criados los saludaban, y, poco después, el retornar sus pasos en la escalera y abrirse la puerta. Intenté salir a su encuentro, y caí de rodillas en el centro de la habitación pronunciando tu nombre.

No sé qué me contestaron: comprendí demasiado tarde que te habían dejado en Estéfana, donde debías esperarles, y que, a su regreso a la ciudad mencionada, supieron que te habías ido sin decir dónde y sin indicar si volverías. Caí desmayada: cuando volví de mi desmayo, me encontré sola con Estéfana. Ésta lloraba, porque yo no le había confesado que estaba encinta, y ella sintió la que, al querer socorrerme, reveló mi estado.

¡Qué noche tan larga y tan llena de desesperación! ¡Qué noche de tempestades en el

cielo y de bucanes en mi espíritu! ¡Oh! ¿Qué me importaría que todo lo creado se hiciera mi pedacito, si sobre sus informes misas pudiera verte una vez más?

Esoy condenada, alma mía. Si de hoy en cuanto Dios me has vuelto, moriré para ti y por ti. ¡Mueres te bendiga! Esta mañana subí a la habitación solos y reflejando en sus rostros cada una de las cosas que me sucedían. Adifiníendome el objeto que les traía, en cuanto les vi entrar, caí de rodillas. Me sometieron a un interrogatorio semejante al que los jueces hacen sufrir a los criminales, y lo confesé todo. Me han preguntado si creía que tú volverías, pregunta que contesté con las siguientes palabras: "Volverá si no ha muerto". Querieron saber entonces qué plazo deseaba que me concederías, y respondí: "Hasta que yo dé a luz a mi hijo". Me han concedido tres días más de los solicitados por mí. Para entonces, amado de mi alma, o habrás vuelto, o será prueba de que no has de volver más, y si no vuelves, no me hace falta vivir.

Ya no vivo: espero. Me levanto, voy a la ventana, y allí permanezco los días enteros, fijos los ojos en el mar. Cada barca que diviso siento un estremecimiento, espero... se acerca... y vuelvo a esperar. ¡Oh! ¡Podrá nuestro hijo sobrevivir a los sufrimientos que me matan! Escribo que me regala constantemente por no haberle revelado mi secreto, pues dice que, con su complicidad, habría podido engañar a mi padre y a Fortunato. ¡Engañásemos!... ¿Para qué? ¡Si tú no vuelves, para nada necesito la vida!

¡Vuelves...! oh, vuelves, vida de mi vida! ¡Vuelves, si no por mí, por nuestro pobre hijo! ¡Si es que no me amas ya, vuelves también: yo me veré a mí...! esperarás a que haya nacido... lo quejarse sobre tu capa, te lo llevaré, y me dejaré morir!

¡Los días!... ¡Qué largos son cuando sueño, y qué cortos cuando reflexiono! ¡Siete meses pasaron ya!... ¡Siete! ¿Qué haces, amado mío? ¿Dónde estás? ¡Me pediste tres meses, entro a la suma, y pasaron siete! ¡O estás preso o has muerto, no me cabe duda! Te habrán encerrado en Inglaterra, sometido a un proceso... tal vez te hayan condenado como a mí, y como yo esperes el momento de morir!

Olvíde preguntarte si estás seguro de que aquellos que abandonan este mundo vuelven a verse en el cielo.

Como en esta casa todo sigue como antes, a menudo me pregunto si lo que parece realidad no es más que un sueño. Mi padre y mi hermano parecen como si lo hubieran olvidado todo. ¡Vienen a verme como de estrobre, y son para mí tan buenos y tan cariñosos como fueron siempre. Alguna que otra vez sorprendo en ellos algún estremecimiento súbido que me hace comprender que se acuerdan, y que, como yo, esperan. No pasa día sin que recuerde las siguientes estrofas de tu canción siciliana:

Una flor silvestre  
recogí de la playa,  
y se me desmayó  
de eterno sufrir.  
Es que toda planta  
de su tallo asiente  
marchita y doliente  
tiene que morir.

También muere aquella  
que de amores loca  
en vano me invoca.  
¡Pobrecilla flor!  
¡Bella flor de playa  
pálida cual sueño  
fue mi único amor!

Tú me decías que no se debía creer en las profecías!

Acongozadas todas las noches con mi solo pensamiento, desperdiciando todas las mañanas con mi sola esperanza, pasar los días viendo cómo se pierde ésta y cómo se disipan unos tras otros los sueños de la noche, es, teodoro mío, para volverte loca. Vuela el tiempo como si la muerte lo empujase... ¡Ocho meses pasaron desde que se fuiste...! ¡Dentro de minutos más, de uno solo, o habrás vuelto, o terminará todo para mí! Compuse una oración, muy larga, muy larga, dirigida a Dios, que repito maquinadamente todo el día, de pie, frente a tu estatua y fijos mis ojos en tu frente. Voy a la estatua cada día, porque allí tenía el consuelo de verte el día, pues no esperaba que tuvieras, sino que has debido morir.

¡Oh, esposo mío! ¡Píde por mí a Dios! ¡Pídele que mi tránsito de este mundo al otro no sea muy doloroso!

¡Señor... Señor! ¡Ha llegado el momento! ¿Los atroces dolores que me despedazan anuncian que voy a ser madre? Sufro tanto, que no es imposible escribir... Mi mano tiembla... Moriré en veinte? Creo que sí... ¡Oh!... ¡Un hijo! ¿Un hijo...? ¡Qué hermoso!... ¿Cómo se parece a ti? ¡Qué feliz soy!... ¡Desventurada de mí!... ¿Qué estoy diciendo? ¡Oh!... ¡Ven... ven, amor mío; ven, ángel adorado... ven, que no me quedan más que tres días!

No has muerto; estoy segura: te ve vivo.  
¡Qué suceso tan singular! ¡No! ¡Por ardiente  
que la fiebre sea, no puede producir apa-  
riciones semejantes. ¡Qué realidad, qué favor  
de Dios, qué un milagro! Me dormí destro-  
zada por mis amarguras, con mi hijo al lado;  
al pie de la cama velaba Estelita. En  
tonces me vino un calor, una luz transparente  
como un vapor, abandonada el cuerpo. Sentí  
después que nie arrastraba el viento, como  
arrastra a las aveciellas por los aires, como  
arrastra a las nubes del cielo. Pasé por en-  
cima de varias ciudades, sobre ríos y monta-  
ñas, siempre de espaldas al var. Al cabo de  
algunos instantes, vi otro mar, un mar de  
mi golfo, pero que no había visto antes. En  
mi sueño. Silenciosa como una sombra,  
descendí sobre las ruinas de una ciudad muerta.

A unos veinte pasos de mí, sentado sobre un resio de columna, vi a un hombre que tenía la cabeza entre las manos. El hombre dejó segundos más tarde la cabeza... ¡Éras tú, amado mío, eras tú! ¡Quise hablarte, tenderte los brazos!... ¡Pobre de mí! ¡Me encontré sin voz y sin movimiento! Me conociste, pues te oí pronunciar mi nombre... ¡Oh, Señor! Sonó en mis oídos tu voz, tu voz que quise

da... ¿Aun temen ahora, semejante a un murmullo? Tres veces te volviste hacia tres diferentes puntos del horizonte, y tres veces me sentí atraída por una fuerza superior, encontrándome siempre delante de ti. Entonces viniste hacia mí, y tú que te acercabas, exististe a punto de alcanzarme, extendiste el brazo, ibas a tocarme... Lancé un grito y desperté. Vives, me amas, vives; pero llegarás a tiempo? Estefana está en la ventana y mira mientras yo escribo. Nuestro hijo duerme.

Obt. Si el cicuto no te empuja con fuerza bastante, abandona tu buque y toma una barca ligera, y si ésta no vuela, arrojale al mar y llega. ¡Llega, si, llega; porque mañana será el tercer día, y no nos resta nada que una noche para que, con estos platos de oro, nos pongamos a comer, ¡estefanía y yo...! Mi hermana ha pedido y consiguió del sacerdote que la caso que traigas a mi habitación la imagen de una Virgen milagrosa. Aquí la imagen estas postradas, y yo hago que con frecuencia le bese los pies muertos de desgarrado e inocente hijo. ¡Virgen santa, que me des un hijo! ¡Virgen de amor, que me compasiones de mí! ¡Madre de dolores, dirige una mirada de misericordia!

¡Qué buena, qué compasiva es Estefana! Me repetía todos los días que no te vería más, y ahora me asegura que volverás! ¡Es que perdió todas las esperanzas!

El día último, amado mío, el día postrero de mi vida, día beruengo, radiante, como si tú te ballaras a mi lado, como si no fuera el día de mi muerte! Le dejaron a Estéfana que me dejara vivir todo el día, que esperarán a que el sol, que se alza detrás de las montañas de Aika, se ponga, que se ponga, que se ponga, que se ponga. Hoy me espanta la muerte, porque vive, estoy segura. ¡Oh! ¡Me viste también tú, y presientes el peligro que me amenaza? ¿Sabes que te llamo? ¿Sabes que tú, sí, podrás salvarme? ¿Sabes que ya no tengo la conciencia tranquila? ¿Sabes que me asaltan tentaciones de escapar con nuestro hijo... ¡Dios mío! ¡Por qué no lui antes de que llegasen? ¡Ah! ¡Es que esperaba!

Estefanía, ya querido salir, y un criado le levantó el velo para asegurarse de que no era yo. La población entera sabe que hoy es el día último de mi vida, y todo el mundo reza por mí. Hace poco la campana de la iglesia dejaba oír sus fúnebres sonidos; yo no comprendí, no sabía que llamaba a las almas piadosas, que las invitaba a que rezasen por la que va a morir. ¡Y la que va a morir soy yo...! entiendo, alma mía..., soy yo..., tú. Fatimela..., la madre de tu hijo! ¡Pobre cabeza mía! ¡No sentiré el golpe, porque cuan-

*do meue la bora, estaré loca!*

¡Nada sobre el mar!... ¡Mis miradas, como las de los moribundos, alcanzan lejos, muy lejos, y nada real!... ¡Aguá..., aguá deserta! ¡Me acerqué a la puebla con objeto de escuchar. ¡Dos criados rezan por mí al otro lado! ¡Todo el mundo reza..., menos yo, que no puedo ya rezar! ¡Dios mío! ¡Con qué rapidez se hunde hoy el sol!

... ¡Estéfame, se arrojó sobre mí lecho... se  
arrauca los cabellos... y yo, yo no cese de  
abrazar a mi hijo. ¡Pobre hijo mío y pobre  
de mí! Doy vueltas por la habitación como  
una insensata, y de vez en cuando me siento  
para escribir una línea más, ¡fluente como  
miol... ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!  
... ¡Comprendes que me destruyas el corazón? No  
me olvidarás nunca... ¿verdad, querida her-  
mana mía? ¡Alma de mi abuelo...! ¡Comprende-  
rás algún día la inmensidad de mis sufri-  
mientos? ¡O eres muy degradado, o muy  
culpable! El sol no baja, ese precipicio...  
¡Recuerdo ya el día en que me casé...!  
Duerme en un momento se habrá hundido de  
trás de aquellas... ¡horror!... ¡Tiene color  
de sangre!

Siento sed. Ya no cuento por días, ya no cuento por horas, ya no cuento por minutos... ¡cuento por segundos! ¿Toño acabó? ¡Aun cuando ahora estierres en el puerto, aun cuando hubieses saltado a tierra, aun cuando hubieses volado al cielo, aun cuando me lo dejarias ya llegar hasta aquí... ¡¡¡¿Qué pasa?... oigo rumor de pasos?... ¿Son ellos? ¡Dios mío, Dios mío! ¿Ya no se ve más que la mitad del disco del sol?... ¡Virgen santa!... ¿Quisiera pensar en ti, madre mía, quisiera acordarme de vos, Dios mío; pero perdóname si sola pienso, si sola me acuerdo... Soy una mujer, soy una mujer, no me cabe duda ¡¡¡tan cumplido su palabrás... ¡Se ha puesto el sol!... ¡Viene la noche!...

Suben... se detienen frente a la puerta...  
abren... ¡Te perdono, alma mía! Adiós...  
¡Recibe mi alma!

Así concluía el manuscrito de Tatinitza.  
Como un loco penetré en la habitación de  
su hermana.

—Después —respondió Estéfana—, mi padre le concedió tiempo para que encomendara su alma a Dios; y cuando Fatinitza terminó su plegaria, sacó una pistola del cinto y le levantó la tapa de los sesos.

—¿Y mi hijo? —repuse, retorciéndome los brazos—. ¡Mi hijo..., mi inocente hijo!

—Fortunato lo asió por los pies y le estre-  
lló la cabeza contra el muro.

Lancé un grito desgarrador, y caí sin sentido.

Fin de "AVENTURAS DE JOHN DAVYS"

## FERMATA

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 7)

estaba al piano; Lauretta lo abrumó bajo los más amargos reproches: el viejo se levantó y ganó la puerta, en silencio. El clarinete del pueblo, a quien Lauretta había tratado de *amino maledetto*, se puso el instrumento bajo el brazo y el sombrero en la cabeza. Dirigióse también hacia la puerta y fue seguido por los demás músicos, que guardaron los arcos y destornillaron las boquillas. Sólo quedaron en sus puestos los *dilettanti*, y el receptor de impuestos exclamó con amargo acento:

—¡Oh, Dios mío, qué funesto día!  
 Toda mi timidez me había abandonado.  
 corté el paso al elarineté y le supliqué, le  
 imploré que se quedara, prometiéndole (tanto  
 era mi temor) escribirle seis minués con doble  
 trío para el baile público. Logré ablandarle.  
 Volvió a su atril; sus camaradas lo imitaron,  
 y la orquesta no tardó en quedar restablecida.  
 Sólo faltaba el organista. Iba atravesando el

mercado, pero ni las señas ni los gritos lograron hacerle retroceder.

Teresina había asistido a toda esta escena moribundísima los labios para no reír, y Lauretta, a quien se le había pasado el enojo por la simpatía de la hermanita. Mucho alabó mis esfuerzos, y me preguntó si tocaba el piano; antes de que me hubiera sido posible contestar ya me había empujado al asiento del organista. Yo nunca había acompañado el canto ni dirigido una orquesta. Teresina se sentó a mi lado y me daba el compás: Lauretta me animaba sin cesar; la orquesta se fue entusiasmando, y el concierto musical que yo dirigía, me parecía que me lo entendían perfectamente, y el efecto que produjo el canto de las dos hermanas parecía increíble.

Habían sido llamadas a la Residencia, donde debían celebrarse grandes solemnidades, con motivo del regreso del Príncipe; consintieron en permanecer entre nosotros hasta el día

de su partida para la capital, de modo que tuvimos varios conciertos. La admiración del público rayó en delirio. La vieja cantante de la corte fué la única descontenta, y pretendió que aquellos gritos impertinentes no merecían el título de canto. Mi organizador desapareció por completo, y yo fuí el hombre más feliz de la tierra. Pasaba el día en

tero junto a las damas; las acompañaba y transportaba las partituras a su voz, para que las cantasen en la Residencia.

Lauretta era mi ideal; sus caprichos, su malhumor, su violencia inaudita, sus impacencias de "virtuosa" en el piano, todo lo soportaba yo resignadamente. ¡Ella, sólo ella, había abierto para mí las verdaderas fuentes de la música!

Me puse a estudiar el italiano, y a ensayarme en la *canzonetta*. ¡Qué satisfacción mía cuando Lauretta cantaba mis composiciones! Muchas veces me pareció que los cantos que escuchaba no me pertenecían, sino





iglesia, y todos mis *soli* eran para la voz de bajo.

Recordémos todo el melodrama de Alemania. En una pequeña ciudad nos encontramos con un tenor italiano que iba de Milán a Berlín. Las dos damas quedaron encantadas de hallarse con un compatriota; éste no se separó de ellas, dedicándose especialmente a Teresina, y con gran pesar mío me vi relegado a un papel secundario.

Un día que me disponía a entrar en la sala cantaba con una partitura bajo el brazo, oí un amoroso coloquio entre las cantantes y el tenor; pronunciaban mi nombre; me estremecí y escuché. Ya comprendía tan bien el italiano que no se me escapó una palabra. Lauretta relataba la catástrofe del concierto en que le quitó el triángulo con un acorde mal dado.

— ¡Ah! — exclamó el tenor. — Mucha me costó contenerme, tantas ganas tenía de entrar y echar al tenor por la ventana, pero me contuve.

Lauretta continuó: contó que había querido echarme, pero que mis ruegos la habían ablandado y que, por compasión, había consentido en dejarme estudiar el canto a su lado. Con gran sorpresa mía, Teresina confirmó las palabras de su hermana.

— ¡Es un buen muchacho — dijo—. Ahora está enamorado de mí, y todo cuanto escribe es para contralto. No le falta talento, pero es menester que se cure de no sé qué estremecimiento y almidonamiento, que es característico en los alemanes. Espero hacer de él un compositor que escriba para contralto, porque no me gustan los contraltos. En su segunda le dejaré plantado. Es terriblemente fastidioso con sus ternuras y sus suspiros, y no me fastidia menos con sus composiciones que muchas veces no valen un pito.

— Por mi parte — agregó Lauretta—, ya me he librado de él, gracias a Dios. ¡Recuerdas, Teresina, cómo me aburraba con sus días y sus noches?

Lauretta comenzó entonces un dúo compuesto por mí, y que me había alabado mucho. Teresina hizo la segunda voz y ambas comenzaron a parodiar mi canto y mis ademanes de la manera más cruel. El tenor se reía tan fuerte que la sala retumbaba.

Un sudor frío inundó mi cuerpo entero; volví sin aliento a mi habitación, cuya ventana daba a una callejuela vecina donde estaba la casa de postas. Delante de ésta había un coche preparado y los viajeros debían salir una hora después. Hice mi equipaje, pagué mi cuenta al posadero, y subí al carruaje.

Al pasar por la calle principal vi a las dos cantantes en la verana con el tenor; me oí en el fondo del estruendo, y pensé con alegría en el efecto que iba a producirles la carta que había dejado para ellas en la posada. ¡Nunca hubiera sospechado tanta falsía en Teresina! Aquel rostro encantador no se ha borrado nunca de mi memoria; todavía me parece verla cantando romanzas españolas, graciosamente sentada en el fogoso caballo que caracolaba a los acordes de la guitarra. Aun recuerdo la singular impresión que en mí produjo aquella escena, y que me hacía olvidar mis males; Teresina emitía mis sentidos todos: la veía ante mis ojos como una criatura superior. Momentos así penetran profundamente en la vida, y producen una impresión que, lejos de debilitarse con el tiempo, se coloran cada vez más. Si he compuesto alguna romanza activa y enérgica será por que me imagino que Teresina o caballo se ha presentado a mi imaginación mientras la escribía.



Hace dos años, cuando me hallaba a punto de salir de Roma, di un pequeño paseo a caballo por la campiña romana, y una linda moza a la puerta de una *locanda* y tuve el

capricho de hacerme servir un vaso de vino por la encantadora muchacha.

Después me eché frente a la puerta, bajo la espesa gloria por la que penetraban largos rayos de luz. Oí a lo lejos el sonido de una guitarra y un canto animado. Escuchaba atentamente, pues dos voces de mujer producían en mí la impresión más singular, y despertaba recuerdos confusos que no podía clasificar.

Eché pie a tierra y me adelanté lentamente, acercándome a cada nota al bpsquecillo que portaba aquellos aceros.

La segunda voz dejó de hacerse oír. La primera cantó sola una *cancioneta*. Cuanto más me acercaba, menos desconocida me parecía aquella voz. La cantora había aconitido un final brillante y complicado. Era un laberinto de escalas ascendentes y descendentes, una algarabía salpicada de notas hueras; pero al fin volvió a salir una nota.

Pero de pronto una voz de mujer estalló en reproches, juramentos y palabras violentas. Un hombre contestó, otro se echó a reír. Una segunda voz de mujer se mezcló a la disputa, que iba haciéndose cada vez más loca y se animaba con toda la *rabia* italiana.

Por fin me encontré junto al bosquecillo; un hombre acendó un cigarro y era yo quien había rolar; me mira y reconozco en él al buen alate Ludovico, uno de mis amigos de Roma. — ¿Qué tiene usted, en nombre del Cielo? — le dije.

— ¡Ah, señor maestro, señor maestro — exclamó—, sálvense usted; defiéndame contra esa furia, ese cecodrido, ese tigre, esa hiena, esa falcónica real y yo le levanta el campón de una *cancioneta* de Anfossi; verdad es que al marcar el acorde, demasiado pronto le he certado el trino, pero también, ¿por qué diablos fui a mirar los ojos de esa divinidad infernal? ¡Que el demonio se lleve todos los finales!

Penetré muy conmovido con el alate en el bosquecillo, y a las pocas horas me reconocí a las dos hermanas Lauretta y Teresina.

Lauretta gritaba y protestaba todavía; Teresina tenía el rostro nudo animado; el posadero, con los brazos desnudos doblados sobre el pecho, las miraba riendo, mientras la joven criada depositaba en la mesa nuevas botellas.

Vi cuanto me vieron, las cantantes corrieron a echarse en mis brazos.

— ¡Ah, señor Teudoro! — exclamaron ambas a la vez, colmándose de caricias.

La disputa cesó por completo.

— ¡Mirelo usted — dijo Lauretta al alate—, es un compositor gracioso como un italiano y enérgico como un alemán.

Las hermanas, interrumpiéndose alternativamente con vivacidad se pusieron a contar los felices días que habíamos pasado juntos, alabaron sus profundos conocimientos musicales y convinieron en que nunca habían cantado nada con más gusto que mis composiciones.

Teresina me anunció por fin que estaba contratada por un empresario como primera cantante trágica para actuar durante el próximo carnaval; pero que no trabajaría sino bajo la condición que que se me encargase una ópera, porque, decía, la música grave era mi nota y mi elemento verdadero.

Lauretta, por el contrario, pretendía que sería una lástima que yo abandonara el género que me convenía especialmente, y que yo me dedicara por completo a la ópera bufa; estaba contratada como *prima donna* bajo la condición que se me encargara una ópera, porque, decía, la música grave era mi nota y mi elemento verdadero.

Todo lo que me permití fué contar al alate que, algunos años atrás, otro final de Anfossi me había valido un tratamiento semejante al que acababa de recibir él. Traté el caso con tanta bonhomía que en bromeando sobre nuestras relaciones les hice comprender cuanto experiencia y ra-

zón me habían dado los años.

Es una suerte — les dije — que haya echado a perder esa final, pues las cosas estaban arregladas de tal modo que podían durar una eternidad, y creo que, sin esa circunstancia, aun me hallaría sentado al piano de Lauretta.

— Pero también, señor — replicó el alate —, ¿qué maestro tiene derecho a dictar leyes a la *prima donna*? Y por otra parte, aquella falta cometida en un concierto público, era muchísimo más grave que la mía, en la intimidad, bajo estos árboles. Además, yo no era maestro de capilla, sino imaginariamente, y si esos lindos ojos no me hubieran aturdido, nunca hubiera hecho semejante burredia.

Esas palabras del alate produjeron maravilloso efecto, pues los ojos de Lauretta, que todavía brillaban de cólera, se dulcificaron de pronto, tornándose en expresión de ternura.

— Permanecímos juntos hasta la tarde — enteró —. No había menos de quince años que me había separado de las hermanas, y quince años habían cambiado muchas cosas. Lauretta había envejecido algo; sin embargo, todavía no estaba completamente desprovista de encantos. Teresina se había conservado mejor, sin perder su lindu ralle. Ambas iban todavía vestidas de colores algarabía, y su *tailleur* era el mismo. De antes, tenía también quince años menos que ellas.

A mi pedido, Teresina contó algunos de aquellos años graves que tanto me habían conmovido en otro tiempo; pero me pareció que antes habían resonado de otra manera en mi alma, y el canto de Lauretta, aunque su voz no hubiera perdido nada, me impresionó con su fuerza, era completamente distinta de la que yo conservaba en la memoria.

El sentimiento de comparación entre una impresión conservada y una realidad menos atractiva me disponía poco en favor de las hermanas, cuyo éxtasis artificial, cuya admiración exagerada y cuya ternura poco sincera, me habían ya cansado.

El jovial alate que representaba junto a las dos artistas el dulce papel de *amante*, sin dejar por eso de acariar la botella, me devolvió el buen humor, y la alegría presidió nuestra reunión. Las hermanas me invitaron con insistencia a que regresara pronto para hacerles algunas partituras para su voz; pero salí de Roma sin visitarlas.

Y sin embargo, ellas eran quienes habían despertado en mí el sentimiento de la música y una multitud de impresiones y de ideas musicales; pero eso precisamente fué lo que me impidió verlas... Todo compositor conserva, sin duda, alguna impresión profunda que el tiempo no puede debilitar. El genio de la armonía le habló una vez, el suyo fué el acento mágico que le enseñó a tocar su alma. Que una cantante haga oír al artista melodías que entusiasman su corazón, y el porvenir comienza inmediatamente para él. Pero el sino que tenemos, nosotros, pobres y débiles mortales atados a la tierra, es el de querer encerrar en el estrecho círculo de nuestra miserable realidad lo que es celestial e infinito. Que esa cantante llegue a ser nuestra querida nuestra mujer, y el encanto queda destruido, y la voz melodiosa que nos abre la puerta del Cielo sirve para expresar vulgares quejas, para reñir por un vaso roto, para enfurecer por una mancha en un traje nuevo.

¡Dichoso el compositor que no vuelve a ver en su vida terrestre a la que hizo arder en él el fuego sagrado del arte, por medio de una potente mujer que se encarnó en la vida! ¡Que gima al verse separado de ella, que languidezca, que se desespere; la figura de la encantadora que ha perdido se le aparecerá siempre como un tono admirable y celestial; vivirá eternamente para él, coronada de juventud y belleza; lo envolverá en una nube de melodías sin cesar renovadas; será el ideal perdido que sus imágenes se encarnarán en todos los objetos exteriores, coloreándolos con deliciosos reflejos!... ☽



## PICHE-CIEGO

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 13)

gía hasta tres semanas de trabajo intenso. A causa de la extensión del campo y la cantidad de ovejas para esquilarse, la tarea se dividía por zonas y así la comparsa se dividía en tres grupos. El contingente más numeroso quedó en la estancia y el resto se repartió para atender la esquila en los dos puestos. Piche-Ciego y el viejo Narciso fueron comisionados por el patrón para ayudar en los trabajos de recogida y embarratamiento en el puesto "La Lomita".

Narciso reconvenció, pero Ramón estaba contentísimo. Iba al paraiso, pues el puestero de "La Lomita" era don Ramundo, el digno padre de Rosita...

Piche-Ciego, al recibir la orden, corrió a casillar, para partir en seguida.

—¡As loco — protestó el viejo Narciso —, vas a salir, amigo, a la hora 'e la siesta? Esperate a que venga la fresca, muchacho...

El albino tuvo que resignarse a esperar, pero, cuando por fin partieron, imprimió tal ritmo acelerado a la marcha de su caballo, que el viejo le pronosticó que llegaría al puesto "con el pingo aplastado".

Por fin arribaron a su destino. Los esquiladores habían llegado un par de horas antes y estaban en la cocina mateando y charlando a grandes voces. Eran doce y el "oriental" formaba parte de la comitiva. Aquella noche se cenó temprano porque al día siguiente se trabajaría fuerte. Todo el mundo se acostó después de comer.

Ramón no podía conciliar el sueño. La proximidad de su ídolo lo desvelaba. A su llegada al puesto, la grácil silueta de Rosita se había ausado, fuertemente, a la puerta del rancho paterno, y la dulce visión nublaba la mente del mozo con mil imágenes halagadoras. Casi no durmió, y mucho antes que aclarara ya salía para buscar la tropilla. Aquel día y los dos subsiguientes la tarea fue brava.

Entre las salidas al campo y el trabajo en los corrales, el tiempo se le iba volando a Piche-Ciego. De vez en cuando, un afable saludo de la joven penetraba, como un rayo de sol, en el alma de Ramón y le infundía nuevos bríos para el trabajo.

Las veladas, alrededor del fogón, eran animadas, pues los esquiladores eran chacotones y alegres. Piche-Ciego se mantenía casi siempre apartado del corrillo, y sentado en el rincón más oscuro de la cocina escuchaba la charla, riendo, a veces, silenciosamente, por la salida oportuna de algún ocurrencia.

Las bravatas del "oriental" le disgustaban. Había notado que Garrido se arrimaba, con demasiada frecuencia, al rancho del puestero

y se mostraba muy obsequioso con Rosita. Al recordar ciertos detalles, un sordo rencor hacia el enamorado esquilador se agitaba en el pecho de Piche-Ciego, y el rojo fulgor de sus ojos se volvía más intenso en la oscuridad del rincón donde se acurrucaba.

Aquella noche, la reunión era más bulliciosa que de costumbre. La esquila había terminado y al día siguiente, domingo, se organizaría un ballico con la concurrencia de varias "flores del pago" de los alrededores.

La bota de vino circulaba de mano en mano. La conversación estaba en su apogeo y los dichos, ocurrencias y "sueldos" fluidos, inagotables, de los labios de los gauchos. El "oriental" Garrido estaba muy leuza que nunca. Sus cuentos y chisqueras eran festejados por la concurrencia con grandes risas y exclamaciones.

Piche-Ciego, como de costumbre, se hallaba acurrucado en el rincón más oscuro de la cocina. La charla del "oriental" le resultaba insoportable y su odio hacia el putulante fue aumentando.

Nadie se ocupaba de Ramón. Sólo se acordaban de él cuando había algún trabajo fastidioso para endosarle. ¡Un infeliz, para decirlo todo!

La charla continuaba. Ante un comentario del pardo Alvarez, el "oriental" soltó una de sus bravatas habituales:

—¿La Rosita? ¡Bah!... El día menos pensado me la alzo en elanca de mi bayo...

Un embarazoso silencio acogió las palabras del imprudente. Don Ramundo, el puestero, era querido y respetado por todos. La grosera alusión a su hija disgustó hasta a los más cortados.

Rompiendo el silencio, una voz grave y tranquila se hizo oír claramente:

—No sea compadron, amigo.

¡Sorprendidos, todos miraron hacia el rincón de donde había partido la voz. Piche-Ciego estaba allí, muy pálido y muy tranquilo. Sus ojos, heridos por el resplandor del fogón, tenían el fulgor de las brasas.

El más sorprendido fue el "oriental".

—¡Oh! — dijo por fin —, oigá... — y soltó una risotada que sonó a falsa. A pesar de todas las miradas fijas en él, Piche-Ciego seguía impasible.

Alguien se rió burlón, y el "oriental" preguntó con voz inequívoca y tratando de recuperar su habitual insolencia:

—¿Qué ha dicho ese sotreta?

—Que se necesita ser guacho para hablar en esa forma de las mujeres — fue la tajante respuesta de Piche-Ciego.

Garrido palideció bajo el insulto y luego se puso livido de furor. Barbotó una amenaza furibunda y se puso de pie de un salto.

—¿Ah, m'estás provocando, infeliz? — gritó con voz ronca, manoteando el cachillo —, ¡Te viachurar, desgracia!...

Piche-Ciego no se había movido siquiera. Sólo se puso más pálido aun. Contestó con una frialdad desconcertante:

—A vos, maula, te pelco hasta de noche... El "oriental" forcejaba entre dos hombres que intentaban contenerlo.

—¡Salí ajura! — aulló —, ¡Salí ajura! — y descendió bruscamente de las manos de sus compañeros, salió rápidamente al patio.

En Piche-Ciego se operó un cambio repentino. Antes que nadie pudiese impedirlo, se levantó y de un salto ganó la puerta que daba al exterior. Los hombres, saliendo, por fin, de su estupor, corrieron atropelladamente para agolparse ante la puerta y la ventana que abrían al patio. La noche estaba oscura y las ávidas miradas de los esquiladores sólo vislumbraron, confusamente, dos bultos que se agitaban en las sombras.

—Vamos a separarlos — dijo alguien.

El viejo Narciso fue el primero en salir. En ese momento resonó un grito ahogado y luego el sordo ruidito producido por un cuerpo golpeando contra tierra.

De las dos formas que, un momento antes, se destacaban en la oscuridad, una se mantenía erguida. La otra era una mancha tenebrosa, tendida, inmóvil, en el suelo.

El grupo de esquiladores se acercó al lugar de la tragedia.

La silueta solitaria se movió, y la voz extrañamente tranquila de Piche-Ciego se oyó clara:

—Vi'garrar mi caballo...

Y, después de leve pausa:

—Adiós, don Narciso...

—Que Dios te ayude, m'hijo — contestó la voz temblona del viejo.

Piche-Ciego se volvió y se perdió en la noche.

En silencio, varios hombres se apoderaron del cuerpo yacente y lo transportaron a la cocina, donde lo depositaron sobre un banco.

El "oriental" estaba muerto. Una mancha roja, debajo de la teilla izquierda, señalaba el lugar donde la punta del cuchillo de Piche-Ciego había puesto fin a las andadas del aventurero.

—¿Quién lo hubiera dicho?... — comentó el pardo Alvarez, interpretando el sentir de todos.

El viejo Narciso sacó la tabaquera y fue a sentarse junto al fogón.

—En cuestión de amores — dijo sentenciosamente —, hasta el piche-ciego se agranda — y se puso a liar un cigarrillo con la solemne tranquilidad de un filósofo. ♦

## "DICEN QUE TIENES TRECE..."

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 23)

decir! — Y lleva a la niña ante el cadáver embalsamado del "Silencioso", como ella llamaba a su marido muerto. Y la niña repite sus palabras allí. Entonces, recién cede, aunque de mala gana.

Carolina Coronado gustaba de actuar en política. Hasta una reina de España se contó entre sus amistades poderosas. Manuel del Palacio le escribió en ese sentido unos versos que Gómez de la Serna considera malísimos, pero que, me parece, fueron oportunos:

Tierna, discreta, sensible,  
yo te admiro, Carolina;  
pero, ¡ay!, me das mucha pena  
cuando me hablas de política.

## La adhesión a la tumba, signo romántico

Durante veinte años Carolina Coronado mantuvo cerca de sí el cuerpo inanimado de su esposo, es decir, hasta que ella misma fue llamada por la muerte, esa muerte corporal a la que tanto incienso han quemado siempre los románticos, "Morir es realizar un acto de suma transcendencia", dice perogrulllescamente Anatole France. ¡Con cuánto gusto habrían suscripto la frase los poetas románticos del otro siglo! La "tumba fría" era una meta. Se declamaba en artículo de muerte. Como nuestro americano Acuña, se decía: "¡Mi juventud, adiós! Todavía resonaban en esos oídos delicados los horrores versos de Espronceda:

Me agrada un cementerio  
de muertos bien relleno...

El verso fácil y la vida triste

Carolina Coronado fue, es natural, un espíritu ingenuo, como lo fueron todos los poetas de su tiempo. Estaban, en todo momento, tocados por eso que ellos creían que era la "inspiración". En todo lugar y momento, la musa los visitaba. Un álbum, un abanico, las arenas del mar, servían para escribir versos.

Y no sin cierta pena, nosotros, hombres fatalmente de nuestro tiempo, recordamos, con alguna sonrisa suficiente, la ingenuidad mortal de aquellos líricos, a quienes un siglo contradictorio — acaso menos que el nuestro — puso su sello personalísimo. ♦



El *caiquén*, que así se llama esta ave que sostiene entre sus manos este sonriente muchacho, es típica de Tierra del Fuego. Anda en bandadas, y es muy perseguida por los cazadores, pues su carne es rica y abundante.

### DEL COLMENAR

Con las colmenas modernas, de cuadros móviles, se protege mejor a la abeja de sus enemigos, se asegura la enjambrazón y se aumenta la calidad y cantidad de la miel. Tales son las razones que justifican el reemplazamiento de las rústicas.

### AVENA PARA EL GANADO



Entre los buenos forrajes con que suele engordarse a nuestro ganado para que se convierta en la mejor carne del mundo, la avena figura en primer lugar. Aquí vemos a este chacarero cargándola en su carro de bueyes.



# LA GRANJA

## INTENSIFICACION AVICOLA

**J**ULIO y agosto pueden considerarse como los meses propicios para comenzar la intensificación avícola. Las polladas nacidas en agosto y septiembre son, sin lugar a dudas, las que más rendimiento les darán a los granjeros y avicultores en general.

Las pollitas que se obtienen en cualquiera de los dos meses citados, ya estarán con elevada postura en mayo y junio venideros, época en que los huevos adquieren su más alto precio.

En cuanto a los pollos, su desarrollo y crecimiento se verifica en forma sumamente favorable, pues, aun soportando los últimos fríos del invierno —que no son los más rigurosos—, llegan a la primavera en la edad más conveniente para crecer y aumentar rápidamente de peso.

Además, y en apoyo de nuestra afirmación, diremos que no son tan frecuentes las enfermedades y pestes que tanto diezman a los pollitos en los meses de verano y comienzos del otoño, por la elevada temperatura, en el primer caso, y la persistencia de humedad y fuertes vientos, en el segundo.

Por eso ahora, en este mes en que estamos y en el siguiente, deben reunirse los gallos con las gallinas a fin de obtener huevos fecundados para las incubaciones de agosto.

Conviene tener presente que se con-



siderar huevos fértiles aquellos que se popen después de los ocho días de estar juntos los gallos y las gallinas.

Los más convenientes para incubar son los procedentes de buenos reproductores, de tamaño corriente, cáscara

## AGRICULTORAS

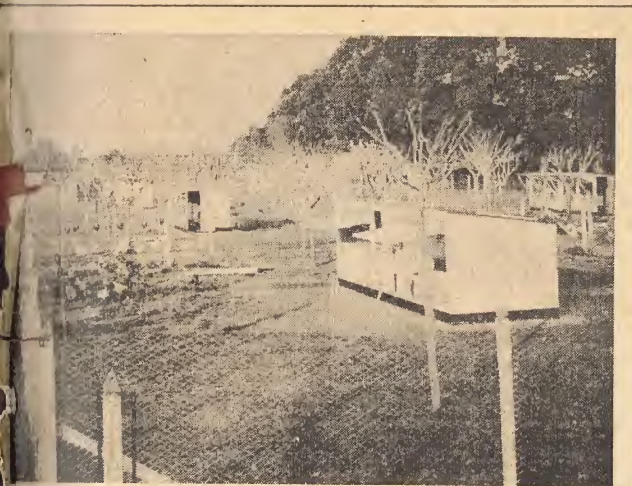


Que la mujer se interesa cada día más por las labores del campo, es innegable. No sólo lo consignan las estadísticas, sino que lo revelan, de modo concluyente, las fotos. En esta que ofre-

remos a los lectores aparecen numerosas laboradoras norteamericanas sembrando papas, después de haber preparado la tierra en forma realmente elogiada y conveniente para la siembra.



por Emilio Pérez



lisa y fuerte, y forma y peso normales. Destinando para la venta los de cascarrón rugoso o manchado, los de forma irregular y los que son demasiado grandes o sumamente pequeños.

Y como indicación final, subraya-

remos que los huevos destinados para incubación deben ir guardándose hasta el momento fijado para iniciarla, manteniéndolos, entretanto, en lugares frescos y dándoles vuelta diariamente para evitar adherencias de la yema. ♦

#### VALIOSO ROPAJE



Esto que parece un conejito de trapo, es un precioso ejemplar de raza angora, a quien esquilaban sin tener en cuenta para nada la crudeza del tiempo ni el frío que el animalito tendrá que

pasar. Es que la demanda del pelo del conejo se acrecienta día a día, pues son múltiples las aplicaciones a que se destina el sedoso y fino pelo del productivo roedor.

#### MISCELANEA



La reina de una colmena debe ser reemplazada cuando pierde los pelos o tiene deterioradas las alas, las antenas o las patas. Un buen signo de que una reina es vieja se tiene cuando se nota ausencia total o parcial de pollo de obreras en la colmena.

Una combinación de radar y equipo sonoro del tamaño de un receptor de radio se comenzó a utilizar en los Estados Unidos para localizar los bancos de peces. Se asegura que con tal procedimiento la pesca es abundante.



Ahora, en julio, se debe hacer la segunda curación anual contra la gastrofilosis de los equinos, o "gusano del estómago de los caballos", dando en ayunas a cada animal una cápsula de 30 gramos de sulfuro de carbono y ocho horas después, estando siempre a dieta, de trescientos a cuatrocientos gramos de sulfato de soda.

Los plumas, que hasta ahora sólo servían como adornos, tendrán en lo sucesivo otra aplicación. Ya se están utilizando en la fabricación de una fibra textil de óptimas cualidades.



Para evitar que las papas almacenadas broten, basta espolvorearlas con un producto recientemente descubierto, que impide el crecimiento del brote.

#### BUZON DE GRANJA

Todas las preguntas que sobre temas de granja nos formulen nuestros lectores serán contestadas, sucintamente, en la página 114 de este magazine. La correspondencia debe dirigirse a "La granja", revista "LEOPLAN",

Esmeralda 116, Capital.

Lea su respuesta en la pág. 114

# LA TENTACION

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 71)

niento. Sus ojos se llenan de lágrimas, junta las manos... está casi bella.

\*\*\*

Zoska hace rápidos progresos por el camino de la salvación. Lleva el renunciamento hacia sí misma hasta lavarse en la cubeta donde acababa de bañar a Dickson. De todas las virtudes, la erudición es la que más le atrae. Santa Zytta daba sus bienes y los bienes ajenos a diestra y siniestra. Zoska, ella también, quiere dar para recibir cien veces más.

Comienza por pequeñas cosas: un trozo de torta, por ejemplo, que arroja a un niño pobre. Los años no dicen nada. Milagro, sin duda alguna. El trozo de torta ha sido milagrosamente reemplazado.

Distribuye, niega a pieza, todos sus vestidos. No le queda más que su queridaropa de cama, que guarda para el último momento y que será el sacrificio supremo que Dios le pagará al contado. ¿Acaso no tiene todos los días pruchas de la protección celestial? Se apoya en la puerta de la capilla: la puerta se abre. Zoska sabe a qué atenerse. Hay que ser impío, como el señor, para pretender que eso se debe a que la cerradura no funciona...

\*\*\*

Una tarde estaba saboreando el polvo a una piel, en el corredor. Era una hermosa piel forrada en fino paño. Le sacaba el polvo, suspiraba y rezaba. Una frágil caupana daba el *Angelito* y sus sonos volaban sobre los estancos helados, ligeros, como copas de nieve.

—Y el Verbo se ha hecho carne... — murmuró Zoska.

—Y la habida entre nosotros — respondió una voz gruesa.

Se inclinó Zoska y vio en el camino a un mendigo vestido de liarapos, titirando, morado de frío.

—Ayvéndeme, buena niña — gimió éste.

La primera intención de la servicia fue enviarlo a pascu. Ninguno de esos vagabundos decía nada bueno. Pero reprimió bien pronto ese mal pensamiento. ¿No son los pobres los miembros sufrientes del Cristo? Lo que se le hace a ellos se le hace a Dios. Un ángel devolvió a santa Zytta la capa que ella había dado a un pobre. Zoska tuvo un deslumbramiento. ¿Un ángel vendría un ángel! Alguien le cuchicheaba al oído... Era el espíritu de la tentación que le aconsejaba tentar a Dios.

—¡Oh!, la hermosa piel — decía el pobre guiñando los ojos —, si alguien me diera una secunante, iría de rodillas de aquí a Soutch.

Zoska cerró los ojos, como alguien que se arroja al agua, y tiró la piel por encima de la balaustrada.

—¡Touet! ¡En nombre del Señor! — grito. Y huyó hacia la cocina.

¿Y ahora? ¿Qué va a ocurrir?

Durante dos horas Zoska permanece en un estado de exaltación inaudita. Por instantes se siente elevada y sonríe, radiante. Ocurrirá un milagro. Sería pecado dudarlo. Pero, de pronto, recite un golpe en pleno pecho.

—¡Ah, limpio la piel! — le pregunta la cocinera.

—¡No!

—¡La has colgado en el armario?

—El señor se va mañana a Soutch. Cuida de que esté limpia.

La respuesta de Zoska se ahoga en su garganta. El hecho brutal que allí, mañana el año pedirá la piel. Y no habrá más. ¿Qué sucederá si el ángel tarda en devolverla?

Zoska monda febrilmente las legumbres. Tra-

ta de calmarse y de persuadirse de que el buen Dios, que lo sabe todo, que sabe que su amo parte al día siguiente para Soutch, no la dejará en ese apuro. El ángel aparecerá, quizás, esa tarde, con seguridad al alba.

Cuando todo el mundo se ha acostado y la luna, inundando los campos, hace chispear el Danajec, Zoska sale de la casa al sendero que conduce al campu.

Ha nevado todo el día: todo está blanco, los árboles y los campos; únicamente el estancu, cerca del molino, tiene un círculo negro en el medio.

Zoska permanece allí y ruega con toda su alma. Espera al ángel que debe venir, con su manto de luz, sobre un rayo de luna. Tendrá celillos de oro y una corona de flores. De rosas, quizás, quizás de lirios, y esas flores embalsamarán el ambiente como el halo del verano. No hay nadie afuera a esa hora y no se ven luces en las casas. Los perros aullan a la muerte. La luna se oculta entre las nubes.

Nieva. Los copos cubren ya a Zoska. I, permanece inmóvil, transida hasta el alba. A las horas, dos horas aun antes del alba y el ángel no viene. Trata de rezar, pero le faltan palabras; sin embargo, espera. ¡Oh! ¡Y cómo espera!

Apunta el día. La luna reaparece. La nieva, implacable, cae de un cielo gris, que se va tornando azul y se cubre de tonos rosados, le ven ya los sauces del estancu.

Zoska siente una extraña. Ya no meca-

dos lágrimas se han congelado en sus mejillas; sus labios, morados, se entreabren. No, el ángel no vendrá. Ella comprende.

La buscarán y después... el tribunal, quizás. El libro le ha hecho creer que ella era digna de un milagro. Decididamente, está lejos de ser santa Zytta...

El ángel no apareció, la piel faltaba y los gendarmes se llevaron a Zoska a Soutch. ☼

## Aquí le contestamos

JORGE REYTO, Buenos Aires. — Aunque no se puede calcular con exactitud la cantidad de kilos de algodón que se pueden obtener por hectárea sembrada, le diremos que el promedio de gramos que se cosecha por planta, oscila entre 180 y 200. Así que, para dar una respuesta concreta a su pregunta, necesitaríamos saber el número de plantas que hay sembradas en esa hectárea de tierra.

ANTONIO ROMERO MORÁN, Rosario. — No conocemos ninguna revista que trate exclusivamente de teuma que a usted le interese. Le recomendamos que se dirija a alguna buena librería solicitando tratados de tal materia, que existen.

RAMÓN ROJO, Mar Chiquita. — La primavera es, sin duda, la mejor época para la apicultura... Esas reinas a que usted se refiere no se importan al país desde hace años. Existe una variedad americana que reúne las mismas buenas propiedades que la italiana.

ANTONIO LORENZINI, Vicente López. — Lea la respuesta que damos en esta misma sección a Antonio Romero Morán. En cuanto a su segunda pregunta: está usted en lo cierto, pues los conejos de Plandes figuran entre los de mayor tamaño que se conocen.

UN CAZADOR, Saira (Córdoba). — Por tratarse de un menester que puede acarrearle desgracias, preferimos recomendarle que recurra a una buena alimera o bien se ponga en contacto con algún aficionado que se dedique a fabricarlos por su cuenta.

S. E. B., Capital. — 1º Como usted seguramente sabrá, el *hectógrafo* es un aparato multiplicista fabricado en el hecho siguiente: Cuando se emplea para escribir o dibujar una tinta que contenga una materia cuyo poder colorante sea muy intensivo, y se aplica sobre la superficie de una placa de color apropiada, presionándola ligeramente, la tinta queda en parte retenida por la cola y puede reproducirse el escrito presionando ligeramente sobre esta cola papel blanco. De esta modo se pueden sacar cuarenta o cincuenta copias. La cola debe ser perfectamente elástica, para lo cual se le adiciona glicerina en cantidad suficiente. Si desea datos complementarios, gustosos se los proporcionaremos en algún próximo número. 2º No, la continuación de dicha novela no fue publicada en LEOPLAN.

3º Por el momento no podemos satisfacer este deseo suyo, pues no tenemos ofrecimiento alguno al respecto.

UN LECTOR, Rosario de Santa Fe. — "El misterio del cuento anarístico" y "Humillados y ofendidos" fueron las novelas publicadas en los números 284 y 285, respectivamente, de LEOPLAN.

UN LECTOR, Uruquay, Montevideo. — 1º No existen reglas en este sentido. Tales escritores se guían, seguramente, de acuerdo a su capricho. De cualquier manera no es asunto que revele una gran importancia. 2º Si, fué el autor de "Epitafio Jiménez" el traductor de tal obra.

JUAN P. C., Santiago de Chile. — Enrique Pérez Escribá, célebre novelista y comediógrafo español, autor de tantas obras conocidas, como

"El cura de aldea", "El infierno de los celos", "El amor de los amores", "La mosquita muerta", y otras muchas, nació en Valencia, en 1829. Fue uno de los escritores de novelas por entregas — en la época del esplendor de dicho ramo de la literatura — más cotizado. Su producción teatral fue igualmente voluminosa. En cualquier librería hallará probablemente obras de este autor.

LEOPLANISTA, Capital. — Tendremos en cuenta sus anábulas sugerencias cuando llegue la oportunidad. Muy agradecidos por sus palabras encomiásticas.

CURIOSO, Mar del Plata. — Aboli es el nombre (y no se escribe de otra manera castellano) del padre de Tolomeo, quien ordenó asenar a su suegro Simón Macabeo, junto con sus dos hijos, Matías y Judas, en el castillo Duchi, mientras hallábanse entregados a los placeres de un suntuoso banquete con que él mismo les había invitado.

ALFONSO RIBAS, La Plata. — Mariano José de Larra, "Figaro", se suicidó preguntándose un tiro, el 13 de febrero de 1837 (no había aún cumplido los veintiocho años), a las 7 de la tarde, en su casa de Madrid.

## PRECIOS DE SUSCRIPCION "LEOPLAN"

Anual... \$ 9.60  
Semestral... 5.-  
Estos precios rigen para todo el país, América y España.

En esta sección contestamos todos los preguntas de carácter general que nos formulan nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellos. La correspondencia debe dirigirse siempre a:

Esmeralda 116, Buenos Aires.